



## EL APRENDIZ

Concepción Marín Albesa

Giancarlo decidió abandonar su casa para conseguir el sueño que desde niño había albergado: Ser un gran pintor.

Por supuesto, su padre se enfureció. No entendía las ansias de su hijo por convertirse en un artista. Estaba convencido que solo eran sueños. Una meta que jamás alcanzaría. Y así se lo dijo. Jamás le permitiría ir a Florencia.

Sin embargo, Giancarlo no se rendía. Aún podía sentir la conmoción que le embargó al ver el lienzo que el padre Giordano trajo al regresar de uno de sus viajes a Florencia. Jamás su mente infantil pudo imaginar que alguien fuese capaz de plasmar tanta belleza, tanto sentimiento en un cuadro. Y en ese instante, deseó ser pintor; un artista tan excepcional como Botticelli.

El padre Giordano se entusiasmó con el fervor que el chico mostró y comenzó a educarlo en el arte de la pintura. Durante años, el joven aprendiz aprendió como crear los colores, como mezclarlos y a preparar el lienzo. Y cuando supo lo básico, su maestro le permitió pincelar las imágenes que rondaban por su cabeza.

Giancarlo se reveló como un pintor hábil, perfecto en sus trazos. Y su maestro sentenció que había nacido con un gran don y que tarde o temprano, terminaría por imponerse su verdadera vocación.

Y se impuso.

La oportunidad de escapar de la cárcel que le había impuesto su padre llegó con la compañía de actores que les deleitó la velada con una obra cómica. Giancarlo, determinado a no morir sin intentar cumplir su sueño, desertó de su hogar y se unió a ellos emprendiendo el camino hacia su soñada Florencia.

Mientras se acercaba a su destino, Giancarlo se convirtió en uno más de la compañía. Pero el aprecio y respeto de sus nuevos camaradas no se lo ganó por su buen hacer de cómico, sino por su maestría en los fogones.

Durante el día, la caravana recorría los caminos en busca de un nuevo lugar para la representación y al caer la tarde, al entrar en un pueblo, se anunciaban con gran algarabía; siendo recibidos con complacencia, pues nadie rechazaba la diversión.

Giancarlo, aunque ya llevaba varias semanas con ellos, no podía dejar de admirar cada representación. A pesar de ser considerado un arte menor, a él le parecía una comedia realmente difícil. Era un acto mágico, donde la fantasía podía convertirse, a los ojos del espectador, en algo real y palpable. Pero, a pesar de ello, el público no era generoso. Apenas recaudaban para poder pagar la comida del día siguiente. Sin embargo, el desaliento nunca llegó a ellos. Eran felices viviendo, cada atardecer, la vida de otros, observando con orgullo el rostro atento de los espectadores.

Giancarlo también se sentía radiante. Sobretudo, cuando tras dos meses de deambular, estaban acercándose a Florencia.

La compañía, ante su incomprensión, desistió de representar la obra en la ciudad. Por lo visto, no era una buena plaza. Los florentinos se decantaban por funciones más selectas e intelectuales, despreciando todo aquello que tan solo reportara diversión.

Giancarlo, apenado, decidió abandonar a sus amigos y se encaminó hacia Florencia.

Cuando entró en la ciudad, no pudo dejar de mirar todo lo que acontecía a su alrededor. Las damas iban ataviadas con vestidos de seda, adornadas con joyas exquisitas y los hombres, que caminaban presurosos enfundados en trajes elegantes, se entrecruzaban con vagabundos y vendedores.

El corazón le estallaba de gozo. Había alcanzado el punto de partida hacia su anhelo. Pero antes de iniciar su nueva vida, recorrió las calles mirando cada rincón con la curiosidad de los niños. Frente al Duomo comprendió la grandeza que los hombres querían demostrar de Dios, con su campanario de ochenta y un metros, y cuatrocientos catorce peldaños; y en los palacios de la Piazza del Cestello, el poder de los hombres.

Durante horas caminó deteniéndose ante las innumerables iglesias y casas señoriales. Visitó el Gonfalone de San Frediano, donde se encontraba el gremio de la lana. Se detuvo ante el portón. Sus puertas estaban tachonadas de anillos de hierro y con el lirio, emblema de la ciudad.

Sus ojos no dejaban de conmovearse, dejándose perder en el laberinto de callejones de Oltrarno extasiándose ante los artesanos.

Se sintió como el águila que acaba de abandonar el nido. Sus alas revestidas con plumas de ignorancia planearon por las calles de su nuevo hogar llegando hasta el río Arno. El puente Vecchio lo cruzaba con majestuosidad. Sus pórticos albergaban a los curtidores y carniceros, pues el agua facilitaba el desecho de los residuos. Después, terminó en la plaza della Signora y se detuvo mirando perplejo el estallido de arte, del mismo modo que los ojos de piedra del ángel que presidía una esquina. Poetas, músicos y pintores mostraban sus trabajos a los transeúntes, frente al palacio comunal, destinado al gobierno de la ciudad donde se albergaba la sede de los Priors de las Artes. El palacio Vecchio era un edificio imponente, con ventanas germinadas con arcos trilobulados, alamedas y caminos de ronda.

Al llegar a la Via di Camaldoli, el aroma de la tripa que hervía en grandes calderos le recordó que no había probado alimento desde el amanecer. Compró una ración y en cuanto estuvo saciado, siguió descubriendo Florencia.

Frente a las murallas de Viale Petrarca estaban los conductores de caballos de alquiler y se lamentó de no poder invertir unas monedas para sus pies cansados.

De todos modos, el entusiasmo le hizo continuar hasta Via dell'Orto. Sus casas humildes albergaban a tejedores, a cardadores del paño y los talleres de pintura.

Las puertas crujiendo bajo la tiranía de las llaves le advirtieron que la jornada laboral había dado a su fin.

Observó a los muchachos que abandonaban las escuelas de pintura y pensó que muy pronto formaría parte de ellos.

Con esa esperanza y realmente agotado, decidió buscar una pensión.

Indudablemente, el arte y la modernidad podían respirarse en cada rincón de Florencia. No así en la miserable pensión cercana a los talleres donde se acomodó. Aunque, no le importó. Había decidido tomar las riendas de su destino y la comodidad del trayecto era lo de menos. Ya llegaría el día en que pudiese tener su propia casa.

Pero a los pocos días, la bolsa repleta de sueños fue vaciándose. Ninguna escuela a la que se presentó comprendió su trabajo; así que terminó en la plaza della Signora, junto a otros soñadores aguardando el milagro de ser descubiertos por uno de los grandes, mientras sobrevivía haciendo retratos a los viandantes que demandaban su habilidad. Sin embargo, el dinero obtenido no alcanzaba para pagar la pensión ni el sustento, por lo que no tuvo más remedio que buscar un empleo.

La única destreza que poseía Giancarlo, a parte del arte de la pintura, era la cocina. Siempre la comparó con la creación de un cuadro. Había que combinar los sabores, buscar la estética que atrajera a la vista y paciencia para alcanzar la perfección.

Tras ser rechazado en cinco tabernas, no se dio por vencido. Estaba dispuesto a conseguir ese maldito trabajo. Por lo que, en cuanto llamó a la siguiente puerta, se introdujo en el local sin dar oportunidad al hombre de aspecto robusto y facciones atractivas, que lucía una margarita engarzada sobre la casaca, a que lo echara.

-¿Qué deseas? -preguntó éste con voz melodiosa escrutándolo con curiosidad.

-Soy cocinero. Me han dicho que este es el mejor local de la ciudad y quiero trabajar aquí -dijo Giancarlo mostrando una seguridad muy lejos de poseer.

El hombre sonrió ampliamente. El chico era precisamente lo que andaban buscando desde hacía días. Sus ruegos habían sido escuchados y ahora la calma retornaría al restaurante.

-Ve a la cocina. Cruza el comedor y la encontrarás -le indicó con la mano.

Giancarlo miró el local. Su aspecto era lamentable. Las mesas estaban ennegrecidas y las paredes gritaban que se las reparara con una buena mano de pintura.

Entró en la cocina. La actividad era frenética. El chef, un hombre de considerable altura y rostro adusto, visiblemente trastornado, lanzó un juramento cuando un extraño

artilugio se encasquilló; al mismo tiempo que con el puño golpeaba la mesa al comprobar como el cocinero destrozaba el corazón de la alcachofa.

-¡Inepto! ¿Cuántas veces he de explicar que debes tratar el género con delicadeza? ¡Salvatore, ven aquí! -bramó.

Un muchacho de cabellos rojos como el fuego de rostro pecoso y hermoso, que fácilmente podía confundirse con una chica, se acercó a él con una gran sonrisa, mirando de reojo al cocinero con gesto despectivo.

-Por favor, talla las zanahorias y muestra a este patán como se hace. ¡Rápido! -le pidió el chef secándose el sudor que caía por su amplia frente, mientras se apartaba el mechón que se bamboleaba hacia sus ojos castaños.

Salvatore aferró con la mano derecha el cuchillo y con la otra el tubérculo estudiándolo con sus ojos verdes durante unos segundos.

Una vez decidido el diseño, comenzó a esculpir la zanahoria. Cortó trozos, pulió, hasta que la forma de una columna dórica se mostró ante él.

-¿Lo ves, Pietro? No es tan difícil -rió henchido de orgullo.

-¡Perfecto, muchacho! Junto a esto también queda muy estético -exclamó el chef enroscando una anchoa alrededor de un brote de col.

Pietro dio un giro brusco y su cuerpo grasiento le dio la espalda. Aferró una pequeña hacha y cortó el cuello del pollo, lanzando una mirada de odio hacia Salvatore. No soportaba a ese pedante. Era el tipo más arrogante y vil que había conocido. Jamás aceptaba un consejo, ni mucho menos apreciar el trabajo de otro.

-¡Más cuidado, bruto! Esta ave está destinada a los paladares exigentes. A ver si aprendes de Salvatore. Míralo. ¿Has visto alguna vez a alguien tratar con tanto mimo a las viandas? Seguro que no. Es un cocinero excelente -le espetó su jefe.

-¿Cocinero? Lo único que sabe hacer es moldear, pero aún no lo he visto ante el fuego, mezclando sabores, especias -refunfuñó Pietro.

-Soy un artista. Mis manos no han sido creadas para que se estropeen con la grasa del cerdo ni con el carbón -protestó Salvatore con petulancia.

Pietro carcajeó estrepitosamente.

-El único arte lo tienes en el culo. Si no fuera porque...

-¡Basta! No quiero discusiones en mí cocina. ¿Comprendido? Ahora, a trabajar. ¡Ya! -explotó el chef metiendo la masa de pasta en el raro artilugio. Hizo girar una manivela y ante los ojos asombrados de Giancarlo, la masa apareció cortada en tiraras perfectas.

Pietro, en un arranque de enfado, se sacó el mandil y lo tiró al suelo.

-Soy el cocinero más prestigioso de la ciudad y no consentiré que se me insulte. ¡He cocinado para Lorenzo Medici! ¡Esto es un ultraje! ¡Me voy!

-No puedes. Es imposible que encuentre un sustituto en tan pocas horas.  
¡Abrimos dentro de tres semanas!

-¡Me da lo mismo! Estoy harto de las vejaciones a la que estoy sometido.

Salvatore soltó una risa burlona.

-En esta cocina no mereces otro trato. Aquí se crean exquisiteces y no vulgaridades de las que tú sueles hacer.

Pietro lo miró con ojos encendidos.

-Algún día, alguien se hartará de tu arrogancia.

-¿Tal vez tú? ¿Qué harás, matarme? -se mofó Salvatore.

-Lo haría gustoso. Sí. Pero no merece la pena que me cuelguen por ello -siseó Pietro.

-Vamos. No te pongas así. Cuando hay tensión, todos decimos cosas que no deseamos. Si estás conmigo, es por tu buen hacer. Eres uno de los más destacados que trajinan entre los fogones. Quédate -le dijo su jefe.

-En efecto. Tengo una reputación que mantener. Y no quiero estar presente cuando el desastre estalle

-¿Qué dices? Será todo un éxito y tú prestigio en la taberna se incrementará.

-Leonardo, no comprendéis que vuestros esfuerzos son inútiles. Este local será un desastre. Lo que la gente quiere encontrar en una cantina es comida hasta hartarse y no una exposición de arte. ¿O no lo comprobasteis tiempo atrás, cuando quemaron la otra taberna? Preveo el mismo resultado.

Leonardo hizo un gesto de menosprecio con la mano.

-Un patán como tú no puede comprender. Estamos inventando una nueva cocina. Arte para el estómago y el sentido de la vista.

-Lo que entiendo es que aquí sobro. ¡Que os den! -respondió Pietro cruzando el comedor con el rostro contraído por la indignación.

-Di algo, Sandro -le pidió el chef al hombre que había abierto la puerta a Giancarlo.

Éste sacudió la cabeza con gesto de desaprobación, mientras otro hombre que estaba desplegando un tapiz sonrió divertido.

-¿De nuevo hay que buscar a otro cocinero? Leonardo, te dije que debías ser paciente. No todos comprenden tus ideas. ¿Qué haremos ahora? Te advierto que no estoy dispuesto a recorrer la ciudad buscando un sustituto. Tengo cosas más importantes que hacer. Por suerte, la fortuna nos ha traído a este chico. Aquí tienes al suplente -dijo Sandro señalando a Giancarlo.

El chef lo miró de arriba hacia abajo. Sus ojillos almendrados y oscuros mostraron duda.

-No se... Es casi un niño. ¿Crees que comprenderá lo que quiero?

-Yo sí entiendo sus ideas, Sandro -dijo Salvatore mostrándole a éste la zanahoria -  
. ¿Qué te parece? ¿No es genial?

-Tú sí que lo eres. Un genio aún por descubrir. Afortunadamente, yo ya lo he hecho -asintió Sandro mirándolo con admiración.

-Basta de elogios. Tenemos que experimentar el menú. Aún falta por determinar como quedará la rebanada de nabo en forma de rana. Y tú, Lorenzo, termina de una vez de tapar esa mancha con el lienzo -dijo Leonardo.

-¿Es necesario? Temo que los comensales no apreciarán tanto esfuerzo. Su visión es distinta a la nuestra, a la de unos artistas tan innovadores y porque no decirlo, tan geniales como nosotros -dijo éste.

-Lorenzo, acabarán por adorar mi comida. Del mismo modo que lo han hecho con nuestro arte -aseguró Leonardo adentrándose de nuevo en la cocina.

-Lo dudo. De todos modos, no vamos a quitarle la diversión -dijo Sandro subiéndose a la silla para colocar el lienzo en la pared.

-Yo sí que me divertiré mañana, cuando los clientes lo maldigan por la escasez en los platos -rió Salvatore.

Sandro le lanzó una mirada de reprobación.

-Deberías guardar más respeto. Leonardo ha confiado en ti para esta nueva etapa de su vida.

-Sabes que esto me importa bien poco. Si estoy aquí es únicamente por ti. Y por gozar del favor de ese loco. Los fogones me la traen floja, ya lo sabes. Mi prioridad es la pintura -contestó Salvatore con tono desdeñoso.

-Y por supuesto, haces lo que sea por conseguir fama. ¿Es por eso por lo que estás conmigo? Ten cuidado o perderás mi influencia -dijo Sandro en tono glacial.

El chico sonrió con autosuficiencia.

-¿Crees que me importa? Puedo encontrar a otro. No eres el único que desea mis favores.

El rostro de Sandro se encendió.

-Si haces algo parecido, te hundo. No olvides que gozo de la protección de los Medici. Una palabra mía y te destruyo. ¿Comprendido?

-Por favor, no discutáis -les pidió Lorenzo.

-¿Acaso he de soportar su amenaza, después de lo que he hecho por él? ¡Es un desagradecido! -dijo Sandro respirando agitado.

Salvatore se acercó a él y apoyó la mano en su hombro. Su rostro casi afeminado se tornó dulce.

-Todos estamos nerviosos por la inauguración y decimos estupideces. Anda, cálmate.

Sandro bajó de la escalera y se dejó caer en una silla.

-Supongo que tienes razón. Olvidémoslo.

-¡Eso! Ahora, pongámonos a trabajar. Puede que Leonardo, en esta ocasión, que ya es toda una celebridad, tenga éxito con La Enseña de las Tres Ranas -dijo Lorenzo.

-¿De veras lo creéis, maestro Credi? -dudó Salvatore.

Lorenzo ató con una cinta sus cabellos castaños y alzó los hombros.

-¿Por qué no? Los gustos cambian con el tiempo. Lo que antes era digno de ser admirado, ahora se ha convertido en una vulgaridad.

-Los estómagos crujen siempre con el hambre y Leonardo no los aplacará con esos platos extravagantes. La novedad no gustará. Y veremos que dicen los clientes cuando vean el menú. ¡Señor! Solo a un loco se le ocurre ofrecer dos mitades de pepinillo sobre una hoja de lechuga -dijo Sandro levantándose.

-Entonces. ¿Por qué te has asociado con él? -le preguntó Salvatore mordisqueando la zanahoria.

-Por amistad. Claro que, eso es algo que tú no puedes comprender. Has dejado bien claro que solo buscas mis favores -dijo Sandro con tono lastimero.

-Por favor, no empecemos. ¿Me perdonas? -dijo Salvatore acariciándole la mejilla con ternura.

Sandro se la apartó con brusquedad.

-Vamos, Lorenzo. Mira como queda el lienzo. ¿Está torcido? -dijo dándole la espalda a su protegido.

Sandro y Lorenzo se enfrascaron en la decoración y Salvatore regresó a los fogones, mientras Giancarlo, estupefacto y con el corazón latándole con fuerza, permaneció quieto. No podía ser cierto lo que estaba sucediendo. ¡Se encontraba rodeado por los mejores artistas de Florencia! Da Vinci, Lorenzo Credi, y su admirado Botticelli. Sin duda estaba soñando y pronto despertaría.

-Chico. ¿Qué haces ahí parado? ¿No has venido a trabajar? Pues, ve a la cocina -dijo Botticelli.

Giancarlo asintió aún con la respiración agitada y se acercó a los fogones.

Leonardo estaba observando como su ayudante manipulaba la comida.

-¡Estupendo! Salvatore, talla el nabo. Yo deshuesaré la pezuña de esta oveja -dijo sonriendo ampliamente.

-Yo... ¿Qué hago? -musitó Giancarlo con voz temblorosa.

Leonardo alzó los hombros con desidia y le señaló unas lechugas.



-Prepara una ensalada. Pero nada vulgar. Quiero arte. ¿Entiendes? ¿Sabrás hacerlo? Supongo que no. ¡En fin! Inténtalo al menos. Las cosas ya no pueden empeorar más.

Durante unos largos segundos, el muchacho miró la hortaliza. Pensó que, si quería entrar en el selecto club de los más grandes debería mostrar un trabajo original, digno de un artista. Imaginó en su mente el bosquejo, las formas y colores. Cortó con precisión, dando estructura a la simple lechuga convirtiéndola en un ramo floral, rematado con cerezas simulando los capullos de rosa.

Leonardo clavó sus ojos inquisitivos en el plato. Entrecerró los ojos y alzó el rostro para mirar al chico fijamente.

-¡Sencillamente genial, muchacho! -gritó dándole unas palmadas en la espalda.

Salvatore miró de soslayo al recién llegado. No se alegraba en absoluto. Hasta ahora había sido el preferido del maestro y la competencia no le placía. Pero, ya no importaba, pensó. Tenía otros planes más elevados que dejarse la piel en una miserable cocina.

-No está mal. Debo irme -musitó quitándose el mandil.

-Aún queda mucho por hacer -se quejó Leonardo.

Salvatore le lanzó una mirada helada.

-No trabajo para vos. Estoy ofreciendo ayuda a vuestro descabellado negocio porque me lo ha pedido Sandro.

Giancarlo miró a Leonardo que respingó. Su rostro se contrajo en un rictus de ira.

-¿Descabellado? ¡Mentecato! ¿Quién eres tú para opinar de un genio como yo? No eres más que un muchacho con pequeñas aptitudes que jamás llegará a nada. ¿Qué te has creído? ¿Qué Sandro te protege por tu arte? ¡Ah! Todos sabemos el motivo. Y en cuanto se canse de tus favores, te echará como a un perro. ¿Y que harás entonces? ¡Restregarte en el fango, que es donde te encontró! -rugió lanzando la cuchara de palo contra la pared.

Salvatore no se alteró. Dobló con cuidado el delantal y lo dejó sobre la mesa.

-Ya no os necesito. A ninguno de los dos -respondió con gesto altivo.

Sandro, que al oír los gritos entró en la cocina, lo escrutó con ojos desorbitados.

-¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loco? ¡Sin mí protección no serás nada! -clamó.

El chaval sonrió enigmáticamente.

-No os preocupéis. Tengo el futuro resuelto.

-¿Te has vendido a otro? -jadeó Botticelli.

Salvatore levantó los hombros con desidia. Dio media vuelta y marchó de la cocina.

Sandro miró estupefacto como cruzaba la puerta y salía a la calle. No podía creer lo que estaba sucediendo.

-¿Me deja? -gimió.

Leonardo le rodeó el hombro con el brazo.

-No era tan especial, Sandro. Ni buen pintor. Es mejor así.

Éste entrecerró los ojos.

-El otro día lo vi con un hombre de aspecto regio. Parecían charlar animadamente.

-Amigo, olvida a Salvatore. Ese chico no te conviene. Es demasiado arrogante e insensible. Te ha demostrado que solo le guiaba el interés. A partir de ahora podrás dedicar el tiempo a alguien con más talento -dijo Leonardo quitando importancia a lo ocurrido. Después miro a Giancarlo y dijo: Chico, el trabajo espera. Por supuesto, si deseas aceptarlo.

-Claro que sí. Necesito dinero. Pintar en la Plaza della Signora no me da para nada -contestó Giancarlo.

Sandro lo escrutó con sus ojos negros.

-¿Eres pintor?

-Sí. Claro que, no sé si bueno -musitó Giancarlo removiéndose inquieto.

-Por lo que he visto en la cocina, imagino que no serás malo. ¿Lo ves, amigo? La vida es estupenda. Aquí tienes a tu nuevo aprendiz -rió Leonardo dándole unas palmadas en la espalda a Sandro.

-Ya veremos. Primero he de ver lo que hace -gruñó Sandro no muy convencido. Ahora lo único que le preocupaba era la marcha de su aprendiz favorito. Debía pensar el modo de que regresara.

-Puedes hacerlo en cuanto terminemos aquí. ¡Vamos! No debemos perder más tiempo. Todos a la cocina -ordenó Leonardo.

Concluido la labor, Sandro decidió acompañar a Giancarlo a la pensión para ver sus trabajos.

La patrona, una mujer de carnes generosas y rostro ajado, miró sorprendida a Botticelli.

-Es un honor para esta humilde casa recibirlo -dijo efectuando unas exageradas reverencias.

Sandro hizo revolotear la mano con desinterés y siguió a Giancarlo hasta la habitación, tapándose la nariz ante el espantoso olor que surgía de todos los rincones de la miserable posada.

Nervioso, Giancarlo le enseñó sus creaciones. Tres cuadros. Dos de tema religioso y un retrato, el de su madre.

Sandro los estudió largo rato; mientras el aspirante a pintor, impaciente, se mordía las uñas. Estaba convencido que se burlaría. En este momento, ante esos ojos inquisitivos, su obra le parecía una porquería.

-No está mal -dijo al fin mostrando una sonrisa.

Giancarlo casi chilló.

-¿De veras?

-Falta perfección en los colores, en detalles. Pero indudablemente, tienes estilo y personal. No haces meras copias. Eso es interesante. ¿Quién te enseñó?

-Marco Giordano, el sacerdote de mi pueblo.

-Ha sido un buen maestro. Será un placer ser tu mentor -le comunicó.

-¡Oh, gracias! ¡No sabéis cuán dichoso me hacéis! Sois muy amable, señor - exclamó Giancarlo reprimiendo las ganas de abrazarlo.

-No lo soy. Si te acepto, es porque creo que tienes posibilidades. Aunque, en este lugar pueden volatilizarse. Ninguna alma sensible podría inspirarte en una pocilga. ¿Cómo logras resistirlo? -dijo Botticelli tapando sus fosas nasales con el pañuelo.

-No puedo pagar nada más decente, señor. Incluso, si no hubiese encontrado trabajo, en dos días estaría durmiendo en la calle.

Botticelli sonrió ampliamente.

-Deja de preocuparte. Ahora estás bajo mi amparo. Recoge tus cosas. Tengo un cuarto en el taller donde puedes hospedarte. Si no te importa compartirlo con Leonardo. ¿Te parece buena solución?

-Sí, señor -contestó Giancarlo llenando la bolsa con sus escasas pertenencias. Recogió los lienzos y caminó tras su mentor dispuesto a demostrar que sus sueños no eran quimeras.

El taller estaba situado en las cercanías de la plaza della Signora. El edificio, antiguo y al que le hacía falta una buena reforma, constaba de una planta baja y un piso. A pie de calle, en la escuela, caballetes, botes con pigmentos y esbozos reinaban en un caos organizado. En el piso había una pequeña alacena y una habitación amplia, dónde estaba ubicada la cama del maestro Da Vinci.

Leonardo volvió el rostro al escucharlos.

-El muchacho no tiene donde ir y he decidido que se quede aquí. ¿Te importa? -le dijo Botticelli.

Leonardo escrutó a Giancarlo con la frente fruncida.

-Siempre que me deje trabajar con libertad y no moleste. Ya sabes que necesito concentración para mis asuntos. Aunque supongo, que no me queda otro remedio. El taller es tuyo -dijo con tono disgustado.

-Os prometo que no importunaré -aseguró Giancarlo.

-Eso espero. Soy un hombre muy ocupado, chico. Nos veremos mañana, Sandro.

Botticelli se marchó y Da Vinci le indicó a su nuevo acompañante un arcón donde colocar sus pocas pertenencias.

Giancarlo lo abrió. No estaba vacío. Había alguna ropa, esbozos y mapas.

-¿Dónde dejo esto? -pregunto.

Leonardo le indicó sin mirarlo que lo dejara en el suelo.

-Ahí hay un colchón. Está maltrecho, pero servirá.

-No importa -aseguró Giancarlo agradeciendo al cielo la suerte que tenía. ¡Nadie podría creer en el pueblo que compartía habitación con Da Vinci!

-Supongo que siendo tan joven estarás acostumbrado a trasnochar, pero en este cuarto, los que lo ocupan, se acuestan pronto. Así que, en cinco minutos apago la lámpara -dijo Leonardo con aspereza.

-Nunca he estado fuera de la cama pasado el anochecer. El trabajo requería que me levantara a la salida del sol. No os preocupéis, maestro. Nunca discutiremos sobre esto -dijo Giancarlo quitándose la chaqueta.

-Es un alivio. Salvatore era bullicioso y no me dejaba descansar. Y yo, necesito reposo. Tengo demasiados proyectos y escaso tiempo. Buenas noches, chico -dijo Leonardo tumbándose en la cama.

Emocionado, Giancarlo se acostó, pero apenas pudo pegar ojo. No quería despertar y comprobar que todo había sido un sueño; aunque también influyeron los sonoros ronquidos que provenían del catre contiguo donde dormía el maestro Da Vinci.

Con sigilo bajó al taller, pensando que aún le parecía mentira que el hijo de un campesino estuviese en la escuela de Alessandro Filipepi, caminando en completa libertad por entre lienzos aún inacabados; a punto de iniciar mi carrera artística junto a uno de los más grandes genios del momento.

Durante más de una hora estuvo observando los lienzos que dormitaban en los caballetes a la espera de ser despertados por los pinceles. Todos le parecieron obras de arte y se preguntó que extraña razón le había llevado a Botticelli a admitirlo como alumno. Cierto era que, su maestro en el pueblo le había enseñado todas las técnicas y modos de mezclar pigmentos. Pero dudaba que consiguiera llegar a pintar como esos chicos.

Cansado se acostó y al amanecer, ojeroso e inquieto, aguardó la llegada del maestro.

-¿Nervioso? -le preguntó Da Vinci ajustándose la casaca.

Giancarlo asintió soplando el vaso de leche caliente que el maestro le había ofrecido.

-No debes estarlo. Me he tomado la libertad de ver tus cuadros. Sandro quedará satisfecho contigo.

-Maestro. ¿Por qué dormís aquí? -le preguntó el muchacho.

-Diferencias con el casero. El tipo quería aumentarme el alquiler de un modo abusivo. Decidí largarme y buscar algo más económico. Sandro, en su generosidad, me cedió una cama y parte del taller para que asistan mis alumnos -le contestó desenrollando unos papeles.

-¿Futuros cuadros, maestro Da Vinci?

-Por favor, llámame Leonardo. Verás. Son inventos. Máquinas para facilitar la existencia del hombre.

-¿Esta actividad no os aparta de la pintura, maestro?

-¡En absoluto! La considero tan importante como el arte. Muchacho, jamás se inventaría nada si todos nos sintiéramos satisfechos con los descubrimientos. ¿No estás de acuerdo? Mira éste -dijo mostrándole unos pliegos.

Giancarlo ojeó los papeles. Entre ellos había mapas y bocetos. Estudió con atención el dibujo de un artilugio complicado, cuya utilidad no comprendió. Leonardo sonrió divertido.

-Supongo que son muy complicados para un principiante. Éste artefacto será utilizado para cazar ranas.

Lo era, sin duda. Giancarlo jamás había visto algo tan rebuscado. Poleas que empujaban a un enorme martillo hacia una lámina de madera. Le pareció absurdo. Él las

cazaba, en el río de su pueblo, sencillamente con un palo, en cuyo extremo había un taco de madera repleto de clavos. Golpeaba a la rana y la atrapaba al instante.

Los pasos en la escalera les hicieron dejar de mirar los papeles. Era la mujer que se encargaba de la limpieza del taller. Una mujerona gruesa y de cara poco favorecida, siendo más acentuada su fealdad por el gesto adusto que la obligaba a contraer la frente.

-Recuerda que todo debe quedar como está -le dijo Leonardo con tono autoritario.

Ella se limitó a refunfuñar desenvainando el trapo que llevaba atado a la cintura del vestido.

-¿Dejo esto en el suelo? -preguntó al ver la ropa y papeles

-Veo que pronto se me ha destronado -dijo Salvatore entrando en el cuarto, mirando a Giancarlo con un brillo de enojo en sus ojos verdes.

-No merece otro trato el traidor. Además, necesitábamos espacio. ¿Y qué haces aquí? Si Sandro te ve, se enfurecerá -dijo Leonardo.

-Solo he venido a buscar mis cosas. Si me permitís, terminaré enseguida

Salvatore llenó una bolsa. Después se acercó a la pared y descolgó un cuadro, mirando con ojos encendidos a Da Vinci.

-Eso es. Llévatelo. No tiene valor alguno -comentó Leonardo con tono ácido.

-Que tengáis buen día -masculló Salvatore dando un sonoro portazo.

-¡Mentecato! -rezongó Leonardo.

-¿No os cae bien, verdad? -dijo Giancarlo al ver el rostro contraído del grandioso pintor.

-Aborrezco a cualquiera que dañe a Sandro. Y es fácil hacerlo. Es un hombre demasiado sensible. Además, es un artista nefasto. ¿No te has fijado en el cuadro que se ha llevado? Es suyo. Y le tiene un aprecio exagerado. ¡Incomprensible! ¡Es espeluznante! Jamás vi peor empleo de los colores y técnica.

-Es un alivio conocer la identidad del autor, maestro. Pensé y perdonad, que era vuestro o de Botticelli -dijo el muchacho en voz apenas audible.

-¡Qué majadería! Se ve a simple vista que ese cuadro era horrendo -intervino la criada.

-Una gran entendida la dama -se burló Leonardo cruzando la puerta -.Es hora de dar clase, Giancarlo. Vamos. Mira. Hablando de Sandro, ahí llega tu mentor, y mis alumnos.

Botticelli entró junto a otros muchachos y con Credi. Nervioso, Giancarlo bajó a la planta baja precedido por Leonardo.

-¿Has dormido bien? Veo que no. Supongo que será la emoción. No todos pueden decir que están junto a un genio. ¿Verdad? -dijo con cierto aire vanidoso -. Chicos, os presento a... ¡Diablos! Aún no sé tu nombre.

-Giancarlo Romola -se apresuró a decir el nuevo aprendiz con el rostro encendido por la vergüenza al ver todos los ojos clavados en él.

-No temas. Pronto la novedad pasará y no te harán el menor caso -dijo Sandro dando unas palmadas. Todos sus pupilos se pusieron en movimiento.- Bien, Giancarlo. Ya he visto tu trabajo y considero que no estás aquí como simple aprendiz. Serás un ayudante. Veamos que sabes hacer. Piero, a tu puesto. Muchachos, a trabajar.

Piero, ante los ojos asombrados del recién llegado se quitó la ropa y desnudo, se tumbó en un sillón.

El maestro soltó una sonora carcajada. Se acercó a Giancarlo y lo miró con gesto cordial.

-¿Qué ocurre? ¿Nunca has visto a nadie en cueros? No temas. No hay nada indecente en esto, aunque las autoridades, por supuesto no opinan del mismo modo. Pero nosotros debemos defender el arte, que es lo más grande que posee el hombre. Debe ser despojado de cualquier atadura. El cuerpo humano merece ser retratado en todo su esplendor, sin ropajes que oculten la grandeza divina de la que fue creado.

-Como decía Virtubio, está en "el plan global de las cosas". Adelante, chico. Pinta sin vergüenza. ¡Demuestra tú gran talento! -exclamó Leonardo blandiendo el pincel -. Y vosotros, mis pupilos, también. ¡Vamos, a trabajar! Quiero que plasméis la belleza del modelo. ¡Lo quiero ver como a un dios!

Con dedos temblorosos, Giancarlo mojó el pincel en el tarrito y comenzó a pintar, mientras Sandro observaba con atención cada uno de sus trazos.

-Espera. Ven -le pidió llevándolo al otro extremo del taller -. Giancarlo, el alma del artista no puede estar encerrada entre los barrotes de la represión ni el temor. El arte debe volar con las alas de la emancipación. No importa que los ojos no admiren nuestro trabajo, que nos critiquen. Los colores, las formas, deben surgir de lo más hondo de nuestra alma. Tenemos la obligación de ser sinceros y consecuente con nuestro arte. Olvida a los ignorantes y deja que la inspiración germine. ¿Comprendes? Ahora, regresa ante el lienzo y no hagas una mera copia de lo que ves. Crea tu propia visión.

Intentó hacerlo. Pero no lo consiguió. En el lienzo continuaba plasmándose la cruda realidad: A Piero desnudo, tumbado, con los mismos gestos aburridos y cansados tras dos horas de permanecer quieto como una estatua.

-Soy un desastre. Fui un iluso al creer que podía llegar a ser tan grande como vos -musitó Giancarlo desanimado.

-¿Conocías mí obra?

-Cuando niño, mi maestro me mostró uno de vuestros lienzos y en ese instante quedé prendado de vuestra destreza. Y decidí ser pintor. Pero nunca lo conseguiré. El arte no me ha llamado para que transite por sus caminos.

Sandro paseó la mano por sus rizos con una sonrisa dibujada en su rostro atractivo.

-Te equivocas. Pero las piedras preciosas deben extraerse de las profundidades. Yo te enseñaré a sacarlas a la luz.

-Mí padre tenía razón. Solo soy un soñador. He sido un loco viniendo aquí -dijo el chico tirando el pincel sobre la mesa.

Sandro le tomó del mentón y lo obligó a mirarlo.

-La opinión de un hombre sin sensibilidad no es la más adecuada para un muchacho como tu. ¿Sientes que el arte bulle dentro de ti, que no hay nada más importante que te ofrezca una pizca de felicidad?

-La pintura es más fuerte que mi voluntad. Pero eso no significa que sea digno de ella -contestó.

-Puede que tenga fama de insensato e irreverente con las normas. Sin embargo, no soy estúpido. Si te traje conmigo fue porque vi en ti un gran potencial. Y pienso lograr que este fluya para el goce de los mortales.

Giancarlo lo dudó y dijo:

-Temo que será una ardua tarea, señor. Solo soy un pastor patán, sin la menor educación.

-¿Y qué crees que soy yo? Crecí entre el cuero, empapándome de su olor. Muchacho, el don del arte no conoce orígenes. Germina en cualquier terreno. Únicamente es necesario que la lluvia la haga crecer. Yo seré el agua que alimente tu semilla. Conmigo conocerás técnica y tendencias. Pero sobretodo a ser libre. Nunca dejes que nadie te diga como ha de ser tu obra. ¡Jamás!

-Vos aceptáis encargos -osó decir su alumno.

Sandro rompió a reír y todos los demás estudiantes volvieron sus rostros hacia ellos.

-Me gusta el arrojo que tienes, chico. ¡Eh! Seguid trabajado. Verás, Giancarlo. Un artista también necesita cosas terrenales como la comida. Pero ante todo, la protección de los poderosos. Sin ellos, no seríamos nada.

-Acabáis de aconsejarme que sea libre. ¿No es un pensamiento incoherente? - le rebatió él.

Sandro lanzó un suspiro.

-El arte, lo es precisamente, porque es admirado. Colgado en una habitación, sin que sea expuesto, no es nada.



-Difiero. Una genialidad lo sigue siendo tanto si es elogiada por unos ojos o por miles -continuó discutiéndole Giancarlo.

-Los artistas estamos llenos de vanidad. Necesitamos ser reconocidos. ¿O no has venido hasta Florencia para ello? -le recordó.

Giancarlo admitió que tenía razón. De lo contrario, no habría dejado su casa para mostrar el arte que ocultaba al mundo.

Credi se acercó a nosotros.

-¿Qué ocurre? ¿Te recrimina algo? Espero que no, Sandro. Este chico es un gran artista -dijo echando una ojeada al lienzo que tenía ante mí.

-Él no lo cree. Pero nosotros le demostraremos que está equivocado. ¿No es cierto? -comentó Sandro.

-Haremos lo posible. Mira quien viene -le señaló Credi.

Un hombre de rostro atractivo y ataviado con ropas costosas adornadas con algunas joyas, entró en el taller y caminó hacia ellos con gesto arrogante.

Leonardo al verlo, abandonó la planta baja y subió las escaleras como alma que lleva el diablo. No quería arriesgarse a que ese tipo lo ofreciera un trabajo. En aquellos momentos estaba demasiado ocupado en sus proyectos.

-¿A qué debo el honor de que pises mi humilde taller? -dijo Sandro tendiéndole la mano al visitante.

-¿Humilde? ¡No seas desvergonzado, amigo! Vengo a proponerte un encargo.

Sandro alzó la mano moviéndola con agitación.

-Guiliano, sabes que estoy muy ocupado. La taberna, los alumnos. Ahora es imposible.

-Estoy seguro que tendrás tiempo para Simonetta. Deseo que la pintes. Pero nada vulgar y corriente. Que florezca su belleza. Que todos puedan admirarla a través de los siglos -insistió Guliano.

-Sé que está ansioso por pinarla -aseguró Lorenzo mirando con gesto cómplice a su compañero.

Sandro chasqueó la lengua.

-Ya tengo otro encargo. El cuadro de Gaspare del Lama, para la iglesia de Santa María Novella. Y lo llevo bastante retrasado.

-¡Olvídalo! Ese tipo no entiende de arte -exclamó Guliano con desprecio.

-Muchas gracias, amigo. Pensé que me considerabas un genio -refunfuñó Sandro. Guliano carraspeó.

-Has entendido perfectamente a lo que me refiero. Si te ha escogido a ti, es simplemente por tu renombre. En cambio yo, sabes que adoro tu arte. Por eso sé, que estarás más complacido con el retrato de Simonetta que con una temática religiosa.

-Además, -intervino Lorenzo - una demanda de un Medici no puede ser rechazada. ¿No es así?

Guliano sacudió la cabeza con gesto molesto, mientras Giancarlo lo miraba pasmado. ¡Lo que le estaba sucediendo no podría creerlo nadie en el pueblo! ¡Estaba ante un hombre que pertenecía a la familia más afamada y poderosa de Italia!

-Conocéis el respeto que os tengo y jamás os obligaría a nada. Sandro, te lo estoy suplicando. Simonetta no está bien, ya lo sabes. No quiero que con el tiempo se olvide su rostro, ni lo que significa para mí.

Sandro asintió con rostro sombrío.

-Lo haré gustoso, amigo. Le daré largas a Gaspare y buscaré un ayudante. Creo que Giancarlo será el indicado.

-¿Yo? -musitó el chico con voz ahogada.

Guiliano sonrió pensando que su amigo había sustituido con prontitud a su antiguo amante.

-¿Un nuevo protegido, Sandro? ¿Qué ha pasado con el magnífico Salvatore?

-No pienses mal. Es el mejor artista que he encontrado hasta ahora. Solo eso. Y con referencia a ese desagradecido, te informaré que se ha marchado -contestó Sandro con un gruñido.

-Nunca me gustó. Se comportaba contigo con despotismo. Es mejor así. Sin embargo, este chico me parece agradable. Y debe ser un genio si has decidido que dé unos trazos a ese cuadro. Hablaré con mi hermano de él. No dudará en tenerlo bajo su protección -dijo Guliano.

-Gracias. Me estáis ofreciendo un gran honor, señor -musitó Giancarlo sintiendo como el calor empañaba sus mejillas por la emoción. Todos los sueños se estaban cumpliendo.

Guiliano lanzó un largo suspiro.

-Debo irme. Simonetta estará ausente de la ciudad durante unas semanas. En cuanto regrese, iniciarás el cuadro. Nos veremos en la taberna. Porque espero ser un invitado de honor. Aunque, imagino que con la comida que nos dará Leonardo nuestros estómagos quedarán vacíos.

Lorenzo y Sandro asintieron sin poder evitar reír, mientras Guliano abandonaba el taller.

-Yo también debo irme. La Condesa Spedaletto me aguarda -dijo Lorenzo.

-Ese cuadro se está retrasando mucho. ¿No? -dijo Sandro mirando a su amigo con suspicacia.

Lorenzo esbozó una sonrisa pícaro.

-Estoy haciendo una obra concienzuda. Su esposo está realmente contento. Aunque, ella mucho más. Considera que soy un artista consumado. Que manejo “el pincel” como ningún otro. Y es generosa. ¡En fin! El arte requiere a veces de un gran sacrificio. Ya nos veremos -dijo saliendo a la calle.

-¿Por qué habéis aceptado el trabajo de Guliano? Él mismo os dijo que no os obligaba -le preguntó Giancarlo a su maestro.

-Por amistad y por admiración hacia esa joven. Lo comprenderás en cuanto la veas. Es el ser más bello que he conocido y merece ser immortalizado por el más grande -respondió con voz melancólica.

-Son buenas razones -admitió Giancarlo.

-Tampoco son las únicas, chico. Pienso crear algo único. Cuando el cuadro esté terminado, todos hablarán de él. De la perfección e innovaciones que utilizo. Cosa que espero que tu hagas con los tuyos. ¿Continuamos o te has dado por vencido? -dijo.

-Aún no -respondió Giancarlo encaminándose hacia el boceto con decisión.

-¡Estupendo! Acabaremos la clase e iremos a la taberna. Leonardo me matará si no lo ayudas. Después, comenzaremos a trabajar en el cuadro del obispo. ¡Ay Señor! A veces es duro ser un genio -dijo Sandro efectuando un gesto teatral de agotamiento.

El rostro adusto sonrió cuando la nave se adentró en el Gran Canal y la Cúpula de la Ascensión se divisó en el horizonte.

En sus viajes había visto infinidad de ciudades y aunque encontró verdaderas maravillas, ninguna era comparable a la urbe suspendida sobre las aguas. Venecia se mostraba como un espejismo, un sueño realizado para el gozo del alma.

Los gritos estridentes en el muelle lo apartaron de sus pensamientos. Cuando el barco atracó, cruzó la pasarela y esperó a que bajaran su equipaje. Estaba ansioso por retornar a la paz del hogar y olvidar el ajetreo al que había estado sometido en esos últimos meses. Pero sobretodo, lo que más ansiaba era ver de nuevo a su hermana y a sus cinco sobrinos.

Cuando se disponía a marchar hacia casa, un hombre lo abordó entregándole una nota. Al leerla frunció la frente. Se sentía agotado y lo que menos necesitaba ahora era una reunión; pero la Sociedad requería su presencia cuanto antes y debía acatar la orden.

Tomó una góndola y mientras recorría los canales no pudo evitar un rictus de pesadumbre. Habían llegado grandes noticias, sin embargo no podría comunicárselas a su mejor amigo. La misión era más importante que la felicidad de Biancoforte.

La pequeña barca se detuvo ante el islote de San Gioavanni Laterano. Miró el edificio rodeado por el agua. Era de formas parcas y nada lujoso comparado con los palacetes que inundaban Venecia. Entregó unas monedas al barquero y saltó hasta la tarima de madera, único medio para llegar hasta la puerta.

Sin darle tiempo a que su mano tirara de la campanilla, la puerta se abrió.

Un hombre de cabellos canos y rostro afilado, delgado como un junco, le indicó que pasara.

-Os aguardan, señor.

Entró en el edificio y cruzó el salón hasta alcanzar una puerta dorada. Dio unos golpes con el puño y abrió. Un grupo compuesto por tres hombres ocupaba unos sillones colocados en forma de círculo, en cuyo centro había una mesa con una gran cruz roja sobre ella.

-Andrea, bienvenido. Sentimos perturbaros recién llegado del viaje. Por favor, tomad asiento -dijo el más anciano.

-Ante todo, pido disculpas por mi aspecto. Pero consideré que era más urgente la reunión que el aseo. ¿Es cierto que lo han hallado, Montagut? ¿Se encuentra bien? -dijo Andrea.

Éste asintió con rostro preocupado.

-Nuestro agente lo localizó en Florencia. Por lo visto, el muchacho alcanzó el destino que deseaba.

-¿Lo habéis comunicado a su padre?

-¡En absoluto! Su comportamiento ha roto todas las reglas de la casa. Vive en la inmoralidad.

-No obstante, su padre tiene derecho a...

-En estos momentos, es imprescindible que no sepa nada. Hay asuntos que deben guardarse en secreto. Ha cometido un acto ignominioso -lo interrumpió Fabio Lomberdi, el más joven de los asistentes.

-Por lo que, para nosotros ya no es un hermano. Y Biancoforte deberá olvidar que un día tuvo un hijo, si quiere permanecer en la cofradía -dijo Montagut con rostro grave.

Andrea entrecerró la frente.

-Así lo dictaminan las ordenanzas -le recordó Lomberdi.

-Eso no es lo más preocupante. Nuestro hombre ha descubierto que pretende traicionarnos -anunció Montagut con semblante preocupado.

Un murmullo de estupor llenó la sala.

-¿De qué modo? -preguntó Andrea.

-Vendiendo nuestro gran secreto.

Los gritos estallaron ante la terrible revelación.

El tercer hombre que hasta el momento había permanecido callado, se levantó sublevado.

-¡Hay que impedirlo! -gritó.

Montagur pidió calma.

-Desde luego, que lo haremos, Vincenzo. No podemos permitir que el mundo lo descubra. Podrían ocurrir grandes desastres. Por ello he pensado, que debemos enviar a un intermediario para que lo haga entrar en razón.

-¡Será inútil! El chico nunca tuvo predisposición para ser miembro de la comunidad; ni sumisión. Fue un error traerlo. Os lo advertí -comentó Lomberdi.

Vincenzo alzó la mano con gesto impaciente.

-En efecto. No obstante, ya es tarde para lamentarnos de los errores del pasado. Lo que debemos hacer es evitar la catástrofe. Del modo que sea.

Andrea le lanzó una mirada iracunda.

-¿Del modo que sea? ¿Qué insinuáis, hermano? Si es lo que pienso, vos tampoco seguiríais las reglas sagradas. Tendríamos que apartaros de la casa.

-No, si la causa es justificada. Ese renegado nos está poniendo en un serio peligro.

-El asesinato va en contra de nuestros principios. Jamás apoyaré esa decisión - insistió Andrea.

-Hermano, la situación es extrema. Si el secreto surge a la luz, nosotros también lo haremos. Y no gustará a los poderosos. Volverán a acusarnos de conspiración y nos eliminarán. ¿Y qué será de nuestra obra? No olvidéis que muchos indefensos dependen de la orden. La misión tiene que continuar -dijo Montagut.

-Cierto. ¿No querréis que los ambiciosos se aprovechen de nuestro gran conocimiento para llenar sus arcas, para conquistar tierras con el poder de las armas? Las riquezas que obtenemos deben continuar sirviendo a los despojados. Además, la orden siempre ha usado las armas contra los infieles. Somos ante todo soldados al servicio de Dios y esta causa nos obliga a ser de nuevo expeditivos con aquél que desea destruirnos -dijo Lomberdi.

Andrea los miró con gesto desolado admitiendo que tenían razón.

-¿Qué ocurrirá con Biancoforte?- musitó pensando en su amigo.

Montagut inspiró con fuerza. Biancoforte, desde el desliz que cometió en su juventud, era el miembro más abnegado de la sociedad. Siempre dispuesto a cumplir la ley, aunque ésta perjudicara su vida privada. No obstante, este caso era distinto. Dudaba que acatara la resolución.

-No tiene porque enterarse. Si el muchacho no atiende nuestra súplica, oficialmente habrá muerto de alguna enfermedad o accidente -decidió.

-Es lo mejor, Andrea -dijo Vincenzo.

Montagut se levantó dando por terminada la reunión.

-Enviaré a nuestro hombre a Florencia con las instrucciones de que si no recapacita, cumpla con... Lo acordado. Hermanos, volved a vuestros hogares y orad para que la oveja descarriada retorne al redil.

Los asistentes abandonaron la casa, cada uno de ellos en una góndola distinta. Era muy importante que nadie los relacionara.

Andrea no podía dejar de pensar en la decisión tomada. No estaba en absoluto de acuerdo. Biancoforte era su mejor amigo y no deseaba que el dolor de la muerte de su hijo lo destrozara. Iría a Florencia e intentaría encontrarlo antes que fuera demasiado tarde. Conocía al muchacho y no dudaba que entraría en razón.

Al llegar a casa, sin perder tiempo, y olvidando los planes que se había marcado, llenó una bolsa y cogió el suficiente dinero para una larga ausencia.

Tras su aceptación en la escuela, los días siguientes fueron como un torbellino para Giancarlo. Por la mañana estudiaba en el taller. Durante la tarde trabajaba en la cantina y por la noche en el cuadro para Lama. Pero no le importaba. Al fin había encontrado a alguien que le comprendía, que no se mofaba de sus sueños. Sandro era un maestro paciente y abnegado con un alumno tan torpe como él. Aunque, en algunas ocasiones el buen talante lo abandonaba y adquiría un carácter sombrío, incluso triste, como si de repente todo su éxito no lo recompensara. Entonces, perdía la paciencia y nada de lo que sus alumnos hicieran le resultaba satisfactorio, pudiéndose escuchar sus gritos desde la otra esquina de la calle.

A pesar de esos repentinos cambios de humor, Giancarlo continuaba admirándolo y estaba dispuesto a no defraudarle. Así que, aquella tarde, se sentó ante el lienzo que compartían.

El cuadro era una alegoría a la adoración de los Reyes Magos. Botticelli había modificado el lugar del nacimiento de Cristo. Ya no había una cueva, sino un viejo palacio medio derruido en mitad de un campo luminoso con pastos y suaves colinas. Y Giancarlo supuso que era la personalidad que el artista quería reflejar.

-Es magnífico, maestro -musitó.

-Los que saben mucho se admiran de pocas cosas, mientras los que no saben nada se admiran de todo.

El rostro de Giancarlo se tornó carmesí.

Sandro soltó una sonora carcajada.

-Querido aprendiz, es una broma. No te considero ningún patán. Por eso estás a mí lado. Aunque, toma nota de lo que he dicho. El conocimiento nos concede opiniones más veraces. Anda. Dale un tono ocre a las columnas, pero oscurece el interior. Eso dará el efecto de luminosidad que necesitamos -le pidió.

-Sí, maestro -dijo Giancarlo empapando el pincel con suavidad.

Sandro lo miró con reproche.

-Giancarlo, te he dicho mil veces que mi nombre es Sandro y que no quiero formalidades. Ahora somos compañeros de fatigas. ¿Sabes? Pondré caballos.

-¿Por algún significado especial? -se interesó su aprendiz.

-En absoluto. Siempre me han gustado esos animales. Leonardo dice que la pintura es poesía muda, y la poesía pintura ciega. Yo considero que los caballos son poesía en movimiento. Así de simple. Chico, los pintores no somos tan complicados y rebuscados como parece. Son los ojos que miran quiénes buscan explicación para cada

pincelada. ¡Deberías oír lo que dicen algunos! Incluso yo mismo he llegado a asombrarme del significado que he pretendido plasmar en alguna de mis obras.

Giancarlo meditó durante unos segundos.

-Puede que ellos, a través de la distancia, vean nuestro interior con más claridad.

Sandro se sentó con expresión reflexiva.

-Es posible. ¿Y cómo me ves tú?

-Pues... A parte de que sois un genio, creo que no carecéis de inteligencia. Poseéis generosidad y un don innato para disfrutar de la vida. Y aunque, a veces, caéis en la melancolía, el optimismo os salva.

Sandro lo miró con fijeza y asintió.

-Y tú tienes habilidad para analizar a los demás, por lo que veo. No obstante, en algo te equivocas. En ocasiones me siento a oscuras, como si todo lo que me rodea ya no me importara nada y me deprimó. Pero entonces, la inspiración me rescata del pozo profundo y surgen las imágenes. Como ahora. A San José lo pondremos alejado de María, en un segundo plano. Al fin y al cabo, él no tuvo nada que ver con el milagro. ¿No crees?

-Si vos así lo habéis decidido, estará bien -respondió Giancarlo retocando una de las columnas.

Sandro soltó un sonoro bufido.

-No necesito amigos que cambien cuando yo cambio y asientan cuando yo asiento. Mi sombra lo hace mejor. ¿Acaso no tienes opinión propia? Giancarlo, muchacho, no estás a mi lado tan solo para aprender a pintar; también quiero que madures. Que tu personalidad resurja sin que nadie intente maniatarla. Dicho esto, habla.

Giancarlo carraspeó indeciso.

-Bueno... Yo... Considero que el obispo no estaría conforme. Opino que quedaría mejor si estuviese a su lado, unos pasos tras ella, con actitud contemplativa. Ofrece el mismo significado que queréis darle, pero sin ofender al clero. Lo cuál, es siempre prudente.

-No eres tan solo un buen pintor, además, eres un gran diplomático. Muchacho, me has salvado de una buena reprimenda clerical. Estoy satisfecho de haberte tomado bajo mí protección. Nuestra unión dará buenos frutos -dijo Sandro mirándolo con fijeza, estudiándolo con atención por primera vez. ¿Cómo era posible que no se hubiese percatado del ser tan extraordinario que había tomado bajo su protección? Giancarlo era inteligente, educado y muy atractivo.

-Espero no decepcionaros, maestro -musitó el chico arrebolado.

-¿Aún no estás convencido del artista que llevas dentro?



Giancarlo negó con la cabeza. Durante años soportó las burlas de su padre. Era incapaz de comprender que jamás podría ser como él. Que no sentía interés por la granja ni por las cosas que él había hecho. Nunca se cansó de decirle que sería un fracasado y esas palabras habían carcomido la férrea voluntad de demostrar que no sería así. Incluso ahora, que estaba junto a uno de los más brillantes artistas, continuaba dudando.

Sandro pareció intuir sus pensamientos.

-Yo tampoco fui comprendido. Mi familia ya había elegido el futuro por mí. Curtidor como lo fueron mis antepasados. Pero me negué. Un alma sensible no podía perderse entre pieles burdas. Había nacido para un propósito más elevado: El arte. Y demostré a todos que tenía razón. Ahora se enorgullecen del hijo sensibilero y estrafalario.

-Yo os encuentro de lo más normal -aseguró Giancarlo.

Sandro saltó de la silla.

-¿Yo normal? ¡Por todos los Santos! ¡No me ofendas! ¿Acaso no has oído a Florencia lo que cuenta de mí? -exclamó blandiendo los brazos con gesto teatral.

Sí. Giancarlo había escuchado mil y una historias del estrambótico Botticelli. De sus extravagancias, de sus amoríos con jóvenes muchachos, de sus constantes bromas. También de su generosidad, del amor que sentía hacia su familia. Pero sobretodo de su genialidad. Aún podía recordar como se rió cuando Lorenzo Credi le contó que había empapado con varios colores una esponja y la estampó contra una parte de la pared, intentando demostrar a todos que eso también era arte.

-Perdonad, maestro. Puede... que me expresara mal. Sin duda, alguien como vos jamás podrá ser vulgar. Habéis nacido... para ser admirado y recordado a través del tiempo- farfulló Giancarlo azorado por su metedura de pata.

-No todos son de la misma opinión. He sufrido traiciones que me han lacerado el alma -musitó Sandro con la vista fijada en un retrato de un joven de cabellos de fuego. Era Salvatore. Su antiguo amante y alumno.

-Él no supo apreciar vuestra entrega, maestro.

-¿Y tú sí? -preguntó él con una media sonrisa, mientras pintaba la falda de la Virgen María.

-Estáis demostrando que me consideráis un amigo. Y no dudéis que también os ofrezco mi amistad.

Sandro limpió el pincel y lo dejó con cuidado dentro del tarro. Después volvió el rostro hacia su aprendiz y dijo:

-Los amigos se convierten con frecuencia en ladrones de nuestro tiempo. ¿Estás dispuesto a pagar tan alto precio?

-Siempre os estaré agradecido por lo que estáis haciendo. Será un placer compartir mis horas con vos cuando me necesitéis. Jamás os traicionaré -le aseguró. Y no mentía. Admiraba a aquel hombre que lo había introducido en un mundo mágico, donde los sueños se convertían en realidad. Que le había regalado parte de su apabullante seguridad sin pedir nada a cambio y que lo cuidaba con desvelo.

-Los juramentos suelen ser arrastrados por la tormenta del olvido -dijo Sandro casi en un susurro, mientras miraba de nuevo el retrato de Salvatore. Después, con un gesto enérgico de cabeza exclamó: ¡Oh, pero dejemos tales profundidades para otro momento! ¿No tienes hambre? Yo sí. ¿No oyes rugir mi estómago? Iremos a una taberna que hacen un tonno e fagioli sensacional.

No se equivocó. El guiso estaba exquisito.

-Muy distinto a lo que pretende Leonardo. ¿No crees? -dijo Sandro relamiéndose los labios.

-Ciertamente, sí. Aunque, la idea del maestro Da Vinci es original.

-¿Original? ¡Descabellada, diría yo! Nadie acudirá tras conocer la composición de los platos y su escasez -exclamó Sandro partiendo un buen trozo del buey guisado con verduras.

Giancarlo sonrió. Sandro no era precisamente un hombre parco en la comida. Todo lo contrario del maestro Da Vinci, que solo comió vegetales. Su mentor disfrutaba con las viandas, casi del mismo modo que cuando se enfrascaba ante un cuadro.

-Ya sabemos todos como es. Pretende llevar el arte a todos los terrenos. Incluso a sus raros inventos.

Sandro asintió mientras apuraba la copa de vino.

-También es aficionado a la anatomía. ¿Lo sabías? Siente pasión por el misterio que esconde el cuerpo humano. Pero ahora está enfrascado en construir un despertador. Dice que será de gran utilidad, sobre todo para él, que suele quedarse dormido cada mañana. ¿Más vino?

Giancarlo lo rechazó. Ya había tomado dos vasos y sentía la cabeza embotada.

-Vamos, muchacho. Ya no estás en el campo. Ahora formas parte del grupo más admirado de Florencia, aunque también, he de confesar, del más denostado por nuestros excesos. Pero ellos no comprenden que hay que vivir al límite, disfrutar en cada momento de los placeres que la vida nos da. El tiempo que se nos ha es concedido es escaso para perderlo en estúpidas moralinas. Así que, llenaré tu vaso y después, recorreremos la ciudad bajo la luz de las estrellas. Te mostraré una Florencia muy distinta.

Tras la cena, entraron en un local de aspecto lúgubre. El ambiente era distendido y plagado de personajes insólitos. Había músicos, poetas, aspirantes a pintores y

también hombres que por su aspecto elegante, Giancarlo dedujo que pertenecían a la clase adinerada. Aunque, lo que más le llamó la atención fueron las mujeres de rostros maquillados, que por su actitud desinhibida, comprendió que eran prostitutas.

-¿Tú primera vez? -preguntó Sandro con una sonrisa picara.

Giancarlo hizo oscilar la cabeza levemente en señal de afirmación, sin poder apartar los ojos de los parroquianos. Estaba sumergiéndose en un mundo nuevo, fascinante y al mismo tiempo sombrío.

-¿Te apetece descubrir un inexplorado universo con alguna de ellas? -insinuó su maestro señalando a una mujer de cabellos negros como el azabache y formas orondas.

-No... Hoy no -musitó Giancarlo asustado ante la idea. Aún no se sentía preparado. En realidad, nunca lo había estado. Ninguna de las chicas del pueblo le habían atraído sexualmente y aquellas, aún menos. Eran vulgares y repugnantes. Ni tan siquiera el jabón hubiese podido borrar la suciedad que irradiaban.

Sandro rió estrepitosamente.

-Te comprendo. A mí tampoco me seducen. Son realmente horribles. Y mí lo único que me inspira es la belleza -dijo sentándose en una mesa apartada.

Giancarlo miró a un grupo de cinco hombres que entraban en la taberna. Eran altos, corpulentos y vestían con ropas elegantes.

-¿Quiénes son? -se interesó.

Sandro arrugó la frente.

-Algunos dirigentes de las logias de la ciudad. ¿Ves al más alto? Es Enrico Castagno, maese mayor de la logia naviera. Está empeñado en encontrar una ruta más corta que lo lleve hasta las Indias.

Castagno los miró e inclinó la cabeza levemente en señal de saludo, sin mostrar demasiado contento.

-¿De qué modo? Todos sabemos que solo hay un itinerario posible -comentó Giancarlo.

-Pero él insiste que se conseguiría su sueño si navegásemos por el Mar de las Tinieblas.

-¡Qué loco! -exclamó Giancarlo estremeciéndose. Ese lugar estaba plagado de monstruos y misterios peligrosos.

-La humanidad entera se ha vuelto loca -dijo Sandro alzando la mano. El camarero les acercó una jarra de vino. Sandro llenó los vasos y apuró el suyo de un solo trago, bebiendo con ansia, como alguien que quiere ahogar los demonios que te corrompen por dentro.

-¡Qué exagerado sois, maestro! -rió Giancarlo.

-Querido, muchacho. Hay flores que irradian una gran belleza, pero el veneno que contiene te mata. No te dejes deslumbrar por el brillo del oro. Florencia es el centro del arte y de la magnificencia, aunque también es esto. Pura decadencia -dijo extendiendo el brazo -. Pero a pesar de ello, no puedo evitar ser su amante y formar parte de lo peor que ella ofrece.

-Vos sois un hombre excepcional, maestro -dijo Giancarlo mirándolo con admiración.

Sandro sonrió con melancolía.

-Eres demasiado joven para comprender.

-Florencia no lo es y os adora.

-No soy ningún buen ejemplo, chico. Mírame. Soy un borracho, un pecador que pinta imágenes religiosas esperando que el Señor sea indulgente cuando le llame a su lado -rezongó llenándose de nuevo el vaso.

-El vino os está sentando mal. No bebáis más -le pidió su pupilo.

Sandro clavó sus ojos negros en el rostro terso de Giancarlo y una punzada de deseo lo traspasó. Con un gesto brusco bajó el rostro hacia la copa.

-No estoy ebrio aún. Sé lo que digo. Desengáñate, Giancarlo. Soy un perverso y un cobarde. No tengo valor para mostrar mi verdadera naturaleza, ni tampoco para cambiarla; aún sabiendo que incumplo cada uno de los mandamientos. Deberías apartarte de mí ahora que estás a tiempo. No quiero ser el culpable de tu descenso a los infiernos. Deberías regresar con tus cabras -le dijo con voz encrespada.

En aquel instante, Giancarlo también se comportó como un cobarde. Fue incapaz de confesar que sus naturalezas eran idénticas. Que deseaba las mismas cosas que él: La fama, la diversión, dinero; y dejó que continuase tragando vino para matar el sentimiento de culpabilidad que lo consumía.

Guardó su preciado tesoro y respiró satisfecho. Dentro de muy poco tendría el dinero suficiente para poder ser libre. Ya nadie le daría órdenes. Viviría como le placiera recorriendo el mundo, sin más preocupaciones que disfrutar de la existencia.

Salió dispuesto a conseguir que esos tipos pagaran una fortuna por el secreto que guardaba.

Las calles estaban desiertas a aquella hora de la noche. La ciudad entera dormía plácidamente, salvo algunos vagabundos que deambulaban como sombras perdiéndose en los callejones solitarios en busca de un buen refugio donde pasar la noche.

Alertado por los pasos del vigilante se escondió en un portal esperando que éste pasara de largo. Nadie debía verlo. No podía arriesgarse a que descubrieran sus intenciones o perdería la oportunidad de convertirse en un hombre rico.

Una vez pasado el peligro, continuó su camino. Con pasos apresurados se encauzó hacia la piazza de la Signora, sin dejar de prestar atención a cualquier ruido o sombra.

Si la mano no le hubiese cubierto la boca, habría gritado con todas sus fuerzas.

-Silencio. Soy yo -le dijo el hombre que se amparaba bajo el quicio de una puerta.

El chico respiró aliviado cuando lo liberó.

-¿Y bien? ¿Lo tienes? -le preguntó su cliente.

El muchacho se apartó del hombre mirándolo con suspicacia.

-¿Y vos el dinero?

La sombra carcajeó hondamente.

-¿Tan estúpido me crees? Primero quiero confirmarlo con mis propios ojos.

Muéstramelo.

El chico sacudió la cabeza en señal de desacuerdo.

-Yo tampoco soy idiota, señor. No hay prueba sin que antes vea el dinero.

La sombra soltó un gruñido.

-¿Para esto me has hecho recorrer las calles en medio de la noche? No estoy para juegos, muchacho.

El chico chasqueó la lengua.

-Veréis, señor. Las condiciones han cambiado. Otros se han enterado del asunto, no por mi parte, por supuesto. Así que, si me pongo en contacto con ellos, puedo obtener una cantidad mucho más sustanciosa.

-Jovencito, te recomiendo que no juegues con nosotros o saldrás muy mal parado. ¿Comprendes a lo que me refiero? No nos gustaría tener que actuar de un modo expeditivo. Así que, ahora mismo enseñarás la mercancía.

El muchacho tragó saliva. Había subestimado a esos tipos. De todos modos, no quiso ceder. Estaba dispuesto a sacar la mejor tajada.

-¿Pensáis que la llevo encima? Como sabéis es demasiado valiosa y no sería prudente arriesgarla. Florencia no es nada recomendable a estas horas. Los ladrones acechan.

El hombre abandonó el portal. Sus ojos negros miraron al chico con un brillo de enojo.

-Si piensas que vas a engañarnos, olvídale -siseó agarrándolo por el brazo.

El chico sintió su presión y se mordió el labio.

-No... Lo haré, señor. Sencillamente quiero más dinero. Eso es todo. Supongo que si tanto os interesa mí mercancía, no os negaréis.

El hombre aumentó la presión de su mano.

-La ambición no es buena consejera. Confórmate con lo que hemos pactado. Es una suma realmente sustanciosa. ¿No crees?

El chico no se amedrentó. Esos tipos no lo agredirían sin que les entregara lo que tanto ansiaban. Tenía el poder absoluto en sus manos. Y pensaba utilizarlo.

-Os repito que las condiciones son otras. Comunicadlo a vuestro amo. Y no os demoréis. El otro cliente está impaciente por conocer mí respuesta.

El hombre lo soltó con un rictus de ira reflejado en su rostro. No había contado con que ese desgraciado ofreciera el trato a otro. Pero sobretodo, que elpreciado secreto ya no lo fuera. A sus superiores no les iba a gustar nada el cariz que estaba tomando el asunto. Y no estaba dispuesto a que ese miserable les arrebatara un futuro tan lucrativo y extraordinario. Había demasiado en juego. Conseguiría que ese chico, como fuese, sin importar los medios a emplear, que ningún otro se llevara la preciada mercancía.

-Lo haré. Sin embargo, comprenderás que no puedo si no me ofreces garantías de que está en tu poder lo que queremos. Así que, sugiero que me lleves a tu casa.

El muchacho dudó. No le gustaba ese tipo. En su rostro podría apreciarse que no era precisamente un santo. Si lo llevaba a la pensión, podía arrebatárselo y después matarlo.

-¿Y qué garantías me dais vos de que no seré yo el engañado?

-Mi palabra, chico.

Él no pudo evitar soltar una carcajada escéptica.

-Te prometo que si es auténtico, te pagaremos y olvidaremos que nos hemos conocido. Podrás irte con total libertad. Somos hombres de negocios, no asesinos -le aseguró el hombre esbozando una media sonrisa.

El muchacho, por supuesto, no lo creyó. Florencia no se destacaba por la honradez de sus habitantes. En más de una ocasión había visto con sus propios ojos como un invitado a un banquete era envenenado o apuñalado sin el menor asomo de culpa. Incluso Da Vinci había escrito en su tratado de buenas costumbres en la mesa que no se debía atentar contra la vida de un comensal en presencia de los otros. No. No confiaba en ese tipo.

-Ya he expuesto mis condiciones, señor. Si os interesan, hacédmelo saber. Pero no tardéis demasiado. Como he dicho, hay más postores.

El hombre apretó los dientes con rabia.

-Está bien. Nos pondremos en contacto. Pero recuerda, no nos engañes o sufrirás las consecuencias. ¿Entendido?

El chico asintió y dio media vuelta, alejándose con celeridad; mientras pensaba que debería esconder la mercancía en un lugar mucho más seguro que la pensión.

Otra sombra que se había ocultado sin perderlos de vista, lo siguió. Apoyó la mano en la daga que ocultaba bajo la chaqueta, mientras miraba a su alrededor con ojos de ave de presa, acercándose peligrosamente al chico.

Las risas estridentes lo obligaron a saltar bajo un portal, viendo enojado, como el muchacho entraba en una posada.

-Solo es un aplazamiento, chico. Tú sentencia está echada -masculló volviendo tras sus pasos.

Sandro le mostró a Giancarlo una Florencia desconocida. Las miserias que al caer la oscuridad ocultaba. Aunque también un modo de vida lleno de emociones, de excesos, de amistad. Pero sobretodo, su maestro se comportó como un verdadero mecenas. No satisfecho con educarlo en el arte de la pintura, le enseñó como debía comportarse un caballero y sobretodo, como tenía que vestir. Lo obligó a quemar ese horrible vestido de lana que trajo de casa y lo llevó al mejor sastre de la ciudad. Le compró varios calzones, camisas de algodón y unas casacas, de varios colores, abiertas por delante bordadas con hilo de oro. También introdujo en el nuevo atuendo un sombrero de piel de cabra a juego con unas botas del mismo tejido. Tampoco se olvidó del perfume y de alguna joya.

De este modo, el aprendizaje en el taller bajo la supervisión de Sandro y la confianza que le profesaba, consiguió que los miedos de Giancarlo fueran disipándose. Sus trazos ya eran firmes y la visión de la realidad la suya propia. Se sentía eufórico. Jamás llegó a pensar que pudiese lograrlo. Pero la inestimable paciencia y amistad de Sandro habían obrado el milagro.

Sin embargo, la dicha no era completa. Muchos de sus compañeros envidiaban las atenciones que Sandro tenía con él. A pesar de ello, Giancarlo no se amedrentó. A cada palabra malintencionada, él respondía con indiferencia dedicándose al trabajo, demostrando que la dedicación del maestro era justificada. Su obra, con el paso de las semanas, adquiriría una calidad de la que ellos distaban.

Pero otros rumores comenzaron a extenderse como una riada. Las lenguas viperinas propagaron que el maestro sentía debilidad lasciva hacia el jovencito de bucles de azabache.

Ese murmullo, que a cualquier otro hubiera enfurecido, ni tan siquiera le molestó; pues no era cierto. Lo que Sandro y él compartían era una gran amistad.

Aunque, la duda de que Sandro realmente lo hubiese aceptado bajo su dirección por otros motivos menos altruistas, comenzó a ser aceptada cuando la sombra de su incapacidad artística se posó en su ánimo y ese desaliento borró de un plumazo aquél estado de éxtasis en el que había caído.

-¿Qué ocurre, Giancarlo? ¿No estás satisfecho? Pienso que has hecho un gran trabajo -le dijo Sandro mientras analizaba el cuadro que había finalizado.

-Los chicos dicen que estoy bajo vuestra protección por causas ajenas a la pintura.

Sandro sacudió la cabeza mostrando despreocupación.



-¡Bah! Simples rumores cargados de envidia. Aunque, por mi historial, es lógico que lo piensen. Eres un joven muy agraciado y todos saben que siento debilidad por la belleza. Y si te he de ser sincero, sí he pensado en más de una ocasión que me gustaría que fueses mí amante.

El rostro de Giancarlo se ruborizó.

-Pero no soy tan perverso como aparento, querido muchacho. Sé que para ti tan solo soy un amigo y jamás te obligaría a ser otra cosa. Deja de preocuparte. Los dos sabemos que no es cierto y es lo que importa. Y para que te quedes más tranquilo, te aclararé que te acepté en el taller porque en verdad creo en tu arte. ¿Te basta esta respuesta? ¿Si? Entonces, salgamos. Leonardo nos aguarda para preparar la inauguración. ¡Debe de estar de los nervios! ¡Vamos!

No se equivocó. Leonardo se encontraba ultimando los detalles de las mesas, al tiempo que daba instrucciones a Pietro, que había vuelto al trabajo tras las súplicas desesperadas de Leonardo.

-Tranquilo. Todo está muy bien -le dijo Sandro siguiéndolo a la cocina.

Leonardo lanzó un sonoro gruñido.

-No con la perfección que busco. Pero la sentencia está echada. Giancarlo, por favor, ayuda a Pietro con las ensaladas. Y corta flores de calabacín, para acompañar los muslos de folcha.

Cuando la cena estuvo preparada, abrieron el local. Giancarlo también estaba muy nervioso. De su éxito dependía su sustento.

Los invitados llegaron en pocos minutos. Acudieron todos los artistas más importantes del momento. Verrocchio, Credi, Domenico Ghirlandajo, Pietro di Cristoforo, llamado El Perugino y también nobles y mercaderes de la ciudad.

Giancarlo se encontraba sumido en una especie de éxtasis casi religioso. Sus grandes adorados estaban junto a él; algo impensable para un miserable pastor. Si su padre estuviese presente, tendría que tragarse los insultos y mofas que siempre le inflingió.

Sandro sonrió ampliamente al ver a la muchacha de cabellos dorados y ojos de miel, que ocupaba una de las mesas junto a Guiliano.

-¿Quién es? -se interesó Giancarlo.

-Simonetta -susurró su maestro borrando la sonrisa cuando vio entrar a los últimos invitados.

Se trataba de un hombre de aspecto afeado que escoltaba a una muchacha agraciada, seguida por un hombre, que por su vestimenta parecía extranjero y por un joven de cabellos rojos como el fuego. Se trataba de Salvatore.

Sandro apretó los dientes con el rostro contraído al ver como su antiguo amante acercaba su rostro a la oreja del que parecía extranjero y éste rompía a reír estrepitosamente.

Giancarlo también se encrespó. Había pensado que ese traidor ya había desaparecido de sus vidas y ahora regresaba, y si Sandro perdonaba su deslealtad, éste le dejaría a un lado perdiendo la posibilidad de aprender con ese genio.

-Damas y caballeros, os agradezco vuestra asistencia y apoyo en esta nueva empresa. La cena está a punto. ¡Disfrutad de ella! -dijo Leonardo ordenando a los camareros que la sirvieran.

Los asistentes observaron con curiosidad el contenido de los platos.

-Excelente trabajo, una obra de arte; aunque temo que esta noche no llenaremos nuestros estómagos -dijo Perugino estudiando la lechuga que Giancarlo había tallado.

Éste sonrió con orgullo ante el halago y miró a Sandro. Él no le prestó la menor atención. Sus ojos negros estaban clavados en el rostro de su antiguo amante. Y se sintió despechado. No era justo que ese ingrato estropeará su mejor momento.

-Debería matarlo por esta humillación. ¡Cómo se atreve a presentarse después de lo que me ha hecho! ¡Y con su nuevo amante! -masculló Sandro apurando el vino.

-Más lo harás si le sigues el juego. Ignóralo -le aconsejó Credi.

Sandro, por supuesto, no le hizo el menor caso. Continuó bebiendo y observando cada movimiento del muchacho, como Verrocchio conversaba con él, terminando la charla con una acalorada discusión.

Cuando la frugal cena se dio por terminada, los invitados, animados por un grupo de músicos, departieron distendidamente. Sandro se levantó de la mesa, y desoyendo cualquier prudencia, se acercó a Salvatore.

Éste lo recibió amistosamente, como si nada hubiese pasado entre ellos y una vez más, Sandro sucumbió ante la serpiente. Su ira se esfumó con el huracán de la sonrisa desvergonzada de Salvatore.

-Me enferma su estupidez -dijo Lorenzo levantándose -. Disculpa. Tengo que hablar con Verrocchio.

Giancarlo fue incapaz de comprender como esa actitud lo enfureció tanto. Solo sabía que el odio hacia Salvatore se desató en sus entrañas, al tiempo que una profunda tristeza estuvo a punto de provocar que se echase a llorar como un niño. Salvatore le estaba robando al hombre que le había enseñado a pintar, a disfrutar de la vida, a no temer al futuro, al amigo. Ese hijo de perra le despojaría del tiempo que ahora compartían ante un cuadro, en la mesa de una cantina, en las calles de Florencia.

Pero una voz recóndita y lejana resonó en su cabeza intentando hacerle comprender que esa no era la única razón. Sus palabras estaban pintando sus

sentimientos en un lienzo con trazos confusos cuyo significado se negaba a descifrar. Y se repetía una y otra vez, que Sandro solo era un amigo, alguien a quien admiraba profundamente.

Sin embargo, se estaba engañando. A Giordano también lo admiraba y jamás concibió la terrible ansiedad de permanecer hora tras hora a su lado, de escuchar su voz diciendo que era un pintor excelente. Y comprendió que la diferencia con los demás chicos del pueblo no se debía a la sensibilidad artística, sino a algo muy distinto y deshonesto.

El polvo que cubría el engaño fue sacudido por el soplo de la comprensión y ese descubrimiento le horrorizó. Cayó sobre su conciencia como una losa que aprisionó su pecho impidiéndole respirar. No era posible. Había sido educado en la más estricta religiosidad, conociendo el pecado ignominioso que significaba las emociones que le embargaban.

-El amor es más poderoso que la sensatez, chico. Pero no te preocupes. Sandro regresará a ti cuando Salvatore se harte de él -dijo Simonetta sentándose junto a él.

-Os equivocáis, señora. Botticelli es simplemente mi maestro. Lo único que pretendo de él es aprender el arte de la pintura -contestó Giancarlo con el rostro ardiendo.

Ella sonrió, con tal dulzura, que consiguió calmar el animal que le devoraba por dentro.

-Puedes domesticar al cachorro de un león. Sin embargo, tarde o temprano te mostrará las garras. Es inútil ir contra la naturaleza.

-Habláis de la naturaleza del demonio. Tengo la obligación de luchar contra su tentación. Aunque otros no lo hagan -musitó Giancarlo rabioso al ver como Sandro reía ante las palabras de Salvatore.

Ella lo tomó del mentón y lo obligó a mirarla.

-La única misión que nos ha encomendado Dios es la de ser felices. Y esa dicha tan solo se logra siendo consecuente con nuestros actos. Observa a Leonardo. Su cena es un completo desatino y lo sabe. ¿Y qué hace? Es fiel a sus ideas, gusten o no. No dejes que los demás decidan por ti como has de vivir.

-Me han educado para ser virtuoso.

-Los virtuosos son aquellos que no osan hacer lo que hacen los atrevidos. Sé valiente, muchacho. Vive tu vida sin remordimientos y sin falsedades. Sé auténtico y alcanzarás la dicha.

-¿Vos lo hacéis?

-Procuro seguir mis instintos. Pues éstos, me dicen que no debo malgastar las cosas buenas que se me ofrecen. El futuro es demasiado incierto. Un misterio que los

hombres jamás podrán prever. Así que, será mejor que vivamos el momento, querido amigo -dijo ella con tono jovial abanicándose con gracia sensual.

-¡Ilustres invitados! ¡Ahora os ofreceré una verdadera delicia! El maestro Pietro... Y Salvatore, si le place, os la prepararán en unos instantes -anunció Leonardo.

Los asistentes aplaudieron sin mucho entusiasmo.

Salvatore, con aire vanidoso, se levantó de la mesa y entró en la cocina.

Al instante, Pietro salió enfurecido empuñando su preciado cuchillo. Sin embargo, el enfado apenas duró unos minutos y volvió a entrar en la taberna.

-¿Qué ocurre? ¿Has cambiado de idea? -rió Ghirlandajo.

-No dejaré que un desgraciado se lleve la fama de mí postre -masculó.

Simonetta y los asistentes a la cena rieron divertidos.

Giancarlo la miró y quedó fascinado, como toda Florencia. Ahora comprendía su hechizo. Era hermosa, gentil e inteligente. Pero su adoración no derivaba hacia lo sexual; sino a un sentido artístico. Era perfecta para inmortalizarla en un cuadro.

-Bueno, al fin probaremos esa maravilla -dijo ella dando un pequeño sorbo a la copa.

Los gritos que surgieron de la cocina evidenciaron que no sería posible.

Pietro cruzó el comedor como alma que lleva el diablo, mientras Salvatore, sujetándose el brazo con gesto dolorido, exigía aullando a pleno pulmón que lo detuvieran.

-¡Maldito hijo de perra! ¡Me ha cortado con el cuchillo! ¡Ha intentado matarme!

Sandro, al ver la sangre que manaba de la herida, corrió hacia él.

-No exageres. No es más que un pequeño rasguño. Te curaré. Vamos -le pidió con el rostro lívido.

Se fueron y Giancarlo comprendió, embargado por los celos y el dolor, que aquella noche no volvería a ver a su maestro. Y llenó de nuevo el vaso intentando matar el dolor que desgarraba su pecho.

Al amanecer, tras apurar una copa tras otra, cerraron la taberna.

Giancarlo estaba completamente borracho y escoltado por Leonardo, y sus improperios, llegaron al taller.

-Pero... ¡Maldita sea! ¡Nos han robado! -gritó éste dejando caer al muchacho.

Giancarlo, abotagado, miró la puerta. Habían forzado la cerradura.

-Quédate aquí -le ordenó Leonardo.

Era una orden absurda, pensó Giancarlo. Hubiese sido imposible mantenerse en pie, pues todo a su alrededor daba vueltas.

Leonardo tardó en regresar, pero en cuanto lo hizo, Giancarlo vomitó a sus pies.

-¡Por todos los demonios, muchacho! ¡Mierda de noche! Iré a buscar a las autoridades. ¡Y no se te ocurra largarte! -exclamó dejándolo tirado.

Como pudo, Giancarlo se arrastró y se apoyó en la pared esperando su regreso, mientras sentía como la cabeza le estallaba. Y se juró que nunca más volvería a emborracharse.

Leonardo volvió acompañado por Sandro y dos hombres.

-¿Estás bien? -se interesó Sandro inclinándose hacia su alumno.

-¡No! ¡Y no me toquéis! -gritó éste mirándolo con ira. Su falso interés lo enervaba.

Él no hizo caso y lo ayudó a entrar en la escuela. Con cuidado lo acomodó en una silla y le sirvió un vaso de agua.

Leonardo y sus acompañantes bajaron.

-¿Y bien? -preguntó Sandro.

-Me han hurtado unos planos. Inventos y nuevos proyectos -dijo Leonardo con gesto inquieto.

Uno de los hombres levantó los hombros con gesto despreocupado. No era un caso acuciante. Un simple hurto.

-Nada importante, por lo que veo.

-¡Estáis loco, señor! ¡Eran grandes diseños! Lorenzo Medici estaba interesado en ellos. ¡Poco importantes! ¡Qué sabréis vos! -exclamó Leonardo hecho una furia.

-Está bien, señor Da Vinci. No os alteréis. ¿Tenéis idea de quien ha podido ser?

-No.

-¿Y vos, señor Botticelli?

-Tampoco.

-Investigaremos, no lo dudéis.

-Es lo menos que espero, señores. Lorenzo Medici querrá que me sean devueltos -dijo Leonardo revolviéndose los cabellos.

Los hombres abandonaron la escuela.

Leonardo miró fijamente a Sandro.

-¿A qué hora abandonaste el taller esta noche?

Su amigo lo miró con gesto inocente.

-¡Oh, vamos! Sabes que soy buen investigador. He visto algunos cabellos rojos sobre las sábanas.

Sandro carraspeó inquieto. Se volvió hacia la mesa y se llenó una copa de vino; mientras a Giancarlo se le removía de nuevo el estómago al imaginar lo que había sucedido entre Salvatore y él.

-Tras la cena vinimos, pero solamente estuvimos una hora. Salvatore había bebido demasiado y no se encontraba bien. Tenía convulsiones y vómitos. Cerré el taller y cada uno de nosotros se fue a su casa -explicó.

Leonardo arrugó la frente y me miró.

-Esta noche el vino ha corrido demasiado. ¡Deja de beber, por Cristo! Será mejor que nos retiremos. ¡Chico, vamos! ¡A dormir!

Giancarlo no recordaba haberse sentido nunca tan mal al despertar. Tenía la boca reseca y el estómago aún revuelto. La cabeza le dolía terriblemente y los suaves ruidos que Leonardo provocaba al trastear en su mesa retumbaban como si dispararan cientos de cañones. Y se prometió que nunca más volvería a emborracharse.

-¿Podrías no hacer tanto ruido, maestro? -gimió incorporándose.

-Lo que deberías intentar es dejar de beber. El alcohol no es bueno para la salud ni para el trabajo. Y supongo que si has venido a Florencia es para aprender. No desperdicies la oportunidad. Anda, Giancarlo. Tómate esto -dijo Leonardo ofreciéndole un vaso.

El chico dio un sorbo y automáticamente lo escupió.

-¿Qué es? ¡Sabe a demonios! -exclamó con el rostro contraído por el asco.

-Haz un esfuerzo. Te aliviará. Es el mejor remedio que conozco para acabar con la maldición de una borrachera.

Lo hizo y después de acicalarse, bajó al taller.

Leonardo estaba ante un lienzo.

-Anoche acudí a la taberna, ¿verdad? -dijo Giancarlo al reconocer el rostro de la muchacha.

Leonardo asintió.

-Es Ginebra Venci, esposa de Niccoló Venci.

-¡Una obra maestra! -exclamó el muchacho asombrado ante la perfección de las líneas, de los colores, del conjunto de la obra. La piel de la mujer era suave, casi real. Seguramente lo había dibujado con un pincel muy fino. Las pupilas reflejaban una luz transparente y profundidad, conseguido con un toque ambarino.

-Aún no está terminado. Pero el conjunto existe en mí cabeza. Una cosa que debes aprender es que antes de iniciar el primer trazo, todo debe de estar preconcebido. Cada detalle, cada color. Y sobretodo, tener en cuenta la perspectiva. Fíjate en los ojos. El iris derecho está más oscurecido que el izquierdo. Eso da la disposición por donde penetra la luz -dijo Leonardo echando un chorro de un líquido transparente en el tarro del tinte marrón.

-¿Qué hacéis?

-Es una nueva técnica importada de Flandes. Dicen que la descubrió Jan Van Eyck. Es una mezcla de aceite de linaza y nuez, junto a otros componentes. Evita que el cuadro se cuartee. Los colores surgen más brillantes e intensos. Además, te permite rectificar. Le llamó óleo. Mantuvo la receta guardada durante años. Por suerte, su hijo Jan la dio a conocer a un buen amigo.

-Maestro. Con respecto al misterio del robo. ¿Tenéis idea de quién ha podido ser el ladrón y para qué querían vuestros dibujos? -preguntó Giancarlo.

-Entre esos planos había el prototipo de un cañón. Uno muy ligero. Cualquier ejército enemigo lo desearía. Por suerte, Lorenzo Medici era el destinatario y no cejará hasta dar con ese bandido.

-¿Y si fue Salvatore? Tuvo oportunidad de hacerlo -le sugirió Giancarlo.

-Olvidas que estaba con Sandro. Se hubiese dado cuenta. Además, la cerradura fue forzada y él no tenía necesidad de romperla, pues ya estaba en el taller -refutó.

-Mí maestro estaba casi tan ebrio como yo, y seducido por los encantos de ese... ese pervertido -dijo Giancarlo con rabia.

Leonardo lo miró con fijeza, con un ligero aire de desaprobación.

-Giancarlo, las pasiones deben dejarse a un lado cuando la mente necesita razonar. Yo, como científico que me considero, me mantengo racional cuando investigo. Aparto los conceptos preconcebidos y encamino mis pasos a la posibilidad de lo nuevo. Hay muchos enigmas por descubrir y éste que nos ocupa ahora, no dudes que si esos hombres de Lorenzo Medici fracasan, yo desentrañaré el misterio.

-Hablando de enigmas. He oído rumores de que soléis estudiar a los cadáveres. ¿Es cierto?

Leonardo apuntó con el dedo al chico.

-Jamás se te ocurra repetir eso. ¿Acaso no sabes que es un acto totalmente prohibido? Aunque, por otro lado, si no se quebranta la ley, jamás descubriríamos como trabaja el cuerpo humano. ¿No es cierto? -dijo sonriendo con complicidad.

La campanilla de la puerta sonó.

-¿Quién puede ser? Hoy es domingo. Ve a abrir -dijo Leonardo con tono molesto. No soportaba que fuera interrumpido en ese día; prácticamente el único que podía dedicarse por entero a sus trabajos.

Giancarlo abrió.

Un hombre tremendamente alto y de rostro impertérrito lo apartó suavemente y entró.

-Necesito ayuda -dijo.

-¡Bruzio Nardi! Hacia mucho que no nos veíamos -se alegró Leonardo avanzando hacia él.

-He estado ocupado. Asunto de familia. Tuve que ir a visitar a mi tía Isabella. Sufrió una grave enfermedad.

-¿Murió? -quiso saber Leonardo dándole un abrazo efusivo.

-A sus ochenta años, sigue con vida. No ocurre lo mismo con el muchacho que ha aparecido apuñalado en la calle Corso. Por eso quiero que me acompañes.



-¿Qué puedo aportar yo? Ya has dicho que fue asesinado.

Bruzio Nardi sacudió la cabeza con gesto sombrío.

-Tiene que ser identificado y creo que eres el indicado. Tememos que es uno de los chicos que frecuentan esta escuela.

-¿De veras? ¡Vaya! No será agradable -exclamó Leonardo.

-¿Puedo acompañaros? -le solicitó Giancarlo.

-El depósito no es un lugar nada agradable, Giancarlo -se negó Leonardo.

-Por favor, he venido a Florencia a aprender pintura y a desenvolverme en la vida. Y vos sois el mejor en estos asuntos -le insistió el muchacho mirándolo con ojos suplicantes.

-Está bien. Pero, en todo el proceso, ni una palabra. ¿Comprendido? Vayamos al depósito -cedió su maestro.

Sin perder un minuto se encaminaron hacia el depósito con paso ligero. Leonardo se encontraba ansioso por estudiar el cuerpo sin vida de ese chico. Eran muy pocas las posibilidades que se le ofrecían y sus estudios científicos requerían el empirismo para poder avanzar en medicina.

Cuando accedieron al edificio el hedor a muerte los envolvió y sin poder evitarlo, un escalofrío recorrió la espina dorsal de Giancarlo. Nunca había visto un muerto.

Bruzio encendió una vela y entraron en un cuarto donde el cadáver de un muchacho desnudo estaba sobre una mesa de piedra.

Al ver el rostro y los cabellos de fuego, Giancarlo se tambaleó. El deseo que le carcomió durante toda la borrachera de que Salvatore muriese se había cumplido y a pesar de no ser el causante de su fallecimiento, un sentimiento de culpa lo golpeó brutalmente.

-¡Señor! -exclamó Leonardo conmovido ante la visión.

-¿Lo conoces? -inquirió Bruzio.

-Es Salvatore, alumno de Alessandro Botticelli. ¡Pobre muchacho! Aunque no me asombra que terminara así -dijo con voz apagada.

Bruzio lo miró con interés.

-¿Por qué razón?

-Bueno. No era precisamente un santo. Solía timar a los incautos. Era un sinvergüenza y su arrogancia le había creado muchos enemigos. Y siempre alardeó de ser un conquistador. Tal vez un marido despechado o un embaucado, decidiera acabar con él -le explicó Leonardo.

-Un elemento. ¿Eh? -rió Bruzio.

-Giancarlo. ¿Estás bien? -le preguntó Leonardo al ver su palidez.

Él asintió. Pero no era cierto. El estómago volvía a jugarle una mala pasada. Necesitaba vomitar, sacar el veneno que le emponzoñaba la sangre. Era repugnante que sintiese dicha ante el cuerpo sin vida de Salvatore. Pero no podía evitarlo, pues ya no podría arrebatárselo a Sandro.

-¿Has registrado su ropa? -dijo Leonardo.

Bruzio asintió.

-A conciencia. No llevaba nada encima. Es evidente que se trata de un robo.

-¿Puedo? -preguntó Leonardo acercándose al cadáver.

Apartó la sábana y lo estudió durante largos minutos, sin dejar de observar cada rincón de su cuerpo gélido. Tenía músculos fuertes y un cuerpo exento de grasa, lo que evidenciaba que había practicado mucho deporte. Pero su fortaleza de poco le había servido ante el ataque.

-Tenemos tres puñaladas cercando el corazón y... ¿Qué es... esto? -murmuró.

A pesar de lo mal que Giancarlo se sentía, la curiosidad lo obligó a acercarse a Leonardo. El rostro de Salvatore estaba cubierto por varias pústulas amarillentas.

-Conium Maculatum. Cicuta -sentenció Leonardo.

Bruzio respingó sorprendido.

-¿Envenenado? Pero... ¿Y las puñaladas, amigo?

-Sin duda, cuando el asaltante se las asestó, ya estaba muerto. Alrededor de las heridas no hay sangre -aseguró éste.

Giancarlo, conmocionado, se apoyó en la pared. Esas afirmaciones indicaban que dos hombres o dos mujeres, habían tenido intención de matar a Salvatore; y que uno de ellos lo había conseguido.

Bruzio se frotó la frente con la mano en un gesto alterado.

-Esto nos complica la investigación. ¡Maldita sea! ¿Por qué siempre me tocan las cosas más difíciles? Debería de haber continuado junto a mí tía.

Leonardo le sonrió con afecto.

-Porque, sencillamente, eres el mejor. Siempre y cuando, cuentes con mi inestimable ayuda, claro.

-Por supuesto. Esto me sobrepasa. Jamás me encontré con una situación semejante -aceptó sin dudar Bruzio.

-Ahora, debo irme. Tengo algo delicado que hacer. Por favor, no digas nada del veneno. ¿De acuerdo? Nos pondremos en contacto -dijo Leonardo indicándole que lo siguiera.

-¿Qué está pasando, maestro? -le preguntó Giancarlo.

Leonardo lanzó un suspiro.

-Estamos ante una tragedia. No quiero ni pensar como reaccionará Sandro cuando le demos la noticia.

Por supuesto, Giancarlo no quería estar presente para ver el dolor que sentiría su mentor por ese depravado. No podría soportarlo.

-Será mejor que no os acompañe. La noticia debe darla alguien cercano -sugirió.

-¿No querías aprender? Pues lo harás. Desde ahora serás mi ayudante en la investigación y te necesito para ver la reacción de Sandro. Salvatore fue envenenado. Cualquiera que estuviese a su alrededor anoche pudo hacerlo.

Giancarlo se detuvo en seco mirándolo a la cara.

-No pongas ese gesto de estupefacción. Te dije que hay que pensar con frialdad. ¿No recuerdas que Sandro nos dijo que Salvatore estaba bebido? Se equivocaba o pretendió engañarnos. Lo que le ocurría al chico era que la cicuta estaba ejerciendo su cometido.

-El maestro Botticelli no cometería ese crimen. ¡Jamás! ¡Cómo podéis pensar algo tan monstruoso! ¡Sois su amigo! -gritó Giancarlo enfurecido.

-Lo soy. Sin embargo, no puedo descartarlo por eso. Él amaba a ese muchacho. Los celos lo estaban consumiendo y cuando la pasión se desboca, los hombres pierden la cordura.

Giancarlo admitió que tenía razón. Él la estaba perdiendo por una emoción enfermiza y pecaminosa, que le había provocado un sentimiento de felicidad ante la muerte de ese desgraciado. Y sin poder soportar el asco que el mismo se provocaba, dio la vuelta y vomitó.

Leonardo suspiró.

-Reconsideraré lo de que me acompañes. Es mejor que vayas al taller y te acuestes. No estás en plenas facultades para desentrañar los hechos. Duerme y más tarde come algo. ¿De acuerdo?

Giancarlo regresó al taller y permaneció el resto de la mañana tirado en la cama, sin poder dejar de pensar en como habría recibido Sandro la terrible noticia.

Leonardo, ya al medio día, le contó que fue tal la conmoción, que se desvaneció.

-Ahora ya está mejor, aunque imagino que durante una buena temporada sufrirá. Apreciaba mucho a Salvatore. Supongo que no estará de humor para impartir clases. Así que, ocuparé tú tiempo en la taberna y en la investigación.

Giancarlo aceptó con enojo. Aún muerto, Salvatore le robaba a su mentor.

-¿Y qué hay de vuestras sospechas hacia el maestro Botticelli? ¿Ya lo habéis interrogado? -preguntó con tono hosco.

-Sí. Está descartado. Supongo que te sentirás aliviado.

-Por supuesto. Siempre supe que era inocente.

-Muchacho, Sandro no sabía que iba a acudir a la cena. Por lo que, era absurdo que llevase cicuta para emponzoñarlo. Sin duda, fue otro de los asistentes. Me inclino por Ginebra.

-¿Ginebra? ¿Esa muchacha de aspecto dulce? Lo dudo -rechazó Giancarlo.

-El fuego arde en el hogar para protegernos del frío, pero cuando lo hace en el bosque lo destruye. Nada es lo que parece. Ginebra me encargó el cuadro en la ignorancia de su marido. Para mantener el secreto lo pintamos en una casa que ella alquiló. Ginebra le decía a su marido que esa hora la dedicaba a la oración en la iglesia del Santo Spirito. El sacerdote es bastante corrupto y accedió a la mentira por obtener un buen puñado de dinero. Sandro me prestó a Salvatore como ayudante. Pero el muy bribón hizo algo más que trazar los pequeños detalles cuando debía ausentarme. Ya me comprendes. Puede que, en su ambición, le pidiese dinero para callar su traición y ella, temerosa, decidiera matarlo, con veneno o acuchillado.

-O tal vez el esposo, que también estuvo presente en la inauguración, ya lo supiese y optó por envenenarlo -sugirió Giancarlo.

-Es otra posibilidad -admitió Leonardo.

-¿Iréis a interrogarla?

Leonardo me miró con gesto incrédulo.

-¡Serás patán! ¡Por supuesto que no! Sería una falta de delicadeza. Asesina o no, es una gran dama. Hablaré con ella relajadamente, cuando vayamos a la sesión de pintura en la casa alquilada.

-¿Vayamos? -inquirió Giancarlo extrañado.

-Es lógico que lleve a un nuevo aprendiz. Mañana, a las tres, indagaremos sutilmente. Suponiendo que ya estés recuperado de la borrachera. No entiendo por qué alguien bebe hasta perder el sentido.

Leonardo no podía imaginar el motivo y por supuesto, Giancarlo jamás se lo confesaría.

Al día siguiente, Sandro tampoco acudió al taller.

Giancarlo, decaído, inició la clase bajo la supervisión de Leonardo. Pero apenas prestó atención a sus lecciones. Sus pensamientos estaban lejos de allí, en la habitación que debía ocupar Sandro; imaginándolo lloroso y desesperado por la desaparición de su amante.

-Giancarlo. ¿No he dicho con claridad que debes utilizar el ocre para el respaldo de la silla? -dijo con tono enojado.

Él tiró el pincel dentro del pote de vidrio.

-Si me disculpáis, creo que será mejor que por hoy lo deje -determinó dando media vuelta.

-¡Giancarlo, regresa! -gritó Leonardo.

No le hizo caso y se encaminó hacia la puerta. La abrió y salió a la calle.

El viento suave golpeó su rostro, aliviando la angustia que lo embargaba.

Caminó durante horas sin fijarse en la gente que se cruzaba en su camino, mientras se decía que debía abandonar Florencia; alejarse de las tentaciones que el diablo le ofrecía: La fama, un mecenas que lo amparara, el dinero. Pero deseaba todo eso. Y ahora estaba a punto de alcanzar sus sueños. No podía, no debía renunciar. Vencería la incitación de ese deseo pecaminoso que lo consumía y trabajaría junto a Sandro y crearían grandes obras que perdurarían siglos.

Más animado regresó al taller.

Leonardo lo miró con ojos encendidos en cuanto cruzó la puerta.

-¡Ningún alumno se había atrevido a agraviarme hasta ahora! ¡Por todos los demonios! ¿Acaso te has vuelto loco? Pero, ¿qué te ocurre? -bramó.

Giancarlo bajó el rostro avergonzado.

-Lo siento. Supongo que los acontecimientos me han trastornado. Pero ya estoy bien. El paseo me ha reanimado. Os prometo que no volverá ha ocurrir.

-Eso espero. Ahora, coge tus cosas. Nos espera Ginebra -dijo Leonardo abriendo la puerta con ímpetu.

Giancarlo lo siguió, preguntándose porque ese hombre tenía la manía de caminar como si algo sumamente importante lo aguardara en cada una de sus salidas.

Al llegar a su destino, se detuvieron ante una casa pequeña y nada ostentosa, situada frente a la iglesia del Santo Spirito. Leonardo extrajo una llave y abrió la puerta. Subieron las escaleras hasta el piso superior entrando en una habitación.

El cuarto era amplio y la luz entraba en él con intensidad gracias a una ventana de grandes proporciones. Como mobiliario había una silla comfortable, un diván y una mesa. El lugar era ideal para pintar.

-Quiero que te limites a hablar lo imprescindible. Si ella pregunta, contesta con parquedad. ¿Comprendido? -dijo Leonardo llenando un vaso con agua.

-Sí, maestro.

Colocó el cuadro sobre el atril y lo destapó. Miró el rostro dulce e inocente de Ginebra. Y continuó opinando, a pesar de los consejos que Leonardo le había dado sobre las apariencias, que ella no fue la asesina.

-Maestro. ¿Y en cuanto averigüéis este asunto, indagaréis sobre el segundo asesinato? -le preguntó mezclándole los colores que le serían necesarios.

Leonardo se quedó durante unos instantes pensativo.

-Un científico como yo no puede eludir este hecho tan extraordinario. Nunca oí que alguien fuese liquidado por dos manos distintas. Es un buen misterio -dijo sin mostrar le menor emoción.

-¿No sentís lástima por Salvatore? Era vuestro ayudante.

-Lo tomé a mi servicio porque no deseaba que nadie interfiriera en mi obra. Mis otros pupilos se hubiesen sentido avergonzados si los limitara al trabajo de prepararme los tarros. A Salvatore no le importaba en absoluto. Él no era ningún artista, era un ambicioso sin escrúpulos -dijo dando unos pasos hacia atrás, estudiando la luz.

-¿Al maestro Botticelli no le importaba que acudiera con vos aquí? -le preguntó Giancarlo mientras limpiaba el pincel.

-Sandro es mi amigo, jamás... -dejo de hablar al oír los pasos - Calla. Ya llega la dama. Y recuerda, discreción.

Ginebra entró. Sus ojos castaños miraron con curiosidad a Giancarlo, para después dirigirlos hacia Leonardo con gesto interrogante.

-¡Oh, espero que me disculpéis, señora! No he tenido más remedio que buscar otro ayudante. Es Giancarlo. ¿No os importa? -dijo éste sonriendo con afabilidad.

-¿Qué ha pasado con Salvatore? -quiso saber ella sentándose ante ellos.

Leonardo lanzó un sonoro suspiro.

-¿No os habéis enterado? Nuestro amigo ha fallecido esta noche.

El cuerpo de Ginebra se convulsionó levemente. Se apoyó en el respaldo y cerró los ojos.

-Siento ser el portador de tan mala noticia. Sé que lo apreciabais -dijo Leonardo ofreciéndole un vaso de agua. Ella bebió con ansia. Más serena asintió levemente, mientras se quitaba el paño que cubría sus cabellos.

-Era un buen chico y muy joven para morir. ¿Acaso estaba enfermo? -dijo sin apenas voz.

-Nunca lo aprecié. Por favor, colocaos más a la derecha. Eso es. Perfecto. Pues, como decía, siempre me pareció sano como una manzana. Aunque, la vida que llevaba, no era la adecuada. Demasiados excesos y amoríos. Siempre se lo advertí, pero no me hizo caso. Claro que, si yo fuese tan atractivo y seductor como él, tampoco lo habría hecho. Es un placer ceder ante los requerimientos de las damas hermosas -respondió Leonardo dando las primeras pinceladas.

Ginebra carraspeó y se removió con inquietud.

-¿No estoy demasiado inclinada?

-Estáis en la posición ideal, señora.

-Y... ¿Cómo murió? -se interesó ella.

Leonardo ladeó la cabeza con un rictus de aflicción.

-Asesinado. Una muerte espantosa. Veneno. Debió sufrir convulsiones, vómitos... Bueno, os ahorraré los detalles. No son nada agradables ni adecuados para una dama.

-¡Oh, Dios mío! -gimió ella horripilada.

-No lo comprendo. ¿Quién desearía la muerte de ese muchacho? ¿Vos tenéis idea?

Ginebra sacudió la cabeza con energía, mientras un brillo peligroso de lágrimas asomaba en sus retinas.

-Por supuesto que no. Desconocía la vida de vuestro aprendiz -dijo al fin.

-¿De veras? Pensé, al veros entrar juntos en la inauguración de La Enseña de las Tres Ranas, que de estas sesiones había surgido la amistad -dijo Leonardo con tono inocente.

-No suelo relacionarme con muchachos de clase... clase baja, maestro. Además, no olvidéis que soy una mujer casada y debo respeto a mí esposo -replicó ella adquiriendo gesto digno.

Leonardo le entregó el pincel a Giancarlo. Su rostro ya no mostraba amabilidad. Se había cansado de esos modales condescendientes y estúpidos que a nada conducía. Así que, decidió dejar las formalidades y tratar el asunto que le interesaba sin tapujos.

-Señora, dejemos de jugar. Sé, porque no soy estúpido, que entre Salvatore y vos existía amistad, incluso, puedo afirmar, que erais amantes -dijo mirándola directamente a los ojos.

Las mejillas de Ginebra adquirieron un tono carmesí. Sacudió el abanico y se aireó con energía.

-Señor Da Vinci, me estáis ofendiendo. ¿Cómo os atrevéis a decir tamaña bajeza? ¡Soy una dama digna y decente, educada en la más estricta religiosidad! ¡Jamás! ¿Me oís bien? ¡Jamás traicionaría a mi marido! ¡Claro que, un depravado como vos que seduce a jovencitos, no puede comprender la lealtad y el pudor! -exclamó respirando agitada, mientras se levantaba de la silla.

Leonardo levantó la mano pidiendo que se calmara.

-Una exhibición realmente digna de un actor. Pero no me engaños. Sé, porque lo vi, lo que ocurría entre estas paredes. Así que, sentaos de nuevo y conversemos calmados, o me veré en la obligación de requerir a las autoridades que os interroguen.

El rostro de ella se tornó lívido, mientras Giancarlo pensaba que Salvatore aún era más degenerado de lo que creyó. Era amante de esa mujer, al mismo tiempo que de Sandro; y probablemente de otros.

-¿Lo haríais? -musitó Ginebra con el corazón encogido.

-Es mí deber. Un chico ha sido envenenado. Por ello, os rogaría que contestarais con sinceridad a mis preguntas.

Ella miró al aprendiz con ojos atemorizados. Si su desliz salía a la luz, su marido la mataría. No soportaría tal humillación. Claro que, ella tampoco que toda Florencia supiese que era una adúltera. Debía impedirlo a toda costa.

-¿Es necesario que esté presente?

-Del todo. Me ayuda en la investigación. Os aseguro que es prudente y leal. Esta conversación no saldrá de aquí. Veamos. Por lo hechos, me pregunto si deseabais libraros de él. ¿Lo hicisteis?

-Os aseguro que no. Amaba a Salvatore -respondió ella mostrando pesar.

-No lo dudo. De todos modos, tal vez, os hizo chantaje. Conocía bien al chico y su desmesurada ambición por enriquecerse.

Ella negó con la cabeza.

-¿Y vuestro esposo? Es posible que descubriera vuestra traición -sugirió Leonardo.

Ginebra abrió los ojos espantada.

-Espero que no o... No lo creo probable. En el caso que me hubiese seguido, siempre habría visto que entraba en el Santo Spirito. El cura me protegía. Ya sabéis que el dinero alivia la mala conciencia. Para llegar hasta aquí salía por la puerta trasera de la iglesia.

Leonardo chasqueó la lengua.

-Explicadme una cosa. Si fuera de esta estancia no os relacionabais con Salvatore, ¿por qué acudisteis juntos a la taberna?



-Mi esposo lo conoció hace unos días. Por lo visto tenían un negocio entre manos. Cuando nos disponíamos a salir, ya en el coche, se presentó y mi marido lo invitó a la cena -respondió ella frotándose las manos con nerviosismo.

-¿Un negocio? -musitó Leonardo con el ceño fruncido.

-Desconozco cuál. Ya sabéis que las mujeres no entendemos, ni sentimos debilidad por estas cosas -dijo ella.

Leonardo no estaba de acuerdo. Aunque los hombres se vanagloriaban de sus éxitos, muchos de los grandes negocios habían sido conseguidos por influencia femenina; más bien por su inteligencia, a todas luces, muy superior a la masculina. Pero ahora no debatiría sobre ello. Tenía entre manos un asunto más importante.

-Buena operación no sería, conociendo a ese sinvergüenza. Me cuestiono que se traerían entre manos. No importa. Se lo preguntaré.

Ginebra se levantó estremecida.

-O ruego que no habléis con él. Arruinaréis mi vida -le pidió con gesto de suplica.

Leonardo sonrió con indulgencia.

-No temáis. Jamás le contaré vuestro secreto. Como habéis dicho, soy un disoluto, pero un caballero con las damas. Una cosa más. ¿Quién era el extranjero que os acompañaba?

-Un cliente de mí esposo. Lo lamento, no recuerdo su nombre. Aunque puedo decir que era marino.

-Habéis sido muy amable al responder, señora; teniendo en cuenta las circunstancias. Os lo agradezco. ¿Volvemos al trabajo?

Ella inspiró con fuerza.

-Creo que por hoy, es suficiente -dijo con tono autoritario.

-Cierto. No ha sido una sesión corriente. Os pido disculpas por haber sido tan duro con vos. Espero que sepáis comprenderlo.

-Yo espero lo mismo de vos. Os aseguro que no soy una mujer casquivana. Respeto a mi esposo, pero también debéis saber que no me casé con él enamorada. Fue un matrimonio acordado. Salvatore me descubrió el amor y no pude resistirme. ¿Acaso puede alguien recriminarme por ello? -dijo ella con abatimiento.

-Por desgracia, muchos han sucumbido a sus encantos. No os sintáis culpable. El amor todo lo justifica, menos el crimen, por supuesto.

-¿Aún pensáis que he sido yo? -le preguntó Ginebra cubriéndose el cabello con el paño.

-Ya no. Como habéis dicho, ignorabais que acudiría a la taberna. Y sería absurdo que una dama exquisita y delicada como vos llevase siempre encima cicuta -contestó Leonardo besándole la mano con sutileza.

Ginebra se encaminó hacia la puerta y se volvió.

-Debido a los acontecimientos, sugiero que aplacemos las sesiones durante unos días.

-Como gustéis, señora.

-Recordar la promesa, maestro.

-No la olvido. Vuestro querido esposo continuará en la inopia -le aseguró Leonardo.

-¿De verdad la habéis descartado? -le preguntó Giancarlo en cuanto ella abandonó el cuarto.

-Del envenenamiento, sí. Aunque, no del crimen callejero. Pudo contratar a un matón.

-¿Y qué haremos para averiguar esa posibilidad?

-Primero desentrañemos lo del veneno. Ahora debemos ir al restaurante -dijo Leonardo tapando el cuadro.

-Pero... ¿No es más importante este asunto? -protestó el chico.

-Todo a su tiempo, muchacho. Todo a su tiempo. Anda. Recoge las cosas.

Dejaron el material en el taller y se encaminamos hacia la taberna.

Mientras Giancarlo esculpía un calabacín meditó sobre los acontecimientos. La muerte de Salvatore había sido deseada por dos personas distintas. Dedujo que el motivo había sido el mismo. Asunto de faldas o de calzones, por como actuaba ese bellaco. Aunque, cabía la posibilidad de que no fuese así.

-¿Quieres hacer el favor de dejar de cantar? ¿Acaso no tienes respeto? Ha muerto un compañero -le espetó a Pietro.

Él solo lanzó una exclamación muy significativa de los sentimientos que sentía hacia Salvatore.

-¡Bah!

Leonardo entró en la cocina

-¿Cómo va la alcachofa? ¡Los clientes aguardan, Pietro!

El cocinero alzó los hombros con desidia.

-¿Qué clientes? Solo tenemos uno. Seguro que ha corrido por la ciudad el gran banquete que ofrecisteis y no quieren engordar -se burló.

-Si no fuera porque no he encontrado otro cocinero, te echaría a patadas ahora mismo -gruñó su jefe.

Pietro le entregó el plato.

-Disfrutará enormemente -rió.

-¿Por qué te burlas? El maestro Da Vinci es un genio. La gente no debería acudir a la taberna para llenarse la barriga, si no, para gozar del arte -dijo Giancarlo molesto.

Pietro se quitó el delantal.

-¡Paparruchas! Nadie desperdicia el dinero en viandas escasas, por muy bien presentadas que estén. Mira, chico. Tengo algo importante que hacer. Y como dudo que a estas horas entre alguien más, te dejo a cargo de todo esto. Díselo al genio.

No se equivocó. Aquélla noche no hubo otros clientes.

-Los inicios siempre son difíciles. Pero cuando conozcan nuestra nueva cocina, acudirán en masa -dijo Leonardo cerrando la puerta.

Francamente, Giancarlo lo dudó. Pietro estaba en lo cierto. El menú le dejó con hambre y eso no era beneficioso para un restaurante.

-Toma las llaves del taller. Antes de ir a dormir debo hacer una cosa -dijo Leonardo.

-¿Sobre el crimen? ¿No debería acompañaros? -propuso el muchacho.

Leonardo sonrió con gesto pícaro.

-Estos últimos días he trabajado en exceso. Necesito diversión. Y antes de que preguntes, te diré que no puedes venir. Anda. Ve al estudio y descansa. Mañana iremos a ver al esposo de Ginebra.

Giancarlo caminó sobrecogido por las calles ya desiertas. Cada sombra, cada pequeño ruido hacía saltar su corazón atemorizándolo. Había escuchado en demasiadas ocasiones que Florencia no era un lugar seguro en la oscuridad. Los ladrones aprovechaban la ignorancia de los incautos que osaban deambular solos y los asaltaban arrebatándoles lo poco que llevaban encima.

Aunque, pensó que eso era lo de menos. Lo que verdaderamente le aterrorizaba era que lo golpearan. No era de esos tipos que soportan estoicamente el dolor. Su padre siempre se quejó que era un blando. Y era cierto.

Unos pasos lo obligaron a acelerar el paso. Estaba convencido que era el ladrón que venía a robarle.

Respiró aliviado cuando vio al hombre de vestiduras elegantes que entraba en un palacete, diciéndose que era un fantasioso. Cualquiera bandido se daría cuenta al instante que su mísera persona no llevaba nada de valor encima.

Giró la esquina que desembocaba en su calle. La tea que colgaba de la pared se había apagado y las sombras lo envolvían todo. Aferró las llaves con fuerza entre la mano y aceleró el ritmo.

De repente, algo golpeó la espalda de Giancarlo. Estaba seguro que una daga se había clavado en ella por el espantoso dolor que le traspasó. Asustado ante la idea de que podía morir, se revolvió.

Un tipo de rostro marchito y desdentado lanzó el puño estampándolo sobre la mejilla del chico que cayó aturdido. No obstante continuó golpeándolo con saña. Giancarlo levantó los brazos intentando protegerse el rostro y cuando vio el brillo del metal, aulló con todas sus fuerzas al comprender que iba a matarlo.

El tipo pareció dudar. Miró sobre su cabeza y dando un giro brusco, echó a correr.

Giancarlo intentó levantarse.

Un hombre se acercó. Era uno de los que habían acudido al taller cuando fueron robados.

-No te muevas, chico. ¡Por Cristo! Ese tipo se ha cebado contigo. No te preocupes. Estas heridas dolerán pero no te matarán. ¡Arriba!

Cogió las llaves que aún mantenía Giancarlo aferradas en la mano. Abrió la puerta y encendió una vela.

El chico se sentó sintiendo como la cara le ardía, como la sangre caliente le empapaba las mejillas.

El hombre mojó un paño en un cuenco con agua y le limpió con cuidado las heridas.

-Has tenido suerte que estuviese vigilando la casa. Ese hijo de perra te habría matado.

-Gracias, señor -musitó ahogando un gemido.

-Mí nombre es Paolo Somaldi. ¿Te ha robado algo? ¿Puedes describir al agresor? Giancarlo negó con la cabeza.

-Lo único que aprecié fue una gran cicatriz que le surcaba la mejilla derecha y su boca casi desdentada -respondió quitándole el trapo. Lo empapó en la jofaina y lo frotó con suavidad contra las heridas.

-¿Duermes aquí? -se interesó el policía.

-Comparto el cuarto provisionalmente con el maestro Da Vinci. Pero él no está. Tenía que hacer algunas cosas -respondió Giancarlo notando como la hinchazón de la carne magullada crecía a pasos agigantados.

-Iré a buscar a tu protector. Giancarlo, no es conveniente que te quedes solo tal como estás.

-No sé dónde se encuentra, señor. Pero he de aclarar que mí mentor es el maestro Botticelli -dijo él levantándose con dificultad. Caminó hacia el espejo y se miró. ¡Señor! Estaba irreconocible. El bastardo lo había golpeado con ganas.

Somaldi apoyó una mano en su hombro y sonrió.

-En unas semanas estarás como antes. Sé de lo que hablo. He visto muchas veces heridas así.

Por supuesto, en aquellos momentos, Giancarlo no lo creyó. Estaba seguro que su cara quedaría deformada. Ya se veía apartado de la sociedad como un perro sarnoso. A nadie le gustaba llevar a su lado a un monstruo. La carrera que había iniciado junto a Sandro se vería truncada. Y se juró que si pillaba a ese desgraciado lo mataría.

Somaldi curioseó por el taller. Se detuvo ante un lienzo. Acercó la vela y lo escrutó detenidamente.

-Es bueno -dijo.

-Es el mío. Y me parece vulgar, señor -dijo el chico con tono nada amistoso. El dolor lo estaba matando y consideró que no era el momento adecuado para comentar las dotes artísticas de nadie; y menos con un policía ignorante.

-Nada de eso. Los trazos son delicados y la mezcla de colores excelente. ¿Utilizaste tierra de Verona para las hojas, verdad? Comprendo tu estupor. No es corriente que un policía entienda de arte. Pero te diré que antes de entrar a formar parte del brazo de la ley quería ser pintor. Por desgracia, tenía fuerza de voluntad, pero nada de talento. Aunque, no me siento frustrado. Con la policía he conseguido algo importante: Liberar a los ciudadanos decentes de muchos peligros. Como hoy he hecho contigo -dijo con cierto aire orgulloso.

-Lo cuál le agradezco enormemente, señor. Si deseáis ir, podéis hacerlo. Comprendo que sois un hombre muy ocupado. Estoy bien. Marchad tranquilo.

Somaldi se acomodó en una silla.

-Mi misión está aquí. Desde que robaron he estado vigilando el taller. Por si acaso.

-¿Ha descubierto algo?

Él lanzó un suspiro.

-El asunto está difícil. Registramos la habitación y no encontramos ninguna pista que nos llevara al ladrón y tampoco nos han llegado noticias de que alguien intente vender esos documentos que tanto importan al maestro Da Vinci. Temo que este caso quede sin solucionar.

-Eso no gustará a Lorenzo Medici -dijo Giancarlo intentando acomodarse en la silla.

-Si quieres acostarte, puedes hacerlo. Te irá bien -le aconsejó Somaldi.

La puerta se abrió. Leonardo miró extrañado al policía.

-¿Qué ha pasado? -gimió al ver la cara del aprendiz.

Somaldi se levantó y le estrechó la mano.

-Esta noche lo han asaltado. Pero le evité males mayores, pues estaba cerca.

Leonardo encendió otra vela y la aproximó a la cara del aprendiz. Sus ojos mostraron ira.

-Verdaderamente, el hombre es el rey de los animales, pues su brutalidad supera a la de éstos. ¡Si pilló a ese cabrón, recibirá un buen castigo! ¡Por Jesucristo! Estás deformado, chico.

-Maestro Da Vinci, sería una pena que por un arrebató tuviéramos que arrestaros. Dejadlo en manos de las autoridades. No dudéis que lo cogemos y sus huesos irán a parar a la mazmorra -le aconsejó Somaldi.

-¿Pensáis que lo que le han hecho está relacionado con el robo de mis documentos?

-Creo que es un simple asalto callejero. Últimamente, como ya sabéis, el índice de criminalidad se ha incrementado. Muchos campesinos acuden a Florencia en busca de una vida mejor, pero no encuentran trabajo y se ven obligados a cometer delitos.

-Pues ese ladrón era estúpido. Por mí aspecto podía ver que no sacaría gran cosa -dijo Giancarlo.

-Tiene razón el muchacho. Hay algo más. Este ensañamiento no es corriente en un simple hurto -dijo Leonardo.

-Ya tienen los papeles. Vamos, maestro Da Vinci, no veáis misterios donde no los hay -refutó Somaldi con tono indulgente.

-Como queráis. De todos modos, continuó pensando que las cosas no cuadran.

-Bien. Ya que habéis venido, me iré. Mi jornada laboral ha terminado. Si ocurre alguna novedad, no dudéis en avisarme. Muchacho, cuídate. Y tranquilo, te recuperarás. Buenas noches -se despidió Somaldi.

-Gracias por todo -dijo Leonardo cerrando la puerta a conciencia.

-¿De verdad especuláis que hay algo extraño en lo que me ha pasado? - le preguntó Giancarlo.

-Por supuesto. ¿No has pensado que puede estar relacionado con la muerte de Salvatore?

-¿Qué tengo que ver con él? Apenas lo conocía. Es absurdo.

-Me ayudas en la investigación. ¿Y si Ginebra ha decidido que eres un peligro para ella? Juré no contar a su esposo la relación que mantenía con Salvatore, pero tú no.

-Esa muchacha es incapaz de matar una mosca. Y ya sé lo que dijisteis de las apariencias. No obstante, insisto en ello -dijo Giancarlo.

-Será mejor que te acuestes. Debes sentirte dolorido.

Giancarlo asintió.

-Dolor es poco. Me arde la cara y la cabeza me estalla -gimió levantándose.

-Pondremos remedio a eso. Vamos arriba. Te prepararé un brebaje ideal, muchacho -dijo sonriendo.

-¿Otro brebaje? ¡Ay Señor! -exclamó él recordando la pócima espantosa que le había dado para aliviar los efectos de la borrachera.

-Deja de quejarte. Eres afortunado de tenerme en estos momentos. Soy un genio en los remedios medicinales.

-Vos sois un genio en todo -masculló Giancarlo.

-Lo irás comprobando con el tiempo -rió Leonardo ayudándolo a subir la escalera.

-Eso, si curo. ¿Quién querrá apadrinar a un chico con la cara desfigurada?

Leonardo efectuó un gruñido con desgaire. Despreciaba aquella maldita manía que se había apoderado de la humanidad: El culto a la belleza. A él lo que verdaderamente le interesaba era el intelecto, la realidad de todo aquello que le rodeaba.

-Cuando el arte de uno es genial, los mecenas son un estorbo. Coartan la libertad. Yo jamás aceptaré a ninguno. Pintaré y esculpiré lo que me apetezca.

-Lamentablemente, yo sí lo necesitaré -rezongó Giancarlo dejándose caer en la cama.

Debido a la paliza, Giancarlo permaneció convaleciente en el taller los dos días siguientes, por lo que le fue imposible asistir al entierro de Salvatore. No obstante, Leonardo le informó de los detalles. Fueron muy pocos los que se acercaron a dar su último adiós al aprendiz. Sus compañeros de taller, obligados por las circunstancias, pues no le tenían ningún aprecio, una dama misteriosa, que sin duda se trataba de Ginebra y Bruzio. Sandro, estaba tan afectado, que permaneció encerrado en su habitación, sin valor para asistir a sus funerales; lo cuál hundió a Giancarlo aún más en la apatía.

Harto de compadecerse y de la inactividad, se levantó mullido, como si cien caballos lo hubiesen pisoteado, pero decidido a reemprender el camino que se había trazado cuando llegó a Florencia.

Tambaleándose se plantó ante el espejo. La cara aún ofrecía peor aspecto que la noche del asalto. Estaba abultada y azulada. Era como observar a un monstruo.

Lanzando un supuro de lamentación salió del cuarto y miró a los muchachos como pintaban bajo las órdenes de Leonardo, pues Sandro tampoco había acudido aquella mañana.

Gioavanni, el menor de los aprendices, estaba preparando una tabla de grandes dimensiones. Había unido dos planchas con cola de caseína, preparada con cal apagada y queso, y pegado encima un lienzo. Ahora estaba aplicando varias capas de gesso grosso. Después, lo dejaría secar, lo rasparía hasta dejarlo liso y a continuación, lo impregnaría con gesso sottile; dejándolo a punto para iniciar la pintura.

Cesare, que ya llevaba dos años en la escuela, mezclaba el polvo obtenido de unas gardenias secadas al sol, para colorear de rojo el birrete del cardenal que miraba con ojos curiosos hacia la lejanía; mientras a su lado, Luca, dibujaba con carboncillo el boceto de su obra.

-¿Por qué te has levantado? Necesitas reposo -se enojó Leonardo al verlo.

-¡Por todos los demonios! ¿Qué te ha pasado? -exclamó Agostino, uno de los alumnos de Sandro.

Los otros alzaron la vista hacia Giancarlo. Por sus caras comprendió que veían ante ellos a un engendro.

-Sigue pintando -le ordenó Leonardo dándole una colleja en la nuca.

-Maestro, ya es hora de terminar -se quejó Agostino.

-Pues, en ese caso, largaos todos. Tengo mucho que hacer. ¡Vamos, deprisa!



En cuanto abandonaron el taller, Leonardo subió a la habitación portando una bandeja con una taza de caldo. Estudió la cara de Giancarlo y asintió con gesto satisfecho.

-Esto marcha. Dentro de nada estarás como nuevo.

-Difiero. Hoy tampoco ha venido el maestro Botticelli. ¿Sigue apesadumbrado? - dijo Giancarlo.

-Es lógico. Salvatore era su debilidad. Ha sido un golpe muy duro. Pero pronto se le pasará. Dudo que amara sinceramente a ese golfo. En unos días, volverá a impartir clases y su humor será el de siempre.

-¿Conocéis los adelantos de la policía?

Leonardo abrió una cajita y extrajo unas monedas.

-¡Menudos ineptos! Están en punto muerto. No han encontrado indicios de ningún sospechoso.

-Por fortuna, vos estáis tras el misterio. ¿Ya habéis ido a ver al marido de Ginebra?

Él guardó las monedas en la bolsita que escondía bajo la camisa.

-Lo interrogaré dentro de unos días. Esta mañana he estado con Lorenzo Medici, para explicarle todo este embrollo. Por supuesto, se ha puesto a mi disposición. Desea que la verdad salga a la luz. Por eso ha organizado una gran fiesta en su palacio. Será el viernes. Estaremos todos los que asistimos a la inauguración de La Enseña de las Tres Ranas. Allí, entre diversión y buen vino, tal vez consigamos algo.

-¿También estoy invitado? -inquirió Giancarlo emocionado.

-Claro. Eres mi ayudante. Y posible asesino.

-¡Yo! -chilló el chico.

-Estabas en el lugar de los hechos. Y observé que mirabas a Salvatore con cierto aire de odio. Imagino que sentías celos por arrebatarte a tu mentor. Un buen motivo para matar. ¿No crees? -dijo mirándolo con gesto circunspecto.

-¡Os juro que no lo hice! -vociferó Giancarlo a punto de echarse a llorar.

Leonardo sonrió con indulgencia.

-Estaba bromeando. Sé que no lo hiciste. Vi como preparabas la comida. No tuviste oportunidad. Ahora, vuelve a la cama. Saldré un momento. Aprovecha para pensar en el crimen. Cualquier idea puede ser provechosa.

Giancarlo fe incapaz. Sus pensamientos se encaminaban, una y otra vez, hacia Sandro. Había sido un estúpido al pensar que eran amigos. Estuvieron a punto de matarlo y no se había dignado a ver como estaba. Él solo sufría por ese hijo de perra traidor.

Furioso, resolvió apartar ese sentimiento de admiración y afecto que sentía hacia él. No los merecía. Como el frío viento del anochecer, borraría del corazón las huellas de su amistad traicionera.

El sonido de unos golpes sobre la puerta lo sobresaltaron. No podía ser Leonardo, pues tenía llaves.

Decidió ignorarlos. No era prudente arriesgarse después de lo que le habían hecho.

Cambió de opinión al reconocer la voz que llamaba con insistencia. Era la de Guiliano Medici. Bajó con dificultad por la escalera y abrió.

-¿Está Botticelli? -le preguntó con rostro poco amistoso.

-No. Él...

-¡Por Judas! ¿Qué te ha pasado? -exclamó al percatarse de las magulladuras que cubrían el rostro del chico.

-Un intento de robo.

Guiliano sacudió la cabeza con energía.

-¡Florencia se está poniendo imposible! ¡La gente decente ya no puede ir tranquila por la calle! Primero Salvatore y ahora tú. Pero no temas. Nuestra familia lo solucionará. Impondremos duros castigos para esos desalmados. Y volviendo a Sandro. ¿Sabes dónde está?

-Supongo que en su casa. Lo cierto es que no le veo desde hace tres días. Desde que Salvatore apareció muerto.

Guiliano asintió con rostro contrariado.

-Ha sido un duro golpe. Era su aprendiz preferido. Un artista al que le han truncado la carrera, y la vida, que es lo más importante. ¡Cuando pienso en lo joven que era! Es indudable que estamos equivocados al pensar que la muerte no acudirá a por nosotros hasta que seamos viejos.

Giancarlo pensó que era buen momento para intentar sonsacarle algo que sirviese para la investigación y dijo:

-Tengo entendido que Salvatore no era un muchacho demasiado... digamos que moderado. Me han contado cosas que... ¡En fin! Que era ambicioso y un conquistador nato. Aunque, supongo que son tan solo habladurías de las que circulan por la ciudad. Envidiosos y todo eso.

Guiliano entrecerró los ojos mostrando desagrado.

-Justamente esos defectos no son bulos. ¿Puedes creer que intentó seducir a Simonetta? ¡El muy cretino! Ella jamás hubiese cedido a sus requerimientos. Es una mujer leal y honrada.

-Presumo que os debisteis enojar con él y tomasteis las medidas oportunas para hacerlo ceder.

-¡Cómo no! Le advertí que se apartara de ella. Conoce mi poder y por supuesto, atendió a razones -dijo con gesto vanidoso.

-Yo, en vuestro lugar, hubiese hecho algo más. Ya me comprendéis -le insinuó Giancarlo guiñando un ojo.

-¡Oh, no, muchacho! Las palabras pueden solucionar esas barbaries. Y yo soy hombre al que le gusta dialogar, hacer entrar en razón sin usar la violencia -exclamó ofendido.

-Claro, claro.

Guiliano ladeó la cabeza y fijó sus ojos en un lienzo. Era la representación de la virgen admirando a su hijo.

-No está mal. Aunque yo prefiero otros temas. Algo más humanista. Los clásicos, Grecia, dioses. Todo eso. ¿Así que Sandro está de luto? Pues, deberá abandonarlo inmediatamente. Ha de pintar a Simonetta. Ahora no puedo acercarme a su casa. En cuanto lo veas, le dices que acuda a palacio. Y por el tono de mi voz verás que no es una petición. O viene o le será retirada la protección de los Medici. ¿Comprendido?

-Si, excelencia -dijo Giancarlo turbado.

Leonardo entró en el taller. En su rostro se dibujó un rictus de fastidio.

En una ocasión le confesó a Giancarlo que los Medici eran grandes hombres, cultos y amantes de las artes, pero que no soportaba esa idea que tenían de creerse los mejores mecenas del mundo. Con esa actitud y el poder que ostentaban, importunaban a los artistas pidiéndoles que trabajaran para ellos, apartándoles del verdadero arte con absurdas peticiones.

-Hola, Guliano. ¿Qué te trae por aquí?

-Da la sensación que no te alegras de verme -se quejó Guiliano.

Leonardo soltó uno de sus gruñidos.

-Verás, es que en estos momentos estoy muy ocupado. Los cuadros, los inventos...

-El robo y el asesinato de ese chico. ¿Verdad? -le interrumpió Guliano -. Sé que estás ayudando a los agentes del gobierno a desentrañar esos molestos asuntos. No me mires así. Mi hermano gobierna esta ciudad. ¿Y qué has descubierto?

-Por el momento, nada. ¿Sabes tú algo? -respondió Leonardo lanzándole una mirada inquisitiva.

Guliano sonrió con autosuficiencia.

-Tú pupilo ya me ha interrogado. Él te informará. Ahora debo irme. ¡Ah! Y, chico, no olvides decir a Sandro que le espero para que inicie el cuadro de Simonetta. Nos veremos -dijo dándonos la espalda.

Leonardo, en cuanto Guliano abandonó el taller, miró a Giancarlo con ojos iracundos.

-¿Cómo te has atrevido? ¡Por Cristo! ¡Interrogar a un Medici como si fuese un vulgar matón! ¡Qué torpeza! -gritó señalándolo con el dedo índice.

-Simplemente hemos... hemos conversado, maestro. Comentamos lo del crimen y... Bueno. En ningún momento lo ofendí ni sugerí que fuera... sospechoso -farfulló el chico sobrecogido ante su ataque de cólera.

-¡Ah! Pues ya se nota -exclamó Leonardo.

-Lo lamento, maestro -se disculpó el chico.

Leonardo subió las escaleras y Giancarlo lo siguió.

-¿Y qué ha dicho? -preguntó sentándose ante la mesa.

-Que Salvatore se insinuó a Simonetta.

Él asintió mientras tomaba un pergamino y una pluma.

-Un buen motivo: Los celos.

-Tal vez, aunque me dijo que habló con él y lo hizo entrar en razón, alegando que su poder podía destruirlo. Y por lo que he oído de Salvatore, supongo que eso le bastaría para apartar la idea. ¿No creéis? -dijo Giancarlo acercando una silla a la mesa.

-Conjeturas. Solo encontramos conjeturas. ¿No tienes nada que hacer? -masculló Leonardo mirando al chico de reojo.

-No. ¿Qué hacéis?

-Estoy escribiendo mí tratado de pintura. Deseo que mis conocimientos no mueran conmigo. Escucha. A ver que te parece. "La pintura la dividimos en tres partes, y ésta división la sacamos de la misma naturaleza: pues siendo el fin de aquella representamos las cosas del modo que se ven, hemos reflexionado las diferentes maneras con que llegan a nuestro vista los objetos. Primeramente cuando medimos una cosa, advertimos que aquello ocupa cierto espacio. El pintor circunscribirá el espacio, a lo cuál llamara propiamente contorno. En segundo lugar en la acción de ver consideramos el modo con que se juntan las diversas superficies de la cosa vistas una con otras; y dibujando el pintor ésta unión de superficies cada una en su lugar podrá llamarlo composición. Por fin, al tiempo de mirar, discernimos con toda distinción todos los colores de las superficies. Y como la representación de éstos en la pintura tiene tantas diferencias a causa de la luz, por ésta razón, llamaremos a esto adumbración. De modo que la perfección de la pintura consiste en el contorno, en la composición y en la adumbración o claroscuro". ¿Y bien?

-Pues... Algo así decía el cura del pueblo, pero con más sencillez. Luz, objetos y entorno tenían que ser estudiados con profundidad, para crear la realidad de lo que vemos -comentó Giancarlo.

Leonardo lo miró perplejo.

-¿De veras? ¡Asombroso! Ese hombre debe tener una gran mente -exclamó.

-Me enseñó mucho, sí. Sobretudo a amar la pintura. Por eso vine a Florencia, para aprender de los mejores. Y hasta ahora he tenido suerte. Sin embargo, temo que ésta se acabe -dijo Giancarlo señalándole el rostro.

Leonardo le revolvió el cabello con una sonrisa dulce.

-¿Acaso no me consideras un genio? Pues también lo soy en medicina. No quedarán rastros de los golpes. Te lo aseguro. Pero para ello debes ponerte la pomada y alimentarte como es debido. Así que, ve a la despensa y prepara algo. No hace falta que te esmeres. En estos momentos solo es necesario llenar la panza. Anda. Comeremos y después, te enseñaré algunos de mis trucos para conseguir un cuadro excepcional. ¿De acuerdo?

Giancarlo dispuso un ágape sencillo. Pan, queso, tocino y un poco de fruta. No podía hacer más, pues en el taller no había cocina. Sin embargo, Leonardo preparó la mesa como si estuvieran a punto de disfrutar de un gran manjar. Puso un mantel y trapos para no tener que limpiarse las manos en sus vestiduras y un tenedor para pinchar la comida.

-La comida es un arte y debemos hacerle honor. No comportarnos como cerdos -dijo llenando los vasos con vino.

-Lo sé. El maestro Botticelli me dejó leer el tratado que hicisteis de buenas costumbres en la mesa. Un legado importante para la educación -dijo Giancarlo enjugándose la boca tras beber.

-Muy necesario, por cierto. Espero que tomen nota de él. Los banquetes, incluso los ilustres, suelen ser frecuentados por bárbaros -masculló Leonardo con desprecio.

Después de llenar el estómago bajaron a la planta baja.

Leonardo descubrió un lienzo.

En él había pintado a un joven desnudo, que arrodillado ante un lago, rompía la armonía del agua con sus dedos provocando círculos. Más a lo lejos, una mujer etérea, cuyo rostro que Giancarlo creyó reconocer, sobrevolaba la espesura del bosque.

-¿Es Simonetta? -preguntó.

-Lo es. Una mujer hermosa, sin duda. La emperatriz de Florencia. Por ella los hombres enloquecen.

-¿Y el muchacho? ¿Existe?

Leonardo asintió clavando sus ojos en el lienzo, mostrando un brillo de dicha.

-Jacopo Saltarelli.

Al escuchar el nombre, el aprendiz comprendió su mirada. Ya le habían hablado de ese chico. Corría el rumor que Leonardo solía visitarlo en el burdel donde trabajaba. En realidad, durante aquellos tiempos, corrían muchos bulos sobre relaciones desvergonzadas entre los miembros de las logias. Pero la sociedad florentina parecía aceptarlo sin escandalizarse, tratando el asunto como si fuese una moda pasajera, una excentricidad más de los creativos.

Leonardo volvió a concentrarse en el cuadro y dijo:

-¿Qué ves?

-Una obra digna de admiración -contestó Giancarlo.

Leonardo resopló.

-¿Recuerdas algo de la teoría que te leí? Veo que no. Míralo de nuevo y esta vez con ojos de pintor, Giancarlo.

Lo hizo y comprendió lo que pretendía.

-Ahora lo veo con claridad. Habéis pintado al joven con vivos colores, mientras que en la muchacha, estos son más opacos. Lo mismo pasa con el follaje de la orilla y la espesura del bosque. Da la sensación de profundidad. Es lo que llamáis perspectiva. ¿No es así?

-¡Excelente, Giancarlo! Esa es la meta. Como ves, a medida que los objetos se alejan, la pintura debe ser menos nítida. Los contornos se van haciendo borrosos y desdibujados, como ocurre en la realidad. Eres inteligente. Sandro estará orgulloso de ti -exclamó dándole unos golpecitos en la espalda.

-Dudo que pueda aprender con él. La muerte de Salvatore lo ha hundido en una gran pena. Ni tan siquiera ha venido para hacer lo que más le place: Pintar. Ni tampoco a ver como me encontraba. Así que, no espero que se moleste en enseñarme.

-Puede que no sepa lo ocurrido -sugirió Leonardo.

-Es lógico que alguien tan importante como él no se preocupe por un miserable como yo. Al fin y al cabo, si somos sinceros, no soy ningún talento. Además, un pobre como yo no tiene derecho a introducirse entre los grandes -contestó el chico con pesar.

-¡Estoy en total desacuerdo! Todos tenemos derecho a ilustrarnos. Y si no, fíjate en mí. Por ser hijo ilegítimo, fui condenado al ostracismo, sin poder asistir a la universidad, pero no me rendí. Con mis propios medios me convertí en un autodidacta. Incluso fui aceptado en el Gran Gremio de San Lucas. Y ahora todos envidian mi sabiduría. Así que, no aceptaré tu resignación. Sé que eres un gran potencial para la pintura y si Sandro no te asesora, lo haré yo. ¿De acuerdo? -dijo Leonardo con tono airado.

Giancarlo estuvo a punto de llorar ante su propuesta. Toda Florencia conocía lo que le fastidiaba tener que enseñar. Y que se ofreciera libremente, sin que el aprendiz le pagara una fortuna, le llegó muy hondo en el alma.

-Sois muy generoso, maestro -musitó.

-Que menos puedo hacer por un futuro genio y un gran investigador. Hoy has conseguido que Guiliano sea un candidato a asesino potencial.

-No le habéis creído.

-¡Por supuesto que no! Averiguar si pudo echar la cicuta en la copa de ese desgraciado será fácil. La cosa cambia con el ataque callejero. Él no empuñó el arma, pero pudo ordenar a alguien que lo hiciera. ¡Demonios! Este misterio es más complicado de lo que desearía -dijo.

-Nosotros lo desentrañaremos. ¿Verdad, maestro?

-Así es, Giancarlo. Ahora, ya que no podemos discernir la verdad, saldremos. Te irá bien -dijo tapando el cuadro.

Leonardo lo llevó a un edificio de formas sobrias.

-Es la Academia Platónica. La fundó Cosme Medici, gran seguidor de la corriente humanística. Aquí la razón y la filosofía discurren con libertad, sin prohibiciones absurdas. Es el templo de la sabiduría, muchacho.

Su llegada fue recibida con entusiasmo por uno de los jóvenes que ocupaba una sala decorada con lienzos y esculturas de la nueva tendencia que imperaba en Florencia.

-¡Querido, Leonardo! Es un placer tenerte de nuevo entre nosotros -lo saludó abandonando la butaca.

-He querido mostrar a este muchacho el lugar donde las ideas fluyen sin descanso. Giancarlo, te presento a Angelo Ambrogini, ilustre poeta y pensador -dijo Leonardo. Giancarlo le tendió la mano, mientras el poeta lo miraba con curiosidad -. Lo asaltaron. Pero se repondrá. Y bien. ¿Qué se comenta desde mi ausencia? ¿Alguna novedad escandalosa?

-¿Qué entendéis vos como escandaloso? -preguntó el otro joven de ojos y cabellos negros como el carbón.

Leonardo ladeó la cabeza escrutándolo.

-La percepción de bien o del mal, es relativa, señor...

-Pedro Berruguete. Pintor español, maestro Da Vinci. Espero que me conceda el honor de ver alguna de sus obras.

-Por supuesto. Y vos las vuestras, si habéis traído alguna. Angelo. ¿No hay una copa para este sediento?

Ambrogini llenó unos vasos de vino y se los ofreció.

-¿Estás creando algún nuevo poema? -le preguntó Leonardo.

-Por supuesto. Y levantará ampollas. Estoy decidido a escribirlo en toscano. Quiero que todo el mundo pueda leerlo y goce de sus pensamientos, de su estética. El arte, las ideas deben ser entregadas a la humanidad. ¿No crees, chico?

-Supongo -repuso Giancarlo.

-Veo que dudas. No lo hagas. El ser humano está dotado de pensamiento y razón para discernir entre lo que es cierto o no.

-Como decía Platón, hay que escapar de la caverna. La humanidad ha estado demasiado tiempo delante de la hoguera viendo pasar las sombras de lo que ocurría en el exterior. La luz del sol nos permite ver el mundo real, alcanzando el conocimiento de las cosas.



-Y como decía Pitágoras: "Dios es la mente universal difundida a través de todas las cosas y Cicerón añadió que cada una de nuestras almas forman parte de esa divinidad. De este modo, se deduce que nuestros actos e ideas son consecuencia de ese halo divino -dijo Leonardo.

-La iglesia opina que solo Dios posee esa divinidad - le rebatió Giancarlo.

-Los gerifaltes eclesiásticos se empeñan en atacar cualquier pensamiento que pueda hacer tambalear los cimientos de la Iglesia. Unas bases, a mi entender, equivocadas. ¿Qué mal hay en amar, en poseer libertad de pensamiento, en ilustrarse? Hasta han alzado su voz contra el invento de Guttemberg. ¿Sabes por qué? Sencillamente, porque cuando un hombre aprende adquiere poder. El poder de decidir por si mismo, sin que nadie pueda imponerle ideas extremistas y sin sentido. Como dije antes, Dios nos creó y somos su resultado. Él nos dotó con inteligencia y debemos utilizarla para el bien de la humanidad. Crear arte, cultura y estudiar la medicina. Como yo hago y no me importa quebrantar sus leyes sagradas, pues considero que Dios nunca nos las impuso. Así que, dicho esto, espero que a partir de ahora razones por ti mismo. ¿No estás de acuerdo?

Tardó en contestar. Estaba sumido en el desconcierto. Jamás había escuchado un discurso como aquél. Su alegato estaba cargado de blasfemias, y aún así, algo en su interior le decía que estaba en lo cierto. El hombre, a diferencia de los animales, poseía la virtud de pensar y de sentir. Diferencias que el Señor les había concedido por alguna razón poderosa y que ésta no debía desperdiciarse. Y decidió, que no lo haría. Aprendería de los grandes maestros y se convertiría en un hombre ilustrado, libre y sin temor.

-Procuraré instruirme y ser libre de pensamiento.

Berrugete sacudió la cabeza en señal de desaprobación.

-Me parece una idea provocadora e irreverente. Sin embargo, he de admitir la teoría. Si Él nos creó, ciertamente nos dio aliento de divinidad.

-No lo dudéis, amigo mío. Si no fuera por que...

Leonardo calló ante la irrupción de un hombre de aspecto solemne. Era Marsilio Ficino, director de la academia.

-¡Oh Filosofía, guía de la vida, investigadora de la virtud, azote del vicio! ¿Qué seríamos nosotros, que sería de la vida de los hombres, sin ti? -dijo éste.

-Marsilio, es un placer verte de nuevo en la ciudad -le dijo Leonardo.

-Siento el mismo placer ante tú presencia. Últimamente nos tenías abandonados.

-Mucho trabajo, amigo. ¿Y, tú, en qué estás ahora?

-En la traducción del griego al latín del Corpus Hermeticum. ¡Fascinante! Por cierto, he oído decir que has abierto una taberna.

-Cierto. Sirvo comidas excelentes y sanas. Espero tener el honor de contar con tu presencia. ¡Vaya! ¿Ya ha anochecido? Deberé dejaros. Me esperan en la taberna. Ese cocinero no sabe hacer nada sin mí y no quiero defraudar a los clientes -dijo Leonardo.

-Es extraño que un artista como vos tenga una cantina -dijo Berrugete.

Leonardo lo miró con gesto vanidoso.

-El mejor restaurante de Florencia, señor. Os espero. Estáis convidado. Buenas noches, señores. Vamos, Giancarlo.

Salieron a la calle y los ojos de Giancarlo contemplaron la ciudad con una nueva visión. Ahora estaba convencido que la hipótesis que había escuchado era cierta. Nadie, sin un toque de divinidad, podía construir e idear esas maravillas.

-Te veo muy callado. ¿Te hemos escandalizado? -le preguntó Leonardo.

-Bueno... Más bien diría sorprendido. Nunca me caractericé por pensamientos filosóficos. Mí mundo, hasta ahora, se componía de la familia, las ovejas y los ratos de ocio con la pintura; sin más complicaciones.

-¿Consideras complicado razonar? Sin duda, lo es. Una mente sumida en las tinieblas, cuando recibe la luz, se desconcierta. Pero ya verás, al final comprenderás y serás un ser libre, sin temor a tus actos -dijo Leonardo señalándole una iglesia -. Santa María Novella. Un edificio notable, sin duda. Su arquitecto recibió un halo mágico de inspiración. ¿No te parece?

Giancarlo asintió sin poder dejar de pensar en las palabras de Platón y de los otros filósofos.

-Es hermoso. Maestro. ¿De verdad creéis que yo también poseo ese don divino?

Leonardo se detuvo y le indicó que se fijara en el perro que dormitaba ante una puerta.

-Cualquier ser de la creación lleva la huella del Creador. La diferencia entre los otros seres y nosotros radica en que a los humanos nos regaló la inteligencia. Por eso debemos usarla e intentar ser más perfectos cada día.

-¿Solo la inteligencia da pie a los sentimientos, maestro?

Él sonrió.

-Compruebo que ya comienzas a pensar. Nadie, incluso los filósofos de la antigüedad, ha otorgado emociones a lo que no es humano.

-Opino que la emoción tiene varias vertientes. Incluso ese perro las posee. En ocasiones siente miedo, alegría e incluso melancolía. Muchos canes han muerto de pena ante la desaparición de su amo. ¿Es eso amor, instinto? Quién lo sabe. Pero indudablemente, son sentimientos, aunque queda excluida la pasión y el razonamiento. Al menos, eso creo. Como también que he dicho una gran tontería -dijo Giancarlo.

Leonardo volvió a mirar al perro cuando éste se levantó para saludar a su dueño con gran efusión; mientras Sandro giraba la esquina de la calle encaminándose hacia la taberna.

-Nuestras mayores tonterías pueden ser muy sabias. Has hablado con juicio. Ahora mismo, ese animal está mostrando el sentimiento de la alegría. En cambio tu, el de enojo.

-¡Por todos los Santos! ¿Qué te ha pasado? ¿No me dirás que te has peleado como un vulgar tunante? -exclamó Sandro al ver el rostro de su pupilo.

-Si os hubieses molestado en pasar por el taller, lo sabríais. Pero claro, estabais demasiado ocupado en vuestra repugnante aflicción -le contestó éste con sequedad, molesto ante las ojeras que bordeaban su rostro. Se notaba que había llorado mucho por ese infame.

Sandro lo miró perplejo.

-¿Repugnante? Un muchacho al que apreciaba ha muerto. Cualquiera con un mínimo de sentimientos estaría abatido -le recriminó.

Giancarlo entró en el restaurante y se encaminó hacia la cocina. Él lo siguió.

-Por favor, si no vais a cocinar, salid -le pidió el chico dándole la espalda.

Sandro lo asió del brazo y obligó a mirarlo.

-¿Qué te pasa? ¿Por qué estás molesto? ¿Tal vez por qué he abandonado tus clases?

-Simplemente, porque me enerva que lloréis por alguien que no lo merece. ¿Sabíais que os engañaba con una dama? Pues, lo hacía. Y a saber con quien más. ¿No es cierto, maestro Da Vinci?

Leonardo asintió con el rostro circunspecto.

-Tu protegido no era precisamente una buena pieza. Por lo visto se creo muchos enemigos. Y unos cuantos estaban deseosos de que desapareciera de este mundo.

-Los más sensatos -masculló Giancarlo.

-¡Giancarlo, por favor! -exclamó Leonardo lanzándole una mirada helada.

Sandro, abatido, se sentó sobre la mesa.

-Eso no implica que sienta el corazón desgarrado.

-Donde hay más sensibilidad, allí es más fuerte el martirio. Pero no merece la pena que por Salvatore te hundas. Vamos, amigo. Será mejor que regreses a casa. Mañana reanuda las clases y verás como la calma retorna a tu alma atormentada cuando comprendas que entregaste tus sentimientos más nobles a quién no los merecía -le aconsejó Leonardo.

Sandro miró a Giancarlo. Sus ojos mostraron un halo de consternación al ver su belleza profanada.

-¿Qué pasó? -dijo sin apenas voz.

-Quedad tranquilo. Vuestro antiguo aprendiz no se enzarzó en pelea callejera e innoble. No tendréis que avergonzaros, maestro -contestó su alumno sin poder apartar el tono seco.

-Un hombre lo atacó ante el taller. Se supone que para robarle. Aunque, mi teoría es otra. Creo que está relacionado con el robo o el asesinato de Salvatore -aclaró Leonardo.

-¿Por qué razón? No lo comprendo -dijo Sandro con el semblante desconcertado.

-Intentamos averiguarlo. Y no dudes que lo haremos. Quién ha hecho esto, lo pagará.

Sandro esbozó una lánguida sonrisa.

-Seguro que te pondrás bien. Tu rostro volverá a ser hermoso, chico.

-Sin duda, gracias a los cuidados del maestro Da Vinci. Por suerte, siempre ha estado a mi lado en estos duros momentos -dijo él con mordacidad.

-Siento causarte decepción, Giancarlo. Si lo hubiese sabido... ¡En fin! No es juicioso lamentarse de lo pasado, puesto que no hay solución. Seguiré el consejo de Leonardo. Iré a casa. Estoy realmente agotado y he de pensar. Pensar muy seriamente.

-Y trabajar. Ya sabes que el hierro se oxida por la falta del uso y la inactividad también destruye el intelecto. Mañana te espero en la escuela -dijo Leonardo.

-Lo intentaré. Buenas noches -se despidió Sandro dejándonos a solas.

-Su actitud es estúpida -gruñó Giancarlo.

-Puedes censurar a un amigo en confianza, pero debes alabarlo en público -dijo Leonardo mirándolo con gesto de reproche.

-¿Amigo? Solo soy un aprendiz torpe para él. Y jamás seré nada más. Me ha demostrado que le tiene sin cuidado la situación en la que estoy. Creo que entra alguien. ¿Preparo el menú?

-Comienza sin Pietro. ¡Ay Señor! Ese cocinero acabará conmigo -se quejó Leonardo cruzando el comedor.

Giancarlo cortó la lechuga y se concentró en ella en un intento de borrar de la mente la imagen de Sandro. Aquella noche el gran genio se había mostrado ante él como un hombre derrotado por un mequetrefe. El ídolo acaba de derrumbarse a sus pies.

Aquella noche tampoco hubo multitudes en la taberna. Cinco clientes y los cinco, abandonaron el local refunfuñando ante la escasez de comida.

Leonardo no le dio importancia. Estaba convencido que algún día su teoría de que comer con ligereza era más saludable sería apreciada por todos.

Por supuesto, Giancarlo lo dudó. Nadie en su sano juicio abandonaría la mesa sin sentirse saciado. Sin embargo, no se lo dijo. No quería quebrantar su férrea fe y la ilusión que había puesto en el proyecto.

-Giancarlo, puedes irte. Yo cerraré. Tengo que hacer algunas gestiones -dijo apagando la turba del horno.

Giancarlo nunca supo de su boca, a pesar de compartir el cuarto en la escuela durante semanas, que eran esas "gestiones". Leonardo siempre fue un compañero agradable, un maestro inmejorable y un buen camarada. Pero en ninguna ocasión le habló de su vida privada. Era como si temiese que todo aquel que lo apreciaba sufriera un desengaño. Tiempo después, comprendió sus razones, cuando estalló el gran escándalo.

A causa de ese hermetismo surgieron innumerables leyendas, como la de su origen. No se sabía con exactitud el lugar de su nacimiento. Solo constaba su llegada al mundo el quince de Abril de 1452 por unos escritos de su abuelo paterno, en los cuáles especificaba que era hijo de Ser Piero y una tal Caterina, cuya familia era desconocida.

Eso dio lugar al rumor que su madre era una esclava musulmana cristianizada, pues era el nombre que solía tomar esas mujeres cuando abrazaban la fe de Cristo.

Muchos comenzaron a difundir que la inteligencia de Leonardo era debida a las prácticas ocultas que su madre le transmitió, pues nadie podía explicarse como un niño que no había recibido instrucción de los mejores maestros podía realizar tantas maravillas.

Si no hubiese compartido tantas horas con Leonardo, él también hubiese pensado lo mismo. Pero lo observó mientras elaboraba sus cuadros, sus escritos, sus inventos y en ninguna ocasión vio que Leonardo realizara rituales extraños o paganos. Simplemente, sus obras eran el resultado de una genialidad nata y mucho trabajo; de observar y experimentar. Mientras que otros, fieles a la tradición, continuaban pintando al temple, Leonardo dotado de una gran visión futurista, empleaba el óleo, consiguiendo que el nuevo invento mejorara sus cuadros, al tiempo que acrecentaba la envidia de los mediocres.

-Ten cuidado, muchacho. Ve directo al taller y no te entretengas -le dijo mientras limpiaba la máquina que había inventado para hacer tiras de pasta -. ¡Maldita sea! ¡Ya se ha encasquillado! He de corregirla.

Su pinche se despidió sonriendo. Leonardo nunca dejaba de buscar la perfección. Era tal su obsesión, que a través de los años, fueron muy pocos los encargos que terminó. Ninguna vez quedaba satisfecho de sus obras y se negaba a darlas por finalizadas, ante la desesperación de sus clientes.

Abandonó la taberna y caminó con celeridad, pues ya era noche oscura y el pavor que había sentido cuando fue atacado aún lo embargaba.

El corazón casi saltó de su pecho cuando oyó los pasos.

Miró de reojo. Se trataba de un tipo alto, que por su actitud, comprendió que lo seguía.

Acrecentó el ritmo sin mirar hacia atrás, terminando por echar a correr al divisar el taller.

Con dedos temblorosos metió la llave en la cerradura y cuando estaba a punto de abrir, la zarpa del tipo cayó sobre él.

-¡Socorro! -gritó Giancarlo agitándose sin control.

-Por favor, calla. No tengo intención de atacarte. Solo quiero hablar contigo -le dijo el tipo tapándole la boca.

Giancarlo continuó debatiéndose, pero era un acto absurdo. El agresor le doblaba en peso y altura.

-Muchacho, solo quiero advertirte que corres un gran peligro. Ellos intentarán eliminar a todos aquellos que saben demasiado. Deberías regresar a tu casa y alejarte de todo esto -susurró.

Giancarlo intentó volver el rostro. Él se lo impidió.

-No.

-¿Por qué... me ayudáis?

-Considero que este asunto está yendo demasiado lejos. No esperaba ninguna muerte. Y menos de gente inocente. Hazme caso y lárgate cuanto antes.

-¡No veo razón por la que quieran asesinarme! ¡No sé nada, lo juro! -exclamó Giancarlo.

-Conoces más de lo que imaginas y esa es tu perdición. No seas estúpido y sigue mi consejo. Ahora me iré y nada de movimientos extraños -dijo soltándolo.

Giancarlo no se atrevió a mirar hacia atrás. Solo lo hizo cuando los pasos se alejaron.

Aún temblando entró en el taller. Fue entonces, bien resguardado, cuando osó mirar a través de la ventana oteando cada rincón.

Una sombra, que en nada se parecía al hombre que lo había advertido del peligro en el que se hallaba, se encauzaba hacia la escuela. Sus pasos eran torpes, pero indudablemente estaban decididos a alcanzar su objetivo.

Giancarlo miró a su alrededor y buscó algo más contundente que una simple cerradura para salvaguardar su vida.

Se abalanzó hacia la mesa y empujó con ahínco, pero apenas consiguió moverla unos centímetros. Era de madera maciza y él no se destacaba precisamente por ser un atleta.

Realmente aterrado comenzó a rezar, implorando que todo aquel horror fuese efecto de su imaginación desatada.

No pudo evitar lanzar un grito al escuchar los golpes en la puerta. Como un poseso se lanzó hacia la escalera dispuesto a encerrarse en la habitación.

Se detuvo al instante al reconocer la voz quejumbrosa que pronunciaba su nombre.

Retrocedió y abrió.

Sandro, con el rostro demudado, cayó a los pies de Giancarlo.

En ese instante, toda la rabia que sentía hacia él se desvaneció y se apresuró a auxiliarlo preso de la aflicción.

-¡Jesús! -exclamó al ver la sangre que manaba de su hombro. Lo asió y lo arrastró hacia el interior.

-Me han... herido... Un hombre me... asaltó... -farfulló Sandro mientras lo ayudaba a subir a la habitación. Lo tiró en la cama y estudió la herida. No era profunda. Fue a por una jofaina y un trapo limpio. Le quitó la camisa y le lavó la herida.

-¿Cómo ha sido? -le preguntó su alumno.

-Supongo que querían robarme... ¡Ah! Cuidado, chico. Con delicadeza. Fue un tipo de cara afeada, con una cicatriz de la mejilla izquierda. Apenas tenía dientes -le explicó.

-¿Desdentado? Creo que también fue el que me atacó. Y como supuso Leonardo, tras esto, creo que no buscaba desvalijarnos.

Sandro lo miró con cara perpleja.

-¿Y que pretendía entonces, matarnos? ¿Por qué razón? No veo ningún motivo coherente, Giancarlo.

Éste meditó durante unos segundos mientras le servía un vaso de agua.

-Salvatore es la clave -dijo.

El maestro sacudió la cabeza con energía.

-¡Absurdo!

-No lo es. Tenía relación con nosotros. Hace unos minutos un hombre me advirtió que debía abandonar Florencia o moriría.

-¿Por qué razón? No entiendo nada -musitó Sandro.

-Por lo visto, sé algo que aún no sé.

El pintor se frotó la frente con gesto abrumado.

-Deja las jergas para otro momento. No estoy en condiciones de pensar. Han estado a punto de matarme.

-No exageréis, maestro. A diferencia de mí, solo os han hecho un rasguño -le recriminó Giancarlo.

Sandro le miró hondamente. Alzó la mano y le acarició la mejilla con delicadeza, recorriendo con los dedos las magulladuras que aún azulaban la piel.

-Deberían matar a ese hombre por profanar esta belleza -susurró.

Con el corazón acelerado, Giancarlo rechazó su caricia de un manotazo brusco. No caería ante la tentación de la serpiente. Jamás le perdonaría sus desprecios.

-Todo lo bello que hay en el hombre pasa y no dura -dijo con sequedad.

Sandro sonrió con apatía.

-Cierto. La hermosura perece en la vida, pero es inmortal en el arte. Y tú siempre, a pesar de esos golpes, permanecerás bello en mí memoria. Por muchos años que pasen, no podré olvidar que una noche un muchacho de cabellos de azabache cuidó de este botarate que alimentó su alma con la mayor de las mentiras que le devoró el corazón. ¿Cómo pudo Salvatore mantenerme tan engañado? ¡Qué ingenuo he sido!

-Los niños quedan extasiados ante el juego del mago y creen que son seres extraordinarios. Pero toda la magia se esfuma cuando descubren el truco. Deberíais enterrar junto a su tumba el aprecio que le teníais y volver a sentir la alegría de vivir, maestro -le dijo Giancarlo intentando consolar la aflicción que le embargaba.

-Hay heridas, como esta -dijo Sandro señalándose el hombro - que cicatrizan con facilidad. En cambio, la tela con la que están confeccionados los sentimientos es tan frágil que es difícil de remendar.

-Os equivocáis. Se regenera sin que nadie se inmiscuya. Solo necesita tiempo. Lo comprobaréis una mañana, cuando al despertar notéis como la nave de vuestra existencia ya no está pilotada por una voluntad ajena.

Sandro lanzó un suspiro apagado.

-Tienes razón. No se puede poseer mayor gobierno, ni menor, que el de uno mismo. Desgraciadamente, soy como las ruedas del molino que necesitan el agua para rodar. ¿Querrás ser tú, amigo esa corriente? ¿Me ayudarás a girar con júbilo?

-¿Cómo podría hacer semejante proeza un simple muchacho ignorante? -dijo Giancarlo bajando el rostro.



Sandro levantó el torso y lo tomó del mentón. Con suavidad lo obligó a mirarlo.

-El jilguero jamás podrá aleccionarnos con su filosofía. Sin embargo, con su canto melodioso consigue alegrar nuestros corazones. Dame tú música, Giancarlo. Devuelve la esperanza a éste moribundo -le pidió dejando que sus dedos vagaran por los rizos del chico.

En las profundidades del pecho de Giancarlo estalló el torrente contenido y el manantial de las emociones se desbordaron devastando las convicciones que encontraba a su paso. El barro del deseo sepultó a la represión bajo los escombros y se dejó llevar por la corriente, saltando al vacío. Cayó en el remolino de sus brazos, de sus caricias, navegando junto a él.

Sandro alzó los ojos del papel. Un estremecimiento le recorrió el estómago. Ninguno de sus amantes había conseguido turbarlo de aquel modo tan demoledor. Su aprendiz había abierto una puerta que escondía un mundo nuevo y fascinante. Un paraíso fertilizado por la inocencia y se sentía subyugado, ebrio de entusiasmo al recibir, por primera vez, una entrega espontánea, carente de ambiciones y falsedades. La misma que él brindó a su primer amante, pero que el tiempo, cruel compañero de viaje, se encargó de convertirla en astuta e interesada.

Dando un profundo suspiro retomó el dibujo deteniendo la mirada en sus rizos de azabache, en su boca generosa y sensual. Sus dedos perfilaron en el papel las líneas de su pecho musculoso, para después continuar viajando hasta quedarse ensimismado en su vientre liso y duro. Giancarlo era perfecto. Un ejemplar surgido de la inspiración divina. Y ese dios le había concedido la gracia de compartir todos sus secretos.

-No te muevas -musitó cuando el muchacho se removió abriendo los ojos.

Las mejillas de Giancarlo se cubrieron de carmesí y alargó la mano para cubrirse con la sábana.

-¿Un poco tarde, no crees? Todo lo que pretendas resguardar, ya lo conozco. Y no estoy dispuesto a que me prives de ello nunca más -dijo Sandro guiñando un ojo.

Giancarlo admitió que era absurdo ese ataque de pudor después de la intimidad que habían compartido. Sonrió con languidez al recordar los momentos de pasión, las palabras ardientes de su amante, permitiendo que su maestro continuase con el dibujo.

-¿El gran Botticelli va a convertirme en inmortal? -preguntó en un susurro.

-Es el mejor homenaje que puedo hacer hacia aquél que me ha permitido aleccionarlo en el mundo de Eros.

-Preferiría que me entregaras tu corazón.

Sandro clavó sus ojos negros en el rostro grave de su pupilo.

-Hace tiempo juré que nunca volvería a cederlo. Pero no ha sido posible. ¿Acaso no has notado que he perdido la batalla? Y no me importa, pues aún siendo esclavo, jamás he sentido tanta libertad.

Giancarlo, al escuchar sus palabras, notó como el pulso se le aceleraba, como los dientes del deseo le roían las entrañas. Jamás pensó que el amor pudiese ser tan exultante y al mismo tiempo tan doloroso. Abandonó el lecho y se acercó a Sandro.

-Ni yo tanto gozo al comprobar que un hombre como tú ha entregado su corazón a un infeliz.

Sandro sonrió revelando en sus ojos un brillo de veneración.

-¿Por qué dices eso? Eres el ser más extraordinario que he conocido. Eres mi ángel.

Giancarlo, emocionado, tragó saliva evitando echarse a llorar.

-Maestro, yo...

Los golpes en la puerta sobresaltaron a Giancarlo.

-¿Quién puede ser? -musitó temeroso.

Sandro, más tranquilo, le indicó que le alcanzara los calzones.

-Supongo que Leonardo. Ve a mirar, pero con cuidado. Y cúbrete. Quiero ser el único que pueda admirar tu hermosura al natural -le aconsejó dedicándole una amplia sonrisa.

Giancarlo se vistió con celeridad y bajó procurando no hacer ruido y a oscuras, cogiendo de la mesa una navaja. Al llegar ante la puerta atisbó apartando la cortina con cuidado. Era Leonardo. Encendió una vela y quitó el pestiño

-¡Por todos los demonios! ¿Por qué estaba atrancada la puerta? ¿Y qué haces con ese cuchillo? -exclamó con el pintor con el ceño fruncido.

-Esta noche han atacado a Sandro. Pensé que era el agresor.

-¿Se halla bien? ¿Qué le han hecho? -le preguntó Leonardo con gesto preocupado.

-Por suerte, un simple rasguño. Está descansando. Acompañadme.

Leonardo, con una energía inusitada, subió los escalones y abrió la puerta del cuarto. Sandro estaba en la cama con el torso apoyado en el dosel. Su amigo se aproximó y le estudió la herida. Un simple rasguño.

-No morirás -dijo sonriendo con alivio -. Cuéntame que ha pasado.

-Un tipo se acercó y sin mediar palabra, me acuchilló. Por suerte, le arreé un buen golpe y escapé.

-Por la descripción, fue el mismo que me atacó -intervino Giancarlo sentándose al pie de la cama.

Leonardo se mordió el labio con aire pensativo. Abrió el armario y extrajo varios tarros para preparar un unguento.

-Sin duda, estas agresiones están relacionadas -dedujo.

-Eso dice Giancarlo. Sin embargo, no veo la razón -dijo Sandro.

Leonardo aplicó la pomada en la herida de Sandro. Éste efectuó una mueca de dolor.

-No te quejes. Hay remedios mucho peores que éste.

-Maestro Da Vinci, hoy un tipo me abordó y me aconsejó que dejara Florencia o moriría. Dijo que sabía demasiado -le contó el chico.

-¿Y qué sabes? -quiso saber Da Vinci cubriendo la llaga de Sandro con un paño.

-La verdad, lo ignoro. Aunque le pregunté el motivo de su interés en advertirme y me confesó que no había calculado que sería necesario el asesinato. Por lo que se ve no le gusta como están yendo las cosas.

-¿Cómo era ese hombre?

-No lo vi con claridad. Durante la conversación me mantuvo pegado a su pecho. No obstante, puedo decir que era alto, muy alto.

-¿Ningún detalle más? ¿Cómo iba vestido, el tono de su voz? -insistió Leonardo. El muchacho negó con la cabeza.

-¡Por Cristo! ¡Esto es un embrollo difícil! -exclamó Leonardo comenzando a caminar por la habitación.

-Deberíamos pensar con calma. Nuestras vidas están en peligro -aconsejó Sandro.

-¿Nuestras? -inquirió Leonardo mirándolo con gesto huraño.

-Si como has dicho nosotros hemos sufrido ataques por estar conectados con Salvatore, tú también lo has estado. ¿No?

-¡Ciertamente! -chilló su amigo -. Aunque, por el momento, aún no han intentado nada contra mí persona y es extraño. Han tenido oportunidad de hacerlo. Y digo han, porque por lo que dijo el hombre misterioso hay más de uno envuelto en este hecho siniestro, puesto que a él no le parece bien que muera nadie por lo que han hecho. Lo mejor que podemos hacer es concretar todos los datos que tenemos. Veamos, Giancarlo. Ese hombre dijo que sabes algo. Y tú desconoces esa sabiduría. Si, como imaginamos, Salvatore es la clave del misterio, deberemos investigar sobre él. Sandro, dime todo lo que sepas de ese crápula.

Sandro inspiró con fuerza.

-¿Qué puedo decir? A pesar de la relación que manteníamos, apenas sé más que tú.

-Pero supongo que te explicaría algo de su pasado. No sé. Su familia, amigos. Cualquier detalle, por ínfimo que te parezca, será esencial.

-No tenía familiares. Me contó que se crió en el Ospedale degli Innocenti.

Leonardo lo miró con extrañeza.

-¿Huérfano? No me cuadra. Salvatore no era un genio, pero tenía conocimientos elevados. Ningún niño educado en ese lugar podría haberlos adquirido. Sin duda, te mintió.

En el rostro de Sandro se dibujó una mueca de desolación. Había entregado su dedicación, sus mejores sentimientos a un traidor. Había sido un idiota. Pero había aprendido la lección. Jamás volvería a confiar de un modo tan inocente.

Giancarlo se enfureció. ¿Cómo podía albergar aún ese sentimiento de dolor después de lo que habían compartido? ¿Cómo era capaz de morder la mano que había curado su herida? Sin duda, había sido un estúpido al pensar que había conseguido liberar su corazón preso por Salvatore.

Se levantó de la cama y se acercó a la ventana dándole la espalda para evitar que viese sus lágrimas amargas.

-¿Y por qué mentiría en algo así? Lo lógico es que alguien encubra ese origen tan poco honroso. Es absurdo -dijo Sandro.

-Por eso mismo veo que nos ocultaba algo. ¿No opinas lo mismo, Giancarlo? -le preguntó Leonardo.

-Desconozco como funciona esta ciudad. Tan solo soy un pastor ignorante y cándido. Debería hacer caso a ese desconocido y regresar a casa -masculló éste apretando los puños intentando dejar de llorar.

-No es cierto que seas un idiota -dijo Sandro.

Giancarlo se volvió y lo miró con ojos encendidos.

-¿Por qué no? Tengo la clave del misterio y no consigo descifrarla. No digo ninguna insensatez afirmando que soy un mentecato. Vos me lo habéis reafirmado esta noche. ¿No es así?

-No he hecho tal cosa, Giancarlo. Te he desmostado que te aprecio -repuso él mirándolo con incompreensión.

-¿Me apreciáis? ¿Lo veis, señor? Ni tan siquiera sé distinguir ese honor de un desprecio -dijo le chico con sarcasmo.

-¿A qué viene ese enojo? Considero que no te he ofendido, puesto que la velada ha sido grata. ¿No es así? -gruñó Sandro removiéndose inquieto.

Leonardo carraspeó.

-¿No sería mejor dejar las discusiones personales para otro momento? Recordad que nuestras vidas están en peligro.

Giancarlo se sentó ante la mesa de trabajo de Leonardo y ojeó los papeles que estaban esparcidos. Fue inútil descifrar lo escrito. Parecía como si el autor hubiese plasmado sus ideas en un idioma que desconocía.

-Es por seguridad. Solo podrás leerlo a través de un espejo. Ahora, centrémonos en la investigación. Giancarlo, trata de recordar que puede ser lo que sabes.

-Será inútil -murmuró él.

-¡Inténtalo, por todos los demonios! -gritó exasperado.

-No olvides que el chico es una víctima. Deberías mostrar más respeto. Hace todo lo que puede, dadas las circunstancias. ¿No crees? -le increpó Sandro.

Leonardo asintió dejándose caer en una silla. Con gesto cansino se pasó la mano por los cabellos.

-Lo siento. Pero es que este asunto me sobrepasa. No logro encontrar coherencia. ¿Por qué y por quién fue envenenado Salvatore y después acuchillado? ¿Tienen que ver los dos crímenes con el robo o por el contrario son hechos separados? ¡Maldición! Por mucho que pienso, no consigo desentrañar el misterio.

-Es evidente que son sucesos sin relación -dijo Sandro.

-¿Por qué esa deducción?

-No imagino a nadie de los asistentes a la taberna como asesino y mucho menos, atentando a inocentes en la calle.

-El animal más pacífico saca las uñas cuando se ve acorralado -dijo Giancarlo.

Leonardo asintió.

-Tiene razón el chico. No podemos descartar a nadie. Pero sigo preguntándome por qué nos temen.

-¿Sabes con exactitud que robaron? Puede que ahí esté la clave -dijo Sandro.

-Planos sin importancia, a excepción del bosquejo del cañón. Y dudo que todo este maléfico plan sea su causa.

-Dijisteis que eran muy trascendentales -le recordó Giancarlo.

-Por supuesto, aunque nada especial. Cualquier ingeniero, tarde o temprano, idearía uno igual. Hay algo más, lo presiento. Pero ¿qué?

-Lo mejor que podemos hacer es investigar en la fiesta.

-¿Qué fiesta? -inquirió Sandro.

-Lorenzo Medici nos espera mañana al atardecer. Supongo que hundido como estabas en la pena no te habrás molestado en mirar el correo -le recriminó Leonardo.

-¡Oh, lo olvidaba! Guiliano me dijo que os dijera que debéis ir a su casa para comenzar el retrato de Simonetta. Me advirtió que no quería una negativa o vuestra amistad correría el peligro de quebrantarse -dijo Giancarlo.

Sandro refunfuñó.

-Estoy harto de sus exigencias.

-Eso te pasa por aceptar mentores -dijo Leonardo.

-Por esa causa soy admirado y gozo de gran popularidad. Por lo que obtengo beneficios y libertades de los que otros carecen -repuso Sandro con mordacidad.

-La libertad deja de serlo cuando se depende de otros, querido amigo. Ya ves. Mañana deberás acatar las órdenes de tu estimado mecenas, aunque no te apetezca -contestó Leonardo con una sonrisa vanidosa.

-Este encargo me llena de dicha. Es un honor pintar a “la reina de la belleza” -replicó Sandro con el mismo tono mordaz.

-Como dijisteis antes vos, sugiero que dejemos los debates personales para otro momento -dijo Giancarlo.

-Es bien entrada la noche y estamos fatigados. Necesitamos reposar. ¿No os parece? -sugirió Sandro.

Todos estuvieron de acuerdo. Apagaron las luces y se acostaron dispuestos a que el sueño reparara el cansancio.

Pero apenas pudieron pegar ojo inmersos en los sucesos que habían transformado sus vidas.

Al día siguiente, tras tomar un parco desayuno, Leonardo decidió que Giancarlo lo acompañara para ir a registrar el cuarto de Salvatore, por si encontraba alguna pista que a la policía se le hubiese pasado.

-¿Y quién va a cuidar de mí? -se quejó Sandro efectuando un gesto dramático.

-No seas comediante. Estas perfectamente. Por hoy, puedes decir a Credi que te sustituya.

Sandro lanzó a Giancarlo una mirada de auxilio.

-Lo lamento. Tengo que ayudar a maestre Da Vinci -dijo él aún con resentimiento.

-Nos veremos dentro de un par de horas. No dejes de aplicarte la pomada -le dijo Leonardo iniciando la salida.

Sandro miró preocupado como Giancarlo se marchaba. No lograba comprender el motivo de su enojo; sobretodo cuando tras sus horas de pasión lo vio henchido de felicidad.

-No debo inquietarme. Hablaré con él y se aclarará el malentendido -murmuró tomando una hoja de papel dispuesto a hacer unos bocetos para futuras obras.

-¡Vaya! Creí que no había nadie. ¿Se encuentra mal vuestra señoría? -dijo la mujer de la limpieza entrando en el cuarto.

Sandro se cubrió el torso.

-Indispuesto. Nada grave. ¿Y tú quién eres? Antes limpiaba una joven.

-Mí hija, señor. Pero lleva días indispueta. La sustituyo. El amo está de acuerdo. ¿No es una herida lo que tenéis en el hombro? -repuso ella dejando el cubo en el suelo al ver la venda, mirándolo con ojos inquisitivos.

Sandro soltó un gruñido. Aquella mujer era espantosa, vieja, chismosa y ordinaria; un atentado contra la belleza.

-Será mejor que te marches. Ya limpiarás mañana.

Ella no hizo caso y comenzó a ordenar con energía, procurando que los papeles que llenaban la mesa de Da Vinci quedaran en el mismo lugar de donde los había sacado; no sin antes echar una que otra ojeada. La curiosidad podía en ella más que la discreción.

-¡Vaya! ¡Pero si soy yo! -exclamó mostrándole un dibujo a Sandro.

Éste alzó las cejas sorprendido. Leonardo, en ocasiones, era muy extravagante. ¿Cómo se la había ocurrido dibujar tamaña fealdad?

-Ya lo veo.



-¿No habréis visto uno de mi hija Caterina? ¡Ella si que es hermosa! Tanto que, tengo entendido que uno de los chicos estaba interesado en cortejarla. ¿Sabéis quién es?

-No atiende a chismorreos. Vengo aquí a trabajar y tú deberías hacer lo mismo y dejar de curiosear en las cosas ajenas -contestó Sandro con rudeza.

Ella estiró el cuello con gesto digno.

-Señoría, a no ser que fuera ciega, no puedo evitar ver mientras limpio. Os juro que jamás he fisgoneado.

-Está bien. Anda. Márchate. Necesito reposo -le pidió Sandro despidiéndola.

-El maestro Leonardo puede enojarse. Quiere todo muy pulcro. Y no quiero llevarme una reprimenda o perder el empleo, por muy mísero que sea. Necesito el dinero. Tengo diez bocas que alimentar. Mis seis hijos. Dos de sus mujeres y dos nietos. Y pronto volveré a parir. Y mira que le tengo dicho que a mi marido que no quiero traer al mundo ni uno más. Pero ya se sabe, los hombres ceden la sensatez a la entropierna, sobretodo cuando van cargados de vino. Y qué queréis. Una tampoco es de piedra. A todo el mundo le gusta gozar de los placeres. ¡Y ya me veis! ¡Preñada de nuevo! ¡Y trabajando como una mula! ¡Ay Señor, que dura es la vida del pobre!

Sandro no pudo evitar sonreír ante su franqueza.

-Haremos una cosa. Te irás a descansar y te pagaré un extra. Ya te excusaré ante Leonardo.

La mujer soltó el trapo y tomó las monedas sonriendo con complacencia. Botticelli era muy distinto a su patrón. Amable, generoso y con carácter afable.

-Os haré caso y reposaré. ¡Qué falta me hace! Os deseo una recuperación rápida, señor -dijo marchando de la habitación a toda prisa. Bajo la escalera, como si tras ella corriesen cien diablos, por si regresaba el maestro y cruzando el taller, salió a la calle.

Con regocijo ante la repentina fortuna, se encaminó hacia el mercado, aferrando con fuerza el dinero. Aquella mañana se daría el capricho que le estaba demandando el bebé desde hacía semanas: Un buen trozo de pastel de moras y crema regado con miel. Y no sentiría ningún remordimiento cuando lo saboreara. Toda su vida había estado supeditada, primero a sus padres, que a los siete años la entregaron como criada a una familia adinerada, que la obligó a lavar, cocinar y planchar, hasta llevarla al desfallecimiento. Creyó liberarse de esa esclavitud cuando conoció a su marido, dueño de un pequeño negocio de alfarería. Los primeros años fueron dichosos. No les faltaba el dinero y ella solo se dedicaba al cuidado de la casa, al hijo que habían tenido y a su esposo. Pero el vino y el juego se ocuparon de arrebatarlo todo, a excepción de la fecundidad. El borracho de Naldo solo servía para beber y fornicar. Así que, quince años después, se encontraba en la miseria y con la vergüenza de tener a una de sus hijas

también preñada, sin posibilidad de que el padre de la criatura se hiciese cargo de ella; puesto que desconocían quién era el cabrón. La muy insensata se negaba a dar un nombre. Pero ella tenía sus sospechas. Lucrecia trabajaba en dos lugares y en cuanto terminaba las tareas, regresaba a casa sin detenerse; por lo que era imposible que la sedujeran fuera del trabajo. En casa de Torquato Pesello, no fue, ya que ese hombre contaba con casi noventa años. Así que solo quedaba el taller del maestro Da Vinci. Pero éste solo sentía preferencia, al igual que Botticelli por las nalgas masculinas. Sin duda fue algún alumno. Y tarde o temprano, obtendría su nombre. No permitiría que se desentendiera del deshonor que había causado a la familia. O se casaban o le exigiría una buena cantidad de dinero. Esos chicos podían pagar, pues eran hijos de nobles o adinerados terratenientes.

Apartó los pensamientos tristes al divisar el puesto, relamiéndose con anticipo. Esa mañana se daría un buen festín. Se abrió paso entre la multitud y ansiosa se plantó ante el vendedor, adquiriendo varios pasteles, que devoró con fruición mientras curioseaba.

Ya saciada, decidió invertir las monedas en otro antojo. No obstante, un ataque repentino de mala conciencia por su egoísmo, se lo impidió. Sus hijos necesitaban alimento y el dinero que le quedaba alcanzaría para comprar carne; la cuál no probaban desde hacía meses.

Lanzando un suspiro, se detuvo ante el carnicero y eligió un buen trozo de ternera. Con el preciado alimento, dejó atrás el mercado y el bullicio de las calles, y se encaminó hacia la orilla del río, pensando que aquella noche, los niños se sentirían muy contentos.

Pero la daga que seccionó su cuello, frustró sus planes.

Durante el trayecto, Leonardo y Giancarlo apenas hablaron. Giancarlo aún se encontraba aturdido por la atrocidad que había cometido junto a Sandro, pero sobretodo asustado, porque no se sentía culpable. Ningún remordimiento traspasaba su pecho; todo lo contrario. Nunca había experimentado tanta dicha.

-Estás muy callado hoy -dijo Leonardo mirándolo con suspicacia. Podía reconocer, por experiencia propia, la luz de la felicidad reflejada en el rostro de los enamorados y lo que había ocurrido en el cuarto.

-Los incidentes me sobrepasan. Yo solo quería aprender a pintar y me veo envuelto en un crimen espantoso -contestó Giancarlo en apenas un murmullo.

-El Destino es una ruleta. Puede otorgarnos el mejor premio o el que nadie desea. Aunque, a pesar de ello, debemos aceptar su sentencia con la mejor disposición. Muchas veces, aquello que despreciamos, se torna en una gran dicha.

Giancarlo desconfiaba. La actitud de Sandro le había defraudado. Y ahora estaba convencido que su entrega había sido tan solo para él una mera distracción a sus pesares. Un capricho por el que no sentía nada.

-¿Qué esperáis encontrar en la pensión, maestro? -le preguntó Giancarlo desviando la conversación.

-¿La verdad? No tengo la menor idea. Ya hemos llegado -respondió Leonardo.

Giancarlo miró el edificio. Era una casa miserable. Algunas de las ventanas tenían los cristales rotos y las persianas roídas por los dientes de la humedad. Pero eso no era lo peor. La fachada estaba agrietada y la puerta apenas encajaba en la charnela.

-Lamentable -musitó Leonardo empujándola. Esta no cedió y dio unos golpes con el puño contra la madera. No obtuvo respuesta. Insistió, pero nadie vino a abrirles. Sin darse por vencido, pues estaba dispuesto a continuar con la investigación a pesar de los obstáculos, extrajo un cuchillo y forzó la cerradura.

-¿No es ilegal? -se asustó Giancarlo.

-Lo es. Sin embargo, las circunstancias nos amparan. Somos aliados del brazo de la ley. Vamos.

Al entrar en la pensión, un fuerte olor a podredumbre los obligo a dejar de respirar.

-¡Por Cristo! -jadeó Giancarlo conteniendo las ganas de vomitar.

La planta baja estaba ocupada por un pequeño comedor. Las mesas estaban vacías. Sobre alguna de ellas aún permanecían platos con comida incrustada y trozos de pan.

-Sin duda, hay hombres que son peores que los cerdos. ¿Quién puede vivir en este lugar? -se escandalizó Leonardo.

-Por lo visto, no muchos. Esto parece vacío. No se oye nada -comentó Giancarlo.

Su maestro entrecerró los ojos estudiando el entorno. Era cierto. Ni un suspiro, ni un jadeo, ni una voz.

-No me gusta esto -murmuró comenzando a caminar con pasos lentos, clavando sus ojillos curiosos en cada rincón.

Giancarlo lo siguió, apartando la mirada del plato invadido por un ejército voraz de moscas y gusanos.

-Sin duda, hace mucho que no limpian. No sé que opinaréis, maestro, pero por muy descuidado que sea el dueño de esto, no lo encuentro lógico -dijo.

-No lo es. No. Y ahí está la razón -le dijo Leonardo indicándole que mirara tras una de las mesas.

Giancarlo saltó hacia atrás al ver el cadáver y las ratas que escaparon ante la intromisión.

-Es el dueño. Aún puedo reconocer entre las mordeduras esa mancha en su mejilla izquierda -dijo Leonardo sacudiendo la cabeza con gesto de compasión.

-¿Por qué lo habrán matado? -inquirió Giancarlo respirando entrecortadamente.

-Por causa de Salvatore. Estoy convencido. Razón de más para que busquemos en su habitación.

Subieron al piso superior.

Las habitaciones habían sido todas registradas. Ropa, papeles, mobiliario, estaban tirados sin miramiento.

-Esta es la que queremos -dijo Leonardo al ver el cuadro colgado en la pared.

Una cama, una pequeña cómoda y una silla, junto a una ventana donde apenas penetraba la luz, pues daba a una pequeña callejuela oscura y húmeda, era el parco moblaje del cuarto.

Leonardo rebuscó entre la maraña de ropa y papeles. Nada interesante. De todos modos, decidió coger las notas que el muchacho había hecho sobre el espantoso cuadro al que había dedicado todo el tiempo de aprendizaje en la escuela.

-También la han examinado a conciencia. Dudo que encontremos algo útil. Larguémonos, Giancarlo. Coge el cuadro. Lo guardaremos en el taller. Salvatore no era precisamente apreciable, pero tampoco fue justa su muerte.

Giancarlo descolgó la pintura echándole una ojeada.

-Una calamidad. Los trazos son imperfectos, el colorido poco trabajado. Y el tema. ¿Qué demonios significa esto? Mercurio navegando en su carro sobre el mar encaminándose hacia una isla, cuya vegetación apenas es identificable. El pobre infeliz intentó escenificar al Paraíso. Lo digo por los cuatro cántaros que dejan caer agua. ¿Y qué me dices de Artemisa? Su rostro está pintado con muy mal gusto y Jano parece

deformado. Y no digamos la incongruencia de plasmar la luna con la luminosidad que impregna la pintura. Es evidente que Salvatore no nació para artista. Pero no es momento para la crítica. Larguémonos -dijo Leonardo con desprecio.

Salieron del cuarto y bajaron la escalera.

-Hay algo que no entiendo. ¿Por qué está vacío el edificio? ¿Por qué ningún huésped dio aviso a las autoridades? -se extrañó Giancarlo.

-Esta zona no es nada recomendable. Suelen acudir filibusteros, ladrones y asesinos. A ninguno de ellos les interesaba relacionarse con la policía y decidieron que lo mejor era largarse. Como lo haremos nosotros.

Abandonaron la pensión.

-¿Avisaremos a las autoridades de este asesinato? -preguntó Giancarlo.

-No. Es mejor quedar al margen. Estamos demasiado ocupados y no quiero que me endosen un nuevo misterio.

-¿Por qué tanta muerte, maestro? ¿Qué escondía ese truhán? ¿Tan valioso es su secreto? -gruñó Giancarlo.

Leonardo tomó aire con fuerza.

-Espero que algún día lo desentrañemos.

Al llegar al taller, un hombre estaba aguardando ante la puerta. Era alto, de cabellos castaños y ojos grises. Su rostro, a pesar de ser adusto, mostraba afabilidad.

-¿Sois Leonardo Da Vinci?

Éste asintió mirándolo de arriba hacia abajo.

-Desearía hablar con vos de Salvatore Biancoforte.

-¿Por qué razón? ¿Dé qué lo conocéis? -quiso saber Leonardo.

-Soy amigo de su padre. Tengo entendido que estudia con vos. Eso me han dicho. Giancarlo y su maestro se miraron.

-Por favor, pasad -le pidió Leonardo abriendo la puerta.

Los estudiantes y Credi los miraron con curiosidad abandonando sus tareas. Cualquier interrupción era bienvenida para descansar de la tiranía de Credi.

-¡Trabajad! -les ordenó éste saludando a los recién llegados con un leve gesto de cabeza.

-Disculpad, señor. Debemos hablar en mí cuarto. Aún queda una hora para que termine la clase. ¿No os importa? -dijo Leonardo indicando al hombre que subiese por la escalera.

-En absoluto.

Sandro estaba tendido sobre el lecho, levantándose al instante al verlos.

-Es el maestro Botticelli, mentor de Salvatore. Hoy no se encuentra muy bien. Por eso Credi lo ha sustituido y sus alumnos están furibundos. Es un hombre duro con los estudiantes. Por favor, tomad asiento, señor...

-Andrea Payns. Es un placer conocerlos, maestro. Veo que el chico no soñaba. Está bajo la enseñanza del más grande.

-¿Qué ocurre? -preguntó Botticelli mirando a Leonardo con gesto interrogante.

-El señor Payns conoce a Salvatore.

Sandro lo miró con tristeza.

-¿Así que tenía familiares? Creía que Salvatore era huérfano. Eso me contó -dijo.

-Efectivamente. Lo fue durante un tiempo. Su padre no tuvo noticia de su nacimiento durante ocho años. En cuanto se enteró, vino a buscarlo a Florencia. Desde entonces convivieron juntos, hasta que el chico decidió, a pesar de su vida acomodada, regresar para introducirse en el mundo del arte -le explicó Andrea.

-Nos engañó -musitó Botticelli con gesto enojado.

-Sandro, por favor. No es momento. ¿Y qué deseáis de él, señor Payns? -dijo Leonardo.

-Mi amigo quiere que regrese a casa.

Leonardo miró de reojo a Sandro.

-Temo que será imposible. Salvatore ha muerto -le comunicó con gesto consternado.

El rostro de Andrea se tornó lívido. Había llegado demasiado tarde. La amenaza había sido cumplida. Su mejor amigo sufriría un gran dolor irreparable. Amaba a su hijo a pesar de los problemas y desaires que le había profesado.

-Lo lamento.

Andrea recuperó la compostura.

-¿Podéis decir como fue? ¿Cayó enfermo? -preguntó esperanzado de que así hubiese sido.

-Asesinado. Un robo callejero. La policía está investigando.

El corazón de Andrea dio un vuelco.

-¡Qué terrible noticia para sus familiares! Supongo que no os importará acompañarme para hacerme cargo del cadáver. A su padre le gustaría que fuese enterrado en la villa familiar, junto a sus antepasados.

-No sé si será posible. Asistimos a su entierro hace tres días. Resultará complicado solicitar la exhumación.

Andrea parpadeó desconcertado. El espía que la orden envió había llegado a Florencia al mismo tiempo que él, lo que significaba que no podía ser el asesino. Y se sintió aliviado. No tendrían que mentir a Biancoforte. La muerte de su hijo era ajena a la

sociedad. No obstante, debería permanecer en la ciudad unos días, hasta averiguar si Salvatore había vendido el secreto. En caso afirmativo, tendría la obligación de eliminar a los compradores.

-Bueno... Supongo que si hablo con las autoridades, lo permitirán -dijo en apenas un murmullo.

-Tal vez. De veras siento que vuestra búsqueda tenga tan mal final. Y me gustaría deciros, que todos hemos sentido mucho su pérdida. Era un muchacho estimado -dijo Leonardo.

Andrea se levantó.

-Os agradezco la atención, señores. Si me disculpáis, iré a organizarlo todo. El tiempo es apremiante en estas circunstancias.

-No dudéis en acudir a nosotros si necesitáis ayuda -se ofreció Leonardo.

En cuanto cruzó la puerta, Giancarlo dijo:

-¿Salvatore era rico? ¡Sorprendente!

-Y un mentiroso -musitó Sandro dejándose caer en la cama con el ceño fruncido. Había estado compartiendo sus actos y secretos más íntimos con un desconocido.

-Las dos cosas. Nos ocultó un gran secreto, sin duda. Jamás hubiese imaginado nada tan extraordinario -dijo Leonardo.

-¿A qué te refieres? -inquirió Sandro.

-Salvatore pertenecía a los Templarios -les anunció con una sonrisa de autosuficiencia.

Giancarlo y Sandro lo miraron estupefactos.

-¿En qué te basas? ¡Desaparecieron hace años! ¡Es absurdo! -exclamó Sandro.

-El hombre que nos ha visitado es descendiente de ellos. Su apellido lo demuestra y el de Salvatore también. Biancoforte, traducido al catalán es Blancafort. Templarios míticos.

Sandro se revolvió los cabellos con gesto perturbado.

-No entiendo nada. Templarios, envenenamiento, apuñaladas, robo -gimió.

-Maestro. ¿Qué tiene que ver todo esto con los ataques que Sandro y yo hemos sufrido? Si es verdad que me golpearon por saber demasiado, ahora sé que no sé absolutamente nada, pues ignoraba que aún existía esa orden -dijo Giancarlo.

-Todos lo ignoran, muchacho. Pero ahora sabemos que no es así; que continúan en la clandestinidad y sin duda, puede que tengan que ver con el asesinato de Salvatore.

-¿En qué te basas? -inquirió Sandro.

-Los Templarios tienen unas reglas estrictas. Decencia, generosidad con los desafortunados, religiosidad. Y Salvatore había quebrantado cada una de esas leyes. Pero también es posible que...

-¡Por Dios, Leonardo! No es motivo para un asesinato -protestó Sandro.

-La Santa Iglesia quema a los herejes en la hoguera por mucho menos. Aunque, dudo que ese haya sido el motivo. Analicemos la situación. Nos han dicho que el muchacho mantenía negocios con el marido de Ginebra. ¿Y si intentaba vender algo que pertenece a los Templarios?

-Es posible -dijo Giancarlo.

-Lo dudo. Giancarlo y yo hemos sido atacados, y nada sabemos de esa hermandad. Tiene que haber otra razón. Pero, ¿cuál?

-Ahí está el misterio y no dudéis que lo descubriré. Cueste lo que cueste -sentenció Leonardo.

-¿También lo del posadero? -quiso saber Giancarlo.

-¿De qué diablos hablas? -inquirió Sandro.

-El dueño de la pensión donde vivía Salvatore ha sido asesinado. Encontramos su cadáver casi devorado por las ratas. Pero, ahora no es lo más importante. Debo ir a ver a mí amigo Bruzio.

-¿Le hablaréis de los Templarios? -le preguntó Giancarlo.

Leonardo dudó.

-Creo que, por el momento, no. Carecemos de pruebas de que estén confabulados en este crimen. Y no me gustaría descubrirlos. Fueron acusados de muchas barbaridades que no eran ciertas. La Orden del Temple siempre hizo buenas obras.

-Tal vez ahora no -apuntó Sandro.

-De todos modos, callaremos. ¿De acuerdo? Volveré enseguida. Debemos planear nuestra actuación en la fiesta. Este caso se está poniendo cada vez más interesante. ¿No creéis? -dijo abandonando la habitación.

-En absoluto. Es escalofriante -masculló Sandro.

Giancarlo se encaminó hacia la puerta. Leonardo estaba dando órdenes a los estudiantes de que podían abandonar las clases.

-¿Podrías explicar por qué estás tan enojado? ¿Acaso te lastimé? -dijo Sandro mirando a Giancarlo con gesto afligido.

Éste tardó unos segundos antes de responder. No. No lo hizo. Nadie hasta entonces le había hecho sentir tanto bienestar en el corazón. Y deseaba volver a experimentar esa felicidad. Sin embargo, no debía caer de nuevo en la tentación. No



estaba bien. No era cristiano. Pero sobretodo, porque aspiraba a mucho más que ser un capricho para su maestro.

-Me siento sucio. Jamás debí cometer ese acto tan ignominioso con vos. Soy una vergüenza para mí familia y un pecador para la iglesia -masculló con ojos brillantes.

-Mí conciencia tiene para mí más peso que la opinión de todo el mundo. Yo no hice nada que no deseara. Y pienso que tú tampoco. Aceptaste de buen grado que te adentrara los misterios de la pasión. Pues, si no me equivoco, he sido el primero; lo cuál me halaga enormemente -replicó Sandro mirándolo con ojos radiantes.

-Así es. Sin embargo, no flaquearé de nuevo ante vuestra incitación -dijo el chico con verdadera convicción.

-El hombre sin pasiones está tan cerca de la estupidez que tan solo le falta abrir la boca para caer en ella. Y tú no careces de emociones. Sé que esta no es la verdadera razón. Giancarlo, te aseguro que si te molesté, no fue intencionadamente -dijo Sandro con el rostro nublado por la consternación.

-¡Pues lo hicisteis! Me ofendió que, después de lo que compartimos, aún mostrarais dolor por Salvatore. Me hizo comprender que solo fui un mero desahogo para vos y yo os acepté porque en verdad os estimo -dijo Giancarlo con el rostro encendido.

Sandro sonrió a medias.

-¿Eso piensas? Muchacho, eres muy joven para comprender aún lo complicados que somos los hombres.

-Y mentirosos -le espetó Giancarlo.

-En ningún momento me comporté con falsedad. Fui sincero. En cuanto descubrí que Salvatore me había engañado, lo odie, pero al mismo tiempo no pude evitar sentir dolor. Le entregué el corazón y él lo despedazó sin misericordia.

-Vos habéis hecho lo mismo conmigo -le recriminó Giancarlo.

-No es cierto. Lo que apreciaste fue un rictus de indignación. Rabia por haber sido tan estúpido al confiar en un sinvergüenza como él.

-¿Aún lo amáis? -musitó Giancarlo.

-Solo siento lástima. Fue vil, aunque no merecía morir. Te aseguro que nunca más volveré a penar por él. No obstante, no te mentiré, las ausencias de los seres que has amado provocan un vacío difícil de llenar. Quedan para siempre en el recuerdo.

-¿Significa que jamás olvidareis? -susurró Sandro con pesar.

-No es bueno olvidar, muchacho. Además, no lo deseo. ¿Qué sería de la vida sin recuerdos, sin el pasado? Las experiencias nos ayudan a continuar el camino con más seguridad. Y ahora, ese aprendizaje, me indica que la dicha está llamando a las puertas de mí corazón, que ese vacío que ha dejado el desamor me lo trae un ángel que desea

que sea feliz y que no me hará sufrir. Tú no me engañarás, ¿verdad? -dijo Sandro con la garganta atezada al ver el semblante ansioso de su aprendiz.

-Jamás podría hacerlo, maestro. Sois el hombre más fascinante que he conocido - le prometió Giancarlo con vehemencia sentándose a su lado.

Sandro clavó sus ojos negros en el rostro delicado y atormentado de su pupilo. Ante él, ahora, le era imposible comprender como había podido entregar su corazón a alguien tan vulgar y cruel como Salvatore. Giancarlo era todo lo contrario. Dulce, inocente e inmensamente bello. Un ser que le demostró cuanto lo reverenciaba entregándose sin reserva, sin pedir nada a cambio.

-¡Eres tan hermoso! -suspiró.

-¿Solo veis en mí a alguien agraciado? -se lamentó Giancarlo.

-Eres mucho más, querido muchacho. Consigues calmar las aguas bravas de mis angustias. Eres los primeros rayos del amanecer que calientan mi corazón aterrado por su soledad -dijo rozando con los dedos el cabello de su aprendiz, consiguiendo que todo el pesar que aprisionaba al chico fuese borrado por su dulce caricia.

-¿Me estimas de verdad o soy solo un consuelo para calmar tus pesadumbres?

-Temo, por desgracia, que te has convertido en parte esencial de mi existencia, estimado muchacho -susurró Sandro besándolo en la mejilla.

La respiración de Giancarlo se agitó. Se había jurado no adentrarse de nuevo en el cenagal de sus brazos. Y a pesar de ello, dejó que los sentimientos se hundieran en las arenas movedizas, y que su cuerpo exaltado fuese devorado por el fuego de la locura.

En las horas que siguieron, Sandro y Giancarlo se olvidaron del mundo, de sus miedos y pesares. Solo existían ellos y el rumor de sus corazones jubilosos. Como dos niños golosos no podían dejar de alimentarse con ese sentimiento dulce que los capturaba encerrándolos en una cárcel de la cuál no deseaban escapar.

Envueltos por ese estado de embriaguez, retomaron el trabajo entre risas, dichosos ante la generosidad de la providencia que los había unido.

-¿Crees que le gustará el cuadro a nuestro cliente? -dijo Sandro estudiando el lienzo con seriedad.

-¡Por supuesto! Es una obra maestra -respondió Sandro con efusión.

-¿Qué te parece si te hago el honor de plasmarte como a un pastor? No. Mereces ser el único protagonista. Te pintaré como a un dios. -le dijo Sandro a su pupilo rozando la punta del pincel por sus mejillas sonrosadas.

-No es necesario, Sandro. No aspiro a nada más que tener tu compañía.

-¡Eres tan inocente, Giancarlo! Creo que esa candidez es la que me ha embrujado el alma. ¡Eres mi ángel, querido! -suspiró su maestro agregando ocre a la columna.

-Y tú un hombre generoso.

-Te equivocas. Soy el peor de los egoístas, pues quiero ser tu único dueño. Me trastornaría que otro gozara de tu ardor, de tu sincera amistad, de tu sublime belleza. ¿Sientes lo mismo?

El rostro de Giancarlo se tornó carmesí al recordar las horas pasadas entre sus brazos, en como se entregó respondiendo a sus demandas sin pudor ni recato; actuando como el corazón le ordenaba, olvidando todo lo aprendido bajo la casa del Señor.

-¿Necesitas zinc, maestro? -murmuró Giancarlo bajando el rostro hacia el pote que contenía el pigmento.

-¿Solo se te ocurre decir eso ante tamaña confesión? -se quejó Sandro.

-¿Acaso lo que siento no te lo he demostrado?

-Sí, mi estimado ángel. ¡Y aún no puedo creer lo que está sucediendo! ¡Me siento tan bienaventurado! -dijo Sandro mirando a su pupilo con veneración.

-Lo esperado no sucede, es lo inesperado lo que acontece, maestro. ¡Bien lo sé! Pues, jamás pensé que mi naturaleza, que siempre consideré incomprendible, la sufrieran otros.

-¿Acaso sufres siendo libre, dejando que tus sentimientos florezcan?

-Ya no, maestro. Soy privilegiado, pues me alimentas con tu amor y desearía disfrutar de él en todo momento.

-Me fascina tu candor, muchacho.

-¿Por qué dices eso?

-Nada perdura. Incluso las obras más colosales, el tiempo se encarga de destruirlas. ¡Y mucho más frágil es el amor! Lo aprenderás con los años, querido.

-Yo te adoraré siempre. Y para que veas que no soy tan ingenuo, y que ya me instruyo, deseo que me enseñes todo lo que sabes, pues anhelo ser tan grande como tu. Así que, actúa como un buen profesor de arte -replicó el muchacho sonriendo

-¿Así que quieres ser un genio? ¡Está bien! Lograré que lo seas. Prepara verdaccio. ¿Sabes como se consigue? Mezcla tierra blanca, negra, amarilla, ocre y roja. Este tono dará sombra a la piel del anciano, Guasparre Del Lama, mecenas de la obra -dijo Sandro adquiriendo una actitud formal.

-Sí, maestro. ¿Y quién ostenta el honor de arrodillarse ante la Virgen? -dijo Giancarlo con tono risueño.

-Cosme, padre de Lorenzo Medici. Del Lama quiere mantener el apoyo de la familia y supongo, que es un modo de honrarlos.

-Más bien una maniobra interesada, diría yo.

Sandro estalló en una sonora carcajada.

-Así es. Por ello pienso cobrar el trabajo a un buen precio. Sesenta florines y cinco soldi.

Giancarlo soltó un silbido. El sueldo de un trabajador no cualificado era de sólo dos florines.

-Todo tiene un precio y la genialidad no es barata, amigo mío. No lo olvides nunca.

-¿Y qué precio deberemos pagar nosotros por el pecado que hemos cometido? -susurró Giancarlo.

-El amor es el sentimiento más puro que existe. Deja de atormentarte y concentrarte en el cuadro.

Durante el resto de la tarde estuvieron enfrascados en el trabajo. Giancarlo no podía dejar de admirarse ante el talento de su profesor.

-Veo que habéis aprovechado el rato -dijo Leonardo entrando en el taller.

-¿Por qué has tardado tanto? Nos has tenido muy preocupados -le recriminó Sandro dejando el pincel dentro del tarro.

Leonardo, al observar sus rostros encendidos y sus ojos brillantes por el halo de la dicha, sonrió con socarronería.

-Seguro que lo habéis estado.

Sandro carraspeó removiéndose inquieto, mientras que el rostro de Giancarlo se encendía.

-¿Lo veis? No me habéis echado en falta para nada. Pero no os lo censuro. No hay nada más importante en esta vida que disfrutar de los placeres. Por cierto, me gusta. Es un pesebre original.

-¿Y bien? ¿Qué nos cuentas? -le preguntó Sandro.

-Las indagaciones me han atareado mucho más tiempo de lo previsto. Estuve en el hospicio y el director me confirmó la historia de Payns. Después, acudí a casa de Bruzio y allí estaba el templario solicitando que el cadáver de Salvatore le fuese entregado.

-¿Lo hizo? -se interesó Sandro.

-Bruzio le dio largas con la excusa que una exhumación requería mucho papeleo. El tipo pareció conformarse, por el momento.

-¿Le contasteis algo de lo que hemos descubierto, maestro? -le preguntó Giancarlo.

Leonardo negó con la cabeza mientras rebuscaba en la cómoda.

-Dejemos en paz al Temple por ahora.

-No lo comprendo. ¿Por qué razón se haría pasar Salvatore por un desamparado? -susurró Sandro.

Leonardo lo miró con seriedad.

-Sin duda, escondía un gran secreto. Maquinaba algo peligroso. Estoy convencido.

-Cierto. Las consecuencias de sus intrigas lo han llevado a la muerte -le recordó Giancarlo.

-¡Si solo lo perjudicara a él! Pero nos ha metido a nosotros en este complot y también estamos en peligro -se quejó Sandro.

-Por eso debemos acelerar nuestra investigación -dijo Leonardo.

-¿De qué modo? No tenemos ni idea del móvil de su muerte. Ese chico era tan degenerado, que habrá mil motivos -dijo Giancarlo.

Leonardo se dejó caer en la silla con gesto fatigado.

-Como la tea que se introduce en la oscuridad, nuestras mentes deberán distinguir todos los detalles, para así alcanzar la visión total.

-¡Ardua labor! -exclamó Sandro.

Leonardo le indicó que se acercara a él y le estudió la herida.

-Mucho mejor. Y veo que tu humor también ha mejorado -dijo mirando al joven aprendiz con una sonrisa pícaro.

Sandro asintió con gesto radiante.

-Gracias a vuestros cuidados.

-¿Solo por eso? -rió su amigo. Se levantó con gesto enérgico. No podían perder tiempo en teorías que no les llevaban a ninguna parte. Debían pasar a la acción. - Chicos, la fiesta nos espera. Luzcamos nuestras mejores galas.

-Mi aspecto no es agradable -dijo Giancarlo avergonzado.

-¡Tonterías! Los golpes no pueden mitigar tu belleza -protestó Sandro.

-Sandro, no te dejes llevar por la pasión ciega. Giancarlo tiene razón. Aunque, en algo estoy de acuerdo, aún magullado, no deja de estar agraciado. Ahora, a vestirse - dijo Leonardo.

Giancarlo estrenó el traje verde y se miró en el espejo. El cuerpo lucía elegante; sin embargo, su rostro continuaba ofreciendo un aspecto lamentable.

-Estás muy seductor -dijo Sandro con aire orgulloso.

Giancarlo refunfuñó unas palabras de desacuerdo, mientras los otros se arreglaban.

Ya listos, salieron dispuestos a interrogar a todos los sospechosos.

El Palazzo Medici, situado en la Vía Larga, era un edificio imponente, pero su magnificencia exterior decaía cuando uno penetraba en él. Los salones eran inmensos y su decoración la más exquisita que Giancarlo había visto. Obras de arte, lámparas doradas, muebles tallados por los mejores artesanos, tapices de Holanda, de España. Era incapaz de dejar de estremecerse ante tanta magnificencia. Y pensó, que ya era hora de enviar una carta a su primer mentor notificándole sus grandes progresos. Sin duda, estaría orgulloso de él y contaría su éxito a todo el pueblo.

Cuando penetraron en el salón principal, éste ya estaba repleto. Los criados ofrecían copas a los invitados. Una larga mesa cubierta por los mejores manjares satisfacía la gula de los presentes, mientras una orquestina amenizaba la velada.

-Ahí están nuestros sospechosos. Descartaremos a los que no compartían mesa con Salvatore. Los interrogaremos uno a uno y después, analizaremos lo que nos digan. ¿De acuerdo? Comenzaremos por el marido de Ginebra -susurró Leonardo.

Sandro y el joven aprendiz asintieron siguiéndole, pero un hombre de aspecto realmente afeado se interpuso en su camino.

-Maestro Da Vinci, Sandro. Espero que todo esté a vuestro gusto -dijo echando una ojeada a su alrededor.

-Lorenzo, lo está. No dudes que haremos lo posible por indagar.

Lorenzo Medici escrutó a Giancarlo.

-Supongo que éste es tu nuevo discípulo, Sandro. Lamento lo que ocurrió, chico. Ten por seguro que he doblado la vigilancia en la ciudad. No estoy dispuesto a que se cometan más atracos a los súbditos respetables. La ley se endurecerá. ¡No dudes que se les quitarán las ganas de quebrantarla!

-Gracias. Ya estoy mejor, excelencia -musitó el chico abrumado por encontrarse ante tan magnífico personaje.

-¿Sabes que anoche Sandro también fue atacado? Temo que tenga que ver con la muerte de Salvatore -dijo Leonardo bajando la voz.

Lorenzo Medici respingó.

-¡Maldición! ¿Estás bien, amigo? Veo que sí. Es un alivio. Pero... ¿Tan peligroso es el asunto que nos llevamos entre manos?

-Eso parece. ¿Han descubierto algo tus hombres?

Lorenzo negó con un leve gesto de cabeza.

-Siguen igual. Por favor, Leonardo, ayúdanos. Necesitamos una mente privilegiada como la tuya.

-Lo haré. Ahora mismo iré a ver a Carlo Benci. Si nos disculpas.

-Adelante. Haced lo que convengáis oportuno. Aunque, os pido discreción.

Los dos maestros y Giancarlo se dirigieron hacia Benci, por supuesto, simulando que lo que realmente les atraía era la comida.

-Buenas noches, Carlo. Animada fiesta. ¿No es cierto? -le dijo Leonardo sonriéndole con afabilidad.

-Siempre son estupendas las que da el anfitrión; aunque la tuya fue extraordinaria -contestó Benci llenándose el plato de carne de cerdo, ante el gesto repugnante de Leonardo. Él hacía años que no probaba carne. Consideraba una atrocidad matar a un animal para alimentarse, cuando la naturaleza estaba plagada de infinidad de vegetales y frutas para subsistir de un modo saludable y menos salvaje.

-Del todo; aunque la muerte de Salvatore empañó la alegría del evento. Apreciaba realmente a ese muchacho -dijo Leonardo.

-Sobretudo Sandro. ¿No es así? -apuntó Benci con mordacidad.

-Era un artista que hubiese llegado muy lejos. Aunque, tú ya lo sabías. Tengo entendido que os conocíais -replicó Sandro mirándolo fijamente.

Benci sonrió con desgana.

-¿Eso te han dicho? Pues, he de decir que no. Si nos acompañó a Ginebra y a mí, fue porque nos lo encontramos poco antes de llegar a la taberna. Ella lo había tratado en tu taller, Sandro. Me pareció cortés no rechazar su compañía.

Leonardo se inclinó ante la mesa con gesto distraído rebuscando entre la lechuga.

-¿Por qué mientes, Carlo? Sé que os traíais un negocio entre manos.

Benci se tensó. No comprendía como ese hombre había conseguido averiguarlo.

-¿Por qué no nos lo cuentas, amigo? Ten en cuenta, que si lo haces, podrás ser descartado como su posible asesino -le instó Leonardo mirándolo con gesto adusto.

El semblante de Benci se tornó lívido.

-¿Creen que soy el culpable? ¡Por los clavos de Cristo! ¡Soy un caballero, señores! -exclamó con gesto digno.

-Debido a ello, esperamos que colabores amistosamente. Lorenzo Medici así lo espera.

Benci carraspeó inquieto. Dejó el plato sobre la mesa y los miró con ojos atemorizados.

-Os juro que no tengo nada que ver con su muerte.

-Pudiste contratar a un sicario -apuntó Sandro.

-Pude, pero no lo hice. El muchacho vino a ofrecerme un negocio. Dijo que era algo extraordinario y que si le pagaba con generosidad, no me arrepentiría. Aseguró que podría hacerme inmensamente rico; por lo que, sería absurdo que me deshiciera de él - contestó mirando a sus oponentes con gesto alarmado.

-¿De qué se trataba? -le preguntó Leonardo.

-Lo ignoro. Quedamos en hablar del asunto a la vuelta de mi viaje. Pero no volvimos a vernos. Cuando me enteré de la desagradable noticia, comprendí la razón. Difícilmente un muerto puede cumplir sus promesas.

Leonardo sacudió la cabeza.

-Es la verdad.

-No me cuadra. Si tan rico podía hacerte, no entiendo porque Salvatore no aprovechaba su información para él mismo.

-Supongo que eso ya no lo sabremos. Leonardo, te prometo que no tengo nada que ver con ese asesinato -dijo Benci con vehemencia.

-¿Y qué tiene que ver en todo esto ese extranjero que acudió a mi inauguración?

-Es un buen cliente. Tratamos asuntos de la naviera. Eso es todo. Salvatore y él no se conocían.

-Te agradezco la colaboración, Carlo. Por cierto. No veo a Ginebra.

-Estaba indispuesta. Apenas tiene apetito y se encuentra como melancólica. ¿Quién sabe? A lo mejor está esperando el heredero que tanto ansío. ¡Sería una gran alegría, después de dos años de matrimonio! -dijo con una sonrisa.

-Sin duda. ¡Vaya! Ahí está el maestro Verrocchio. ¿Nos disculpas? -dijo Leonardo dando media vuelta.

-¿Estáis pensado lo mismo que yo, maestro? -le dijo Giancarlo siguiéndolo junto a Sandro.

-Una gran posibilidad -musitó Leonardo.

-¿A qué os referís? -inquirió Sandro sin comprender.



-Temo que si espera un hijo, sea de Salvatore. El maestro Leonardo descubrió que eran amantes -le explicó Giancarlo en voz queda escrutando su rostro. En esta ocasión no vio pesar, si no, enojo.

-¡Querido maestro! -exclamó Leonardo abrazando a Verrocchio.

-Leonardo, es un placer verte de nuevo. Lo mismo digo, Sandro.

-¿Placer? Será por lo que se te ve en la taberna -se quejó Leonardo.

-Estoy realmente ocupado, muchacho. Pero no te preocupes, iré en cuanto pueda.

-Tal vez, no tengas un grato recuerdo de la inauguración -dijo Leonardo con tono suspicaz.

Verrocchio arqueó las cejas.

-Te aseguro que la comida fue excelente. Y su presentación exquisita. Digna de un artista como tú. Escasos los platos, pero realmente sabrosos.

-Me refiero a la discusión que mantuviste con Salvatore. Si no recuerdo mal, no fue precisamente discreta. Os vi reñir acaloradamente. ¿A qué se debía?

El antiguo maestro de Leonardo entrecerró los ojos con gesto encrespado.

-Ese chico, que en gloria esté, era un demonio. ¿Sabes lo que hizo? Sobornó a Niccolo, uno de mis alumnos, para que robara una mezcla secreta que ideé. Un color único. ¡Estuve años para lograrlo! ¡Maldito bastardo! -siseó.

-Es para estar furioso, sí -comentó Sandro.

-Os aseguro que si no lo hubiesen matado, ¡qué Dios me perdone!, lo habría hecho gustoso.

-¿Tienes idea a quién pudo venderle la mezcla? -le preguntó Leonardo.

Verrocchio alzó los hombros.

-¡Vete a saber! Florencia está llena de pintores con deseos de triunfar.

-O comerciantes ávidos de ganar una fortuna -puntualizó Sandro.

-Lo sabremos cuando vea una pintura con ese color. ¡Es inconfundible! ¡Y me hubiese reportado una fortuna! -se quejó el pintor.

-¿Tanta como para matar? -inquirió Leonardo.

Verrocchio lo miró con gesto indignado.

-Leonardo, me defraudas. Creía que me conocías lo suficiente, que éramos amigos.

-La mistad nada tiene que ver, querido maestro. Estoy indagando y debo descartar a cualquier sospechoso, obtener información. Tú me la has proporcionado. Ahora tenemos un motivo más del crimen.

-¿Piensas que ha sido a causa de ese colorante? ¡Sorprendente! -exclamó Verrocchio.

-Aún no tengo ninguna teoría. ¡En fin! El tiempo y la paciencia horadarán la pared que esconde la verdad. El asesino será descubierto.

-Te deseo suerte. ¡Vaya! Debo dejaros. Acabo de ver a alguien que deseo saludar. Verrocchio se alejó a toda prisa de sus interrogadores.

-¿Qué opináis, maestro? -le preguntó Giancarlo.

-Conozco a Verrocchio y le veo incapaz de asesinar por un simple pigmento. Además, la fórmula continúa en su cabeza; por lo que puede utilizarlo. Mirad. Ahí está Guiliano. Vamos.

-¡Querido Sandro! Sabía que no ibas a decepcionarme -exclamó Guiliano al ver al afamado pintor.

-¿Cómo llegaste a pensar algo así, amigo? -respondió Sandro dándole un abrazo.

-Imaginé que el dolor por la pérdida de ese desdichado... ¡En fin! Veo que el pesar ha pasado a mejor vida, como él -bromeó. Se volvió y con un gesto le pidió a Simonetta, que se encontraba hablando con su cuñada, que se acercara a ellos.

-Buenos días, caballeros -les saludó la muchacha.

Giancarlo admiró lo bella que estaba aquella noche. Su rostro, más blanquecino que en la inauguración de la taberna, parecía de cera y sus cabellos dorados con un toque de rojo brillaban bajo la luz de las lámparas. Parecía una madonna ante la que uno debía arrodillarse para mostrar su veneración.

Guliano indicó al camarero que les ofrecía unas copas de vino y miró a Giancarlo.

-Compruebo que tu aspecto ha mejorado, muchacho. Y tú Sandro, no pareces tan afligido como esperaba. Me alegro de ello y como amigo, te aconsejo que busques cuanto antes un nuevo aliciente. Aunque, supongo que este chico ya ha sustituido a tu alumno predilecto. Me han dicho que tiene grandes posibilidades de ser un maestro -dijo guiñando un ojo.

-Os recomiendo lo mismo, maestro. La vida es efímera. Demasiado corta, para nuestro pesar -dijo Simonetta con cierto aire lánguido.

-Pero Sandro se ocupará de que seas eterna y admirada. ¿No es así? -dijo Guiliano sonriendo.

-Lo intentaré. Aunque, será difícil. Simonetta es demasiado hermosa y ningún mortal podrá plasmar su perfección.

-¿Ya has pensado en la composición? -se interesó su mecenas.

-No estoy decidido aún. Comenzaré con unos esbozos de Simonetta y decidiréis cuál es vuestro preferido.

-Cualquier idea, estoy segura, será una obra de arte -dijo ella sonriendo a Sandro con afecto.

-Me valoras en demasía, querida.

-En absoluto. Eres un genio. Por ello los aspirantes a pintores te eligen para recibir tus enseñanzas. Y he de decir que, incluso aquellos que son mediocres, consiguen adquirir un toque de tu genialidad. No hay más que fijarse en el pobre Salvatore. Alcanzó un grado considerable -dijo Leonardo.

-¡Pobre muchacho! -suspiró Simonetta.

-¿Lo apreciabas? Aunque no se debe hablar mal de los muertos, creo que muy pocos sintieron pena por su desaparición. Era un muchacho poco agradable y con cierto aire de arrogancia. En la escuela no hizo muchos amigos, la verdad. Y en confianza, me han dicho que era un seductor incansable.

Ella sonrió con cierto aire divertido.

-Supongo lo que estás intentando averiguar. Querido amigo, es cierto. Salvatore intentó seducirme. Pero ya me conoces. Soy muy exigente. Guiliano no tenía motivos para matarlo; puesto que nada hubo entre ese infeliz y yo.

-Y si lo hubiese habido, Simonetta es libre de actuar como le plazca -ratificó Guiliano.

-¿Su esposo opina del mismo modo? Tal vez creyese que sí hubo relación y lo mató carcomido por los celos y el deshonor -intervino Sandro.

-En ese caso, también debería haber corrido la misma suerte que Salvatore. ¿No crees? No, amigo. Carlo queda descartado -dijo Giuliano dando un sorbo a la copa.

-Al menos, por ese motivo -dijo Leonardo.

-¿Y que otro puede haber? Ese chico no poseía nada valioso, ni informaciones trascendentales para que alguien se molestara en envenenarlo.

-Olvidas que también fue apuñalado -le recordó Sandro.

Guiliano hizo revolotear la mano con desidia.

-Temo que le estáis dando demasiado valor a este asunto. No era más que un muchacho sin importancia. Bueno... Sé que para ti era especial. De todos modos, ya me has comprendido. Hay asuntos mucho más urgentes que resolver en la ciudad. Opino que deberíais olvidar este embrollo. Dedicaros a otras cosas.

-¿Por qué este interés, amigo? Los Medici son reconocidos por sus ansias de conocimiento. Y este asesinato rebasa cualquier sentido común. ¿No sientes curiosidad por descubrir quién o quienes deseaban su muerte? ¿La razón? -dijo Leonardo clavándole sus ojillos castaños con aire inquisitivo.

-Si crees que la causa es porque estoy mezclado en ello, no lo es. Sencillamente me molesta que un genio como vosotros no atienda sus obras -respondió Guiliano con sequedad.

-No te preocupes. Haré el cuadro de Simonetta. Pero mientras, buscaré a esos malditos criminales -replicó Sandro con tono adusto.

-¿Veis porque me enojo? Ese desdichado está consiguiendo que unos amigos se enfrenten.

Leonardo le posó la mano sobre el hombro.

-Nada de eso. Estamos dialogando, discutiendo sobre puntos de vista diferentes. Algo que solemos hacer. Y que por supuesto, continuaremos haciendo en el futuro. Además, quién no castiga el mal, ordena que se haga. Tenemos que hacer justicia, aunque sea a un ser mezquino como Salvatore.

-Cierto. Nadie, por muy ruin que sea, merece ser asesinado. Como tampoco que un chico tan encantador como Giancarlo fuera apaleado -intervino Simonetta mirándolo con simpatía.

-Ni Sandro. Él también fue atacado -dijo Giancarlo.

Simonetta clavó sus ojos almendrados en el pintor.

-¿Te encuentras bien?

-Una herida en el brazo. En unos días estaré en perfectas condiciones.

-¡Maldita sea! ¿Pero que le ocurre a esta ciudad? ¡Celebridades nacionales siendo atacadas en sus calles! -exclamó Guiliano con el rostro contraído.

-Por ello estamos investigando.

-Sin duda, retiro lo dicho. Leonardo, continúa con este misterio. Puede que sea un loco, un perturbado que su único móvil sea matar por puro placer o que odie a los artesanos de la pintura. Es posible que se trate de un pintor frustrado o rechazado en vuestro taller -dijo Guiliano.

Leonardo lo miró durante unos segundos. Tal vez tenía razón y toda su investigación estuviese equivocada. Hasta el momento solo habían sido atacados aquellos que dedicaban su vida a pintar. Debería plantearse esa nueva teoría.

-Estudiaré todos los planteamientos. Creo que tu cuñada te requiere -le comunicó al ver a Clarice Orsini.

-Nos veremos -dijo Guiliano alejándose.

-¿De veras pensasteis que él podía ser el asesino? -dijo Simonetta.

-En las circunstancias que nos encontramos, cualquiera podía haber sido. En realidad, no le sabremos si no encontramos el motivo de su muerte. Es lo esencial. ¡Y no tengo la menor idea! -exclamó Leonardo tragando el contenido de la copa.

-Seguro que lo hallas. Una mente como la tuya desentrañará el misterio -le dijo Simonetta dibujando una sonrisa esperanzadora.

Sandro y Giancarlo quedaron extasiados mirándola. Era la mujer más hermosa que conocían. La única Musa divina para un pintor.

-Creo que Marco te está buscando -dijo Leonardo al ver a un hombre de aspecto regio y rostro aburrido.

-Mí marido no es amante de las fiestas. Supongo que deseará irse. Sandro, te espero mañana a primera hora. Estoy ansiosa por que inicies el cuadro -dijo Simonetta.

-No faltaré -aseguró el pintor besándole la mano.

Los tres la miraron alejarse con un reflejo de admiración en sus ojos.

Leonardo escrutó a la pareja mientras abandonaban el salón. No comprendía como una mujer como ella se había desposado con un hombre tan aburrido como Carlo Vespuccio. Supuso que por decreto paterno.

-Temo que no podremos avanzar la investigación. No veo a ese extranjero -dijo Sandro.

-Puede que ya no esté en la ciudad -sugirió Giancarlo.

-En ese caso, nos faltará una pieza importante -opinó Sandro.

-Temo que, por esta noche, ya nada más podemos hacer. Será mejor que nos marchemos -sugirió Leonardo.

-¿Ahora? ¡La fiesta acaba de comenzar! -se quejó Sandro.

Leonardo alzó los hombros con indiferencia. A él no le interesaban las fiestas. Su mayor diversión era utilizar la mente y no estaba dispuesto a perder el tiempo en esparcimientos que no aportaban ninguna utilidad.

-No tenéis porque acompañarme. Gozad de los placeres mundanos. Aunque, espero que no hagáis locuras. Vuestras mentes deben estar despiertas a primera hora. ¿De acuerdo?

-Lamento defraudarte, amigo. Debo acudir a casa de Simonetta para preparar el retrato y por supuesto, Giancarlo debe acompañarme -dijo Sandro.

Guiliano se acercó a ellos.

-Amigos, hay cambio de planes. Olvidaba que mañana hay una carrera en la plaza Santa Cruz. Lorenzo os espera a todos para que lo animéis.

Leonardo lanzó un gruñido de contrariedad.

-¡Lo que faltaba!

-No seas tan gruñón. Todos sabemos que te encantan esas carreras.

-Cierto. Pero en estos momentos lo más importante es atrapar al asesino. Claro que, si la máxima autoridad prefiere que detengamos las indagaciones unas horas, no son quién para contradecir. No seáis malos, chicos -masculló Leonardo aleándose hacia la puerta.

La fiesta duró hasta bien entrada la noche. Sandro y Giancarlo disfrutaron de los manjares, los vinos y la música; sin importarles las miradas y susurros maliciosos que se expandían a su alrededor.

Al joven aprendiz ya no le afectaban ni los comentarios, ni los escándalos que provocaban su actitud. El óxido había destrozado la coraza donde había cercado su verdadera naturaleza y ahora caminaba por los senderos sin que ninguna frontera los frenase. La vida le estaba dando una gran oportunidad y nadie volvería a encadenarlo.

Aquella noche, ebrio de libertad, y porque no decirlo, también de vino, rompió el cascarón y voló en busca del lugar que le correspondía. Y ese lugar no era otro que Florencia, entre pinceles y la compañía de su admirado Sandro. Sus brazos fueron la nave que lo llevó a su total aceptación. El destino estaba decidido. Ya no había dudas. El amor había ganado la batalla al remordimiento.

A media mañana, tras compartir el cuarto de una pensión y sus sentimientos más íntimos, Sandro y Giancarlo se encaminaron henchidos de optimismo hacia la plaza de la Santa Croce.

El ambiente ya estaba muy animado. Cientos de ciudadanos se habían congregado para ver las carreras y animar a sus equipos.

-Una de las grandes fiestas de la ciudad. Aquí podrás encontrar a los más notables. Mira. Ahí está Lorenzo -dijo Sandro.

Lorenzo Medici estaba espectacular montado en su caballo árabe ataviado con sus mejores galas. Portaba un estandarte con la imagen de Palas.

-Lo diseñé yo -le dijo Sandro con gesto orgulloso a su aprendiz.

-¿De veras? ¡Es magnífico! Estoy convencido que le traerá suerte.

-Sin duda. Ya ganó el año pasado. Claro que, también influye que es un gran jinete. ¡Por fin! Leonardo ha decidido venir.

Leonardo apartó a la pareja que lo separaba de sus amigos y se situó junto a ellos.

-¿Aún no han comenzado? -preguntó con tono brusco.

-Habrà tiempo para todo, tranquilo. Mira. Ahí está Simonetta y su esposo. Parece más demacrada. ¿Verdad? -dijo Sandro con el semblante preocupado.

-Su enfermedad no es liviana. Esas ojeras no me gustan nada. Tienen la marca de la muerte -musitó Leonado.

-¡Por favor! No seas exagerado. Un simple resfriado y nada más -protestó su amigo.

Las trompetas anunciaron el inicio de la carrera. Simonetta, declarada reina de la belleza, se alzó, y todas las miradas se dirigieron hacia ella. Florencia entera la veneraba y estalló en un gran aplauso. Ella, sonriendo, levantó el pañuelo y agitó la mano con fuerza dando la orden a los jinetes.

-¡Adelante!

Los gritos de los asistentes acompañaron el galope de los caballos, provocando un ruido ensordecedor.

Lorenzo, al finalizar la primera vuelta, iba en cabeza; pero Antonio Batisti, gran jefe de la logia de albañiles, lo superó. Lorenzo azuzó al animal consiguiendo sobrepasarlo. No obstante, un tercer corredor, Cosimo Pazzi, tomó la delantera.

Durante las diez vueltas, la lucha se centró en los tres jinetes. Sandro, Lorenzo y Giancarlo, animaron a su amigo vociferando con todas sus fuerzas, rompiendo en un gran aplauso cuando el Medici consiguió la victoria.

Simonetta, con el rostro encendido por la emoción, entregó el premio al vencedor.

-Ya podemos irnos. Aquí no hay nada más que ver -dijo Leonardo.

-¿Por qué tanta prisa? ¿No podemos disfrutar de la fiesta? -se quejó Sandro.

-Haced lo que os dé la gana. ¡Yo me voy! -exclamó Leonardo con aire indignado. Dio un giro brusco y empujó a dos hombres que le entorpecían el paso.

-Nunca conocí a nadie que le desagradara tanto divertirse -dijo Giancarlo.

-A veces, me da la sensación que es más viejo de lo que aparenta. Si no fuera...

Sandro dejó de hablar al ver al jinete que intentaba controlar a su caballo para evitar que éste aplastara a Leonardo. Sobrecogido echó a correr gritando con desesperación:

-¡Leonardo, cuidado! ¡Apártate! ¡El caballo!

Pero su aviso llegó demasiado tarde y una de las patas del animal golpeó con dureza la espalda de su amigo.

Leonardo, aturdido y sintiendo un terrible dolor, cayó al suelo; mientras veía impotente como el caballo brincaba sobre su cuerpo. Por suerte, varios hombres se abalanzaron sobre el jinete y asieron las riendas del animal, evitando de este modo que continuase pisoteando a Leonardo.

-¡Dios mío! ¿Estás bien? -jadeó Sandro arrodillándose junto a él.

-Creo que aún... vivo -gimió Leonardo intentando incorporarse.

-Pero... ¡Os habéis vuelto loco! -gritó Sandro enfrentándose al jinete, que azuzando al caballo emprendió la huida.

Giancarlo llegó junto a ellos y ayudó a Sandro a socorrer a Leonardo.

-Por poco os mata -musitó sin poder evitar un gesto de aprensión al ver la sangre que manaba por la mejilla del maestro.

Leonardo se levantó lanzando improperios, al tiempo que los curiosos se marchaban al comprobar que nada más interesante quedaba por ver.

-Os dije que no era conveniente venir aquí -masculló dando sonoros manotazos a su ropa para apartar la arena.

-¿Os fijasteis quién fue? -le preguntó Giancarlo.

-Estaba demasiado ocupado en cubrirme el rostro. Pero, daré con él y le exigiré disculpas.

-¿No será un atentado? Es extraño que un jinete con la experiencia suficiente para participar en la carrera no le halla sido posible dominar a su animal.

Leonardo lo miró con ojos perplejos.

-Muchacho, utilizas la cabeza para pensar. Temo que cabe la posibilidad.

-¿En qué os fundáis? La plaza estaba abarrotada y todos saben que los animales se encabritan -refutó Sandro.

-Después de lo que estamos haciendo, cualquier posibilidad es factible. Deberemos averiguar la identidad de ese hombre.

Guiliano al ver el alboroto que se había desatado en el extremo de la plaza, se acercó al lugar. Al ver a Leonardo soltó un juramento.

-¡Por Judas! ¿Qué ha pasado? ¿Te han asaltado?

-Un caballo desbocado. Nada de importancia. Aunque, deberíais cambiar el lugar de la carrera. Esta plaza es demasiado pequeña -gruó Leonardo.

-Sangras, maestro. Deberías curarte esa herida.

-Es un simple rasguño. No moriré. De todos modos, lo mejor será que regrese al taller. Sandro, Giancarlo.

-Te recuerdo que debo ir a casa de Simonetta. Claro que, antes está tu bienestar.

-Cierto. El cuadro puede esperar -dijo Guiliano.

-¡No hace falta! Parezco enclenque, pero soy fuerte. Solo me sentiré magullado durante unos días. Nos veremos esta tarde en el restaurante.

Leonardo se alejó de la plaza ante la mirada preocupada de Giancarlo. No estaba tranquilo. Si ya habían intentado matarlo, cabía la posibilidad que lo probaran de nuevo.

-Es un gran testarudo. ¡En fin! Sandro, Simonetta te está aguardando. No la hagas esperar -dijo Guiliano.

-Vamos ahora mismo.

Al llegar a la casa de Simonetta, el criado los acomodó en la biblioteca. Jamás en su vida, Giancarlo había visto tantos libros.

-¿Asombrado? Es la habitación de la sabiduría. Aquí podrías encontrar muchas respuestas a tus dudas -dijo Sandro acariciando el lomo de un ejemplar encuadernado con piel y letras doradas -dijo Sandro.



-Esta noche he disipado muchas -le dijo el muchacho contemplándolo con afecto.  
Sandro lo miró sonriendo levemente.

-Cuando el viajero ha cruzado un arduo desierto, el cansancio lo lleva al espejismo -dijo con voz queda.

-El agua que ha mitigado mi sed fue real, maestro.

El pintor lanzó un suspiro hondo.

-Incluso el pozo más cristalino puede estar emponzoñado.

-¿Por qué dices eso? ¿Acaso te he defraudado? ¿No te he dado lo que deseabas? -inquirió Giancarlo con tristeza.

Sandro revolió los cabellos del chico con un gesto lleno de ternura.

-Giancarlo, ya me conoces. Me desaliento con facilidad; sobretodo cuando pienso que puedo perder a alguien tan adorable como tu.

-Jamás te fallaré -le aseguró él.

-Lo sé. A quién más temo es a mí mismo. Muchas veces siento que mi corazón es una cometa arrastrada por el viento, sin fuerza para liberarse del hilo dictador. Pero a partir de ahora, ya nada me atará y volaremos juntos.

-Sí, maestro -le prometió su alumno dándole un beso en la mejilla.

Sandro cogió otro libro y se lo mostró.

-Mira. Este escrito es magnífico. ¿Has leído alguna vez El Banquete de Platón? ¿No? Deberías. Habla del amor. "La idea es sencilla, el amor es el camino, el nexo de unión con aquello que llamamos perfecto, divino, hermoso, sirve de enlace y comunicación llenando el vacío que existe entre lo visible y lo invisible"

-Hermosas palabras -musitó Giancarlo.

Sandro cerró el libro dejando escapar un suspiro.

-¿Es verdad que ahora ya no son escritos por la mano humana, sino por una máquina? -le preguntó su alumno.

-Cierto. Un alemán ha creado el mejor invento conocido. Le ha denominado imprenta. Ahora todos podrán leer y el conocimiento se expandirá por el mundo -dijo Sandro con gesto orgulloso.

Giancarlo se acercó a la pared que quedaba a su derecha. Su mirada estudió con atención la pintura que decoraba un bufete.

-Una obra excelente, maestro -dijo Giancarlo deteniéndose ante la pintura.

-No opino lo mismo. Revela una gran inseguridad. El muro intenta dar un toque de profundidad. Los pilares y las ruinas dar vida a los diferentes espacios, pero el pintor encontró dificultad en lograrlo. Y en cuanto a los personajes, están faltos de viveza. Se nota que el pinto era joven. No es perfecto.

-Nunca puedo dejar de asombrarme de lo que sabes.

Sandro estalló en una sonora carcajada.

-Conozco la composición, porque la hice yo. Fue tras cuatro años de aprendizaje con Lippi. Aún era novato. Si la hiciera ahora, todo sería distinto.

Giancarlo hizo oscilar la cabeza de un lado hacia otro. No estaba de acuerdo. Era un cuadro excelente.

-¿Por qué te empeñas en desprestigiarte? Casi nadie podría realizar algo así con tan poco tiempo de instrucción. Estoy convencido que jamás pintaré ni la mitad de bien.

-No niego que es bueno. Estoy analizando que podría mejorarse. Si no fuera por tu devoción desmesurada, aceptarías que el cuadro que estamos pintando lo supera. En técnica, en colores y en trazo.

-¿Así que no es perfecto? Siempre tan crítico, amigo mío -dijo Simonetta entrando. Iba ataviada con un batín azulado y el cabello suelto, dejando que sus rizos rojizos volaran libres -. Buenos días, caballeros. Giancarlo, veo que el gran genio ha decidido tomarte como ayudante.

-Señora, así es, y es un honor inmerecido -respondió Giancarlo con una leve inclinación de cabeza, mientras la contemplaba. Se sintió preocupado ante su extrema palidez. Parecía enferma.

-Nada de eso. En verdad tienes un gran talento -protestó Sandro.

Simonetta se sentó suspirando levemente.

-Supongo que lo demostrará como tu aprendiz. ¿Has meditado ya el retrato? Espero que no sea complicado, querido. Temo que no tendremos demasiado tiempo.

Sandro contrajo el rostro.

-¿Por qué ese pesimismo? Estás perfectamente. Lo que pasa es que mantienes demasiada vida social y sientes cansancio.

Ella sacudió la cabeza esbozando una media sonrisa cargada de tristeza.

-Sé que no llegaré a vieja, Sandro. Aunque, no me importa. He aprovechado el tiempo que se me ha concedido. Vosotros deberíais hacer lo mismo. Que no os importe la voz indignada de Florencia. Apagad su grito con la música que surja de vuestros corazones. Que al final de vuestros días no os arrepintáis de lo que habéis hecho, si no, de lo que no hicisteis. Aprovechad cada minuto, pues los segundos que contiene os acercan un poco más a la muerte.

Sandro se sentó junto a ella y le tomó las manos entre las suyas.

-Los médicos se equivocan. Sobretudo ese matasanos al que acudes. Ya verás que no es más que un simple catarro. Pero... ¡Olvidemos estos asuntos tan ingratos! Hoy has estado majestuosa. Seguro que Poliziano se inspira de nuevo en ti para crear una oda.

Ella carcajeó mientras se arreglaba el cabello con coquetería.

-Cándida Ella y de candor vestida con su traje de flores y de hierba; la crencha de oro en rizos esparcida, su frente enmarcada de humildad superba. Ríen en su redor Natura y Vida, porque todo lo endulza y desacerba, y en su porte de regias suavidades la mirada deshace tempestades. ¿No era así, Sandro?

-Las palabras exactas y certeras. Pero ahora centrémonos en la gran obra que crearemos. Un retrato del que todos hablarán durante siglos.

Simonetta efectuó un mohín de decepción.

-¿Otra vez seré plasmada como una madonna? Sandro, pensé que serías más original. Que harías algo exclusivo para una gran dama como yo. Me decepcionas, amigo.

El maestro se levantó y alzó las manos con gesto teatral.

-¿Me estás llamando mediocre? ¡Por Cristo! El gran Botticelli no es un cualquiera. ¡Soy un genio! Y para demostrarlo haré... Te transformaré en... ¡Una diosa! Eso es. ¡Serás Venus! ¡Venus en primavera, cuando la vida renace estallando exultante! Todo aquel que te miré verá en tu rostro reflejado el amor. ¡Ante ti caerán rendidos miles de ojos y corazones!

Simonetta estalló en una risa cristalina. Sandro era el hombre más divertido que había conocido. Con él jamás podía aburrirse nadie. Aunque, en alguna que otra ocasión, el decaimiento también hacía merma en él; sin embargo, pronto se restablecía y la alegría retornaba.

-Un empeño dificultoso -dijo.

-¿Por qué, señora? Sois la mujer más hermosa que jamás he visto -dijo Giancarlo sin poder reprimir el entusiasmo ante la pintura que su maestro había descrito.

-Y yo inmortalizaré esa belleza -aseguró Sandro dejándose caer en una silla -. Crear lo deja a uno agotado. ¿No tendrías una copa de vino para aliviar tanto esfuerzo? ¡Ah! Veo la jarra. Por favor, Giancarlo, lléname una copa. ¿Y bien? ¿Te parece acertada la pintura?

-Cualquier cuadro tuyo será fantástico, Sandro. Claro que, te pido moderación.

Éste chasqueó la lengua mientras aceptaba gustoso la copa de vino que le acercó su alumno.

-¿Prudencia? ¿Qué ha pasado, querida? ¿Tal vez te arrepientes de lo vivido y ahora quieres expirar tus culpas convirtiéndote en una matrona recatada y aburrída? Florencia no te lo permitirá. Eres su reina de la belleza, su musa. Simonetta debe brillar con esplendor. Y yo contribuiré a ello.

-Eres un soñador incorregible -musitó ella entornando los ojos.

-Como dice Leonardo, el ojo recibe de la belleza pintada el mismo placer que de la belleza real. Y vos, señora, sugerís fascinación -le replicó Sandro besándole la mano.

-¿Opinas del mismo modo? -preguntó Simonetta al apuesto aprendiz.

-Estoy en total acuerdo -respondió éste.

Ella ladeó el rostro y se miró en el espejo. Sus ojos almendrados se observaron con aflicción. Tenía negras ojeras y la piel de sus mejillas había perdido el rubor de las rosas frescas. Se estaba marchitando y ningún remedio milagroso podría devolver la perfección que encandiló a Florencia. Nunca más sería elegida la reina de la belleza.

-Ahí tenéis el reflejo de la realidad. Mí lozanía se está apagando, como mi vida... ¡Oh, Sandro! Haz ese cuadro maravilloso. Graba en el lienzo el esplendor, antes de que llegue la decadencia -dijo rompiendo a toser.

En los ojos de Sandro se instaló una neblina fría y opaca que ocultó el optimismo. Era absurdo engañarse. Su adorada Simonetta estaba realmente enferma.

-Convendría continuar en otro momento. Ahora es mejor que descanses -dijo con voz apagada.

Ella negó con contundencia. No le quedaba tiempo. Sentía como la vitalidad se le escabullía a través de su pecho enfermo.

-Debemos... darnos prisa. Quiero ver ese cuadro -jadeó intentando atrapar más aire en sus pulmones.

-Y lo veréis, señora -dijo Giancarlo con ese tono de voz que ha dejado escapar la confianza.

-Eso espero, muchacho. Por ello quiero comenzar ahora mismo. Sandro, deseo que te impregnes de mí. Que tomes mi esencia para estamparla en el lienzo -dijo ella con voz fatigada.

-Tus deseos son órdenes, querida.

Simonetta miró a Giancarlo.

-¿Habéis desayunado?

-No hemos tenido tiempo. De todos modos, no tengo hambre. Aunque, tal vez Giancarlo sí. Muchacho, ve a la cocina y come lo que te plazca. Sin prisa. Mientras, me concentraré en el retrato -contestó Sandro.

Giancarlo lo miró con aire huraño.

-¡Oh, no debes molestarte! Es una de mis excentricidades. Necesito estar a solas con el modelo para pensar con claridad -dijo Sandro preparando el papel y los lápices para el esbozo.

-Como deseéis, maestro -aceptó Giancarlo abandonando la habitación. Preguntó a un criado dónde estaba la cocina y se encaminó hacia allí admirando los lienzos que colgaban de la pared. Eran obras exquisitas. Como también lo fue la comida. Estaba harto del escaso menú que Leonardo le daba. Así que, no dejó ni un solo trozo de ternera en el plato, ante la satisfacción de la cocinera.

-¿Más? -le ofreció ésta encantada de que alguien tuviese tanto apetito. Últimamente, con la enfermedad de la señora, apenas se comía en la casa.

-Gracias, pero es imposible llenar más el buche. Además, debo ir a ayudar al maestro -dijo Giancarlo levantándose.

La cocinera apoyó la mano en su hombro instándolo a sentarse de nuevo.

-Aún estarán ocupados. No les gustará que nadie los perturbe. ¿Comprendes? -dijo guiñando un ojo.

Giancarlo dejó de sonreír al adivinar lo que insinuaba. Pero al instante, su angustia se disipó. Lo único que sentía Sandro por Simonetta era amistad y admiración.

-Los ricos son así, chico. Unos depravados. Pero nosotros no somos nadie para juzgarlos. Dios se encargará de ello. ¡En fin! Debo irme -dijo la cocinera dejándolo solo.

Giancarlo también se fue. Deambuló por la casa sin que nadie le cortara el paso, descubriendo salones, cuartos e incluso una habitación exclusivamente dedicada al baño.

Harto de su exploración, decidió regresar junto a su maestro.

Abrió la puerta.

Simonetta estaba tumbada sobre el diván con las mejillas encendidas y el cabello revuelto, mientras Sandro se ajustaba la camisa dentro de los calzones.

Un dolor espantoso lo laceró en lo más profundo del alma. Era evidente que la criada no le mintió. Sandro lo había traicionado del modo más vil, ante sus narices, olvidando que lo amaba, que lo destrozaría con su actitud. Se había reído de nuevo de él. El amor que le había jurado era falso. ¡Qué estúpido fue al confiar en un hombre como él!

-¿Has comido bien? -se interesó Sandro acicalándose el cabello.

Giancarlo tragó saliva y apretó los puños intentando controlar su ira. No quería dar un espectáculo ante Simonetta.

-He quedado satisfecho. Supongo que como vos. ¿No? -dijo con acritud.

La puerta se abrió dando paso a Marco Vespuccio.

-¡Vaya! Maestro Botticelli. Es un honor recibirlo en casa -le saludó tendiéndole la mano.

-El mío es pintar a vuestra esposa, señor.

-¿Será vuestro ayudante? -se interesó Vespuccio. Sus ojillos pequeños y bordeados por arrugas se entrecerraron mirando a Giancarlo con curiosidad -. ¿Estás mareado, chico?

Sandro se volvió.

-Giancarlo. ¿Qué te ocurre? ¡Dios Santo! Estás muy pálido.

Marco Vespuccio le ofreció una copa de agua y el chico la tragó.

-¿Mejor?

Giancarlo asintió débilmente. No. No lo estaba. No lo estaría hasta que marchara de esa casa.

-Creo que... Debería salir a tomar el aire -musitó.

-Los dos nos iremos. Ya hemos comentado el cuadro con vuestra esposa, señor Vespuccio -dijo Sandro besando la mano de Simonetta.

-Os espero lo antes posible -le pidió ella.

Sandro y Giancarlo abandonaron la casa. El pintor se detuvo tras cerrarse la puerta y miró a su joven alumno.

-¿Qué te ha pasado? -le preguntó.

-Es el hombre que me advirtió que abandonara la ciudad -respondió Giancarlo aún estremecido.

-Dijiste que no lo viste -inquirió Sandro.

-Pero olí su perfume. Es él -aseveró.

Sandro lo asió del brazo y lo obligó a caminar.

-Entremos ahí -decidió al ver la taberna.

Tomaron asiento en una mesa discreta e inmediatamente les trajeron una jarra de vino. Sandro llenó los vasos y miró con seriedad a su pupilo.

-¿Estás seguro de lo que dices? Es una acusación grave.

-Tan convencido como que también puedo afirmar que te has acostado con Simonetta. ¡Cómo has podido! Pensé que me respetabas. Pero veo que me equivoqué. No soy más que un monigote con el que distraerse. ¿Verdad? -jadeó lanzándole una mirada encendida de rencor.

Sandro inspiró con fuerza.

-Te respeto, Giancarlo. Eres muy importante para mí. Tu semilla está brotando en mí corazón con más fuerza que ninguna y estoy seguro que sus ramas lo enredarán hasta la eternidad. Sin embargo, quiero que comprendas que lo que ha pasado hoy es algo muy distinto.

-Claro, ella es solo mera diversión. ¿No es eso? Me dejas más tranquilo -replicó Giancarlo con sarcasmo.

-¿Sabes? Pensé que el tiempo que has pasado a mi lado sirvió para hacerte un hombre mundano e inteligente. Veo que me equivoqué. Muchacho, Simonetta encarna a la belleza y yo adoro todo lo que es hermoso. Por eso la deseo. Como tú, aunque aún no lo sepas.

-Lo único que sé es que cuando alguien ama, no desea a otros -replicó Giancarlo con frialdad.

-Los manantiales y los pozos se agotan cuando se extrae demasiado de ellos.  
¿Comprendes?

-No. No lo entiendo. Yo solo sé que no quiero compartirte con nadie.

-Nosotros somos especiales. Estamos hechos de un material muy distinto. Necesitamos libertad para manifestar nuestra sensibilidad, nuestra inteligencia, el don de la genialidad. Adoramos la perfección y somos incapaces de no experimentar con ella. Nada tiene que ver el amor con esto. Giancarlo, eres un gorrión que aún permanece bajo el amparo del nido, pero cuando aprendas a volar, ya nada podrá retener las ansias que sentirás de alcanzar el cielo.

El chico negó con la cabeza apurando la copa. Él solo sabía que adoraba a Sandro y que sería incapaz de engañarle.

-Sé que dejarás de verme como a un monstruo sin entrañas el día que experimentes ese deseo irrefrenable de sumergirte en la belleza. Ahora, vayamos a la taberna. Notificaremos nuestro descubrimiento a Leonardo. Y por favor, deja de mirarme así y medita en lo que he dicho -dijo Sandro exhalando un profundo suspiro.

-Sigo pensando que me he equivocado contigo. A partir de ahora, nuestra relación se limitará de maestro a alumno -sentenció Giancarlo levantándose.

-En ese caso aprende algo importante: El verdadero amor no es el que exige, si no el que ofrece. Querido muchacho, si buscas un amor perfecto, morirás sin disfrutar de ese amor.

Leonardo estaba enfrascado cortando con precisión milimétrica una manzana, empeñado en transformarla en una rana que descansaría sobre un nido de lechuga al borde del plato dispuesta a sumergirse en la sopa de cebolla. Soltó el cuchillo en cuanto Sandro, con gesto serio, le indicó que abandonara la cocina.

-¿Qué pasa? -inquirió sentándose junto a él en la mesa más apartada, observando con atención el rostro circunspecto de Giancarlo.

Sandro le contó el gran descubrimiento.

-Ya tenemos algo con lo que comenzar. ¡Por fin! Carlo Vespuccio nos detallará que está pasando -dijo satisfecho.

-¿Y si no quiere hablar? -dudó Sandro.

-Con solo mencionar a Lorenzo Medici, cantará como un gorrión. Sus palabras serán como melodías para nuestros oídos.

Giancarlo sacudió la cabeza.

-Esto me parece muy extraño. Por lo que sé, Marco Vespuccio es un hombre rico y sin necesidad de inmiscuirse en tramas sórdidas y criminales.

Leonardo asintió mientras miraba como Pietro servía con desgana al único cliente de la taberna.

-La verdad, soy de la misma opinión. ¿Estás convencido que se trataba de él, que era el perfume que oliste esa noche? Ten en cuenta que hay muchas variantes de aromas. Describe como era.

-Pues... No se... La fragancia era como si procediera del campo, pero al mismo tiempo como fuerte. Es difícil definirla. No estoy habituado a los perfumes. En mí pueblo nadie los usa.

-Lo mejor que podemos hacer es comprobarlo. Iremos a la tienda de Carlo Melzi. Es el mejor perfumista de la ciudad. Vamos -dijo encaminándose hacia la puerta.

-¿En verdad puedes salir? No te veo con buen aspecto y Pietro está solo -le dijo Sandro.

Leonardo observó al comensal como arrugaba la frente ante el plato. Sin duda, no era de los que sabían apreciar la buena mesa.

-¡Maldita sea! Solo han sido unos golpes. Podré soportarlo. Y en cuanto al restaurante, ese patán se arreglará solito. ¡Venga, salgamos! -exclamó.

Cruzaron el puente Vecchio adentrándose en una pequeña plaza invadida por multitud de tenderetes.



-¡Vaya! Olvidé que hoy es día de mercado. ¡En fin! Intentemos avanzar lo más rápido entre esta masa -se quejó Leonardo apartando a un tipo cargado con varias jaulas llenas de gallos.

Sandro se detuvo ante un puesto de dulces. La hora de la comida había pasado y se sentía hambriento.

-¡Eh! Los placeres para más tarde -lo reprendió Leonardo instándolo a seguir.

-¿Placeres? Te recuerdo que hace dos horas que debíamos llenar la panza -se quejó Sandro.

-Lo haremos después. Mirad. La tienda.

Entraron en el local.

El lugar era muy curioso. Tras el mostrador había una estantería repleta de hierbas y potes, y también un anciano de estatura casi diminuta con una gran barba blanca que apenas dejaba ver su rostro larguirucho. Parecía la cara de un pájaro.

-¿Qué deseáis? Estaba a punto de cerrar -preguntó de mala gana.

-Aún no es la hora. Así que, exigimos que nos atiendas -dijo Leonardo golpeando el mostrador con los dedos.

-¿Exigís? ¡Menuda desfachatez! ¿Quién sois vosotros para exi ...? ¡Oh! Maestro Botticelli, perdonad. No... Os había reconocido. Por favor, demandadme vuestro pedido -farfulló el hombre inclinando la cabeza con veneración al ver al afamado pintor.

-Deseamos que nos preparéis un perfume, maese Carlo. Aunque, deberéis seguir las instrucciones del maestro Da Vinci y su ayudante.

-Como no. Soy vuestro más fiel servidor, señores -respondió el tipo con gesto sumiso.

Leonardo carraspeó mirándolo con un mohín huraño. Era un tipo repulsivo y servil. Nada de fiar, pues solo le movía el dinero.

-Queremos un perfume específico. Aunque, no sabemos cuál. El chico os lo describirá. ¿Cómo era, Giancarlo? -dijo Sandro.

Él alzó los hombros.

-Pues... No sé detallarlo. Lo lamento.

El dueño de la tienda le acercó un recipiente. Con movimientos parsimoniosos apartó el tapón.

-Huele esto. ¿Te gusta?

-No era así -dijo Giancarlo.

-¿Así qué buscas uno que ya has oído? Si especificas algún componente... Veamos. ¿Era perfumado, amargo, dulzón?

-Puede.

Leonardo soltó un resoplido de impaciencia.

-Puede no. Debes estar seguro, chico. Es muy importante que recuerdes. Los ojos no sirven de nada a un cerebro ciego. Solo has de reconstruir como era. Regresa a esa noche. Vamos.

-Probaremos con varios extractos. Huele estos. Todos son campestres -propuso Carlo dejando sobre el mostrador varios tarritos.

Giancarlo lo satisfizo y puso sus cinco sentidos. Y al tercer frasco, ratificó que ese era el perfume que buscaban.

-Bien. Ya tenemos un componente. Musgo. A por otro, chico -dijo Leonardo más animado.

El perfumista le entregó cinco tarros más.

-¡Este! -exclamó Giancarlo emocionado.

-Ámbar. Continuemos. ¿Qué más apreciaste? ¿Un toque dulzón, amargo o floral?

-Dulce. Muy fuerte -dijo el chico cogiendo otro pote. Lo descartó y continuó con el segundo -. No hay duda, maestro. Ya tenemos un tercero.

-Gardenia -dijo Carlo. Tomó una cucharita y en un plato echó una pizca de cada recipiente.

-Ahora, céntrate y huele. Sin prisa. Cierra los ojos y déjate llevar por el recuerdo de ese día en que el aroma te sedujo. Impregna tus sentidos con esta maravilla de la naturaleza.

Giancarlo siguió sus consejos y se concentró en la mezcla. Era el perfume de Vespuccio.

-¿Lo tenemos, Giancarlo? -quiso saber Sandro.

Afirmó con una gran sonrisa de satisfacción. Había logrado desentrañar una pieza clave para la investigación.

-Ámbar, musgo y gardenia. Un perfume exquisito. Es una mezcla mía -dijo Carlo con gesto engreído.

-¿Os lo compra alguien en especial? -se interesó Leonardo.

-Por supuesto. Es de los más caros que elaboro. Lo hago para la marquesa de Antella.

-¿Solo a ella? -se extrañó Sandro.

-Por supuesto, señores. Un hombre jamás debería llevarlo. Es, digamos que, muy afeminado. Muchacho, me gustaría aconsejarte otro más adecuado. Algo de musgo, lavanda y caléndula. Fresco y a la vez varonil -dijo Carlo mirando a Giancarlo con aire recriminatorio.

-Supongo que sería exquisito. Sin embargo, no nos interesa. Gracias por vuestra colaboración -dijo Leonardo comenzando a caminar hacia la puerta.

Carlo lo miró estupefacto, con la boca abierta. Nunca había sufrido un desplante como ese. Los nobles de la ciudad eran sus mejores clientes y ese hombre lo había despreciado como a un vulgar tendero. Pero antes que protestara, Sandro dejó unas monedas sobre el mostrador.

Carlo abrió un frasco, sin dejar de mirar a Leonardo con gesto huraño.

-Oled. Os placará.

Sandro acercó la nariz al perfume y asintió.

-Realmente perfecto, maese. Ideal para Giancarlo. De nuevo, os quedamos muy agradecidos.

Leonardo les lanzó una mirada iracunda cuando salieron de la tienda.

-¿Era necesario? Seguro que te ha costado una fortuna.

-El trabajo de maese Carlo debía recompensarse. ¿No crees? Además, me apetecía regalar algo a Giancarlo.

-Nunca dejarás de ser un extravagante. ¡Derrochar dinero en perfumes, cuando uno mismo puede hacérselo! ¡Bah! -exclamó Leonardo comenzando a caminar a grandes zancadas.

-No le hagas caso. Refunfuña porque él no puede pagarlo -le susurró Sandro a su protegido entregándole el frasquito.

Giancarlo lo rechazó. No conseguiría engatusarlo de nuevo. Se apartó de Sandro colocándose junto a Leonardo.

-¿No os parece extraño que Vespuccio use perfume de mujer? Claro que, ese tipo siempre me pareció anormal. ¡En fin! Ya se sabe. Contra gustos... Giancarlo, estoy muy satisfecho. Has hecho un buen trabajo -dijo éste.

-Me alegro de haber sido útil, maestro.

-¿Qué hacemos ahora? Yo estoy famélico, Leonardo. ¿Te parece bien ahí mismo? -propuso Sandro.

Leonardo asintió sin mucho entusiasmo.

Entraron en la taberna y se acomodaron en una mesa, siendo atendidos al instante por el posadero. No estaba habituado a que clientes tan notables se instalaran en su local para disfrutar de sus viandas.

Sandro y Giancarlo pidieron guiso de pato, mientras Leonardo se conformaba con un plato de verduras y fruta.

-¿Qué pensáis de todo el asunto? -dijo éste mordisqueando una judía tierna.

-¿La verdad? Aún me siento más confundido. No sé que tiene que ver Vespuccio con Salvatore -respondió Sandro llenado los vasos de vino.

-Yo ando perdido -confesó Giancarlo devorando la pechuga del pato.

-Cocinan realmente bien en este antro -dijo Sandro relamiéndose los dedos con fruición.

-Todo grasas. Incluso la verdura está grasienta -protestó Leonardo apartando el plato. Dio un sorbo a la copa -. El vino no está mal.

-Eres demasiado exigente, amigo. Y cuando hay hambre, ningún pan es duro -rió Sandro.

-Cierto -corroboró Giancarlo.

-Dejemos la crítica culinaria. Debemos razonar los hechos que nos están ocupando estos días. Y lo primero es poner lo que tenemos sobre la mesa. Veamos. Salvatore fue envenenado y apuñalado por dos manos distintas. Así que, buscamos a dos asesinos y dos motivos. Tenemos a Ginebra, con su adulterio y a un posible marido despechado. A Verrocchio enfurecido por el robo del pigmento. Después Guiliano, que ante el intento de seducción de Salvatore hacia Simonetta decidiera eliminarlo. Sin embargo, hay que descartarlos.

-¿Por qué razón? -se extrañó Giancarlo.

-Tras las investigaciones, estaréis de acuerdo conmigo, que hemos llegado a una conclusión: Ninguno de ellos sabía que ese infeliz estaría en la inauguración de la taberna; por lo que, es ilógico que lo envenenaran.

-Cierto. Pero no los excluye del asesinato con cuchillo -dijo Giancarlo.

Leonardo alzó la mano y la hizo revolotear con impaciencia.

-¿Por qué no nos centramos en solo una cosa? Si nos dispersamos, no conseguiremos nada. Ahora tenemos que aferrarnos a Vespuccio. Con su advertencia a Giancarlo, se ha convertido en una fuente valiosísima para nosotros. Él nos dirá quién está detrás de uno de los asesinatos.

-Me parece demasiado sencillo -murmuró Sandro remojando el pan en el plato.

-Los asuntos más escabrosos han logrado saltar a la luz por simples detalles.

-Aún así, soy incapaz de mezclar al marido de Simonetta en estos crímenes. Es un notable ciudadano -dijo Giancarlo.

Leonardo contrajo el rostro en un rictus de dolor al apoyarse en el respaldo de la silla. El efecto de las magulladuras comenzaban a entumecerlo.

-Una vez terminado el juego, el rey y el peón vuelven a la misma caja, chico. La nobleza, ni tampoco el dinero son atenuantes de la maldad humana. Salvatore, como nos han dicho, proponía un gran negocio. Un asunto, al parecer, que enriquecería de un modo sustancioso a quien colaborara con él. Y ya sabemos todos que el hombre nunca queda complacido con lo que tiene.

-Como bien dijo Tito Livio: La verdad puede eclipsarse, pero no extinguirse -añadió Sandro.

Giancarlo tragó la zanahoria negando con la cabeza.

-Hay verdades que se han convertido, junto a sus testigos, en polvo. El viento los ha arrastrado al universo del olvido. Nunca, por mucho que la humanidad se empecine, saldrán a la luz. Puede que este misterio que nos rodea sea uno de esos casos.

-¡Ah, no! ¡Juro que desentrañaré este embrollo! -exclamó Leonardo dejando la copa con brusquedad sobre la mesa.

-Lo deseo. Salvatore no era santo de mi devoción, pero no merecía morir de ese modo tan salvaje -dijo Giancarlo.

-Así como una jornada bien empleada produce un dulce sueño, así una vida bien usada causa una dulce muerte. Ese chico jugó con fuego y acabó en la hoguera. Toma ejemplo, Giancarlo -replicó Leonardo con frialdad -. ¿Habéis terminado? En ese caso, continuemos con la tarea.

-¿Es necesaria esta prisa? Es imprescindible que descanse tras la comida -se quejó Sandro.

-El trabajo y la lucha llaman siempre a los mejores. Ya tendrás la eternidad para reposar. Vamos a hablar con nuestro nuevo sospechoso -ordenó Leonardo levantándose.

Pocos minutos después, se encontraban de nuevo ante la casa de Vespuccio. Por desgracia, el criado les anunció que el señor había partido de viaje.

-Sin duda, nos la ha jugado -dijo Sandro.

-¿Y ahora qué? -murmuró Giancarlo decepcionado.

-Cuando el viento deja de soplar, es inútil pretender que las aspas del molino giren. Iremos a la taberna. Hace unos días que la tenemos muy olvidada -dijo Leonardo con aire contrariado.

Leonardo lanzó un reniego al comprobar como el polvo cubría la mesa.

-¿Dónde demonios se ha metido esa vieja? ¡No tendré más remedio que echarla! -exclamó.

-No será necesario, maestro.

Leonardo miró a la chica. Su rostro estaba pálido y sus ojos enrojecidos por el llanto.

-¿Qué te ocurre, muchacha?

-Mi madre ha muerto. Le cortaron el cuello camino a casa.

Leonardo se dejó caer en la silla.

-Lamento la situación, maestro Da Vinci. Pero por ahora, no podré venir. Tengo cinco hermanos y...

-¿Por qué la han matado? ¿Quién fue tan estúpido para robar a una miserable? -dijo él pensativo. El crimen carecía de toda lógica.

-Temo que no sea el motivo. Somos pobres y a la vista está. Supongo que quisieron violentarla y se resistió -contestó ella con voz apagada.

-O tal vez, tenga que ver con el misterio que nos ocupa -musitó él.

Ella lo miró con incompreensión.

-Maestro, tengo que irme.

Leonardo asintió perdido en sus pensamientos. Aquella muerte, sin duda, estaba relacionada con Salvatore. No era una simple casualidad. La mujer, como ellos, había estado en contacto con el chico y con documentos que habían hurtado; por lo que, los asesinos habían querido apartarla del medio para que no hablase de lo que había visto. ¿Pero que vio? ¿El plano del cañón, el valioso negocio que pretendía Salvatore?

Lanzó un sonoro resoplido. Ahora no podía pensar. Estaba confundido. Debería relajarse. Buscar serenidad y cuando algo lo perturbaba hasta el extremo de no permitirle pensar, acudía al mago que conseguía que sus pesares se trocaran en miles de fragmentos de dicha y placer.

Salió dispuesto a ello y caminó ansioso hasta llegar a una posada.

Cruzó la puerta. El comedor estaba atestado de clientes ávidos por disfrutar de los placeres y miserias que allí se les ofrecía. Sus ojos inquisitivos se perdieron en la mujer de piel ajada y cabellos crespos que intentaba seducir a un posible cliente, cuyo único interés que lo acompañaba en esos instantes era emborracharse.

-Me alegra veros, señor -le dijo el dueño.

Leonardo dejó una moneda sobre el mostrador sin mirarlo. Después, subió la escalera, intentando mitigar las arcadas que el hedor le produjo; haciendo oídos sordos a los gritos y blasfemias que surgían de los cuartuchos.

Abrió la puerta y sus ojos castaños se clavaron en el muchacho que yacía lánguido sobre la cama, con el cuerpo apenas cubierto por la sábana. Era el mismo Apolo encarnado en carne. Un veneno que le emponzoñaba la sangre y el alma, para el cuál no conocía antídoto.

Se acercó al catre sentándose a sus pies y lo observó durante largo rato, sin cansarse de admirar esos rasgos delicados y hermosos, recreándose en evocaciones llenas de placer y lujuria.

Desoyendo el clamor de su conciencia increpándolo por su actitud corrompida, alzó la mano para acariciar los cabellos lacios y sedosos, permitiendo que su boca crispada se distendiera con una sonrisa cargada de afecto.

Jacopo abrió los párpados sobresaltado.

-Eres tú -musitó con boca pastosa.

-¿No te alegras de verme? -inquirió Leonardo besándolo en la mejilla.

El muchacho asintió desperezándose.

-Por supuesto. Simplemente no esperaba verte aquí. Sabes que no nos conviene que nos vean juntos. El juicio aún no ha sido sentenciado y nos arriesgamos demasiado. ¿Ha ocurrido algo?

Leonardo soltó un hondo suspiro al tiempo que se desprendía de la chaqueta.

-Constantemente ocurren cosas que nos mortifican. Sin embargo, contigo y entre estas cuatro paredes, el mundo cruel y despiadado queda muy lejos. Por ello no he resistido la tentación de acudir a tus brazos. Hace más de una semana que no nos vemos.

Jacopo se incorporó de medio cuerpo arreglándose los cabellos que caían hasta sus hombros con gesto vanidoso.

-No me parece tan malo el mundo -dijo con indiferencia.

-Tampoco lo es para el alevín que aún no ha conocido la sequía.

-¿Bromeas? A mis años tengo mucha más experiencia que tú. Aunque, eso ya lo sabes -replicó el chico guiñando un ojo.

Leonardo posó su mano sobre el pecho de Jacopo.

-Hablo de las penas del corazón.

-¡Únicamente los estúpidos sufren a causa del amor! -exclamó Jacopo con menosprecio.

Leonardo apartó la mano y su rostro efectuó una mueca de aflicción.

-No me amas, ya veo.

Jacopo le lanzó una mirada desdeñosa.

-A veces, creo que eres estúpido. ¡Pues, claro que te amo, estimado maestro! Pero a pesar de ello, no peno. Soy comprensivo y lo suficientemente listo para aceptar que el amor no es una cárcel y que el ser amado es libre. Sigue mi consejo: Deja de atormentarte. Los otros significan tan solo trabajo. A ti, en cambio, te adoro. ¿Quieres que lo demuestre? -dijo tumbándose sobre el catre con actitud provocadora.

Leonardo apretó los dientes reprimiendo las ganas de abofetearlo.

-Es persuasivo el silbido de la serpiente. Pero en estos momentos, quiero su mordedura.

Jacopo soltó una risa cristalina.

-Me encanta que el gran Leonardo sienta tanta debilidad por este miserable mortal. Aunque, no es extraño. Suelo ser persuasivo y complaciente; además de hermoso.

-E insufrible cuando adquieres ese aire de suficiencia. Te advierto que, puedo cansarme de tus desplantes y ese día...

Dejó de hablar y giró el rostro hacia la puerta que se había abierto con brusquedad. Un hombre de rostro adusto y ojos negros como el carbón los miró desconcertado.

-Temo que os equivocáis, caballero. Aquí no hay nada para vos -dijo Leonardo en tono glacial. Se levantó e invitó al hombre a que se marchara.

-Cierto -contestó el intruso cerrando.

Leonardo echó el cerrojo y miró a Jacopo con ojos encendidos.

-¿Se confundía realmente? -inquirió sin poder evitar el tono exaltado.

El chico abandonó el lecho y se limitó a reír dándole la espalda.

-¿Celoso? Leonardo, querido. Esto es un burdel y no olvides que trabajo aquí. No eres mi único cliente. Ni serás el último, para mí desgracia.

-¡Te he dicho que no es necesario que hagas esto! ¡Puedo sacarte de aquí! -voceó Leonardo respirando agitado.

Jacopo levantó las cejas y sin abandonar el tono burlón dijo:

-¿De veras? ¿Y cómo? Eres casi tan pobre como yo. No te prostituyes, pero te ganas la vida en la Piazza della Signora tocando la lira. Por favor, estimado Leonardo, deja de decir sandeces. Claro que, si decides de una vez coger algún que otro encargo, puede que abandone esta vida y la dedique solo a ti. Pero, por el momento, las cosas son como son y no cambiarán. Acéptalo de una vez.

-No ignoras que no quiero estar atado a nadie. ¡Aborrezco cualquier tipo de autoridad! Soy una mente libre -gruñó su amante.



-¡Que honor ser el único que te encadene! Eso demuestra que soy extraordinario - continuó bromeando el muchacho observándose ante el espejo con gesto vanidoso. No había duda que era el chico más hermoso del prostíbulo; así lo demostraba el gran éxito que tenía. La mayoría de clientes solicitaban sus servicios.

Leonardo apretó los puños. Se sentía necio por consentir esa humillación. Pero a pesar de ello no podía escapar de ese cuarto. El conjuro mágico de Jacopo era demasiado poderoso y su voluntad estaba condenada a obedecer las órdenes de su hechicero. Se sirvió una copa de vino tragándola con ansia. Con rabia la tiró al suelo y obligó a Jacopo a mirarlo.

-Aquí tienes mis huesos, aquí mi carne, aquí mi corazón, aquí mi vida: ¡Oh cruel! ¿Qué tratas de hacer con ellos? Aquí tienes mi alma desmayada. ¿Por qué renuevas mis heridas y te muestras ávido de mi sangre? Esta bella víbora sorda. ¡Ay de mí!

-dijo tono desolado.

-No me vengas con poesías ridículas -masculló Jacopo apartándole la mano.

-Me obligas a comportarme como un mentecato. Sabes que es difícil esta situación. Soy un pez que se ahoga entre tus redes. Y creo que disfrutas atormentándome.

Jacopo abrió la ventana y dejó que la brisa de la noche refrescara el cuarto. Sus ojos castaños se perdieron en la calle desierta, mientras que los de Leonardo quedaban prendados en su espléndida desnudez.

-Soy inocente, pues nunca tendí la red. Fue la corriente de tu deseo la que te llevó hasta mí. Y si no puedes soportar el remordimiento que esta pasión te provoca, márchate -dijo el chico.

-¿Así, sin más? -articuló Leonardo con voz estrangulada.

-Sería lo más lógico para la paz de tu alma. ¿No? -comentó el chico con sequedad.

Leonardo se acercó a él con gesto derrotado.

-Sería lo adecuado. Pero los girasoles no pueden dejar de seguir al sol. Jacopo, muchacho, sabes que soy tu esclavo.

-La esclavitud más denigrante es la de ser esclavo de uno mismo. Eso me dijiste en una ocasión -le recordó el muchacho.

Leonardo asintió cabizbajo.

-Siempre has sido un buen estudiante y yo un mal maestro. No aprendí como aplicar la frialdad a mis sentimientos.

-Pues, te iría bien. ¡Imagina qué sería de mí en este negocio si me convirtiera en un sentimental! Acabaría mendigando a las puertas de la catedral. Y por supuesto, no estoy predispuesto a ello -exclamó Jacopo con aire socarrón.

-Ya veo. Me consideras un simple cliente. Pensé que era especial, que había prendido mi llama en tu corazón -musitó Leonardo.

Jacopo se acercó a él y le posó la mano sobre el hombro. Su boca carnosa se curvó ofreciéndole una sonrisa de consolación.

-No te aflijas. ¿He de repetir una vez más que te considero el más privilegiado, querido? ¿O aún no has comprendido que a otro no le ofrecería tanto por tan poca ganancia?

Leonardo se apartó con brusquedad. Se sentía herido, despreciado por el ser que adoraba. Debería marcharse, dejar a ese infame. No podía admitir que el barro empañase la pureza cristalina del amor que le profesaba. Pero a pesar de ello, cedió de nuevo a ese sentimiento tirano y doloroso. Volvió a mirarlo y sonrió con tristeza, mientras extraía de la bolsita unas monedas.

-Al hambriento no le quedan fuerzas para rebelarse y suele conformarse con las migajas -susurró.

-Estamos en la misma situación. Aunque, espero que ésta cambie pronto. ¡Estoy harto de aguantar a seres repugnantes! Estimado Leonardo, haz algo por tu protegido.

-No tengo más. Aunque, prometo que aceptaré un trabajo. Yo también estoy cansado de compartirte. ¿Te basta con esto por ahora?

A Jacopo no le pareció un precio razonable por los servicios que le prestaba. Sin embargo, no podía rechazar a ese loco ni las influencias que tenía con los Medici. Sobre todo cuando la acusación que soportaban no había sido aún resuelta. Así que, tomó el dinero y asintió con apatía.

-Por el doble apenas proporciono nada, lo sabes. Pero el aprecio que te profeso y el juramento que me has hecho, suplirá la pérdida.

-Eres insufrible. Creo que me iré -gruñó Leonardo dándole la espalda.

Jacopo lo detuvo. No podía consentir que se enojase. Apenas le pagaba por proporcionarle placer, pero los ingresos que conseguía siendo modelo gracias a su mediación, lo ayudaban a sobrevivir con dignidad. Le acarició la espalda con gesto insinuante, con gran profesionalidad, provocando que su amante se estremeciera.

-¿A sí? No suelo apreciarlo cuando te metes en mi cama. Todo lo contrario. Siento que tu cuerpo me desea, como ahora. ¿Verdad, estimado Leonardo? Noto como tu corazón se acelera, como se encabrita henchido de lujuria. ¿Lo sientes tú? -susurró dejando caer la mano sobre su pecho.

Sí. Lo deseaba. Jacopo aplastaba su cordura obligándolo a cometer desvaríos. Ahora solo existía el ardor y la necesidad de aplacar su férrea tortura.

-Vamos, ven. Quiero hacerte feliz, maestro -lo invitó el chico asiéndole la mano.

-Mientes. Lo único que consigues es hacerme penar. Pero acataré tus deseos, pues no tengo libertad ni...

Dejó de hablar al oír las voces alteradas del cuarto contiguo. Sin duda se trataba de una discusión acalorada.

-¿Qué pasará? -rezongó Leonardo.

-Olvidalo. Ven a mis brazos - le rogó el muchacho.

-Parece una discusión seria -insistió Leonardo soltándose de su mano.

-Tal vez la negación de algún capricho hacia el cliente. Suele ocurrir. Ya sabes que hay hombres que solicitan verdaderas obscenidades y por pocas monedas. Pero lo comprobaremos ahora mismo -dijo Jacopo riendo con perversidad. Se acercó a la pared y descolgó el único cuadro, nada apreciable, dejando a la vista dos pequeños orificios.

-Pero... ¡Es indecente! -exclamó Leonardo indignado.

El chico alzó los hombros con indiferencia.

-Estos lugares no son muy recomendables si se quiere discreción. Recuérdalo a partir de ahora -repuso Jacopo mirando a través de uno de los agujeros, instando a Leonardo que hiciera lo mismo.

Aún reticente, éste le hizo caso. Los gritos, cada vez más alterados, le habían llenado de curiosidad.

Miró con atención.

El hombre que había irrumpido antes en la habitación estaba ante otro amenazándolo con una daga, mientras un tercero, al que reconoció como a Girolamo Riario, sobrino del papa Sixto, sujetaba al pobre desgraciado obligándolo a permanecer sentado en la silla.

-Sin duda, no estamos ante un juego erótico -susurró Jacopo mirando a Leonardo con gesto impresionado.

Éste negó con la cabeza sin dejar de observar, pidiendo al chico que callara.

-Vamos, no seas testarudo y dinos donde está el plano -dijo Riario.

-No sé que habláis... De veras -contestó el rehén con gesto aterrado.

El hombre de ojos negros curvó la boca en una sonrisa ladina.

-No nos engañas. Te vieron en La Rochelle, junto a tus compinches. Queremos lo que Salvatore nos prometió. O nos lo das o te rajamos el cuello. ¿Comprendido? Así que, desembucha.

-Juro que no puedo, pues ignoro que se trata. ¡No conozco a ningún Salvatore! ¡Lo prometo! -aulló el pobre desgraciado retorciéndose ante la visión del cuchillo cada vez más cercano a su garganta.

El tipo rozó la hoja afilada y unas gotas carmesíes pintaron la piel blanquecina del retenido.

Riario chasqueó la lengua.

-¿Por qué mientes? Ayer te entrevistaste con ese tipo que ha venido a buscar el cadáver de Salvatore.

-¡Era un cliente! Soy mercader de telas. ¡Solo eso! Y no sé nada de planos. ¡Nada! -insistió el tipo con el rostro lívido.

-No son nuestros informes. ¡Desembucha, maldito bastardo! ¡Quiero ese plano y lo obtendré, con o sin tú colaboración!

-Por favor, baja la voz -le rogó su compinche.

-Esto no conduce a nada. Está visto que no quiere colaborar -dijo el compañero de Riario con gesto aburrido. Y sin dudar, le cortó el cuello al pobre desgraciado.

Leonardo y Jacopo respingaron horrorizados.

-¡Maldita sea, Angelo! Esto no entraba en nuestros planes. ¿Qué haremos ahora? No le hemos sonsacado nada y el dueño del burdel nos ha visto -se quejó Riario con el rostro encendido por la indignación.

El otro lo miró con desidia.

-Unas monedas lo acallarán. Salgamos de aquí y vayamos a por el otro. Quiero esos planos y los tendré -dijo saliendo de la habitación, seguido por su compañero.

Durante unos minutos, Leonardo y Jacopo permanecieron mirando espeluznados el cuerpo sin vida, como la sangre manaba libre, encaminando a ese hombre hacia la muerte.

-Deberíamos irnos -dijo al fin Leonardo apartándose de la pared.

-¡Jesús! ¡Es horrible! ¿No deberíamos pedir ayuda? -gimió Jacopo apoyándose en la pared con el rostro demacrado.

-Ese infeliz está sentenciado. No hay remedio para esa herida. Mantengamos la calma. La imprudencia suele preceder a la calamidad. Analicemos la situación con frialdad -jadeó Leonardo.

-¿La calma? ¡Por Cristo! Esos tipos no tienen piedad y ya has escuchado que han nombrado a Salvatore. ¿Y si vienen a por nosotros?

Leonardo comenzó a caminar por el cuarto.

-¿Por qué razón? No nos han visto e ignoran que hemos sido testigos. Y si no lo comentamos, estaremos seguros. Así que, mantén la boca cerrada y marchémonos. No es conveniente que nos encuentren en esta situación. Iremos a la escuela. Y a partir de hoy, se acabó tú trabajo en este sitio.

-Nos verán salir. No hay escapatoria -comentó Jacopo.

-La ventana -dijo Leonardo caminando hacia ella. Se asomó y se encaramó a la repisa -. No hay mucha altura. Saldremos por aquí.

Saltó y a los pocos segundos Jacopo aterrizó junto a él.

-No ha sido tan difícil -rió Leonardo. Pero su sonrisa se apagó al ver al otro extremo de la calle a Vespuccio en compañía de los dos asesinos.

-¿Qué ocurre? -le preguntó el chico.

-Nada. Creo que me he lastimado el pie. Vamos -decidió al oír el grito dentro de la pensión. Ya habían descubierto el cadáver y no era conveniente que los viesen allí.

Girolamo Riario abrió la puerta con rudeza e instó a los otros que entraran en la casa. A grandes zancadas cruzó el corredor y entró en un salón. Llenó unas copas con licor y se las ofreció a sus acompañantes.

-Ha sido una pérdida de tiempo. A él no le va a gustar el resultado. Confiaba en nosotros.

-No somos culpables, Girolamo. Lo entenderá. ¡Eso espero o lo pasaremos realmente mal! No lo conoces. Cuando se impacienta, no atiende a razones -dijo Vespuccio apurando la copa con el rostro lívido. Jamás había sido testigo de un crimen tan cruel y despiadado.

-Señores, no hay que preocuparse. Aún no está todo perdido -dijo el hombre de ojos de carbón acomodándose en una butaca.

Vespuccio volvió a servirse licor y miró al asesino de ese desgraciado. No le gustaba. En realidad, le temía. Ese tipo no conocía la piedad ni la lealtad. Se desharía de cualquiera que se interpusiera en su camino.

-He visto a ese Leonardo Da Vinci a las puertas del burdel. Y creo que... me ha reconocido -farfulló temblándole ligeramente la mano al dejar la copa sobre la mesa.

-¿Quién es?

-Un pintor amigo de Botticelli. Conocía a Salvatore y creo que alguna noche compartió cuarto con el chico. No es peligroso, Angelo -le informó Girolamo.

-Puede. Aunque, cabe la posibilidad que ese desgraciado le contara su secreto. ¿Y si se lo confió?

-Es improbable. Es pobre como las ratas y lo hubiese vendido a Lorenzo, pues son amigos. Además, ya registramos el taller donde se hospeda y no encontramos nada -dijo Vespuccio.

Angelo se mordió el labio con gesto pensativo.

-¿Así que es amigo del Medici? Deberemos deshacernos de él.

-No queremos más muertes. La policía estará enfurecida y doblará la investigación. Acabará por descubrirnos y lo perderemos todo -protestó Vespuccio.

-¿No crees que es tarde? Ese Leonardo te ha visto en el lugar del crimen. Puede relacionarte y nuestros planes se irían al carajo.

-Jamás hablaré -aseguró Vespuccio.

Angelo esbozó una sonrisa sarcástica.

-No saquemos conclusiones precipitadas. Sé de otro sistema menos expeditivo y con el que no se nos podrá relacionar -dijo Girolamo con tono misterioso.

Los otros lo miraron interesados.

-La sodomía está castigada con la pena de muerte si la acusas ante la inquisición. Angelo soltó una risita de satisfacción.

-Una idea espléndida, amigo. Aunque, ya lo fue hace unos meses. Sin embargo, salió libre. No se -musitó Vespuccio.

-¡Espléndido! Si también lo acusamos, no dudarán en sentenciarlo en esta ocasión -dijo Angelo.

Vespuccio parpadeó perplejo.

-¿Y qué pruebas mostrarás?

Angelo le lanzó una mirada de desprecio.

-Sin duda, eres estúpido. Bastará con un anónimo. ¿No es así, Girolamo?

-Hay rumores que lo han relacionado con sus protegidos. Sobre todo con ese Jacopo. Y es cierto. Lo he corroborado de sus propios labios.

-¿De veras? -inquirió Angelo con suspicacia.

-Mi posición me obliga a relacionarme con gente de cualquier calaña. He de proteger mis intereses -masculló Girolamo mirándolo con ojos encolerizados.

-Jacopo también está acusado. No se condenará él mismo -refutó Vespuccio.

-Supongo que si pagamos a algún perdido para que corrobore que los ha visto en actitud nada decorosa, la curia aceptará la declaración gustosa -propuso Girolamo.

-No hará falta llegar a eso. El clero estará encantado de sentenciar a uno de esos humanistas alborotadores. Lo mostrarán como un ejemplo de barbarie demoníaca. Ahora, amigos, lo más urgente es entrevistarnos con el otro tipo. Sé donde se hospeda. Y no quiero que abandone la ciudad. Ya nos veremos -dijo Angelo alargándose.

Vespuccio se dejó caer en la butaca con semblante preocupado. Dudaba que el plan resultase eficaz.

-No me gusta como están yendo las cosas. Cuando acordamos asociarnos, no hablamos de asesinatos ni de conspiraciones contra inocentes. Ese Angelo no me gusta. Acabará por perjudicarnos -dijo.

-¿Por qué eres tan pusilánime? A veces, Marco, me da la sensación que no tienes ambiciones -dijo Girolamo.

-Las tengo, pero no deseo que éstas me lleven a la cárcel o la muerte. Lorenzo Medici es muy poderoso e implacable con sus enemigos. Y si descubre que le he traicionado, seré yo el que acabe quemado -replicó Vespuccio pasándose la mano por el cabello con gesto nervioso.

-¡Algún día acabará su poder! Nosotros nos encargaremos de ello. Ya estamos hartos de que nos perjudique -masculló Girolamo.

-Soñáis -dijo Vespuccio.

Girolamo lo fulminó con sus ojos verdes.

-La gente ignora la influencia que estamos alcanzando. El mismo Papa, mí tío, nos apoya. Ya está cansado de las ideas innovadoras y ateas de Lorenzo. Me ha dado carta blanca para que conspire contra esa maldita familia. ¡Y juro por Dios que caerá!

-Pero sobretodo de su dominio en la banca. ¿No es así? Por ello deseáis obtener ese plano -comentó Vespuccio.

-Es imprescindible para nuestros propósitos. Con él adquiriremos una fortuna incalculable y dominio en el mundo. Somos los más dignos de alcanzar ese privilegio.

-Eso si lográis encontrarlo.

-Angelo hará hablar a ese tipo -aseguró Girolamo.

Vespuccio se llenó de nuevo la copa.

-Si no ha decidido irse de la ciudad.

Precisamente Payns, tras descubrir el cadáver de su compañero, era lo que pensaba hacer. Estaba claro que Salvatore había muerto antes de poder vender el gran secreto; así que éste continuaría permaneciendo oculto. Ya podía abandonar Florencia. Su misión estaba concluida.

No podía sentir una satisfacción completa, pues habían perdido al chico. De todos modos, en esa tragedia había algo que aliviaría el pesar de la asociación: El conocimiento estaba a salvo.

Fue a su pensión. Llenó la bolsa y saldó la cuenta, encaminándose hacia la cuadra donde abrigaba a su caballo.

Eran ya las tres de la madrugada. Florencia permanecía aún dormida. El silencio caía sobre ella como una losa. Solo los maullidos de los gatos en celo rompían la quietud. Aún así, no se confiaba. Acarició la daga que ocultaba bajo la camisa. Era su fiel compañera en sus viajes. En más de una ocasión lo salvó de morir a manos de asaltadores.

Respiró aliviado al llegar ante la cuadra. Sacó la llave y la introdujo en la hendidura. Un sonido apagado lo tensó. Sin mover un solo músculo escrutó ladeando los ojos a su alrededor. Una sombra se ocultaba en la esquina.

Con el corazón acelerado, terminó de abrir la puerta. Dentro del establo estaría a salvo.

No tuvo tiempo de resguardarse. Un hombre lo detuvo colocándole un puñal en la espalda.

-Entra -le ordenó.

Payns obedeció tenso. Si no actuaba con rapidez, moriría esa misma noche. Y por supuesto, no estaba dispuesto a abandonar este mundo.

-¿Qué quieres? -preguntó con voz firme.



-Simplemente hablar. Si me dices lo que deseo oír, podrás largarte -le contestó Angelo posando la daga en su vientre.

-¿Qué puedo contarte? No nos conocemos -respondió Payns.

El asaltante lo instó a darse la vuelta. Payns pudo ver sus ojos negros como el carbón. Unos ojos despiadados.

-Tenemos un amigo en común. ¿Te suena un tal Salvatore?

Payns negó con la cabeza.

Angelo chasqueó la lengua.

-Comenzamos mal, amigo. Vamos, sé lo que has venido a hacer. Así que, desembucha -le exigió con ojos iracundos.

-¿Te parece una buena respuesta decir que sencillamente intento abandonar la ciudad para comunicar a mi socio que el negocio que me trajo aquí ha sido un éxito? -dijo Payns con sarcasmo.

-No es la que quiero. Vengo a que me des el plano.

Payns lo miró con gesto inocente.

-¿Plano? Creo que te equivocas de hombre, amigo. Soy comerciante en telas y ese negocio no requiere planos.

Angelo perdió la paciencia y clavó con un poco de más fuerza el puñal en el estómago.

-O colaboras, o mueres -siseó.

-Supongo que hable o no, moriré de todos modos. Así que...

Payns levantó la rodilla y la empotró en la entrepierna de Angelo, que cayó fulminado retorciéndose.

-¡Maldito hijo de perra! -jadeó.

Payns se apartó para asir las riendas del caballo, pero Angelo lo sujetó de la pierna logrando que se tambaleara. Tiró con fuerza consiguiendo que derribarlo.

El golpe le produjo un inmenso dolor en la cabeza, pero a pesar de ello, Payns se defendió con fiereza ante los golpes de Angelo, propinándole una patada en la nariz.

-¡Bastardo! -gritó Angelo al sentir el líquido caliente.

Los dos hombres se enzarzaron en una lucha feroz, cuyo único vencedor sería aquel que permaneciese con vida.

Payns logró arrebatarse el puñal a su contrincante. Sin dudar, lo insertó en el pecho de Angelo, que con un rictus de inmenso dolor, quedó tendido con ojos desorbitados al comprender que iba a morir.

Payns, jadeando, se levantó, sin poder evitar sentir una punzada en el pecho al ver que lo había matado.

Pero no tenía tiempo para remordimientos. Era vital que se largara de la ciudad. No debía exponerse de nuevo. Subió al caballo y lo azuzó, instándolo a que cruzara las calles al galope.

Giancarlo no pudo pegar ojo aquella noche. El relato de Leonardo lo había espeluznado. Ahora si alcanzaba a comprender el peligro en el que se encontraba. Y a la mañana siguiente, grandes ojeras bordeaban sus ojos negros.

Sandro, al verlo, sintió una punzada en el corazón.

-¿Aún dolido? Lamento ser el causante de tu pena. No quise dañarte -le susurró con tono apenado.

-¡Que vanidad la vuestra, señor! No sois culpable de nada. Esta noche ha sucedido algo espantoso. Que os lo cuente Leonardo -dijo Giancarlo entrando en la despensa.

-¿Qué ha pasado?

Leonardo le indicó que le siguiera y se sentaron ante la mesa. Giancarlo y Jacopo trajeron panceta, queso, pan y leche; que devoraron mientras Leonardo ponía a Sandro al corriente del terrible suceso en la pensión y del asesinato de la mujer de la limpieza.

-Este asunto es más peligroso de lo que esperábamos. ¿Y si nos olvidáramos de él y dejáramos que las autoridades se encargaran de solitas? -se estremeció Sandro.

-Sería lo más sensato -opinó Jacopo.

-Es demasiado tarde para retroceder. El misterio me ha absorbido y no cejaré hasta desentrañarlo. Claro que, comprenderé que queráis abandonar -dijo Leonardo.

-Yo os acompañaré en este viaje, maestro -dijo Giancarlo con énfasis. No dejaría solo a ese hombre, no después de lo que había hecho por él.

-Todos lo haremos, Leonardo -dijo Sandro.

-Bueno... Hablad por vos. Os recuerdo que yo no tengo nada que ver en la cuestión -protestó Jacopo.

Leonardo sintió una punzada en el corazón. Pero a pesar de ello, dijo:

-Por supuesto. No te expondré al peligro. Puedes irte cuando te plazca.

Jacopo se levantó.

-Ya te daré mí nueva dirección. Como comprenderás, no pienso volver a esa pensión. Que tengáis suerte.

Leonardo miró como abandonaba el taller con una neblina de tristeza en los ojos.

Sandro sacudió la cabeza. Entendía que él, un hombre sensible y de espíritu débil, cayera rendido ante las artimañas de cualquier jovencito. Pero nunca llegó a comprender como un hombre de mente fría, que dedicaba su vida a la ciencia, había podido perder la cabeza por un golfo sin escrúpulos como Jacopo.

-¿Cuál es el plan? -le preguntó.

-Yo visitaré a Payns en el hostel Torre di Babeli. Debo advertirle que está en un gran peligro. Sandro, tú irás a explicar a Lorenzo lo que ha pasado. Giancarlo nos aguardará aquí sin abrir a nadie. Debes estar atento a... ¿Quién será ahora?

-Será mejor que bajemos a abrir los tres. Por si acaso -sugirió Sandro.

Así lo hicieron.

Leonardo arrugó la frente al ver a Michele Matozza, mano derecha del cardenal Valentino Varese.

-¿Qué deseáis, fraile? Si no es importante, os rogaría que nos visitaras en otro momento. Estábamos a punto de salir.

El sacerdote mantuvo el rostro circunspecto.

-Deberéis esperar. Lo que vengo a decir no es agradable. ¿Me invitáis a pasar?

Leonardo le cedió el paso de mala gana.

-¿Y bien?

-Como recordáis, el nueve de Abril hubo la causa contra vuestra acusación y no hubo resolución. Ha llegado el momento de celebrar una nueva.

-¿Por qué razón? Quedó claro que soy un ciudadano honorable y respetuoso con la ley. La denuncia fue falsa. Además, deberíais habérmelo notificado con tiempo suficiente. No es legal lo que estáis haciendo -dijo Leonardo lanzándole una mirada recriminatoria.

El sacerdote no estaba tan seguro. Los rumores de sus escarceos con jóvenes siempre se habían escuchado.

-Enviamos la notificación.

-Nunca la recibí.

-Tengo entendido que la recogió un alumno vuestro. Tal vez se olvidara dároslo. ¡En fin! No importa demasiado. Si sois inocente, no tenéis que temer.

-¿Cómo podéis creer tamaña barbarie? El maestro Da Vinci es ejemplar. Esto es obra de algún enemigo, no os quepa la menor duda -protestó Sandro.

Matozza levantó los hombros con desidia, simulando la satisfacción que sentía al poder apresar a uno de esos revolucionarios humanistas. Sus ideas eran contra natura, un acto de perversión e irreverencia hacia las enseñanzas de Cristo. El fuego limpiaría la perversión de su carne, pero no evitaría que su alma ardiera en el infierno.

-Puede ser. No obstante, es nuestro deber que la verdad salga a la luz. Por favor, señor Da Vinci, venid conmigo -dijo.

-Pero... ¡Esto es denigrante! ¿Acaso no sabéis que el maestro Da Vinci goza de la amistad de Lorenzo Medici? Os estáis arriesgando demasiado, cura.

-Solo buscamos la verdad.

-¿Qué verdad? ¿La vuestra? ¡Ah! -explotó Sandro dando un golpe con el puño sobre la mesa.

-Por favor, sosiégate. Nada ocurrirá. Ve a ver a Lorenzo -le pidió Leonardo caminando junto al sacerdote.

Sus amigos lo vieron salir del taller con el semblante pálido.

-Pero... ¿Qué pasa? -preguntó Giancarlo.

-Hace unos meses Leonardo fue acusado de sodomía ante los Oficiales de la Noche y Monasterios. Fue mediante un anónimo colocado en un tamburo.

Giancarlo le lanzó una mirada de angustia. A ellos también podían delatarlos y si eso ocurría, no podría soportar la vergüenza, ni el mal que causaría a su familia.

-Sabía que esto no estaba bien. El Señor nos está advirtiéndome que somos unos pervertidos y si no enmendamos nuestra actitud, seremos quemados en la hoguera - musitó el muchacho.

-¡No digas majaderías! No olvides que tenemos la protección de Lorenzo. No consentirá que nos pase nada. Constantemente alguien es acusado por cualquier motivo. El anonimato propicia las venganzas. Pero pocas se ven cumplidas. Aún no he visto quemar a ningún hombre por yacer con jovencitos. Venga. Ya has oído a Leonardo. Él tiene confianza. Ahora, seguiremos sus instrucciones -dijo Sandro.

Giancarlo se dejó caer en la silla con aire decaído al sentir que el temor que lo embargaba no era de remordimiento por su pecado, si no, por el miedo a morir.

-¿Y si también nos imputan? -insistió Giancarlo con el rostro demudado por el terror.

Sandro soltó un resoplido de impaciencia.

-No lo harán. Lorenzo jamás consentirá que me perjudiquen. Y sabe que eres especial para mí. Salgamos, Giancarlo. Tenemos mucho que hacer.

-Leonardo ordenó que aguardara aquí -le recordó su alumno.

-Las circunstancias han cambiado. A partir de ahora no debemos permanecer separados. Es peligroso. Nuestros enemigos nos están acorralando. No perdamos más tiempo.

Se encaminaron al Palacio Medici, pero Lorenzo no se encontraba en él. Era domingo y había acudido a misa en Santa María Novella.

Optaron por asistir al servicio.

La iglesia se encontraba muy concurrida. Estaba Marco Vespuccio y Simonetta. Ginebra Benci y su esposo, y gran parte de los nobles y artistas de la ciudad.

Una vez terminado el ritual, Sandro y Giancarlo se acercaron a Lorenzo.

-Me gustaría hablar contigo.

-Deberéis esperar. Hoy tengo como invitado a un representante del rey de Francia y no es hombre paciente. He de tratar grandes negocios con él.

-Es urgente. Han decidido que el juicio pendiente de Leonardo acusado de sodomía, se celebre hoy -le insistió su amigo.

Lorenzo alzó las cejas.

-Y por supuesto necesita un testimonio que lo saque del embrollo. ¿Verdad? Ya hay varios de mis hombres en el tribunal. Como sabes, también acusaron a Leonardo de Tornabuoni, pariente mío. No consentiré que nuestro nombre se vea perjudicado. No temas. Leonardo saldrá en libertad y con el honor limpio.

-Es un alivio, pues es vital que Leonardo no sea apartado de la investigación ni un segundo o podemos perder la pista del asesino.

-¿Ya sabéis algo?

-Estamos en ello. Y temo que a cada minuto que pasa, nuestras vidas peligran.

-Comprendo. ¿Queréis protección? Puedo ponerlos guardaespaldas.

-No será necesario. Ahora lo urgente es liberar del clero a Leonardo. No me fío de esos tipos. Están ansiosos por prender la leña. ¡Y dicen que son los portadores de la voz divina! ¡Unos estafadores es lo que son! -exclamó Sandro echando una ojeada al sacerdote que se acercaba a ellos.

-Lo arreglaré -le prometió Lorenzo.

-Gracias. Otra cosa. Necesito tu permiso para interrogar a un sospechoso. Aclararé que es un ciudadano notable.

-Da igual el rango, si se trata de un asesino o traidor. Actúa como consideres oportuno. Ahora disculpa -dijo Lorenzo alejándose hacia la salida.

A Sandro no le pasó desapercibida la mirada de angustia que le lanzó Vespuccio. Y rompiendo la tradición que éste tenía cada domingo de departir con algunos de los asistentes, tomó del brazo a Simonetta y abandonó plaza.

-Está atemorizado. Es el momento idóneo para interrogarlo. ¡En marcha!

-¿No sería más adecuado encontrar a Payns primero? Leonardo dijo que estaba en peligro de muerte. Además, puede que sepa algo del misterio. ¿No crees?

Sandro meditó durante unos segundos.

-No andas desencaminado. Sí. Cambiaremos los planes.

Giancarlo lo siguió con aire decaído. No podía dejar de pensar en lo que le había ocurrido a Leonardo.

-Giancarlo, ánimo. Ya has oído a Lorenzo. No consentirá que destruyan a Leonardo -le dijo Sandro dándole unas palmadas en la espalda.

-¿Aunque descubran que la acusación es cierta? Dudo que en ese caso Lorenzo intervenga.

Sandro sacudió la cabeza con aire de condescendencia.

-Querido muchacho, él conoce la debilidad del maestro. Como la de muchos otros. Y la acepta. Deja de atormentarte. ¿De acuerdo?

-¿También la asume el mismo Leonardo Da Vinci? He notado que su carácter es en ocasiones hosco y que apenas habla de sus cosas. Es retraído y desconfiado -inquirió Giancarlo.

-Nada tiene que ver con sus deslices carnales. La única culpable es la vida, que aunque parezca lo contrario, no ha sido amable con él. Creció alejado de su madre, mientras veía como formaba otra familia, entregando su amor a sus otros hijos. Y el padre... ¡Qué decir de su padre! Es mujeriego, autoritario y narcisista. Jamás se preocupó por él, fue su abuelo quién lo educó, si así puede decirse. Leonardo aprendió todo lo que sabe por sí mismo. Ningún universitario noble posee tantos conocimientos. Por ello hay muchos que desearían verlo destruido. Pero no lo lograrán. Ahora goza de la protección de Lorenzo.

-Por fortuna -musitó Giancarlo.

Continuaron caminando encontrándose a los pocos minutos a Bruzio.

-¡Es una suerte hallaros! ¿Sabéis dónde está Leonardo? He ido al taller pero está cerrado -dijo.

-Lo han detenido -le comunicó Sandro.

Bruzio respingó sobresaltado.

-¿Por qué razón? ¿Y quién? Os aseguro que no he dado esa orden.

-Lo han acusado de sodomía y un cura de la inquisición se lo llevó. Por supuesto, ha sido un error. Pronto lo dejarán en libertad. ¿Y qué os llevaba al taller? ¿Algún avance?

-Ninguno. Pero ha aparecido otro muerto en una cuadra, en la Piazza Giovanni. Se trata de Angelo Veschi, un conocido asesino a sueldo. Suele trabajar para gentes notables. Ya es una pista. ¿Habéis descubierto algo vosotros?

Sandro tardó en contestar. Cerca de esa plaza se encontraba el hostel hacia donde se dirigían.

-Nada importante. Es un asunto difícil -dijo eludiendo la respuesta.

-Cierto. Aunque, Leonardo logrará desentrañarlo. Me acercaré a la prisión del clero e intercederé por él. ¡Qué estupidez que crean tamaña acusación! Hoy en día hacen caso a cualquier falacia. Por suerte, todo se aclarará. Nos veremos -dijo Bruzio.

Giancarlo y Sandro continuaron hasta llegar a La Torre di Babele.

El hostel era limpio, decorado con gusto y el aroma que desprendía la cocina excelente.

El posadero saludó a Sandro con cortesía.

-¿Qué puedo ofrecerles, caballeros? Tengo unas habitaciones que os placarán.

-Gracias, pero no. Desearíamos ver al señor Payns -dijo Sandro.

-¿Payns? ¡Oh! No será posible. Esta madrugada abandonó la pensión.

Sandro musitó un juramento.

-¿Dejó alguna nota o dirección?

-Nada, caballeros. Aunque, si puedo decir, que se llevó todas sus bolsas; por lo que deduzco que partió de viaje. Lamento no poder ser de más ayuda.

Sandro y Giancarlo se miraron contrariados.

-Gracias. Habéis sido muy amable -se despidió Sandro.

-¿Qué hacemos ahora? -preguntó Giancarlo.

-Leonardo tenía razón. Tras ese nuevo crimen, ahora estoy convencido que estamos en peligro. Te acompañaré al taller y esperarás a que yo regrese de casa de Vespuccio -decidió Sandro.

-Quiero ir contigo -se negó el chico.

-Giancarlo, sé coherente. Eres el principal testigo y Vespuccio puede relacionarte. No quiero ponerte en mayor peligro del que estás. ¿Entendido?

Al llegar a la escuela, Sandro le dio instrucciones de que atrancara la puerta.

-No abras a nadie. Sea quien sea. A estas alturas no podemos confiar ni en nuestros mejores amigos -le pidió besándolo en la mejilla. Giancarlo se apartó con rudeza. -¿Aún enojado? Vamos, no seas tan intransigente.

-Lo que soy es racional. Como bien habéis dicho, ya no queda confianza. Vos os habéis encargado de borrarla con vuestra traición -le espetó Giancarlo con aire despreciativo.

Sandro tomó aire.

-Veo que no te convencí. No importa. Sé que tarde o temprano, comprenderás.

-Marchad o Vespuccio puede largarse -dijo Giancarlo.

Sandro cruzó la puerta y su alumno la cerró de un sonoro portazo.



Leonardo acató la orden de permanecer en la habitación en medio de reniegos y protestas; aunque sabía que esta actitud podía perjudicarlo durante el juicio. Pero ya no le importaba. Su reputación había sido dañada meses atrás, a pesar de que no fue condenado.

Pero se engañaba. Toda su vida, a pesar de la seguridad que mostraba ante los demás, siempre se había sentido temeroso. Horrorizado ante el fracaso, ante las burlas, ante el rechazo. Y eso se lo debía a su padre. A ese hombre egoísta y sin corazón que lo había apartado de su madre, casándola con Antonio Di Piero Andrea Di Giovanni Buti, apodado "Accattabriga", que trabajaba en un horno de cal.

Sacudió la cabeza con energía para apartar esos pensamientos. Ahora debía centrarse en el juicio, en buscar las palabras adecuadas que lo sacaran de ese embrollo. Tenía que convencer a los jueces que era inocente. Porque lo era, a pesar de que para la gran mayoría de la humanidad su condición fuera escandalosa. Él actuaba como le dictaba el corazón. En sus sentimientos no existía la perversión. Sencillamente dejaba que la naturaleza estallara con libertad.

Tras permanecer toda la mañana en una espera angustiada, cuando sus ánimos estaban a punto de perder el control, la puerta se abrió dando paso a un cura de aspecto desagradable y horrible, que mirándolo con el mayor de los desprecios, le indicó con la mano que se levantara.

-Acompañadme -le ordenó con tono adusto.

Leonardo se alzó lentamente. Como si lo que iba a acontecer no fuera con él, mostrando una calma que no sentía.

Entraron en la sala. El consejo estaba reunido tras una gran mesa. Frente a ellos, se encontraba Leonardo de Tornabuoni y a su lado, Giuseppe Fiastrri, abogado de la familia Medici, un hombre inmisericorde y que jamás había perdido un juicio.

Sin embargo, aquella situación no lo alivió. Sus jueces no eran simples mortales. Se trataba de hombres estrictos, arcaicos y ansiosos por mostrar al mundo que los pecados jamás quedaban sin castigo, bajo la protección de ese Papa corrupto y ambicioso.

-Hoy, siete de Junio del año 1476, nos encontramos ante los ojos de Dios, para clarificar las acusaciones que se han vertido sobre el señor Leonardo Da Vinci, Leonardo Tornabuoni y Jacopo Salterelli...

-Hermano, Salterelli no está presente. Ha sido imposible localizarlo -puntualizó uno de los componentes de la mesa.

El presidente lanzó una mirada de enojo hacia Leonardo.

-Eminencia, a pesar de lo que penséis, desconozco su paradero; pues no tengo relación alguna con ese muchacho -contestó Leonardo con seguridad.

-Ciertamente, mis defendidos son inocentes de la falacia a la que están sometidos desde hace meses, eminencia. Y pienso demostrarlo, con la ayuda del Altísimo -intervino Fiastrì.

-Hay testimonios que dicen lo contrario. Ayer recibimos una nueva denuncia.

-¿Y esos caballeros están aquí? No veo a ninguno. ¿Será que temen ser castigados por la ira divina por sus mentiras? -replicó el abogado con tono mordaz.

-Sin duda, es obra de vuestro señor -intervino el sacerdote de menos rango.

-¿Estáis acusándolo de extorsión? A Lorenzo Medici no le gustaran vuestras palabras -se escandalizó Fiastrì.

-Enrico, calmaos -le pidió su superior lanzándole una mirada iracunda -. Señor letrado, nadie acusa al más grande Señor de la ciudad. Aunque, no me negaréis que es extraño que esto suceda cuando uno de sus sobrinos está acusado.

-Nada hay de misterioso, eminencia. Sencillamente, los acusadores han recapacitado. Señorías, es evidente que no hay pruebas. Que las atrocidades que se han dicho de mis defendidos son inexistentes. Sugiero que dicte fallo de inocencia.

El tercer juez que hasta el momento había permanecido callado, alzó la mano en señal de desacuerdo.

-No tan deprisa. No solo han sido acusados por esos testigos. Florencia habla de sus correrías en los burdeles de jovencitos, y sobretodo de los tratos carnales que mantiene el señor Da Vinci con sus aprendices.

-Mienten -afirmó Leonardo manteniendo la mirada firme ante ese hombrecillo de cara enjuta y avinagrada.

-¿De veras?

-Si tan seguro estáis, aportad pruebas. Claro que, difícil será, pues no las obtendréis. Estos dos hombres son ciudadanos respetables. Lo único que hacen es vivir con dignidad, con actitud cristiana. Puedo dar fe con el testimonio de mi señor. ¿Deseáis que lo haga llamar? Está realmente ocupado atendiendo al embajador de Francia. Pero no dudará, como buen cristiano, en perder una buena alianza si con ello salva la vida de dos seres íntegros, acusados, estoy convencido de ello, para perjudicar a la familia Medici -dijo el abogado desafiándolos con sus ojos azules.

Los sacerdotes se miraron temerosos. Si Medici era obligado a asistir al tribunal y acudía, eso significaba que esos dos tipos eran muy importantes para él y que si los perjudicaban, sus carreras eclesiásticas quedarían truncadas y no estaban dispuestos a ello.

-Bueno... No creo que sea necesario. Dadas las circunstancias y que los testimonios no se han presentado, por no ser cierto lo que en su día confesaron, declaro a estos caballeros inocentes. Absolute cum conditione ut retumburentia. Pueden abandonar la sala. Que el Señor los acompañe -declaró el juez dejando entrever en su tono de voz que le disgustaba tener que soltarlos.

-Será un placer, excelencia -dijo Leonardo dedicándoles una reverencia socarrona.

-¡Magnífico! -exclamó Fiastri cuando la puerta se cerró tras ellos.

-Mí tío estará complacido. El buen nombre de la familia está a salvo -dijo Tornabuoni.

-Siempre consigo lo que me ordenan. Aunque, si vuelven a pescarte en una situación licenciosa, te advierto que no habrá segunda oportunidad.

-Yo no estaba tan seguro. Esos tipos estaban hambrientos de carne de hoguera -masculló Leonardo.

-¡Bah! Cuando se nombra a Lorenzo Medici, todos se acobardan. Y esos curas no querían problemas. Su eminencia Lucio di Lese, está aguardando su nombramiento como cardenal. Como comprenderéis, si implicaba a Lorenzo, se le terminaron las aspiraciones. Amigos, la extorsión y la astucia son grandes aliadas de la ley.

-Este mundo está podrido, comenzando por la iglesia -masculló Leonardo.

-¡Así es! Y dad gracias a que sois protegido de mí señor o estaríais aguardando sobre la leña. Quiero daros un consejo: A partir de ahora sed más prudente. ¿De acuerdo? Y eso va también va por ti, Lionardo. Vamos. Tú tío quiere verte. Supongo que te aguarda una buena reprimenda.

El muchacho lo miró ofendido.

-¿Por qué? Jamás he cometido sodomía. Lo juro. Seguro que esto ha sido obra de los Pizzi. Quieren vernos destruidos.

-Como media Florencia. Pero no se han salido con la suya.

-Gracias a vos -dijo Leonardo.

-Solo me he limitado a hacer mí trabajo. Espero no tener que vernos en estas circunstancias.

-Lo mismo deseo. Decidle a Lorenzo que en cuanto pueda iré a darle las gracias.

Más aliviado se encaminó hacia el taller. La fortuna, en ese día, se había decantado por él. Debería comunicar a Jacopo el resultado del juicio. Él también estaría dichoso de que la pesadilla hubiese terminado. Pero no sabía como. El chico había dejado la pensión. Debería aguardar a que se pusiera en contacto con él. Pero ahora, lo más importante, era encontrarse con sus amigos y continuar la investigación sin más trabas.

Durante el recorrido se adentró en la Plaza de La Signora. Se detuvo ante un muchacho y curioseó el lienzo. Nunca llegaría a nada. El halo de la inspiración del arte no lo había besado. Después, se encaminó hacia el tenderete donde vendían pájaros y compró un jilguero. Abrió la puerta de la jaula y lo soltó.

-¡Vuela libre! -gritó.

-¿Se ha vuelto loco? -le espetó el vendedor.

-¡Del todo, amigo! Del todo -rió Leonardo.

A los pocos minutos, la sonrisa abandonó su rostro. El gentío que se había concentrado en la plaza le impedía moverse con agilidad. Así que, decidió atajar por el callejón.

Como siempre, éste se encontraba desierto.

Pero en aquella ocasión se equivocó.

Durante más de dos horas Giancarlo aguardó impaciente el regreso de Sandro. Nervioso y asustado, decidió concentrarse en su cuadro.

Bajó al taller y destapó el lienzo.

Lo estudió con atención, mirándolo como si fueran otros ojos los que lo contemplaran. Y el resultado le defraudó. No era especial, ni hermoso. No había genialidad en él. Era vulgar y exento del arte que creía poseer.

Abatido, atisbó por la ventana. Ya era mediodía y Sandro continuaba sin aparecer. Tal vez, pensó, se había molestado por el modo tan abrupto con el que lo despidió. Pero no se merecía otro trato. Le había mentido y nunca podría perdonarlo.

Sin embargo, a pesar del rencor, el muchacho no pudo evitar que a media tarde, el temor se apoderara de él. ¿Y si le había ocurrido algo? No. No quería pensar en esa posibilidad. Sandro solo quería castigarlo por su desprecio.

De todos modos, cuando la noche cayó, descartó esa posibilidad. Conocía a su mentor y era incapaz de comportarse con tanta crueldad. Ahora estaba convencido que había sufrido alguna desgracia. ¿Y si lo habían detenido como a Leonardo? ¿Y si hablaba de su relación con él? Aunque no quisiera, conocía los sistemas que la inquisición empleaba para que el acusado confesara. También sería condenado por sodomía y moriría en la hoguera.

Se echó a llorar con desconsuelo. No sabía que hacer. Si salía, cabía la posibilidad que fuese atacado por los asesinos de Salvatore y si se quedaba, ese cura vendría a por él. Y lo peor de todo, era que no tenía a quién acudir.

-Tengo que sosegarme -musitó.

Inspiró con fuerza y bebió un poco de agua. No debía sacar conclusiones precipitadas. Tal vez Sandro sí se encontraba enojado y había decidido quedarse en su casa.

Se dispuso a averiguarlo. Salió del taller y se encaminó a la casa familiar de su mentor, echando ojeadas furtivas a su alrededor buscando a posibles enemigos.

Tenso y jadeante, se derrumbó cuando le comunicaron que su maestro no había estado en todo el día. Angustiado, recorrió las tabernas a las que solían frecuentar sin obtener ningún resultado. Nadie lo había visto.

Ahora estaba convencido que Sandro se encontraba en dificultades o incluso muerto. Y ese pensamiento lo hizo estallar en un llanto amargo, lamentándose de la dureza de su trato, de las recriminaciones que le hizo. ¿Qué derecho tenía él a juzgar el comportamiento de su maestro? Solo era un patán, un miserable que había acogido sin reserva ni exigencias, y él le demandaba una atención exclusiva.

Al borde de la histeria una luz de esperanza cruzó su mente. Simonetta lo ayudaría. Ella estaba al corriente de las investigaciones y su influencia con Guiliano Medici obraría el milagro.

Jadeante llegó ante la casa y aporreó la puerta.

-¿Qué son estos golpes? -gruñó el criado mirándolo con aprensión.

-Necesito ver a tu señora -jadeó Giancarlo.

-No puede recibirte. ¡Largo, golfo!

-¡Lo hará! ¡Lo hará! -bramó el muchacho empujando al hombre.

-¿Qué ocurre, Roberto?

Giancarlo miró angustiada a Simonetta.

-Señora, debo hablar con vos. Es vital -le pidió.

Ella alzó la mano y el criado se retiró.

-Pasa.

Giancarlo la siguió hasta su recámara.

-Es mejor que el servicio no sepa de tu visita. Por favor, toma asiento y cuéntame la urgencia -le pidió Simonetta.

-Quisiera preguntaros si Sandro está con vos o si ha venido esta mañana para entrevistarse con vuestro esposo.

Ella sacudió la cabeza en señal de negación.

-Pues, ha desaparecido y creo que vuestro marido ha tenido algo que ver -jadeó Giancarlo.

Simonetta se acomodó a los pies de la cama y le miró con aire desorientado.

-¿Marco? Lo dudo. Marchó de la ciudad tras asistir a misa. Pero. ¿Dices que Sandro anda desaparecido? ¿Estás seguro?

-Lo he buscado por todas partes. Y temo lo peor -dijo Giancarlo rompiendo a llorar.

Simonetta llenó un vaso de agua y se lo ofreció.

-Cálmate. Sandro sabe cuidarse. Anda, cuéntame todo -le pidió ofreciéndole una sonrisa tranquilizadora.

Él le explicó lo ocurrido, omitiendo nombres y detalles que podían afectar a la investigación, mientras Simonetta no podía salir de su asombro.

-¿Marco envuelto en una conspiración contra Lorenzo? ¡Tonterías! No tiene necesidad. Es un hombre inmensamente rico, como toda su familia. Y con referencia a relacionarlo con el perfume, no es una prueba contundente. Muchos otros lo usan -exclamó.

-Nosotros también pensamos lo mismo, pero los hechos le delatan. El perfumista nos dijo que lo fabricaba en exclusiva para la marquesa de Antella. Y era el mismo que

llevaba el hombre que me advirtió que abandonara Florencia. Y ese era vuestro esposo, señora. Por eso me conmocioné el otro día cuando entró en la biblioteca, al descubrirlo.

-Mí marido no usa ese perfume. Aunque, su amante sí -confesó ella.

Giancarlo la miro con fijeza. No podía entender como un hombre que poseía a una mujer tan hermosa podía desear a otra.

-¿Te parece extraño que él me traicione, cuando media ciudad me desea? Giancarlo, los humanos nunca se conforman con lo que tienen. Además, nada puedo demandarle, cuando yo actúo del mismo modo -dijo ella sin mostrar pesar. Se levantó y se sentó ante el escritorio. Escribió una nota y abrió la puerta dando instrucciones a Roberto. -Guiliano sabrá que hacer. Quédate tranquilo. Estoy segura que Sandro está bien.

-¿De verdad lo creéis? -dijo el chico en apenas un susurro.

Simonetta se tumbó sobre la cama. Parecía cansada y su rostro continuaba pálido. La enfermedad no se había aliviado. Pero aún así, a Giancarlo le pareció la muchacha más hermosa de la tierra. Y sentía rabia que la muerte, que creía cercana, la alejara de todos aquellos que la admiraban.

-Por supuesto. Giancarlo, me siento agotada. ¿Te importa que duerma un ratito?

-Como no, señora. Iré a...

-No te marches. No quiero estar sola. Ya lo estaré dentro de poco -le pidió ella acomodándose.

Giancarlo la observó mientras se adormecía. A pesar de la enfermedad, aún mostraba una hermosura inigualable. Y de repente, sintió deseos de inmortalizarla en ese momento. Cogió una hoja de papel que había sobre el escritorio y extrajo del bolsillo un trozo de carboncillo.

Sus ojos la estudiaron y sus dedos, como movidos por un poder ajeno a él, comenzaron a perfilar sus rasgos perfectos.

Poco a poco, su cara, sus cabellos se forjaron en la virginidad del papel, impregnándolo de hermosura.

-¿Tienes noticias de Sandro? -musitó Simonetta despertando del sopor.

-Aún no, señora.

Ella se incorporó de medio cuerpo y sonrió al ver el folio en sus manos.

-¿Le aprecias mucho, no es cierto?

-No debería. Confié en él y me traicionó. Pero si lo encontramos con vida, juro que le perdonaré -respondió el chico con vehemencia.

Ella le sonrió con afecto.

-Sandro no es un hombre vulgar. Su meta es impregnar de belleza el arte. Y también su existencia. Al igual que tú. Los dos habéis nacido para saborear la hermosura y transmitirla al resto de los mortales.

-Os equivocáis. Jamás podré alcanzar la genialidad de mí maestro. Lo ratificaríais si vieseis mí obra -dijo él bajando el rostro.

Ella le indicó con la mano que le acercara el esbozo.

-Creo que... os llevaríais una decepción.

-Quiero verlo. Por favor.

Giancarlo se levantó y le mostró el dibujo con el corazón latiéndole temeroso. Lo más seguro es que se burlara del pobre aspirante a artista.

-¡Vaya! Puedo percibir que soy yo. Y eso ya es un principio, muchacho. ¡No creerías lo que he llegado a ver! Sin duda, serás grande. No. No protestes. Lo lograrás si te empeñas. La constancia no está en empezar, si no en perseverar. Eres muy joven, querido Giancarlo. Con el aprendizaje junto a tu mentor lograrás materializar la magnificencia de nuestro mundo. Déjate llevar por las experiencias y por la pasión, como Sandro.

Giancarlo sabía que tenía razón, que jamás sobresaldría si no apartaba los miedos y la represión que le habían inculcado desde niño.

-Carezco de su valor -confesó.

-No es cierto, muchacho. Ya has roto una norma y has descubierto que puedes ser feliz. Ten coraje y vive. Haz caso á una moribunda.

-¡Dios no permitirá que su creación más hermosa nos abandone! ¿Qué sería de nosotros sin vuestra presencia? ¡No moriréis! -exclamó él levantándose rabioso.

-¿Lo ves, Giancarlo? También adoras la belleza y deseas gozar de su visión, al igual que Sandro.

-Y toda Florencia, señora.

-No del mismo modo. Algún día comprenderás la razón por la que Sandro no puede resistirse a poseerme.

-¿Y vos por qué lo aceptáis? ¿Acaso lo amáis?

Ella entrecerró los ojos.

-¿Amor? No. No creo que se trate de eso. Lo mejor es salir de la vida como en una fiesta, ni sediento ni bebido. No quiero perderme ninguna oportunidad y Sandro me aporta bienestar. Tú tampoco deberías desperdiciar el tiempo de dicha que te ha otorgado.

-Sandro se ha encargado de romperlo en mil pedazos -dijo Giancarlo a punto de echarse a llorar.



-Tal vez, entenderías su comportamiento si comprobaras lo que él siente cuando está conmigo -dijo Simonetta con ojos insinuantes.

Giancarlo dejó de respirar ante la propuesta.

-¿Te escandalizo? No hay razón. Simplemente te estoy ofreciendo la oportunidad de gozar del placer de lo bello. No te pido que me entregues tu corazón.

Era cierto que disfrutaba admirando su esplendor, pero jamás había sentido deseos carnales por ella, ni por ninguna otra mujer. Sin embargo, desde que descubrió la traición de Sandro, una fuerte curiosidad, más bien una necesidad casi dolorosa por comprender que le llevó a ello, lo atormentaba. Y adentrarse en ese cuerpo, percibir la seda de su piel, el calor de su boca, era el único modo de averiguarlo. Pero sentía espanto de fracasar ante una mujer como ella.

Simonetta le sonrió con dulzura al comprender.

-El pájaro siente miedo cuando tiene que aprender a volar, pero debe hacerlo. Ven, Giancarlo. No temas. Yo te enseñaré a no caer. Deja que te eleve hacia el éxtasis - lo invitó Simonetta.

Y Giancarlo le ofreció sus manos.

Sandro abrió los ojos cuando el tañido de la campana se escuchó a su alrededor. Con gesto nervioso echó una ojeada. La tenue luz que entraba por la estrecha ventana le permitió ver el mobiliario. Un armario, una mesa diminuta y una silla, a parte de la cama. Escaso y exento de lujos.

Ahogando un gemido se frotó la cabeza. El dolor le recordó que alguien lo había atacado en las inmediaciones del río, pero era incapaz de recordar el motivo.

El corazón le brincó sobresaltado cuando la puerta se abrió. Un gesto de alivio cruzó su rostro al ver a la mujer. Esa monja no podía ser hostil.

-¿Cómo os encontráis, señor? -le preguntó la religiosa con una sonrisa educada, encendiendo un candil.

Sandro observó su rostro. Era joven. Apenas podía tener más de quince años. Y demasiado hermosa para dedicar su vida al recogimiento y a renegar del amor. Ese ser había sido creado para el deleite de los ojos de los hombres.

-Aturdido. ¿Qué ha pasado?

-La reverenda superiora os halló inconsciente en la orilla del río. Os asaltó un ladrón, pues no encontramos nada de valor en vuestra posesión. El hombre os golpeó a conciencia. Tenéis una buena herida -respondió ella acercándose al lecho.

-No recuerdo nada -gruñó Sandro.

-Es por el golpe. Suele ocurrir.

-¿Podrías decir dónde me encuentro?

-En el convento de las Hermanas de la Piedad.

Sandro recordaba el lugar. Por supuesto no había estado nunca; pero el edificio, sencillo y sin ostentación, se delineaba a la orilla del Arno.

-Otra pregunta más. ¿Cuánto hace que permanezco inconsciente?

-Cinco días.

-¡Por Cristo! Perdonad, hermana...

-Hermana Smeralda. Aunque, es precipitado el apelativo. Aún no he jurado los votos.

Sandro pensó que aún había una posibilidad para que esa beldad regresara al mundo, para que éste disfrutara de una joya como ella.

-¿Y lo haréis?

Ella asintió delicadamente.

-¿Por qué razón? ¿Acaso la vida exterior os ha tratado mal?

-La vocación acude sin que el dolor nos halla visitado. Desde niña deseé servir a Dios.

-Podrías hacerlo del mismo modo sin encerraros de por vida. Creando una familia, siendo caritativa con vuestros semejantes, dejando que vuestra hermosura haga feliz a los que os contemplen.

-Supongo que un hombre como vos, acostumbrado a la vida mundana, no puede comprender -replicó ella dejando la luz sobre la mesita.

-¿Acaso me conocéis? -se extrañó él.

-Por supuesto, señor Botticelli. Cuando niña coincidí con vos en varias ocasiones. Soy la sobrina de Filippo Lippi -dijo Smeralda sonriéndole con complicidad.

Sandro abrió la boca estupefacto. Si. La recordaba. Era aquella chiquilla que revoloteaba alrededor de los aprendices sacándolos de quicio. Un diablillo que ahora se había transformado en un ángel del Señor.

-Veo que ya sabéis quién soy -rió ella.

-La verdad, cuesta creer vuestra transformación.

-La vida nos cambia. Con vos ha hecho lo mismo. De aspirante a pintor, habéis pasado a ser el artista más admirado de Florencia. Todos quieren contrataros para que sus rostros sean inmortales.

-Y yo estaría complacido si dejarais que os pintara. Tenéis un semblante perfecto para el arte.

Smeralda negó con la cabeza.

-Me he aislado del mundo. Ahora el único que puede contemplarme es Dios.

-Conmigo habéis hecho una excepción.

-La hermandad no admite visitas ni huéspedes. Pero a pesar de ello, no podemos negar la asistencia del necesitado. Es la ley de Nuestro Señor.

Sandro intentó reincorporarse.

-En ese caso, será mejor que me marche -dijo contrayendo el rostro.

Ella lo obligó a recostarse de nuevo.

-Aún no estáis bien.

-De todos modos, tengo que irme. Me estarán buscando, puesto que deduzco que no habéis dado mí paradero a nadie -insistió él levantándose. Pero el terrible dolor de cabeza lo obligó a sentarse.

-Lo veis. Reposad, mientras hago mis oraciones. Regresaré dentro de un rato para daros la cena -le ordenó Smeralda saliendo de la celda.

Sandro se tumbó. Todo le daba vueltas. ¡Malditos saqueadores! Lo habían dejado hecho una piltrafa. Claro que, pensó, tal vez no fueron ladrones. ¿Y si se trataba de algo relacionado con el crimen de Salvatore? Debía pensar. Tratar de recordar los acontecimientos.

Le fue imposible.

Una hora más tarde, Smeralda regresó con una bandeja de comida.

-Es parca. Pero os reconfortará -le dijo acercándosela.

Sandro tomó la sopa caliente.

-Es exquisita -dijo mojado pan.

Smeralda se sentó junto a él y le quitó la venda que le cubría cabeza.

-Ahora, miraremos como está la herida. Está mucho mejor. Por suerte, no fue un golpe mortal. Decid. ¿A quién queréis que avisemos?

-Pues... Si no es mucha molestia a mí familia y a Guiliano Medici. Él...

Sandro calló. Ahora lo recordaba todo. Aquella mañana, al encaminarse a casa de Simonetta, vio al extranjero que se había entrevistado con Salvatore. Decidió averiguar hacia dónde se dirigía y su persecución lo llevó hasta unas casas miserables a la orilla del Arno.

Su sorpresa fue mayúscula cuando vio el rostro del hombre que abría la puerta: ¡GUILIANO MEDICI!

Desgraciadamente, el asalto le impidió descubrir que estaba pasando.

Pero desentrañaría el misterio ahora mismo. Dejó la bandeja con brusquedad sobre la cama y se levantó.

-¿Adónde vais, señor? ¡Tenéis que descansar! -le reprendió la novicia.

-Estoy en perfectas condiciones y tengo algo importante que hacer. ¡He de irme! - exclamó Sandro atravesando la celda. Abrió la puerta y antes de cerrarla, se volvió hacia Smeralda y dijo: Gracias por vuestra asistencia. Seréis recompensadas.

-¿Iréis así? -inquirió la novicia.

Sandro se percató que estaba ataviado con un camisón. Cogió su ropa que permanecía sobre una silla y, pidiendo a la muchacha que se diera la vuelta, se vistió.

-Tenéis razón. Me han robado -dijo hurgando en el bolsillo.

-Lo material es reemplazable, la vida no. Dad gracias a Dios.

-Lo haré, hermana -aseguró saliendo el cuarto. Cruzó el claustro y se plantó ante la salida. Con nerviosismo tiró de la campanilla. Smeralda llegó junto a él.

-Voy a abriros, pero no debería hacerlo -le dijo con cara disgustada.

-Sé que no he sido correcto, pero las circunstancias me obligan a ello. He de poner sobre aviso a unos amigos. De nuevo gracias.

Abandonó el convento y con pasos presurosos llegó a la ciudad.

Su primera parada fue en la escuela. Con el rostro contraído entró. Pero no había nadie. Dispuesto a no perder ni un segundo, pues la vida de sus amigos dependía de ello, corrió hasta la taberna. Solo estaba Pietro. Así que, decidió ir a casa de Simonetta.

Sin apenas dar tiempo al criado a abrir la puerta, se abrió paso.

-¡Señor, no puede...!

Sandro ni lo escuchó. Anduvo el largo corredor y sin llamar, entró en la habitación de Simonetta. Quedó paralizado al ver a su aprendiz.

-¡Maestro! ¡Gracias a Dios! -gritó Giancarlo soltando el papel, sintiendo un gozo inesperado en el pecho al ver a su idolatrado amigo con vida.

-¿Qué haces aquí? -inquirió Sandro con desconcierto.

-Desde que Leonardo fue llevado ante el tribunal, no he vuelto a verlo. No sabía a quién acudir y pensé en Simonetta. ¿Y vos dónde habéis estado? Todos andan buscándoos.

Sandro comenzó a caminar como un animal enjaulado.

-¡Me asaltaron y he permanecido inconsciente hasta hace apenas dos horas! Y temo que nuestro amigo Guiliano tiene algo que ver en ello.

Giancarlo parpadeó perplejo.

-¿Cómo decís? Sin duda, el golpe os ha trastornado.

-¡Nada de eso! Lo vi reuniéndose con ese extranjero en una casucha a orillas del Arno. Y fue entonces, cuando me golpearon.

-No podéis pensar realmente que él está en el complot. Jamás os dañaría. Es vuestro amigo. Además, nos pidió que le ayudarais a encontrar a los asesinos.

Sandro se dejó caer en la silla. Se sentía mareado por el golpe y por las extrañas circunstancias. No lograba comprender nada.

-Estáis lívido. Os dará agua -dijo Giancarlo llenando un vaso.

Sandro lo apuró sediento, mientras el muchacho le estudiaba la herida.

-No tiene buen aspecto, pero ya la han limpiado. Aún así, deberíais ver a un médico.

La puerta se abrió y dio paso a Simonetta.

-¡Querido Sandro, es un alivio verte! -exclamó tendiéndole las manos. Sandro las besó con veneración.

-Mala hierba nunca muere. ¿No dicen eso? Te agradezco que acogieras a Giancarlo.

-Él también te aprecia. Ha sufrido tu ausencia. Aunque, le aconsejé que calmara los nervios pintándome -dijo Simonetta mirando a Giancarlo con complicidad.

Éste no pudo evitar sonrojarse al recordar la experiencia que mantuvo con ella. Una vivencia sorprendente e inesperada, en la cuál descubrió que también podía sentirse seducido por la belleza de una mujer. Al igual que Sandro, su corazón y su alma anhelaban la hermosura. Ahora lo comprendía y volvería a aceptarlo sin reservas. Y así se lo haría saber en cuanto pudieran estar a solas.

-Un buen consejo.

-¿Qué ha pasado? ¿Por dónde has estado? -se interesó Simonetta.

Sandro les relató lo ocurrido.

-¿Piensas que Guiliano está involucrado en el robo del plano de un cañón? ¡Es absurdo! Por Dios, Sandro. Razona. Ese plano ya estaba dirigido a su hermano -dijo Simonetta.

Sandro lanzó un sonoro suspiro.

-Tú razonamiento es lógico. Pero vi lo que vi y algo tiene que significar, ¿no?

-Puede que estuviese investigando -apuntó Giancarlo.

-Es la posibilidad más factible -dijo Simonetta.

-Giancarlo me ha dicho que Leonardo tampoco aparece. ¿Acaso lo han condenado? -quiso saber Sandro con preocupación.

-Fue absuelto y puesto en libertad. Pero no ha dado señales de vida. Lorenzo ha revolucionado la ciudad con sus hombres buscándolo y nada -dijo ella sentándose con aire cansado.

-¿Y tú marido? ¿Ya ha regresado?

-No.

-¡Señor! ¡Esto es una locura! -exclamó Sandro revolviéndose el cabello.

-Temo lo peor -musitó Giancarlo.

-Pues no debes. Leonardo sabe cuidarse.

-Puede. Sin embargo, por poco lo matan en la plaza -le recordó su aprendiz.

-Respecto a eso, tal vez os sirva de ayuda que os diga que el caballero que lo atacó en la plaza era Enrico Castagno. Lo reconocí por los colores de su banderín.

-¿No es el maese mayor de la logia naviera? -intervino Giancarlo.

-El mismo. Ese dato es interesante. El cañón le sería de gran utilidad en sus barcos en caso de ataque -comentó Sandro.

-¿Bromeáis? Puede que sea ambicioso y que intentara asustarlo con el caballo. Pero de eso a ser un asesino -dijo Simonetta rompiendo a toser.

-Deberías cuidarte más, querida. No es bueno arriesgar la salud -le aconsejó Sandro.

-La vida es como una leyenda: No importa que sea larga; si no que esté bien narrada. Me siento satisfecha con la que he llevado.

-¿Por qué habláis así? Vos viviréis muchos años y nosotros disfrutaremos de vuestra compañía -dijo Giancarlo sin poder evitar que sus ojos brillaran al recordar su noche de pasión.

-Como dijo Séneca: Lo mismo es nuestra vida que una comedia. No se atiende a si es larga, sino a si se ha representado bien. Concluye donde quieras, con tal que pongas un buen final.

-Y yo digo que el que no valora la vida, no se la merece y tú deseas vivir. Así que, no debemos preocuparnos. Ahora, nuestras inquietudes están centradas en Leonardo. Debemos encontrarlo sano y salvo. Será mejor que nos pongamos a ello -dijo Sandro alzándose.

Simonetta lo detuvo.

-Es noche cerrada y no estás curado. Ni una protesta. Lorenzo ya está colaborando. Una buena cena, un baño y horas de sueño te mejorarán.

Sandro aceptó a regañadientes.

Tras la cena, Simonetta lo instaló en la habitación contigua a Giancarlo. Agotado, se desnudó y se sumergió en la tina humeante que los criados le habían preparado.

-¿Importuno? -dijo Giancarlo entrando en la habitación.

Sandroladeó el rostro y sus ojos negros se clavaron en el muchacho. Era incapaz de sentir insensibilidad hacia él. Las garras de su presencia le arañaban las entrañas atormentándolo.

-Aunque tengo tu desprecio, sabes que siempre serás bien recibido -dijo con tono abatido.

Giancarlo carraspeó con nerviosismo.

-Solo quería decir que... Que me siento contento de que estéis bien. No sabéis lo que he sufrido con vuestra ausencia, con la incertidumbre de no saber si estabais vivo.

-Ve que mi aprendiz está preocupado por la salud de su antiguo amante crápula -replicó Sandro con resentimiento.

-En una ocasión dije que jamás os dañaría. Y mantengo la promesa. Además, las cadenas que sujetan mis sentimientos no pueden romperse como si fueran de papel. Os encargasteis de que fueran indestructibles.

Sandro alzó una ceja.

-¿A qué viene ese cambio? ¿Quién ha obrado el milagro de suavizarte la inflexibilidad moral?

Giancarlo se apoyó en la puerta bajando la mirada.

-Hay una amiga común que me ha hecho comprender que el verdadero amor es aquel que a pesar de saber como es el ser amado le sigue queriendo.

-Pues, deberé agradecérselo a Simonetta. ¿No es así? -dijo Sandro con suspicacia.

-No es lo crees. Cuando no apareciste, me asusté mucho. No sabía a quién acudir y pensé en Simonetta. Ella me acogió y hablamos. Vio mi pesar y quiso demostrar que tu intención no era lastimarme -dijo Giancarlo removiéndose incómodo.

Sandro presumió como Simonetta lo había inducido a conocer lo delicioso que era sumergirse en la belleza. Y era evidente que su estimado amigo no pudo resistirse.

-Deduzco que del modo placentero que ella emplea. ¿Y te gustó? ¿Sentiste en algún momento que me traicionabas? ¡Oh! Olvidaba que ya no me considerabas parte de tu vida y que no debías guardar ningún sentimiento hacia mi humilde persona -dijo ásperamente.

-La piel necesita el calor del sol, pero no se puede rechazar el embrujo de la luna. Ahora entiendo, maestro y puedo perdonar -dijo Giancarlo acercándose a la tina.

Sandro sintió como el pecho le estallaba. Su estimado pupilo volvía a sus brazos. Pero no se lo pondría fácil. Aunque no lo creyera, lo había hecho sufrir cuando lo abandonó. Se levantó y cubriéndose con un paño, simuló indiferencia. Se sentó ante el tocador y dijo en tono brusco:

-¿Y qué significa exactamente eso?

Giancarlo se colocó tras él.

-Que la belleza es un don extraordinario; sin embargo, nada tiene que ver con el amor. Amar es una emoción distinta.

-Me gustaría saber cómo has llegado a tan reflexiva deducción -dijo Sandro echándose unas gotas de perfume en el cuello.

-No será necesario. Seguí tú consejo y leí El Banquete. Deduce por ti mismo -contestó Giancarlo sentándose al borde del tocador.

-Ya que has entendido, sabrás que no podré evitar caer en la tentación sumergirme en las redes de la belleza.

-Si me aceptas, te prometo que nunca te recriminaré nada. Salvo que traiciones el sentimiento noble del amor.

El rostro de Sandro se iluminó.

-Simonetta me ha devuelto a mí ángel.

-El corazón de tu ángel nunca te abandonó. Fue la ignorancia quién sumió en la oscuridad a mis sentimientos -dijo Giancarlo secando con una toalla el cabello de su maestro con suavidad.

-Y la luz de nuestra adorada Simonetta te arrancó de las tinieblas. ¿Puedo ver el dibujo? -dijo Sandro.

Giancarlo fue a su cuarto a buscarlo. Sandro se recogió el cabello y se miró en el espejo. Su aspecto era saludable a pesar de la herida.

-¿Sabes? Eres excepcional, aunque un tanto vanidoso -le dijo Giancarlo mostrando una sonrisa amplia. Se sentía inmensamente feliz. La vida volvía a ser generosa con él.

-Realista, querido amigo. No hay duda que soy un hombre atractivo. Aunque, tú me superas. Sobretudo ahora que ya está tu rostro curado. ¡Señor! Nunca conocí a alguien tan bello -rió Sandro.



Giancarlo le entregó el dibujo.

-¿Qué opinas? -le preguntó.

-Es realmente bueno -musitó Sandro asombrado por la perfección de las líneas, del trazo que había forjado la beldad de esa mujer.

-¿De veras, maestro? -inquirió Giancarlo estremecido ante su dictamen.

Sandro se recostó en el lecho y su alumno se sentó a su costado, colocándole la almohada con cuidado para que no rozara la herida.

-No miento. Te dije que tenías potencial. Aunque, teniendo a un modelo como ella, dibujar así es fácil. Veo que supo entregarte su esencia, su halo divino y mágico. Ahora, quiero que mi ángel me de el suyo en exclusiva, que nunca acuda a otros brazos -le pidió con voz queda acariciándole la mejilla.

Giancarlo lo miró disgustado.

-¿Dónde ha quedado tu visión liberal? ¿Acaso solo la aplicas a tus deseos?

-No te reprocho nada, estimado muchacho. Acepto, como tú has aceptado, que la belleza es un don que no puede desperdiciarse. Pero temo que, ahora que lo has descubierto, pierda tu devoción.

-Es imposible, pues eres el mejor alquimista y has fundido mi corazón con el tuyo, maestro.

Los ojos de Sandro brillaron gozosos al escuchar sus palabras.

-En estos momentos, solo puedo decir lo que dijo Poliziano: Yo te doy gracias, Amor. Al paraíso mi corazón han llevado los bellos ojos risueños, donde yo te vi, Amor, es estar escondido en tus llamas ardientes. ¡Oh, lindos ojos relucientes que el corazón me habéis quitado!

-Y lo guardaré siempre, querido maestro -susurró Giancarlo acercando el rostro al de Sandro.

A la mañana siguiente, Sandro, de nuevo eufórico ante la visión de un porvenir lleno de dicha, se acicaló canturreando alegre.

-Maestro, eres un genio con los pinceles. Pero un desastre como cantante -rió Giancarlo colocándose las botas.

-La felicidad disculpa cualquier torpeza -protestó Sandro.

-Aunque, no deberíamos sentirnos así con la ausencia de Leonardo -dijo Giancarlo sintiendo una punzada de remordimiento.

Sandro asintió.

-Cierto. Somos tremendamente egoístas. De todos modos, sé que está bien. Lo presiento. Mientras terminas, iré a ver a Simonetta.

Ella estaba aún tendida en la cama y el corazón le dio un vuelco al ver la extrema palidez de su rostro.

-Sandro, me alegro de tenerte de nuevo a mi lado. Pero sobretodo por Giancarlo. Han sido unos días muy duros para él. No vuelvas a hacerlo sufrir -le dijo Simonetta ofreciéndole una débil sonrisa.

-Ya sabes como soy. Pero esta vez lo intentaré con todas mis fuerzas. Giancarlo es lo que siempre he andado buscando. Me da paz y una felicidad desconocida hasta ahora -confesó él.

-Te comprendo. Es como un ángel.

Sandro se sentó junto a ella y le acarició el cabello con ternura.

-Un ángel, que si no estoy errado, has convertido en diablo. ¿Estuvo a la altura de tus expectativas?

-En todo. Lo hice por vosotros. No me gusta verte sufrir, mi gran y querido amigo.

-Las espinas de las rosas no pueden evitarse -dijo él con tono sombrío.

Simonetta rompió a toser y unas gotas de sangre empañaron el pañuelo. Sandro la asió de la nuca mirándola atemorizado al ver la sombra de la muerte en su hermoso rostro.

-No hables -le pidió.

-Tengo miedo. No quiero... morir -jadeó ella mirando a Sandro con ojos asustados.

-Y no lo harás. Descansa.

-Sé que son mis últimas horas. Percibo como... la oscuridad se acerca -musitó

-Seguramente será la fiebre. Mandaré buscar al doctor. Ahora descansa. ¿De acuerdo? -le pidió él con el corazón encogido.

Simonetta asintió y Sandro salió apresurado del cuarto. Dio instrucciones al mayordomo y regresó junto a ella.

Pocos minutos después, el médico y Giancarlo, entraron en la habitación.

Sandro y su aprendiz aguardaron expectantes el dictamen, presintiendo que el resultado sería trágico.

-No es nada, señora. Tomad este remedio y pronto os recuperaréis. Pero ante todo, reposad -dijo el médico acercándose a Sandro. Bajó la voz y dijo: Temo que le quedan pocos días de vida. Será mejor que avisen a su esposo. Lamento no poder hacer nada más. Llamadme en cuanto sea preciso -dijo dejándolos a solas.

Sandro se sentó junto a Simonetta y haciendo un gran esfuerzo, sonrió.

-El doctor me ha confesado que solo es un resfriado y agotamiento. Con el medicamento y reposo, en unos días, volverás a pasear por la ciudad ante la mirada embelesada de sus ciudadanos.

Ella negó con la cabeza.

-Sé que estoy muriendo, amigo. Y... Lo único que me pesa es que jamás podré ver tu cuadro. ¡Lo deseaba... tanto! Pero me queda el consuelo que... me harás inmortal. ¿Verdad?

Giancarlo se apoyó en la pared y rompió a llorar. Era incapaz de comprender por qué la muerte era tan cruel llevándose con ella a una muchacha que apenas comenzaba a vivir.

-Claro, Simonetta. Serás la mujer más venerada. Y te haré resurgir en cada primavera. Tu belleza será eterna -musitó Sandro con ojos húmedos.

Ella apenas pudo esbozar una sonrisa, cuando sus ojos se cerraron cayendo en el sopor. Sandro le besó la frente con ternura y limpiándose de un manotazo las lágrimas que caían por sus mejillas, se levantó.

-Informaré a los criados de lo que ocurre. Ellos se encargarán de notificarlo a Vespuccio.

Sandro hizo las disposiciones y regresó al cuarto de Simonetta. Giancarlo estaba sentado junto a ella asiéndola con fuerza de las manos.

-La vida es injusta. Me arrebató a la amiga que acaba de entregarme su afecto -musitó sintiendo una punzada de dolor en el corazón.

Sandro se acomodó junto a él.

-La injusticia nada tiene que ver. La Vida debe entregar a sus seres a la Muerte, para que ésta los guíe hacia su destino final. Algún día, nosotros también emprenderemos ese camino y espero que cuando crucemos la frontera, estemos complacidos con lo que dejamos atrás. Simonetta ha tenido una gran existencia. Nos ha dado amor y generosidad. Ese es nuestro consuelo y el recuerdo que de ella siempre guardaremos.

-Sí. Ha sido una gran dama. La mujer más sublime y generosa de Florencia. -  
susurró Giancarlo besándole la mano con devoción.

La puerta se abrió con estrépito.

-¡No puede ser! ¡Se trata de un error! ¡Ese médico es un incompetente! -exclamó  
Guiliano mirando la escena.

Sandro le lanzó una mirada de reproche.

-¿Podrías tener un poco más de miramiento? Simonetta necesita tranquilidad.

Guiliano se acercó a la cama. Su rostro se tornó lívido y su respiración agitada.  
Era evidente que el doctor no se había equivocado en el diagnóstico.

-Es cierto, se muere -musitó dejando escapar dos lágrimas.

Sandro asintió.

-¿Por qué ella? ¿Por qué? -se lamentó Guiliano.

-Hay muchas preguntas que no tienen respuesta. Pero hay una que sí obtendré.  
¿Puedes acompañarme? Vamos Giancarlo -dijo Sandro tomando del brazo a Guiliano.

Éste se dejó llevar sumido en el aturdimiento, en la incompreensión de que un  
ángel como Simonetta les abandonara.

Sandro cerró la puerta y se enfrentó al que hasta ahora había considerado su  
mejor amigo.

-¿No te interesa saber que me ha pasado en estos cinco días?

Guiliano lo miró desorientado.

-Ahora lo que me importa es ella.

-A todos nosotros. Sin embargo, hay una cuestión grave que quiero que me  
expliques. Ante todo, te diré que me encontraron a la orilla del Arno. Un lugar que  
apenas frecuento. ¿No te preguntas el motivo de por qué me hallaran allí?

-Con franqueza, no tengo la menor idea -respondió Guiliano mirando hacia la  
puerta.

-Seguía a alguien y me atacaron. Por fortuna, no consiguieron matarme. ¿Qué  
hacías con ese extranjero en la casucha cerca del río? -le espetó Sandro.

Guiliano no contestó. Sus ojos negros continuaban prendidos de esa puerta que le  
separaba de su gran amor.

-Será mejor que contestes y sin rodeos. Es asunto grave y te inculpa en una  
trama de conspiración contra tu hermano -le exigió Sandro.

Guiliano soltó un hondo suspiro.

-Te aseguro que no he tenido nada que ver en eso. Me entrevisté con ese tipo a  
causa de un descubrimiento. Simonetta me dijo que Enrico Castagno fue el que provocó  
el accidente durante la carrera. Me entrevisté con él y confesó. Por lo visto, Salvatore  
quería venderle un plano. Algo que revolucionaría el mercado naviero. Pero que no llegó

a un acuerdo, pues había más interesados. No obstante, me informó que, al contrario de lo que pensábamos, ese desconocido no había abandonado Florencia.

-¿Quiénes eran los otros compradores? -preguntó Sandro con gran interés.

-Lo ignoraba. Así que, decidí tender una trampa a ese extranjero y lo cité en la casa. Le aseguré que si me vendía el plano y delataba a los asesinos, le pagaría el doble y que mi hermano le daría su protección.

-¿Y cómo reaccionó?

-Juro que no tenía el plano. Pero logré convencerlo de que me diera algún nombre. ¿Y a qué no sabes que dijo? Que al único que conocía era a Marco Vespuccio.

-Es una confesión lógica. Nosotros ya sabíamos que estaba inmiscuido y que el famoso plano está perdido.

-¿De veras? ¿Y cómo lo sabes?

Sandro contestó con una evasiva.

-Leonardo lo averiguó. Pero no dio detalles.

-Por lo que se deduce que lo ocultó muy bien y que sigue en su escondite - comentó Guiliano.

-Así es.

-Pues, habrá que encontrarlo.

Sandro tomó aire.

-Dudo que lo localicemos. Ya se registró la habitación de Salvatore. No apareció. E imagino que alguien dio con él y ahora dará el paso para venderlo o para aprovecharlo el mismo. Temo que este asunto no será resuelto. Aunque, no cejaremos en hallar al criminal.

-Y de encontrar a Leonardo. ¿Crees en verdad que le ha pasado algo irreparable?

-El corazón me dice que no. Aunque...

Dejó de hablar al ver a Vespuccio.

-¿Cómo ésta? -preguntó éste con ansia.

Guiliano le abrió la puerta.

Vespuccio ahogó un gemido al ver a su esposa. Temblando, se acercó a la cama y le acarició el rostro.

-Querida, despertad. Ya estoy a vuestro lado.

Simonetta abrió los ojos. Su mirada recorrió la habitación.

-Todos... a los que amo están aquí. Tendré una buena despedida. ¿Y Leonardo? - musitó.

-Ya está avisado -mintió Sandro.

Ella sonrió con cansancio.

-Entonces, aguardaré para irme -dijo cerrando de nuevo los ojos.

Sandro se volvió hacia Vespuccio.

-Tú esposa espera a un hombre que puede que esté en un gran peligro y temo que es por tu causa.

Vespuccio parpadeó desconcertado.

-No disimuléis. Sé que estáis confabulado en el crimen de Salvatore. Vos mismo me lo dijisteis aquella noche que me asaltasteis cuando me encaminaba a la escuela. Y no lo neguéis. Os reconocí por el perfume que usa esa condesa -le dijo Giancarlo con acritud.

-Caballeros, este asunto deberemos resolverlo en otra sala -sugirió Guiliano.

Abandonaron el cuarto y una criada se hizo cargo de la enferma, mientras ellos se acomodaban en un pequeño salón.

-Esperamos tus explicaciones, Marco -dijo Guiliano llenando unas copas de vino.

Vespuccio se dejó caer en una silla.

-No es lo que imagináis. Me enteré de los planes de ese chico e intenté que nadie se llevara ese preciado plano, pues quería entregarlo a Lorenzo. Me infiltré con la gente que iba tras él y al ver que sus métodos eran expeditivos, quise advertiros de que abandonarais la investigación.

-¿Qué pretendían hacer con ese cañón? -preguntó Sandro.

-¿Cañón? No sé nada de eso. Lo que vendía Salvatore era un mapa. Un mapa muy especial.

Guiliano miró a Sandro.

-¿Matan por un simple mapa? ¡Es absurdo!

-No miento, caballeros. Lo que ocurre, es que no puedo demostrar el valor que posee, puesto que nadie lo ha encontrado.

-¿Quiénes eran los compradores?

-Girolamo, el sobrino del papa y Enrico Castagiano.

-¡Sabía que los Pizzi estaban metidos en esto! Pero no se saldrán con la suya. Lorenzo les dará su merecido -exclamó Guiliano.

-¿Y qué hay de Leonardo? ¿Estás inmiscuido en su desaparición? -le preguntó Sandro.

-En absoluto. Aunque, sé dónde se encuentra. En la pensión Drago Maggiore.

-¡Maldita sea! ¿Qué hace en ese vertedero? -exclamó Guiliano.

-Cuando salió libre del juicio, vio a Jacopo que partía de la ciudad junto a otro hombre. Lo sé por Michelangelo Colonna. Ya sabéis que le gusta frecuentar esos lugares. Encontró a Leonardo sumido en la pena, emborrachándose. Y pensé que era un buen lugar para que nadie lo encontrara. Mis hombres vigilan constantemente el local. No temáis. Leonardo está vivo.

Sandro se levantó airado.

-¡Y seguro que hecho una piltrafa! ¡Maldita sea, Marco! ¿Acaso no sabes que en esa pocilga la vida vale menos que un vaso de vino? Hay que sacarlo de allí ahora mismo. Vamos, Giancarlo.

-¿Sabes dónde está esa pensión? -le preguntó Guiliano con ironía.

-Amigo mío, conozco esta ciudad mucho mejor que tú -replicó Sandro abriendo la puerta.

Giancarlo jamás había visto un lugar más repugnante. El local apestaba y sus clientes, todos ellos borrachos, se regocijaban sin el menor pudor con prostitutas avejentadas y de pieles marchitas; despojos que en cualquier otro lugar serían rechazadas como si fueran leprosas.

-¿Cómo puede el maestro estar aquí? -musitó conteniendo una arcada de puro asco.

-Los hombres, en alguna ocasión, pierden el juicio -dijo Sandro apartando con brusquedad a una mujer que se había colgado de su hombro.

-¿Qué pasa? ¿No te gusto? -gruñó ella.

Sandro se limitó a mirarla con repugnancia.

-¡Sodomita! -gritó la prostituta escupiendo a sus pies.

Alguno de los presentes estalló en carcajadas.

-¿A ti tampoco te apetezco, muchachito? -insistió la mujer mirando a Giancarlo con ojos lascivos. Estaba cansada de soportar a viejos repulsivos y muy pocas veces se veía por aquel antro a un hombre tan hermoso.

-No -musitó él.

-¡Mierda de maricas! -exclamó dándoles la espalda.

Sandro, ignorándola, se encaminó hacia el mostrador y soltó unas monedas, que el posadero aferró con presteza.

-¿Qué desean tan distinguidos clientes? Por lo que he observado se decantan por algún joven de carnes prietas. Os aseguro que mis chicos son hermosos y solícitos. Los mejores de Florencia. En esta casa estamos para complacer al cliente, en todos sus caprichos y por un precio razonable. No me gusta abusar. Soy un posadero honrado, no como otros que dan gato por liebre. Preguntad a cualquiera y os lo ratificará -dijo en apenas un susurro.

-Me alegro de ello. Aunque hemos acudido por otra cuestión. ¿En qué habitación se hospeda el caballero que llegó hace cinco días? -dijo Sandro.

El hombre adquirió un aire de dignidad.

-No suelo fijarme en los clientes. Además, rechazo ese tipo de información. Esta casa se destaca por su formalidad y discreción.

Sandro soltó una risa profunda, al tiempo que dejaba caer otra moneda.

-Claro que, supongo que se trata de algún asunto importante. ¿No es así? El hombre que buscáis esta en la habitación siete.

-Gracias. Habéis sido muy amable.



Giancarlo siguió a su maestro. Subieron la escalera. El corredor era oscuro. Las paredes rezumaban humedad y las puertas, como viejas comadres, chismorreaban sobre lo que tras ellas ocurría.

-Es aquí -dijo Sandro abriendo la puerta.

La pestilencia les revolvió el estómago. Pero lo peor fue la visión que ofrecía Leonardo. Estaba tendido sobre el catre, en completa desnudez, custodiado por dos jóvenes. Su rostro, cubierto por una barba incipiente, estaba pálido y sus ojos bordeados por grandes ojeras.

Sandro se encaminó hacia la cama. Con rudeza apartó a uno de los muchachos, que despertó del sopor mirándolo con desconcierto.

-¿Qué... pasa? ¿No ves que estoy con un cliente? Aguarda a que termine -masculló con voz pastosa.

-¡Ya has acabado! ¡Largo! ¡Y tú también! -gritó Sandro zarandeando al otro.

-Quiero mi dinero. Él aún no me ha pagado -exigió el chico restregándose los ojos. Sandro le tiró unas monedas.

-¡Vamos, no quiero veros ni un segundo más! ¡Afuera!

Los muchachos, a pesar del atontamiento, pudieron percibir el gesto airado de ese tipo y recogiendo la ropa esparcida por el suelo, saliendo del cuarto como alma que lleva el diablo.

Giancarlo cogió la copa que había sobre la mesita y la olió.

-Este vino es asqueroso.

Sandro la olfateó.

-Nepenthes Pharamakon. Opio. Un remedio, que mezclado con vino te inhibe de los males de melancolía. Aunque, contraproducente. Leonardo ha perdido la noción de la realidad. Ayúdame.

Lo obligaron a darse la vuelta y Sandro, sin contemplaciones, le echó el contenido de un cántaro sobre la cara.

Leonardo se sacudió sobresaltado.

-Es hora de irse.

Leonardo los miró con ojos vidriosos. Gruñó y volvió a darse la vuelta.

-Nada de eso. ¡Arriba! -le exigió Sandro.

-Dejadme en paz -masculló Leonardo.

-Maestro, os necesitamos. La indagación ha avanzado y...

-¡Me importa un comino todo! Lo único que deseo es permanecer aquí. ¿Y los chicos? ¡Traedlos de nuevo! -gritó Leonardo mirándolos con irritación.

-Lo que harás, es vestirte y largarte de este antro. El descenso a los infiernos ha terminado.

-Tú no eres nadie para darme consejos. ¡Hago lo que me place! -masculló Leonardo alargando la mano para coger la copa. Sandro se la retiró.

-¡Dámela!

-¿De verdad quieres destruirte por Jacopo? ¡Por el amor de Dios, Leonardo! Siempre has sido sensato y racional.

-¿Y de qué me ha servido? -musitó Leonardo.

-Os ha valido para ser un genio. Un artista que debe continuar con su obra y no hundirse por un pequeño contratiempo. El mundo espera que continuéis regalándole vuestro talento -dijo Giancarlo tendiéndole los calzones.

Leonardo esbozó una leve sonrisa.

-Sabes como adular, muchacho. Pero el artista ha muerto. Ya no deseo crear, solo dormir y perderme en ensueños que no lastiman.

-Habla con la verdad. Y no consentiré que te derrumbes. Vamos, amigo. Vístete. Simonetta se muere y quiere verte -le notificó Sandro.

Leonardo parpadeó durante unos segundos, mientras su rostro mostraba incredulidad.

-Es cierto, maestro. Nos deja y quiere despedirse de vos -dijo Giancarlo.

El rostro de Leonardo se contrajo en un rictus de aflicción.

-¿Qué cruel enfermedad se la lleva? -preguntó aún aturdido.

-Tuberculosis. No hay remedio -dijo Sandro.

-El único consuelo es que ella encontrará la paz -musitó Leonardo.

-¡Por Cristo! ¿Dónde ha quedado tu raciocinio? Te estás comportando como un necio por culpa de un indeseable. Reacciona de una maldita vez. No eres ningún idiota y sabes que ese chico solo quería tu dinero.

-Cierto, soy inteligente, pero en estos momentos, mí corazón es el amo y señor que decide. Solo puedo obedecer -replicó Leonardo con voz pastosa.

-Y yo digo que es hora de alzarse ante la tiranía.

-¿Cómo lo hiciste tú? -inquirió Leonardo con ironía mirando a Giancarlo.

-Cuando la adversidad nos hunde en el pozo, es nuestra actitud la que construye la escalera que nos retornará a la luz. Ya ves, soy más débil y lo conseguí.

-La roca parece indestructible, pero el viento la desmenuza. Y me siento cansado de luchar contra el vendaval. Tengo el alma rota en mil pedazos -replicó Leonardo llenándose la copa.

Giancarlo se la arrebató con energía.

-No necesitáis drogas. Superaréis esta situación tan dolorosa del modo que siempre lo habéis hecho: Con reflexión.

-Y el mejor modo, en este caso, es el trabajo.

-¿De veras crees que en esta situación puedo reiniciar las tareas? Mírame, estoy desgarrado. Lo único que anhelo es recuperar a Jacopo y los momentos dichosos que me proporcionó.

-No hay mayor dolor que recordar los tiempos felices desde la miseria -dijo Sandro.

-Es más fácil recomponer el abandono del ser amado si es a causa de la muerte. Yo no he sido tan afortunado como tú. Jacopo se ha ido con otro. ¡Me ha despreciado! ¡A mí, que le entregué el alma! -se exasperó Leonardo golpeando con los puños la cama.

-Razón de más para que le desprecies. Vamos, el mundo continúa y te está aguardando.

-¿Y quién sabe? Tal vez la mayor dicha os espera al girar la esquina -dijo Giancarlo sonriéndole con afecto.

-Adoro la inocencia de la juventud -suspiró Leonardo.

-¡Arriba! Te pondré al corriente de todo lo que ha pasado. Hay novedades muy excitantes -dijo Sandro tirándole los calzones.

-¿De veras? -inquirió Leonardo mostrando interés.

-Habla en casa de Simonetta.

Leonardo sacudió la cabeza y se levantó. Tambaleándose, tomó los calzones y con dificultad se vistió. Al pasar ante el espejo, su aspecto le impresionó.

-En efecto, estás asqueroso, amigo. Deberías acicalarte -dijo Sandro.

Leonardo avanzó hacia la puerta.

-No hay tiempo. Simonetta nos aguarda.

Cuando vieron a Simonetta, sus corazones cayeron en una profunda pena. La marca de la muerte ya estaba grabada en su hermoso rostro.

-Ha llegado la hora de partir. Se cierra el telón de esta comedia -musitó Simonetta.

Su esposo se arrodilló junto a ella y le besó las manos.

-Habéis sido la mejor esposa. Nunca podré agradeceros lo feliz que... me habéis hecho -dijo con voz entrecortada.

-A todos -dijo Sandro con ojos húmedos.

Simonetta intentó sonreír.

-Entonces... puedo partir satisfecha.

Y diciendo esto, expiró.

-Es injusto este desenlace -musitó Giancarlo sin poder contener el llanto.

-Ni aún permaneciendo sentado junto al fuego de su hogar puede el hombre escapar a la sentencia de su destino -dijo Leonardo con voz temblorosa.

Vespuccio se alzó. Tomó aire y miró a sus amigos.

-Tengo que preparar los funerales.

-Déjalo en mis manos. Juro que Florencia le rendirá el mejor homenaje -dijo Guiliano con el rostro contraído por el dolor.

Y así fue.

Lorenzo Medici organizó un funeral digno de una reina. Florencia llenó sus calles de gente que lloraba conmovida por la muerte de su adorada Simonetta. La inspiración de poetas, pintores y corazones soñadores los había abandonado y se sentían huérfanos de belleza.

Pero la vida, tras la desaparición de la mujer más admirada, continuó y con ella el misterio que rodeaba el asesinato de Salvatore.

Leonardo abrió la puerta del taller.

-Sé que la pena nos embarga, pero es hora de reanudar el trabajo -dijo subiendo la escalera.

Sandro y Giancarlo lo siguieron con la aflicción reflejada en sus rostros. Leonardo abrió la puerta del cuarto y se sentó ante la mesa, mientras los otros dos se acomodaban sobre la cama.

-Bien, amigos. Hay que analizar los hechos con precisión científica. ¿Qué tenemos? A un muchacho envenenado y apuñalado. ¿Por qué razón? Ahí estriba el misterio. Tenemos varias posibilidades, que son los celos, la venganza o la venta de ese mapa. ¿Por cuál os inclináis vosotros?

Sandro levantó los hombros con desidia. En aquellos momentos tenía la mente perdida en el pasado, en los días de gozo junto a Simonetta y era incapaz de pensar en nada que no fuese ella. ¿Quién sería ahora su Musa? ¿Qué divinidad ocuparía el vacío que había dejado?

-Chicos, sé que estáis desolados. Sin embargo, el asunto es urgente. No olvidéis que nos va la vida en ello sino conseguimos averiguar que pasó y quién es el culpable. ¿De acuerdo? Así que, haced un esfuerzo y concentraros, por favor -les pidió Leonardo.

-Yo me inclino por el mapa -dijo Giancarlo.

-¿Y qué hay del robo que sufrimos?

-Supongo que como Salvatore vivía en ocasiones en el taller, buscaron aquí el mapa al no encontrarlo en la pensión y para no entretenerse, se llevaron vuestros papeles.

-Es razonable. ¿Y qué deduces del emponzoñamiento?

-Sin duda, ocurrió en la taberna; puesto que ya estaba aquejado cuando Sandro y él abandonaron la cena.

-Una lógica aplastante, muchacho. Te felicito. Aunque, eso nos lleva a que ninguno de los asistentes iba tras ese mapa. Vespuccio ha confesado que actuaba como espía de Lorenzo y los demás, ignoraban que asistiría a la inauguración.

-Volvemos a estar en punto muerto -se desalentó Giancarlo.

-Nada de eso. Lo que deducimos es que debemos dirigir nuestra investigación al asesinato callejero que sufrió la víctima. Es decir, la venta que pretendía realizar Salvatore. ¿Y quién estaba interesado por el mapa?

-El sobrino del Papa, Enrico Castagno y Benci.

-Y probablemente, Payns -añadió Leonardo.

-¿El templario? Lo dudo. Ese hombre pareció muy afectado cuando conoció la noticia del crimen.

-Puede que se le adelantaran. Es sabido que los Templarios solían usar actos expeditivos contra la traición. Quizás el tipo que asesinaron en la pensión fuera uno de sus sicarios -sugirió Leonardo.

-¿Y qué debe indicar ese mapa para que se cometan tantos asesinatos? -musitó Giancarlo con el ceño fruncido.

-¿Un tesoro? -sugirió Sandro saliendo de su letargo.

Leonardo golpeó la mesa.

-¡Por supuesto! ¡Qué estúpido he sido! El criminal de la pensión habló de La Rochelle. Lo Templarios poseían una flota propia cerca de ese puerto, que protegían con cuarenta encomiendas en un radio de ciento cincuenta kilómetros. Y hay un mito, nunca verificado, que desde allí salían barcos templarios hacia una tierra llena de riquezas. La

plata que obtenían la guardaban en Sours y sirvió para préstamos a reyes y ejércitos que luchaban contra los infieles.

-¿Y qué ha sido de toda esa fortuna? -quiso saber Giancarlo.

-Felipe IV “el Hermoso” temió tanto su poder, que urdió un complot contra la orden acusándolos de herejía. Logró destruir la orden, pero él y sus acólitos murieron en extrañas circunstancias poco tiempo después. Dicen que a causa de la maldición que les echó desde la hoguera.

-Cuentos de niños -masculló Sandro.

-Tal vez, pero lo cierto es que todos perecieron y que nunca fue encontrado el tesoro de los Templarios.

-Y es posible que ese mapa sea la ruta hacia esa inmensa riqueza -apuntó Giancarlo con ojos brillantes.

-Nunca lo sabremos si no hallamos el maldito plano y por lo que se ve, ninguno de los interesados lo ha obtenido. Salvatore debió ocultarlo a conciencia o destruirlo -dijo Sandro sirviéndose una copa de vino.

-¿Destruirlo? No, Sandro. El chico pretendía hacerse rico -descartó Leonardo.

-La verdad, encuentro absurda su actitud. ¿No era más fácil para él ir al lugar y no compartir esa fortuna? -dijo Giancarlo.

-No lo sería si Salvatore necesitaba barcos. Lo que nos lleva a una conclusión: Que ese tesoro está fuera del continente. Tal vez en alguna isla.

Giancarlo dirigió la mirada hacia el cuadro de Salvatore, que colgaba de nuevo en la pared.

-¿Cómo esa? -dijo apuntando con el dedo.

Sandro y Leonardo miraron el lienzo.

-¡Por Judas! ¡Lo hemos tenido siempre ante nuestros ojos! -gritó Leonardo excitado levantándose con celeridad. Lo descolgó y lo posó sobre la mesa.

Sandro y Giancarlo abandonaron la cama.

-No indica nada. Ni una pista. Es un simple cuadro y no muy bueno -dijo Sandro.

-Amigo, hay que mirar con ojos de investigador. Salvatore nos dejó símbolos. Lo que debemos hacer es descifrarlos. Tenemos a Mercurio, el dios mensajero, el del comercio. ¿Qué nos está diciendo? Que se encamina hacia una tierra fecunda, pues a los pies de Artemisa, la diosa de la caza, crece un melón; y al mismo tiempo, que se trata de un lugar virginal. Los cántaros de agua nos indican que es un paraíso y la luna en medio de la luz, la plata refulgente. ¿Y qué hace Jano? Espera a Mercurio para entregarle las llaves de esas tierras. Está claro, Salvatore pintó el significado de ese mapa por el que fue asesinado.

-¡Fantástico! ¿Y no ves el nombre de ese edén? -dijo Sandro con sarcasmo.

Leonardo le lanzó una mirada furibunda.

-La cuestión es que, ahora sabemos que contiene ese plano -dijo Giancarlo.

-¿Y dé qué nos sirve? -se quejó Sandro preparando unas copas de vino, sirviéndoselas a sus amigos

Leonardo suspiró con fuerza.

-Por el momento, de nada. Pero ya es un avance. ¿No? Nos ha dado a entender, que es lo suficientemente valioso para matar por él. Y si los asesinos han creído hasta ahora que podíamos tenerlo en nuestro poder o conocer de su existencia, no cejarán en quitarnos de en medio.

-Si delatamos a Lorenzo a los máximos sospechosos, nos libraremos. Él hará impartir justicia -dijo Giancarlo saboreando la copa.

-¿Con qué pruebas? Es nuestra palabra contra la suya. Esos tipos son demasiado poderosos. Están a salvo. Además, es incuestionable que se les acuse de asesinato, pues Salvatore fue matado antes por el veneno que por su cuchillo.

-¿Qué hacemos entonces? ¿Resignarnos a ser atacados en cualquier momento? -se lamentó Sandro.

-Por supuesto que no. Lorenzo hablará con ellos. Tenemos la descripción del tipo que os atacó. Lorenzo lo buscara y esos desalmados, ante su confesión, se verán obligados a olvidarse de este asunto. Son ambiciosos, pero no estúpidos. No se arriesgarán a perderlo todo.

-¿Y el crimen quedará sin castigo? ¡Salvatore merece justicia! -exclamó Sandro.

-Por desgracia, así es. Pero encontraremos al que le suministró el veneno y ese pagará. Lo juro -sentenció Leonardo.

-¿Pensáis cejar en lo del mapa? ¿No os intriga, maestro? -dijo Giancarlo.

Leonardo levantó una ceja al tiempo que sonreía.

-¿Acaso imaginas que una mente como la mía se resignará? Continuaremos en la clandestinidad.

-¿Qué haremos si lo encontramos? -quiso saber Sandro apurando el vaso.

-Supongo que entregárselo a los Medici. Ellos sabrán que hacer.

Giancarlo, por unos segundos, no estuvo de acuerdo. Estaban perdiendo la oportunidad de ser inmensamente ricos. Aunque, pensó, que sería menos arriesgada la proposición de Leonardo. Lorenzo les recompensaría con generosidad, estaba convencido.

-Es una quimera. Si esos sicarios no han dado con él, nosotros menos -dijo Sandro con desaliento.

Giancarlo miró el cuadro con atención.

-Maestros. ¿Y si Salvatore lo había escondido en él? ¿Por qué no lo comprobamos?

-¡Buena idea, chico! -exclamó Leonardo dando la vuelta al cuadro. Cogió un cuchillo y rajó la parte trasera. El interior estaba vacío.

-Nada -musitó Giancarlo desencantado.

-No hay que desesperar, amigos. Estoy convencido que saldremos victoriosos -aseguró Leonardo.

-¿De veras? Seguimos como al principio. No tenemos la menor idea de quién son los asesinos de Salvatore -dijo Sandro.

-¿Cómo que no? Está claro. Han sido Enrico y Girolamo.

-No es lógico. Si deseaban el mapa, necesitaban con vida a Salvatore. El motivo fue otro -dijo Giancarlo.

-Aunque hemos investigado a todos los sospechosos y los hemos descartado, sin duda, hay algún detalle que se nos escapa -musitó Leonardo.

-Del envenenamiento, no del homicidio callejero -puntualizó Sandro.

-¿Y si nos centramos en los asesinados? Puede que ahí esté la clave -sugirió Giancarlo.

Leonardo asintió con el ceño fruncido.

-Veamos. Tenemos al posadero, cuya relación con Salvatore era el mapa, lo mismo que ese desgraciado que mataron en la pensión y el sicario que empuñó el cuchillo que le seccionó la garganta y por último, nosotros; que por fortuna no lograron su cometido.

-No teníamos ni idea de la existencia de ese plano. Es un disparate -descartó Sandro.

-Pero Salvatore nos frecuentaba. Podíamos estar al corriente de sus planes.

-¿Y qué me decís de la mujer de la limpieza? Sugeristeis que su muerte era extraña -apuntó Giancarlo.

-En efecto. Era absurdo que alguien intentara robarla. ¡Era una miserable y una fisgona! La descubrí curioseando tus papeles, Leonardo. Además, no dejaba de parlotear. Por supuesto, me enojé y le pedí que se marchara. -dijo Sandro.

-¿De qué conversasteis? -se interesó Leonardo.

Sandro levantó los hombros con gesto indiferente.

-De su sórdida vida. ¿Sabías que estaba embarazada? ¡Y furibunda por su nueva preñez! Y también un poco loca. Sugirió, que su hija estaba siendo cortejada por uno de los alumnos. ¡Por Dios! Si es tan fea como ella, es totalmente absurdo.

Leonardo negó con la cabeza.

-La muchacha es preciosa. Tal vez no erraba y uno de los chicos la acosaba.



-¿Y ese es motivo para matar a la madre? -inquirió Giancarlo con escepticismo.

-Por supuesto que no. Sin embargo, si era tan curiosa como dice Sandro, pudo ver el mapa entre las cosas de Salvatore. Razón suficiente para eliminarla.

Sandro lanzó un sonoro suspiro.

-Eso, nunca lo sabremos.

-Puede, pero lo intentaremos. Mañana hablaremos con su hija. Ahora, iré a ver a Lorenzo y le pondré al corriente de todo. Vosotros deberíais pasar por la taberna. La tenemos muy abandonada y Pietro no es de fiar. Seguro que ha espantado a la clientela con su mal carácter.

Giancarlo no pudo evitar sonreír al pensar que no era precisamente el cocinero quién alejaba a los comensales.

-Como quieras -dijo Sandro con apatía.

Salieron del taller. Leonardo se encaminó hacia el palacio de los Medici y sus compañeros hacia el restaurante.

Como era de esperar, el local estaba vacío.

-¡Por fin hacéis acto de presencia! ¡Estoy harto de cocinar para nada! Si no os importa, me marcho -exclamó Pietro desprendiéndose del delantal.

-Supongo que no podremos impedirlo -gruñó Sandro.

-En efecto y os comunico que me despido. ¡Qué os vaya bien! -dijo el cocinero cerrando la puerta con brusquedad.

Sandro se dejó caer en una silla con aire abatido.

-Leonardo tendrá que pensar seriamente en cerrar. No somos negociantes, sino artistas.

Giancarlo entró en la cocina. Llenó unos platos y se sentó frente a él.

-Deberíamos comer. No lo hemos hecho desde el funeral.

-Un día terrible el de hoy -susurró Sandro.

-Sin duda. Pero tras la tormenta, todo vuelve a la calma. Y Simonetta no querría vernos decaídos. Ella irradiaba alegría y esperanza. Jamás tuvo, ni en el peor momento de su enfermedad desánimo. Lo que ella desearía ahora es que el gran genio mantuviera la mente enfrascada en el cuadro que le prometió y no en lamentaciones que no tienen solución.

Sandro sonrió con dulzura.

-No me equivoqué al decir que eras mi ángel. Como siempre, tienes razón.

-Olvida las lisonjas y come. No podemos perder tiempo. Cerraremos la taberna e iniciaremos el cuadro que inmortalizará a nuestra adorada Simonetta.

Lorenzo, ataviado con sus mejores galas y custodiado por su diez guardaespaldas, hizo acto de presencia en el salón principal. Se acomodó en la butaca presidencial y miró a los presentes con ojos inquisitivos. Parecían nerviosos.

-Bienvenidos, señores. Supongo que sentiréis curiosidad por esta reunión tan precipitada.

-Cierto. Me habéis obligado a desatender un negocio muy importante -dijo Girolamo Riario con aspereza.

-Lo mismo digo -dijo Enrico Castagiano.

-¿A vos también os he importunado, señor Colombo? -quiso saber Lorenzo ordenando al criado que llenara unas copas de vino.

-En absoluto. Esta mañana no tenía nada especial que hacer -respondió él con una sonrisa.

Lorenzo alzó una ceja.

-¿De veras? Tengo entendido que habéis acudido a Florencia para negociar. ¿Por cierto? ¿En qué tratáis?

-Lamento decepcionaros, señor. Soy marino y mi estancia en la ciudad ha sido por motivos personales. Vine a ver a un viejo amigo -respondió Colombo dando un sorbo a la copa.

-¡Vaya! Veo que mis informadores han errado. ¿Y os ha gustado la ciudad?

-Es espléndida, señor. Pero, sobretodo he quedado admirado de vuestros artistas. Han hecho obras maravillosas. Sois un buen gobernante.

-Ciertamente. ¿No opináis lo mismo, Girolamo?

Enrico Castagiano soltó un gruñido.

-¿Nos habéis traído aquí para opinar sobre las excelencias de la ciudad? Tengo cosas que hacer, Lorenzo.

Él apartó de su rostro el gesto amable y los miró con severidad.

-Todos tenemos asuntos primordiales, Enrico. Y ahora, el mío es actuar, no como amigo, sino, como un dirigente. Últimamente han ocurrido hechos inaceptables. Muertes, conspiraciones y no estoy dispuesto a permitir que continúen. ¿Comprendéis?

-¿Qué estáis insinuando? ¿Qué somos los culpables? ¡Es ignominioso lo que sugerís! ¿Olvidáis que estáis hablando con el sobrino del Papa, señor? Me marcho ahora mismo -protestó Girolamo dejando la copa sobre la mesa con brusquedad.

-Señor, temo que nada tengo que ver en este asunto -dijo Colombo avanzando hacia la puerta.

-¡Deteneos o juro que no saldréis vivo de esta sala! -exclamó Lorenzo alzándose, al tiempo que dos de sus guardaespaldas se colocaban ante la puerta.

-¡Esto es ofensivo! ¡Somos ciudadanos respetables! -gritó Enrico.

-¿Respetables? Tengo otra información y os aseguro que no es nada agradable. A vos, Girolamo, os han visto en una hospedería, junto a un matón, que seccionó el cuello de un desgraciado. ¿Os parece ahora una buena razón para que os retenga?

El rostro de Girolamo se contrajo en un rictus de temor.

-Es un falso testimonio. Sin duda -dijo intentando que la voz no le temblara.

-El testigo es fiable. No dudo de él.

-En ese caso, quiero encararme con ese tipo y os prometo, que cambiará su alegato -exigió Girolamo.

Lorenzo soltó una risa socarrona.

-¿Me creéis estúpido?

-Señor, insisto que habéis cometido un error al invitarme a esta reunión. No sé nada de crímenes ni conspiraciones -dijo Colombo.

-¿De veras? ¿Y qué me decís de Salvatore? ¿Acaso no manteníais negociaciones con ese chico? Todos vosotros lo hacíais. El muchacho pretendía vender un mapa, al parecer, lo suficientemente importante como para provocar un cierto número de asesinatos. Y, no lo neguéis una vez más. Sé que así fue.

-¿Y qué pruebas tenéis, señor? ¿La palabra de un hombre? No es suficiente para una acusación y lo sabéis -dijo Enrico con mordacidad.

Lorenzo clavó sus ojos negros en los de Enrico con firmeza.

-La de uno no, pero bastará con la de otro. Pronto será traído a palacio y confesará, ante dos de las víctimas que intentó eliminar, y que por fortuna, no lo consiguió. Reconocerán su fisonomía peculiar y entonces, me veré en la obligación de acusaros, señores.

Los rostros de los tres hombres se tornaron lívidos.

-Claro que, si a partir de este instante cesan las conspiraciones contra mis amigos y vuestras desmedidas ansias de riqueza, me olvidaré del asunto. Pero si no, os llevaré a juicio y ningún poder os podrá salvar -dijo Lorenzo mirándolos con frialdad.

-Lorenzo, os aseguro que no somos causantes de problemas. Si así lo deseáis, no se hable más. ¿No estás de acuerdo, Girolamo? -dijo Enrico.

Éste carraspeó asintiendo de mala gana al ver el rostro satisfecho de Lorenzo.

-En ese caso, el asunto queda zanjado. Aunque. Me gustaría conocer el contenido de ese precioso mapa -dijo éste.

-Lo ignoramos -contestó Enrico.

Lorenzo esbozó una sonrisa escéptica.

-Es cierto, señor. Lo único que sabemos es que indica un rumbo diferente para llegar a las Indias -dijo Girolamo.

-¿Diferente? ¡Es absurdo! Todos saben que solo hay un camino. Temo que ese chico os engañó, señores -intervino Colombo.

-¿Y qué sabréis vos? -masculló Enrico.

-Soy marino. Algo de experiencia tengo -replicó Colombo con sarcasmo.

-De todos modos, es inútil especular. Lo único cierto es que la muerte de Salvatore no fue por nuestra causa -dijo Girolamo.

-¿Ah, no? -inquirió Lorenzo con sarcasmo.

-¡Por supuesto, señor! ¿Quién tala el árbol que le da frutos? Salvatore tenía que vendernos el mapa y con su desaparición, también se evaporaron nuestros planes -dijo Enrico.

-El cabrón que se deshizo de él nos perjudicó -dijo Girolamo con voz irritada.

-¿Os referís a vos o a Florencia? -inquirió Lorenzo.

-A todos. Con ese mapa nos habiéramos convertido en la nación más poderosa.

-Por desgracia, no será así. Se ha perdido.

-Tal vez no. Si dejarais que indagáramos...

-¡Ya habéis cometido demasiadas atrocidades! Os ordeno que lo olvidéis o conoceréis mi ira -exclamó Lorenzo con el rostro crispado.

-Si así lo deseáis -musitó Enrico.

-Sí. Son mis deseos y vigilaré cada uno de vuestros movimientos. Así que, tened cuidado, señores. La traición que se me hace, se paga con la muerte -dijo Lorenzo ordenando a los guardaespaldas que abrieran la puerta.-Podéis iros. Pero, recordad mi advertencia. Y a vos, señor Colombo, os aconsejo que abandonéis la ciudad. Como habéis podido comprobar, incluso yo, no puedo evitar el peligro que hay en sus calles. Y presiento que vuestra vida no está segura.

-Os agradezco vuestro desvelo, señor. Y creo que os haré caso -dijo Colombo encaminándose con prontitud hacia la puerta, siendo imitado por los otros.

Una vez se hubieron marchado, Leonardo, que había permanecido oculto tras una de las puertas del salón, entró.

-Leonardo, ya puedes estar tranquilo. Eso tipos no os molestarán -dijo Lorenzo.

-Es un alivio, señor.

-¿Piensas que han dicho la verdad?

-Es evidente que no mataron al chico. No les convenía su muerte. Nuestras investigaciones han ido desencaminadas. Nos equivocamos.

-Todas las pruebas apuntaban hacia ellos. Intentaron mataros -lo disculpó Lorenzo.

Leonardo inspiró con fuerza.

-Tendremos que comenzar desde el principio.

-¿Por qué no olvidáis este enojoso suceso? Al fin y al cabo, ese chico no era especial -le sugirió Lorenzo.

-Ciertamente no lo era. Pero a pesar de ello, no descansaré hasta conocer la verdad. La curiosidad es un afrodisíaco muy poderoso. Y aunque tarde años, averiguaré los nombres de los asesinos.

Lorenzo esbozó una media sonrisa.

-Te deseo suerte.

-Mejor decid lucidez para pensar. Si me disculpáis, comenzaré ahora mismo con la nueva línea de investigación.

Leonardo contó la conversación que mantuvo Lorenzo con los conspiradores a sus compañeros.

-¿Y qué hacemos ahora? Todas las pistas que teníamos eran erróneas. Es absurdo que continuemos con esto -se lamentó Sandro.

-¡Ni lo sueñes! Como acordamos, visitaremos a nuestra criada. Tal vez diga algo que nos ayude.

Sandro y Giancarlo lo siguieron sin mucho entusiasmo. Dudaban que esa muchacha los sacara del embrollo.

-¿No es ese el extranjero? ¿Qué hace aquí? -inquirió Leonardo escrutando al hombre que salía de la casa.

-Lo es -confirmó Giancarlo.

-¡Maldita sea! Ha seguido al pie de la letra el consejo que le dio Lorenzo. ¡Se nos escapa! -exclamó Leonardo decepcionado al ver como subía a un carro y partía a toda celeridad.

-Opino que si entramos en la casa, nos darán una explicación de su presencia - sugirió Sandro golpeando la puerta con los nudillos.

Una niña de ojos grises y con el pelo desaliñado les abrió.

-¿Qué deseáis? -preguntó recelosa.

-Deseamos ver a tu hermana Caterina -dijo Leonardo abriéndose paso. Sandro y Giancarlo también entraron desatendiendo las protestas de la chiquilla.

La casa era miserable, de una sola habitación. En el suelo se apilaban varios camastros y ropa sucia. El fuego estaba encendido y un puchero sobre él, llenaba la estancia de vapor, provocando que el calor y el hedor fueran insufribles.

Caterina se apartó de los fogones y los miró con espanto.

-Maestro, vos...

-¿Te perturba mí presencia? -dijo Leonardo.

-Solo... Estoy desconcertada, maestro. No suelo recibir visitas tan ilustres -farfulló.

-¿De verdad? Pues, acabo de ver salir al señor Colombo. Muchacha, dime a qué ha venido y no quiero excusas. Sabré si mientes -le dijo Leonardo con tono adusto.

Ella carraspeó nerviosa acomodándose en una silla, mientras se enjuagaba el sudor que caía de su frente.

-Buscaba a un amigo y erró de casa.

Leonardo sonrió mientras sacudía la cabeza con gesto incrédulo.

-He dicho que quiero la verdad.

-¿Qué hacen en mí casa?

Sandro, Giancarlo y Leonardo miraron al hombre que irrumpió. Era un tipo de rostro marchito, prácticamente en los huesos y sus ojos turbios evidenciaban que había bebido más de la cuenta.

-Padre, es el maestro Leonardo y unos amigos suyos.

-¿Y qué quieren? Aquí no hay nada para ellos. ¿O me equivoco? Tal vez quieran lo mismo que le diste a él. ¡No eres más que una puta! -rezongó mirando con repugnancia a su hija.

El rostro de Caterina se encendió de vergüenza.

-Padre, por favor...

-¡Ahora te abochornas! ¡Ya es tarde! ¡Por suerte, tuve las agallas suficientes para castigar como se merecía a ese golfo! ¡Ahora arde en el infierno, al lugar donde lo envié! -gritó el hombre señalando el vientre de la chica.

-¿Qué estás insinuando? -gimió la muchacha.

Su padre sonrió con autosuficiencia.

-Ha quedado bien claro. ¿No es así, caballeros? Ese hijo de perra merecía un buen escarmiento.

Caterina rompió a llorar.

-Ignorabas quién fue. ¿Y si mataste a un inocente? ¡O Señor! ¡Sin duda estás loco!

Leonardo clavó sus ojos inquisitivos en ella estudiando su rostro.

-No, muchacha. No erró. ¿Fue Salvatore, verdad?

Ella lo miró pasmada.

-¿Cómo?... ¿Cómo lo sabéis? ¿Acaso se lo dijo él?

-Me ha bastado con recordar el cuadro que pintó. Posaste para el chico y supongo, que no le fue difícil seducirte.

-Sin duda. Salvatore carecía de decoro -masculló Sandro.

-Pero eso no le daba derecho a nadie para matarlo -silbó ella con ojos encendidos de indignación.

-Sin duda. De todos modos, es comprensible que tu padre se ofuscara. Manchó el honor de la familia -dijo Leonardo.

El tipo se encaminó tambaleante hacia una silla, mientras era observado con aprensión por Sandro y Giancarlo.

-¿Lo ves? No soy tan mal padre. Lavé tu dignidad.

Caterina lo miró horrorizada.

-¿Cómo pudiste matar al padre de mí hijo? -musitó con ojos húmedos.

Su padre estalló en una carcajada profunda.

-Fue fácil -dijo blandiendo la mano como si portara un cuchillo.

Caterina se levantó con lentitud.

-¡Estúpido! Acabas de confesar un crimen y te ahorcarán. Y no me importa. ¡Eres un monstruo! -le espetó con rabia.

El hombre, por primera vez, mostró terror.

-Lamentablemente, Salvatore ya estaba muerto cuando tu padre lo acuchilló. Nadie podrá juzgarlo.

Caterina lo miró con incompreensión, mientras su padre hundía el rostro sobre el pecho.

-Es largo de contar y me temo que no es asunto vuestro. Sin embargo, sí que es el mío saber a que vino el señor Colombo. Para ser más preciso, es Lorenzo Medici quién está interesado. Le disgustaría no ser complacido. Y no sabéis cuan furioso se pone cuando no consigue sus deseos.

Ella ladeó el rostro buscando la complicidad de su padre, la cuál no halló. El hombre estaba sumido en el desengaño. Su acto no había servido de nada. No había lavado el honor de su pequeña.

Caterina, tras la conmoción recibida, supuso que ya nada podría ir peor y decidió hablar.

-Salvatore me entregó unos papeles para que los guardara. Dijo que estaba negociando con varios compradores, pues eran muy importantes y que valían una fortuna. Y que si todo salía bien, seríamos ricos y podríamos dejar la ciudad y vivir como reyes. Pero, tras su muerte, pensé que debía ser yo quién me aprovechara. Era lo justo. Estaba embarazada y en la miseria. Como conocía a los clientes, me puse en contacto con ese extranjero. Consideré que era el menos peligroso de ellos.

-Y no erraste, muchacha -dijo Sandro

-Caterina, me gustaría que me dijese el significado de ese mapa -le pidió Leonardo.

Ella alzó los hombros con desidia.

-Salvatore nunca me lo explicó. Y la verdad, no me interesó en absoluto su contenido; únicamente su valor. Un valor que, supongo, me obligaréis a retornar -dijo ella con desolación.

Leonardo miró de nuevo a su alrededor. Sería una canallada obligar a esa chica a vivir en la indigencia. Además, el mapa estaba rumbo a un destino desconocido.

-Tú madre murió a causa de ese plano. El dinero debe ser tuyo -decidió.

Caterina lo miró pasmada.

-Sois muy generoso, señor. Sobretudo, sabiendo que mi padre quiso matar a Salvatore.



-Un hecho que nade sabrá. A no ser, que os quedéis de Florencia. Muchacha, te aconsejo que os marchéis. Inicia una nueva vida con ese dinero y olvida lo que aquí ha pasado. Tu hijo merece crecer en un mundo mejor.

-¿Dé que dinero habláis? -dijo el padre de Caterina despertando de su letargo.

Leonardo se acercó a él y lo amenazó con el dedo.

-Te advierto, que si metes tus zarpas en él, haré que cuelgues de la horca. ¿Comprendido? Así que, ten mucho cuidado.

-¡Soy su padre y tengo todo el derecho! -protestó el tipo.

-Usted no tiene derechos, amigo. Es un asqueroso asesino -masculló Sandro mirándolo con ojos encendidos.

-Por favor, serénate -le pidió Leonardo.

-¿Por qué he de hacerlo? ¡Apuñaló sin piedad a Salvatore!

Leonardo posó la mano en el hombro de su amigo.

-Sandro, cuando a un hombre le arrebatan el honor, se enfurece. Pero cuando la fechoría es con una hija, pierde la razón. Y no lo excuso. Estoy contra la violencia. De todos modos, puedo comprender su acto.

-Si lo piensas con frialdad, Salvatore se lo buscó. Era un perdido sin escrúpulos -dijo Giancarlo.

Sandro inspiró con fuerza.

-Lo sé. Sin embargo, me duele que terminara así. No le dieron oportunidad de enmendarse.

Caterina miró a Sandro. Entendía su pesar, pues nunca fue ajena a la relación que mantuvo con Salvatore.

-Señor, os prometo que su hijo será un hombre de honor y culto, como lo sois vos.

-Te dejas engañar con facilidad, muchacha.

-No le hagas caso. Te deseo que seas feliz. Y cuida que este borracho no dilapide el dinero -dijo Leonardo.

-Por gratitud a vuestra generosidad, señor, si es niño le llamaré Leonardo -dijo Caterina.

-¿Y sino? -quiso saber Giancarlo.

-Llevará con orgullo el nombre de mi madre. Que el Señor os acompañe, caballeros.

Cuando salieron de la casa, Sandro resopló.

-Me enerva que ese desgraciado quede sin castigo.

-No puede ser juzgado, puesto que él no le mató -dijo Leonardo.

-¿Y quién lo hizo? Ya hemos descartado a todos los que pudieron suministrarle el veneno -apuntó Giancarlo.

-Sabemos algo. Y es que el crimen no fue por el mapa. La causa más plausible son los celos o le honor mancillado. Aunque, no debemos continuar buscando al asesino, sino, el modo en como le suministraron la ponzoña. Pero, no es bueno pensar con el estómago vacío. Vayamos a la taberna.

Leonardo arrugó la frente al encontrar la puerta cerrada.

-¿Y Pietro? ¡Ese cocinero es un desastre! -exclamó.

-Olvidé decirte que se despidió. Y no me extraña. Apenas la hemos pisado en estos días y estaba harto de cocinar para nadie y sin patrón -dijo Sandro.

-¡Excusas! -protestó Leonardo abriendo.

-Ciertamente. Antes se quejaba que Salvatore lo despreciaba y que encima, se llevaba todo el mérito de sus platos. Y ahora que todo el mérito es suyo, abandona -comentó Giancarlo.

Leonardo se detuvo abruptamente.

-¡Eso es! -gritó corriendo hacia la cocina golpeándose la frente con la mano.

Sandro y Giancarlo lo siguieron desconcertados.

-¿Qué pasa? ¿A qué vienen estos aspavientos? -se quejó Sandro.

Leonardo cogió un cuchillo y lo blandió.

-Antes os dije que debíamos pensar cuando y con qué fue envenenado Salvatore. Y esta es la respuesta.

-No comprendo -dijo Giancarlo.

-¿Os acordáis de los acontecimientos de esa noche? Salvatore se presentó a la cena sin que esperáramos su presencia. Ese hecho trastornó a varios de los asistentes. En especial a ti Sandro, te devolvió la esperanza de reconciliarte con él; mientras que Giancarlo veía como el amor se le escapaba. ¿Pero que ocurrió con Pietro? Él estaba gozoso. Los invitados saboreaban sus platos, alabando su maestría, hasta que a mí se me ocurrió invitar a Salvatore a la cocina. Pietro, herido en su orgullo, se largó. Pero a los pocos minutos regresó. Todos supusimos que lo hizo para evitar que con su desertión la gloria se la llevara solo Salvatore. Craso error.

-Perdonad que os interrumpa, maestro. No veo lógica. Yo también colaboraba con él y ninguna vez mostró intención de asesinarme por ello -dijo Giancarlo.

-Por supuesto que no. Jamás lo degradaste. Pietro odiaba a Salvatore por su arrogancia y por las ofensas que constantemente le mostraba.

-No lo entiendo. Nos muestras un cuchillo y estamos buscando a un envenenador -dijo Sandro.

Leonardo los miró con aire vanidoso.

-Con esto le suministró la ponzoña. Pietro salió de la taberna. Fue a su casa y untó la punta del cuchillo con la cicuta. Regresó mostrando pesar por su actitud y

cuando Salvatore volvió a provocarlo, le agredió asentándole una leve cuchillada. Todos pensamos que era una herida sin importancia, un acto irreflexivo por el enojo, pero nos equivocamos, estaba premeditado y fue mortal.

Sandro y Giancarlo quedaron mudos.

-¿No soy un genio? -dijo Leonardo esbozando una amplia sonrisa.

-¿Y cómo lo demostraréis? -quiso saber Giancarlo.

-No será difícil acusarlo. Pietro tuvo ingenio para deshacerse de su rival, pero dudo que tenga el suficiente para pensar que debía deshacerse del veneno. Si registran su casa, lo encontrarán. En un frasco o en una maceta.

Sandro se sentó con el rostro ensombrecido.

-Salvatore se creó muchos enemigos.

-El escorpión puede hincarse su propio aguijón. Muchachos, hemos desentrañado el misterio -dijo Leonardo lanzando un sonoro suspiro.

-No del todo. Nos queda el mapa -puntualizó Giancarlo.

-Eso, amigos, creo que jamás conseguiremos averiguarlo. ¡En fin! Debo poner al corriente a Bruzio y que actúe la ley. Nuestra misión ha terminado.

Leonardo no se equivocó. Pietro aún conservaba el veneno y esa misma tarde, tras obligarlo a confesar, fue arrestado por la policía.

Ufano, llegó al taller.

Giancarlo, Sandro y Credi lo aguardaban.

-Lorenzo me ha notificado que os felicite. Está satisfecho de nuestros resultados y está dispuesto a recompensarnos con generosidad.

-Yo no lo estoy -dijo Sandro.

-¿Por qué razón? -inquirió Leonardo.

-Me gustaría saber que pretendía vender exactamente Salvatore. ¿A ti no?

-Por supuesto. Pero no se puede reconstruir un castillo de arena que ha sido devorado por las olas. ¿Éste es el encargo?

-¿Acaso no te gusta?

-Le hartan los temas religiosos, ya lo sabes -dijo Credi en tono burlón.

-Pero a pesar de ello, reconoceréis que es excelente -dijo Giancarlo echando una ojeada de orgullo al lienzo.

-No está mal. No.

-¡Vamos, es extraordinario! ¡Reconócelo, amigo! -exclamó Sandro poniendo su mano en el hombro de Leonardo para que lo examinara de nuevo.

Leonardo sonrió ampliamente.

-No soy tan valiente como para contradecirte.

-Pues, yo sí tengo valor. Y os comunico que, ahora que vuestros pesares han terminado, no contéis conmigo durante tres semanas. ¡Necesito reposar! Habéis sido muy desconsiderados conmigo al ponerme al frente de las clases. ¡Esos chicos son unos demonios! -dijo Credi soltando un resoplido.

-Te agradecemos la ayuda -le dijo Leonardo.

Credi se levantó decidido.

-Hoy mismo parto hacia Capri. ¡Es hora de disfrutar! ¡Hacedlo también vosotros! -exclamó abriendo la puerta.

-¿No es una maravilla? ¡Por fin volvemos a la normalidad! -exclamó Giancarlo limpiando el pincel.

Sandro asintió con semblante serio.

-¿Qué te ocurre? Ya no debemos tener miedo a ser lastimados. Las conspiraciones se han terminado. A partir de ahora, lo único que haremos será pintar y disfrutar de la vida.

-Cierto. Pero antes, debo hacer algo o no podré vivir en paz -dijo Sandro levantándose.

Giancarlo lo miró fijamente.

-¿Adónde vas?

-A despedirme de alguien.

Sandro salió del taller y caminó con paso firme. Cruzó el puente Vecchio y solo se detuvo para comprar unas flores. Después, continuó hasta llegar al cementerio.

El lugar estaba desierto, a excepción de un hombre de aspecto gigantesco que oraba ante una tumba y del guarda.

-Señor. ¿Podría indicarme dónde está enterrado Salvatore...? La tumba del aprendiz de pintor que fue asesinado hace unas semanas.

-Esa -respondió el guarda indicándole con el dedo al gigante.

Sandro se acercó lentamente, temiendo perturbar su rezo fervoroso.

-¿Eran amigos, señor Botticelli? -le preguntó éste ladeando el rostro.

Sandro asintió.

-Además de su maestro.

-¿De veras? Salvatore no se equivocó al venir a Florencia. Consiguió estudiar con el mejor y convertirse en su amigo. Fuisteis afortunado. Yo, siendo su padre, jamás lo fui. Nunca le gustó mi compañía. Decía que era demasiado estricto -dijo el hombre con pesar.

Sandro lo observó. Su rostro poseía algunos rasgos de Salvatore. Aunque, no irradiaba la belleza de su aprendiz. Probablemente, ésta la había heredado de su madre.

-Los jóvenes siempre lo dicen. Ya sabéis que suelen ser rebeldes. Nosotros también, a nuestro modo, lo fuimos -sonrió Sandro.

-Salvatore estaba en lo cierto. Quería ser pintor y se lo prohibí. Deseaba para él la misma vida que yo he llevado. Fui egoísta y Dios castigó mi pecado arrebatándomelo -se lamentó el hombre.

-Vos no fuiste culpable, señor.

Él clavó los ojos en la cruz de madera.

-Por supuesto que lo fui. Sabiendo como era, jamás debí introducirlo en mí mundo ni en sus conocimientos. El Señor y sus siervos no perdonan a los que les traicionan.

Sandro, viendo su tormento, estuvo tentado de contarle la verdadera razón de su muerte. Pero calló.

-Salvatore lo único que pretendía era pintar. Y no veo pecado en ello. El arte es obra de Dios -dijo Sandro.

-Y vos su mejor evidencia de ello.

-Le repito que Salvatore era un buen chico. Fue un ladrón quién acabó con su vida.

-Tendrá que disculparme, señor Botticelli. Hoy mismo parto para Venecia y debo llevármelo. Os agradezco que lo tomarais a vuestro servicio. Estoy convencido que fue feliz aprendiendo de vos -musitó el padre de Salvatore alzando la mano para indicar al guarda que se acercara.

-Los dos lo fuimos. Os deseo un buen retorno a casa, señor -se despidió Sandro dejando las flores sobre la tumba. Pero antes de alejarse dijo: Señor, tengo un cuadro que pintó vuestro hijo. Si lo queréis, pasad por el taller.

-Lo haré. Gracias.

Sandro abandonó el cementerio y regresó a la escuela.

Leonardo alzó el rostro del manuscrito.

-¿Y bien?

-He saldado la deuda pendiente. Y su padre también. Estaba en el cementerio. Ha venido a llevarse el cadáver. Lo vi muy afectado. Dijo que jamás debió obligarlo a vivir en su mundo, ni darle sus conocimientos, pues está convencido que éstos lo llevaron a la muerte.

Leonardo frunció la frente.

-Si como deduje, ese hombre es templario, también intuyo, por sus palabras, que el mapa que pretendía vender Salvatore pertenecía a la Orden.

-¿Crees que es una indicación para encontrar su famoso tesoro?

Leonardo levantó las manos hacia el techo.

-¡Quién sabe! Aunque, tal vez, en el futuro, el señor Colombo nos dé la respuesta.

-¿Y Giancarlo?

-En la taberna. Está cocinando nuestra última cena allí.

-¿Has decidido cerrar? -se extrañó Sandro.

-¡Qué remedio! ¡Florenca no entiende mí cocina! Y no soy tan estúpido como para comprender que lo único que obtenemos son pérdidas -se lamentó Leonardo.

-Pero, algún día se rendirá a tu arte -le aseguró Sandro.

Leonardo resopló.

-No pretendo elogios. Solo trabajar en lo que me gusta. A diferencia de ti...

Dejó de hablar al oír los golpes en la puerta.

-Le dije al padre de Salvatore que se pasara a buscar el cuadro. ¿Hice mal? -dijo Sandro.

Leonardo negó con la cabeza. Descolgó el cuadro y lo dejó sobre la mesa, mientras Sandro abría.

-Señor Biancoforte, pasad.

Leonardo le acercó el cuadro y lo miró con emoción.

-No es perfecto, pero...

-Salvatore estaba aprendiendo. Con el tiempo habría llegado a ser un gran artista -lo consoló Sandro.

-Su visión era prometedora, señor Biancoforte. En este lienzo, nos mostró el misterio que esconden los dioses, un mapa que nos lleva a un paraíso, desconocido -dijo Leonardo enfatizando ésta última palabra.

Biancoforte clavó sus ojos verdes en los de Leonardo intuyendo lo que pretendía decir.

-Veo que Salvatore se rodeó de hombres inteligentes que honrarán su memoria.

-Os aseguro que así será por nuestra parte. Aunque, no todos actuamos con la misma lealtad.

Biancoforte comprendió que Salvatore había entregado el mapa; que el secreto estaba en manos impías. Debería comunicarlo a la Orden y pasar la humillación de culpabilizarse por ello. Montagur siempre tuvo razón. Jamás debió traer a Salvatore a su lado.

-Os agradezco que...

No pudo continuar y aferrando el cuadro con fuerza en su pecho, abrió la puerta y se marchó.

-Es terrible ver como un hijo te traiciona -murmuró Leonardo.

-Todas las traiciones lo son -sentenció Sandro.

Aquella mañana amaneció con nubarrones. Una amenaza de tormenta que se desató al caer la tarde, junto a la muerte de Lorenzo Medici.

Sandro y Giancarlo acudieron al palacio para rendir homenaje al hombre que los ayudó, al mentor que permitió que sus obras fueran expuestas al mundo.

Giancarlo, una vez más, se detuvo en el salón y miró extasiado el cuadro. La obra, que dieciséis años atrás había iniciado Sandro, contenía una belleza que impresionaba a todo aquél que la contemplaba. Pero a él le conmovía de una manera especial. El lienzo hablaba de una primavera en la que descubrió la maravilla de vivir. Una época donde la felicidad y la desdicha caminaron de la mano.

Allí estaba Venus, su estimada Simonetta rodeada de flores y a su lado, Salvatore convertido en la diosa Flora. Y él mismo, como Mercurio ahuyentando a las nubes que pudieran empañar tanto esplendor.

-¿No te cansas de mirarlo?

Giancarlo negó con la cabeza esbozando una sonrisa.

-Una tarde juré que te plasmaría como a un dios. Y nada mejor que fueras Mercurio, el mensajero, el que trajo el amor que aún llena mí corazón -dijo Sandro mirando a su pupilo con veneración.

-Y también el mío, maestro. Hicimos un buen cuadro. ¿No es cierto? Simonetta estaría orgullosa de él -dijo Giancarlo.

-Es una lástima que ni ella ni Guiliano puedan admirarlo.

Giancarlo soltó un suspiro.

-¡Éramos tan jóvenes!

-Tú aún lo eres. En cambio yo... -repuso Sandro con semblante sombrío.

Giancarlo le revolvió el cabello.

-En cambio tú, eres un maduro atractivo y un artista adorado por todos. Y el hombre que me enseñó todo lo que sé. Nunca podré agradecer tanta generosidad.

Sandro volvió a sonreír.

-Sin duda, eres mí ángel.

-¡Por Dios, en verdad que sois empalagosos! -exclamó Leonardo entrando en el salón.

Sandro y Giancarlo miraron a su viejo amigo con rostros resplandecientes.

-¡Leonardo, es maravilloso verte de nuevo! -dijo Sandro abrazándolo.

Giancarlo también lo saludó.



-Debía venir. Lorenzo era un buen amigo. Pero sobretodo, porque ardía en deseos de conocer vuestra opinión sobre el gran descubrimiento. ¡Señor! ¡Por fin el misterio se ha aclarado! Ya podemos sentirnos satisfechos.

Giancarlo y Sandro lo miraron con gesto interrogante.

-Chicos, lo de Colombo. Pero. ¿No os habéis enterado?

-¿Qué le ha ocurrido? -quiso saber Sandro.

-Colombo, cuando dejó Florencia, se embarcó y acabó en Portugal. Durante años intentó que alguien le financiara una ruta distinta hacia las Indias. Solo confiaron en él los reyes de Castilla.

-¡Seguro que ese camino lo indicaba el mapa que no localizamos! -exclamó Giancarlo con emoción.

-No lo dudo. Colombo, con tres naves, cruzó el Mar Tenebroso y meses después, descubrió que la tierra alcanzada estaba inexplorada. Mi intuición me dice que sabía de antemano el resultado. Como marino, pudo descifrar las coordenadas y deducir que ese mapa era extraordinariamente valioso.

-Supongo que ahora encontrará el tesoro perdido de los Templarios- dijo Sandro.

-Ya lo ha hecho. Esas tierras eran su tesoro. Y las han perdido para siempre. Ahora pertenecen a Castilla y ésta se convertirá en la nación más poderosa jamás vista.

-Es una pena que Lorenzo no pueda conocer el final del misterio -comentó Giancarlo.

-Cierto. Aunque, por fortuna, nosotros sí. Durante estos años no he podido dejar de pensar en ello. Ahora, andaré más liviano. ¡Ya sabéis lo que me inquietan los enigmas!

-Pues, te comunico que tenemos otro. Anda por ahí un tipo que...

-¡Ah, no! Nada de misterios. Ya estoy viejo y no tengo tiempo -protestó Leonardo.

-No puedo creer que el gran Da Vinci rechace un enigma. ¿Qué te ha pasado? Hace años alardeabas de tu libertad y ahora estás trabajando a las órdenes de Ludovico Moro -le recriminó Giancarlo.

-La vida, sin dinero, es dura, muchacho.

-¿Ni siquiera quieres conocer la historia? -insistió Sandro.

-Sospecho que la contarás, quiera o no.

-Exacto. Y estoy convencido que en cuanto la oigas, aceptarás. Verás. Últimamente se han conocido unos hechos inconvenientes para nuestro gremio. Anda por ahí un tipo que copia las obras de un famoso pintor y que las vende a precios escandalosos.

-¿Y a qué no sabes a qué famoso artista copia? -dijo Giancarlo con una sonrisa enigmática.

-¡A Leonardo Da Vinci! -exclamó Sandro.

Leonardo soltó un sonoro bufido.

-¿Qué? ¡Por los Clavos de Cristo! ¡No lo consentiré! La estatua deberá esperar. Esto es más importante. ¡Copiarme a mí! ¡A mí! ¿Y dices que cobra fortunas? ¡Ignorantes! ¡Nadie puede compararse a mí genio! -gritó alzando las manos hacia el techo.

-¿Lo ves? Sabía que aceptarías la misión -rió Sandro.

-¡Vaya! De nuevo juntos en una investigación. ¿No es fantástico? -dijo Giancarlo.

-En marcha. No hay tiempo que perder -decidió Leonardo encaminándose hacia la puerta.

-Sandro, temo que hemos cometido un error. A partir de ahora, se nos ha terminado la tranquilidad -dijo Giancarlo comenzando a caminar, mientras Sandro reía estrepitosamente.